



*Tú eres
tierra firme*

Maira Varea

Selecta



Tú eres tierra firme

Maira Varea

Selecta

*A mi madre,
por tantas cosas que abarcarían un universo entero*

Prólogo

SIRENAS

El mundo se había vuelto oscuro. Negro. Sus párpados, tercos, se afanaban por permanecer cerrados. El dolor se expandía por su cuerpo como el fuego en una mecha. Tenía sed y más frío del que hubiese tenido que soportar jamás.

No luchó. Había agotado sus fuerzas en el ataque, y habían quedado desparramadas sobre la cubierta del barco, resquebrajado por la tormenta y por las pisadas de los asaltantes. Sin vapor, sin velas y sin ancla. Se rindió y se dejó mecer al ritmo del mar, resacoso tras la tempestad.

Supuso que la muerte llegaría en cualquier momento y lamentó, con su escasa consciencia, no recordar si la criatura de carne brillante y húmeda que lo había arrojado al agua era humana o no; si era una sirena, una serpiente mitológica o el mismísimo kraken. Quizás había tenido muy cerca a un monstruo marino, después de tantos años de búsqueda pertinaz.

Se maldijo varias veces, por mil motivos: por no haber salvado a sus compañeros, por no haber luchado más; por no haber podido acabar tampoco aquella expedición, ni dibujado el mapa con James o escrito su propio libro de leyendas; por no haber garabateado una carta para su familia desde hacía más de seis meses. Por no haber logrado ni una triste empresa más allá de haber intentado escapar de su destino.

Por no ser nadie.

Solo un hombre que tiritaba en una balsa a la deriva.

Perdió el sentido y llegó la nada. No iba a despertar, ¿para qué?

Pero oyó una voz y regresó, a bocanadas, al oxígeno y a la vida.

Abrió los ojos y vio a la sirena, que lo atravesó con sus ojos grises como el Mediterráneo en invierno y lo cubrió con un manto de pelo dorado. Ella acercó su rostro, pálido, translúcido, y le cantó. A él. Y, en un instante, la inmensidad del mundo que había recorrido durante años quedó reducida al regazo en el que lo acunaba.

Quedó preso. Encadenado. Hechizado. Cuando volvió a cerrar los ojos, se dio cuenta de que el Arthur que había sido hasta entonces se había quebrado en mil astillas contra el acantilado.

Capítulo 1

LA MUJER DE SAL

*F*ormentera, 1862

Lena había vivido tres abandonos, y había aprendido que el mejor modo de superar el dolor que provocaban era saborearlos. Despacio y sin descanso, hasta volverlos insípidos. El primero, casi de niña, había sido amargo. El segundo, ácido. El tercero había resultado muy salado. Sal de lágrimas.

El último todavía le escocía en la lengua, a pesar de que su corazón había comenzado a limpiarse por fin. A veces, el graznido de una gaviota, el tacto de la arena en los tobillos o la primera estrella de la tarde le recordaban que en ese instante podría haber sido una mujer muy diferente.

Cogió aire, y el frío de enero le quemó la garganta.

—Este cielo me recuerda al día en que se marcharon.

El pensamiento se le escapó en voz alta, y ni el fuerte viento de *llebeig* que soplaba aquella mañana evitó que su amiga Marina, que caminaba a su lado, se volviera con una sonrisa y le preguntara:

—¿Quiénes?

Lena no contestó, pero Marina, que sabía leer sus silencios mejor que nadie, no tardó en comprender. Se puso seria, se cambió de mano el cesto que transportaba y enlazó su brazo al de ella, a la espera de una respuesta.

—Todos —dijo Lena al fin—. ¿Qué más da quiénes si todos se marchan? Siempre es igual: sopla el viento, el cielo se vuelve gris, casi blanco, llega la bruma y... huele a pérdida.

—Las pérdidas no huelen, Lena. Y no ha sido así todas las veces; cuando Joan se fue, era verano.

—Pero el cielo estaba blanco —insistió.

Marina sacudió la cabeza, confusa. Lena se sintió culpable por recordar momentos tristes; su amiga irradiaba felicidad desde su reciente compromiso y no se merecía que ella enturbiara su alegría recordando sus miserias.

Una fuerte ráfaga le descolocó el pañuelo con el que se cubría el pelo. Se lo sujetó con la mano libre y aprovechó para mirar hacia arriba.

—Es el cielo de la pérdida. La despedida de los que se van para no volver. —Contuvo el aire un momento para que la emoción no dominara su voz—. De los que me dejan atrás.

Marina le estrechó el brazo con cariño.

—Un día vendrá alguien y se quedará contigo. Ya lo verás.

—A esta isla no viene nadie, Marina; de aquí solo se puede salir, y no siempre, por más que lo desees.

—Lena...

—Mira —la interrumpió incómoda—, ahí está Toniet.

El muchacho se les acercó corriendo, casi a saltos. Vestía su ropa de domingo, muy distinta a su habitual traje de payés, y se había limpiado los zapatos y la cara. A Lena le llamó la atención la sombra oscura que cubría su rostro, ya de por sí moreno; se había hecho un hombre, y no estaba segura de que eso le agradara.

—¿A dónde van las dos mujeres más hermosas de la isla? —preguntó con su perpetua sonrisa.

Marina rio con escándalo y fingió estar avergonzada. Lena, en cambio, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, como hacía desde que era pequeño.

—¿Tú no vas a darme uno? —le preguntó Toniet a Marina con picardía.

—Lo siento, pero yo ya tengo novio —le recordó Marina con orgullo.

—Es verdad. Una lástima. Pero me queda mi Lena; ella sí me querrá.

Ella le sacó la lengua con una mueca jocosa, pues sabía que Toniet estaba bromeando. Sus familias eran vecinas, por lo que habían crecido juntos, y, aunque la diferencia de edad entre ambos no era muy grande, Lena había visto como le cambiaban muchos pañales. A sus ojos, Toniet sería siempre un niño.

—¿Por qué te has puesto tan guapo? —le preguntó curiosa.

Él se miró de arriba abajo.

—Porque acaba de llegar el nuevo farero —respondió avergonzado, con tono inocente—, y voy a presentarle mis respetos; con suerte, me dará trabajo.

—¿Un nuevo farero?

Lena se volvió hacia Marina de inmediato, inquisitiva. Su amiga solo asintió y echó a caminar de nuevo, con Toniet a su lado.

Los siguió con el ánimo abatido y con un nudo apretado en la boca del estómago, como cada vez que se acercaba al faro. Recorrieron aprisa los escasos metros que restaban hasta la torre, que fue creciendo frente a ellos, fuerte, blanca, ruda y poderosa. Imponente en medio de la desolación del paisaje rocoso, apenas vestido con algún pino diseminado y ariscas chumberas.

Desde que lo habían terminado de construir y habían culminado su altura con la cúpula de cristal, Lena lo observaba fascinada todas las noches desde la ventana de su habitación. Hasta entonces, su casa había sido el último vestigio de vida humana de la meseta de la Mola, antes de que esta se truncara en el abismo de un acantilado que parecía no tener fin.

Por las noches, más allá de las velas que descansaban en el alféizar, solo se había extendido la oscuridad, el fin del mundo o el vacío, iluminado apenas por la luna tímida. En ese momento, en cambio, le parecía que su corazón palpataba al ritmo de la luz del faro. Como si fueran dos extremos de un mismo ser. Porque ambos pasaban las horas buscando vida en la penumbra, la sombra de algún barco que regresaba al hogar.

Cuando llegaron al edificio, salieron a su encuentro dos hombres. Rafael, el novio de Marina, se acercó a la joven e hizo amago de darle un beso en la mejilla, pero ella se lo impidió con una risita y fingió que recolocaba en la trenza sus preciosos rizos oscuros.

Se sonrieron como bobos. Acababan de prometerse y vivían presos el uno en el otro. Marina no hablaba de otra cosa más que de su enamorado, y contaba los días que le quedaban para casarse y trasladarse a vivir al faro con él. Lena la escuchaba con cariño sincero, pero a la vez la envidiaba hasta el dolor; porque era feliz y libre, amaba el mar y tenía un compañero. Y porque pronto podría recorrer aquel impresionante torreón y asomarse a curiosear el infinito.

Por suerte, el otro hombre habló y la sacó de su ensimismamiento.

—Soy Quim. Y también me siento un poco ignorado por ese par.

Lena no pudo contener la risa. Tenía un acento peculiar, exótico, e imaginó que debía de haber llegado desde muy lejos. Si de algo estaba segura era de que, en aquella isla, no nacían fareros.

—Yo soy Lena.

—Lena... —Lo repitió en voz baja, despacio, como si paladeara una cucharada de miel.

—De Magdalena —aclaró. Se mordió la lengua antes de decirle que sus lágrimas frías en las noches de tormenta hacían honor a su nombre.

—¿Vienes a menudo por aquí? Porque, mientras recorría ese camino infernal hasta este lugar apartado de todo, ha empezado a asustarme la posibilidad de no volver a hablar con ningún otro ser humano.

—Con Rafael... —apuntó ella.

—¿Tú crees? Míralo.

Lena le hizo caso y descubrió a los novios mirándose sin decir nada, embelesados. La envidia la golpeó de nuevo, y fijó su atención en el rostro de Quim. Le sorprendió que fuera guapo, porque Rafael no lo era en absoluto; y Lena, que no entendía de fareros y que apenas conocía a nadie de fuera de la isla, había dado por hecho que todos eran feos, como si fuera un requisito de la profesión. Aquel, en cambio, tenía unos bonitos ojos marrón oscuro y el pelo negro y ensortijado.

—Yo soy Toniet. —El muchacho había permanecido callado hasta entonces, pero aprovechó el momentáneo silencio para colarse entre ambos y tenderle la mano al nuevo farero—. Si tiene algún trabajo o lo puedo ayudar en algo, estoy a sus órdenes.

Quim hizo una mueca a Lena que le pareció de fastidio. Luego, le sonrió. Ella también. Él tenía una sonrisa bonita.

—¿Qué tal si vacías aquella carreta mientras yo acompaño a Lena a ver el faro?

Al principio, se asustó. La idea de entrar en aquel coloso la abrumó. Pero antes de que la Lena prudente, recatada y responsable que llevaba siendo desde niña se hiciera con el control, aceptó la invitación y se dispuso a otear el horizonte junto a aquel hombre, que parecía haber llegado como una señal del destino.

Porque los fareros no se marchaban. Los fareros no se echaban al mar.

Los fareros se quedaban en tierra.

Contó cien escalones y llegó a lo alto con las piernas temblorosas. No por el cansancio, pues estaba acostumbrada a caminar cuesta arriba, cargada de sacos de trigo y carbón o tirando de la mula, sino por la expectación. Mientras seguía a Quim, imaginó lo que iba a ver, y el corazón le tronó con fuerza en el pecho.

No se había atrevido a preguntarle a su guía por qué motivo la estaba conduciendo hasta allí, y no tuvo fuerzas para pararse a pensar si era apropiado quedarse a solas con un desconocido. Ni siquiera Marina había subido, y eso que llevaba tiempo cortejando con Rafael y visitaba la zona del faro con frecuencia.

Contuvo la respiración cuando abandonaron el corredor de las escaleras y salieron a la luz del día. Sobre sus cabezas, una enorme cúpula de cristal proyectaba destellos, de un extremo de la estancia circular a otro, y protegía de la intemperie la inmensa lámpara que, apagada a aquellas horas, ocupaba la parte central.

Quim se aproximó hipnotizado hasta el artilugio y empezó a explicarle algo sobre su funcionamiento con su extraña forma de pronunciar las palabras. Lena no le prestó atención, aunque su voz sonaba agradable. Se acercó mucho hasta el cristal, puso las manos con cautela sobre él y se asomó al mar.

Y no vio nada.

Solo agua. Mar. Olas grises coronadas de espuma.

El lugar donde no se atrevería nunca a poner un pie.

Entornó los ojos y forzó la vista, sin resultado. Percibió como Quim se acercaba y se detenía a su lado. No le veía la cara, pero Lena estaba segura de que sonreía.

—No se ve América —musitó decepcionada.

—¿América? Eso está muy lejos.

—¿Tanto?

La tristeza la abatió. Porque, si desde el punto más alto de la isla, desde donde parecía que podría dominarse el mundo y su inmensidad, no se veía América ni se veía nada, entonces no podría seguir conservando ninguna esperanza de recuperar lo que había perdido. Jamás obtendría lo que había ahí fuera. Salvo, quizás, a un hombre dispuesto a quedarse encerrado en el mismo minúsculo punto del universo en el que ella vivía.

—¿Querías ver América?

Lena percibió burla en su voz, pero no le dio importancia. Él venía de lejos, él tenía un trabajo importante. Habría estudiado y sabría miles de cosas más que ella.

—Una tontería. —Reunió valor para iniciar una conversación y disimular su ingenuidad—. ¿De dónde eres, Quim?

—Nací y crecí en Tarragona, pero llevo varios años viviendo en diferentes faros del país. —Se volvió y la miró a los ojos, y Lena se puso nerviosa—. Como aprendiz, ya sabes. Estaba buscando un lugar en el que establecerme.

—¿Vas a ayudar a Rafael?

—Sí. Nos encargaremos los dos de esto. ¿Vienes a menudo por aquí?

—Solo cuando Rafael no puede ir a ver a Marina a su casa y esta no soporta más su ausencia. —Le pareció ver decepción en su rostro, y eso la alentó—. Pero vivo muy cerca; mi casa es la última de la Mola, está justo antes de llegar a los acantilados.

Él abrió los ojos con admiración y sorpresa.

—Me parece increíble que alguien quiera vivir en un sitio así.

—A mí también —confesó.

Quim rio, pero ella no encontró cuál era la gracia. Le habría gustado ver si seguiría riendo después de haber pasado toda su vida cercado por el agua, tan terrorífica y tirana, sin atreverse a poner un dedo en ella.

—¿Tienes novio?

Estuvo a punto de mentirle, pero vio un brillo de ilusión en sus pupilas y decidió ser sincera.

—Tengo tres, pero no sé dónde están.

Se lo dijo porque era su verdad, porque dolía como un golpe en el vientre cada vez que lo recordaba. Y porque, si iba a quedarse en la isla, tarde o temprano alguien del pueblo se lo contaría. Tal vez, incluso le hablarían de la maldición; eran todos muy ridículos. Él volvió a romper en carcajadas.

—Eres muy graciosa, Lenita, ¿sabes?

—Es verdad —insistió—. Quería subir aquí para averiguar si podía ver a alguno. O a mi padre. Le dio la impresión de que iba a preguntarle algo, pero ella se pegó más al cristal y volvió a

buscar en la lejanía. Nada. Ni América, ni Denia, ni algún islote en el que pudiera haberse perdido la barca de un pescador.

Le pareció todo mucho más inmenso, y su isla, más pequeña. Se sintió más encerrada. Aunque habría deseado echar a caminar, a correr, a nadar, se quedó inmóvil y se lamentó en silencio mientras era consciente de la inmensidad que tenía frente a sí; pero también de la carga que le pesaba detrás, en tierra, a la espalda.

Se quedó sin fuerzas, petrificada; sacudida por un anhelo dañino que la llamaba a escapar, por una curiosidad infinita por averiguar qué podría esperarla más allá, adonde nunca podría llegar; blanca y quieta, contemplando lo prohibido, la tentación. Como una estatua de sal.

Y entonces, entre la bruma, percibió una sombra, diminuta y sólida.

—Allí hay algo —dijo.

Quim siguió la dirección de su dedo y entornó los ojos.

—Son las olas —aseguró.

—No, mira.

Esperaron unos segundos, y lo que parecía un espejismo fue tomando forma conforme la marejada lo empujaba hacia la costa. Su contorno se definió y sus colores se dibujaron. Entonces, Quim se apartó de su lado y corrió hacia la salida con un grito que retumbó de un lado a otro de la cúpula.

—¡Un hombre! ¡Se acerca un hombre! ¡Un naufrago!

Lena siguió a Quim escaleras abajo, tan rápido que se quedó sin aliento; pero él saltaba los peldaños de dos en dos, y lo perdió de vista de inmediato.

Cuando llegó a la sala de la planta baja, se detuvo un instante, indecisa y desorientada. Entonces oyó gritar a los hombres y salió al exterior. Los vio alejarse del faro y de las pequeñas viviendas colindantes, y correr a lo largo del acantilado. Marina, asustada, se aproximó hasta ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un naufrago. Hay un hombre en una balsa, a punto de estrellarse.

Su amiga se tapó la boca para contener una exclamación. Ambas se quedaron paralizadas, sin saber qué hacer. Vieron como los dos fareros corrían hacia el único punto por el que se podía descender, y Toniet entró al edificio después de que estos le dieran alguna orden que ellas no habían alcanzado a oír.

Una fuerte ráfaga de viento les trajo el olor y rugido del mar contra las rocas, y Lena le puso al desconocido que había avistado en la distancia el rostro de todos los hombres a los que ella había perdido. El de su padre, que había partido rumbo a América; el de Guiem, su amor de sonrisa dulce que la había dejado con el corazón roto; el de Sebastià, su futuro sereno, que había desaparecido una mañana de otoño en la que había salido a pescar; también, el de Joan, su anhelado compañero, aunque a él todavía le guardaba un poco de rencor.

Y, sin pensarlo, echó a correr en dirección al lugar por donde habían desaparecido Quim y Rafael. Marina la llamó a voces y la siguió. Cuando, muchos metros más allá, llegó hasta el inicio de la escalinata tallada en la roca que descendía hasta el mar, oyó que le preguntaba si se había vuelto loca. Lena se agarró la falda y bajó la pendiente con pasos seguros, a pesar de la inclinación y la humedad que volvía la piedra resbaladiza. Era la primera vez que se atrevía a hacerlo, pero no dudó.

En unos minutos, se encontró, sofocada, sobre el pequeño varadero que remataba una cala minúscula. El temporal mojaba sin descanso los tablonos de madera y le salpicaban la ropa, los zapatos y la cara.

Se le habían caído el pañuelo y el lazo de la trenza, pero no se había detenido a recuperarlos. Su peinado se deshizo y el fuerte viento le metió el pelo en los ojos y en la boca. Cuando consiguió apartárselo, los dos fareros se habían subido a una barca y remaban en dirección a la balsa, que se dirigía implacable hacia las rocas cercanas.

Gritaban para alertar a su ocupante, pero este parecía inconsciente. Uno de ellos se lanzó al agua, Lena no pudo distinguir quién. Sí vio como se agarraba a la barca y el otro le tiraba un remo y un cabo, con el que rodeó su propio cuerpo de inmediato.

Le costaba nadar y se hundía en las olas de forma intermitente. Logró subir sobre la balsa del naufrago y empezó a remar desde allí. Su compañero, unido a él por la cuerda, hizo lo mismo.

Tardaron una eternidad en llegar hasta el pequeño muelle. Otra más en amarrar las barcas. Lena se acercó a ayudarlos, pero la ignoraron. Solo quería ver al hombre al que acababan de rescatar. Se le había pasado por la cabeza la idea absurda de que pudiera tratarse de uno de los suyos, e intentó distinguir su cara.

Lo sacaron inconsciente de la balsa; uno lo agarró de los hombros y el otro, por los pies. Lo soltaron sin miramientos sobre un pequeño reducto de arena y posidonia; cayó a plomo, con un sonido hueco al golpearse y con un gemido que les dejó claro, al fin, que estaba vivo.

—Necesitamos algo para subirlo —dijo Rafael—. A peso es imposible, ni siquiera entre los dos.

—Unas tablas —respondió Quim con seguridad—. Vayamos a por unas tablas y unas cuerdas.

Se fueron a toda prisa y Lena se quedó allí abajo, con el mar que la amenazaba a escasos centímetros y con un hombre inerte sobre la arena.

Lo observó de lejos, temerosa, y le pareció enorme. Frágil. Su ropa era ligera y estaba hecha harapos. Se acercó un poco y vio que se movía. La sacudió la compasión; estaría helado y dolorido. Se aproximó más y estudió su rostro. Era joven, y su frente y sus mejillas estaban cubiertas de sangre seca que apenas la dejaba adivinar sus rasgos.

Se agachó y se arrodilló a su lado. Quiso hacer algo, decir algo, pero ella no entendía de naufragos. Se preguntó qué se sentiría al creer que ibas a morir ahogado, que nunca más verías a tus seres queridos. Contuvo un sollozo al pensar que, en algún lugar del mundo, habría alguien que lo esperaría por siempre. Deseó hacer que volviera, que viviera por si quien lo aguardaba era tal vez una mujer, una muchacha ilusa que, como ella, soñaba con un futuro mejor.

Le temblaban las manos cuando se arrastró hacia él sobre la arena mojada; tomó su cabeza con suavidad y la posó sobre sus piernas, sobre su delantal. Él volvió a gemir. Y Lena, que de verdad no entendía de naufragos aunque lo deseara, simplemente le cantó. Porque no sabía qué otra cosa hacer.

Le cantó suave, lento, desde el nudo asfixiante de su garganta. Una canción de cuna. Y luego, una tonada de amor.

Cantó y cantó y lo consoló, como querría que alguien hubiera hecho con los suyos. Él, entre sueños, murmuró algo, pero Lena no se asustó. Le apartó el pelo, oscuro y demasiado largo, del rostro. Le acarició las mejillas heladas. Rozó sus labios agrietados con los nudillos y, aunque estaban amoratados y fríos, su tacto le hizo recordar el sabor de su primer beso.

Y él abrió los ojos. De golpe y oscurecidos por la sorpresa, confusos. Su expresión se suavizó en cuanto la miró a la cara. Lena enrojeció y quiso salir corriendo. Pero él sonrió, complacido, y volvió a cerrar los párpados con un suspiro de placer.

Lena siguió cantando. Lo acunó con ternura. Y pensó, como una ilusa, que no siempre era malo que azotara el temporal.

Capítulo 2

LA ISLA DE LAS MUJERES

—**M**ás vale que tengas una buena explicación para esta tardanza, porque llevamos esperándote desde la hora de comer.

Lena entró a la cocina y se dejó caer sobre una silla, que cojeó de un lado a otro antes de asentarse bajo su peso. Estaba tan alterada y le temblaban tanto las piernas por la impresión y el esfuerzo que, durante unos segundos, se limitó a cruzar los brazos sobre la mesa llena de platos y utensilios sin limpiar y dejó que su cabeza descansara sobre ella.

Su madre añadió algo, más enfadada que de costumbre, pero Lena se concedió un tiempo de reposo antes de enfrentarla.

—¡Santo Cielo! ¿Qué te ha pasado? ¿Has estado revolcándote en la arena? ¿De dónde vienes? Espero que nadie te haya visto llegar así.

—He llegado con Toniet —respondió con los ojos cerrados—; me ha acompañado hasta aquí.

—¿Tú sola con ese muchacho? —El tono de voz de su madre se volvió más arisco—. Ya no es un crío, hija. Más vale que de verdad no os haya visto nadie.

—No hay nadie ahí fuera con este temporal, madre.

—Menos tú.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Como acompañar a esa desvergonzada a visitar a un hombre?

Lena suspiró con resignación y levantó la cabeza, aunque no abrió los ojos.

—Es su novio —adujo.

Quiso añadir algo más para defenderla, pero se dio cuenta de que en la última semana habían mantenido aquella misma conversación, al menos, una decena de veces. Daba igual, su madre se oponía con terquedad a que la acompañara. En realidad, se oponía casi a cualquier cosa que pudiera suponerle un entretenimiento.

Odiaba que se alejara de casa, de ella. Que viviera sin ella. Por suerte, Lena no tenía otro remedio que salir a diario para ir al molino, al puerto o al pueblo si querían tener algo que comer; eso le permitía estar con su amiga sin tener que dar explicaciones, y su madre se veía obligada a aceptar que Lena tenía que recorrer el mundo sola. Tampoco era una niña pequeña, y la vida la había resabiado lo suficiente como para saber qué dificultades podía encontrar.

—Ahora es su novio, pero ¿y antes? —Guardó silencio un momento, pero continuó antes de que Lena hubiese podido reponerse del primer ataque—. ¿Y a ti quién te ha soltado el pelo?

—Ha sido el viento.

Abrió los ojos justo cuando su madre se acercaba y agarraba un larguísimo mechón, que ondeó

frente a ella como una prueba irrefutable de un delito. Su pelo, muy claro y brillante, estaba salpicado de arena, posidonia y agujas de pino.

—Lena, querida. —Su madre se llevó una mano al pecho y respiró varias veces con dificultad—. No deberías seguir dando que hablar, no después de todo lo que te ha pasado.

Lena la apartó con brusquedad y se puso en pie, dispuesta a ignorar el frecuente dolor de su madre y su enfermedad. Solo un rato. Solo mientras estuvieran todavía vivas en sus retinas las imágenes de todo lo vivido esa mañana tan atípica.

—Hemos rescatado a un hombre que estaba a punto de ahogarse —explicó a la defensiva.

—¿Tú? ¿Tú has sacado a alguien del mar? —preguntó su abuela, que acababa de despertar de una de sus múltiples siestas, desde una mecedora que había colocado junto a la chimenea. A Lena el sarcasmo de su voz la hirió.

—No..., yo... Han sido Rafael y el farero nuevo. Pero he sido yo quien ha visto al naufrago primero.

Sonrió con disimulo, orgullosa de su hazaña, de haber logrado algo tan grande como salvar la vida de un hombre. Ella, tan pequeña e insignificante. Su madre fue a decir algo, pero una voz masculina llamó su atención, y se calló.

—¿He oído la palabra *naufrago*?

—¡Abuelo! —Lena corrió hacia la puerta con una sonrisa—. No se lo va a creer: ha aparecido un hombre de entre la bruma, como un espectro. He sido yo la que se ha dado cuenta. ¡Le ha faltado un pelo para estrellarse!

—¡Esas rocas del infierno! —exclamó el anciano, que le tendió la mano derecha y dejó que Lena lo ayudara a caminar mientras sostenía el bastón en la izquierda; le habían amputado un pie hacía unos años, y le costaba mucho caminar con su rudimentaria bota de madera—. ¿Y de dónde venía?

—No lo sabemos. Estaba inconsciente y así seguía cuando me he marchado. Los fareros lo han subido desde Cala Codolar en unas tablas y, luego, lo han llevado al faro para hacerlo entrar en calor. No se imagina qué nervios he pasado y qué susto tan grande.

—¿No habrás entrado ahí tú también? —preguntó su madre fingiendo un sollozo—. Al faro. Acuérdate de que la gente cuchichea...

—La gente, la gente... —Lena apenas logró contener la sonrisa ante la exagerada imitación de su abuelo—. Qué pesada eres, Margalida, hija. Ni que tú fueras un ejemplo de virtud.

—Padre...

—¡Sigue contándome, Lena!

El anciano se acomodó en la silla que había ocupado su nieta hasta hacía un momento, y ella siguió hablando mientras comenzaba a recoger los restos del almuerzo. Fingió que le daba igual que no la hubieran esperado y que, además, lo hubiesen dejado todo hecho un desastre; de todas formas, la tensión le había anudado el estómago y no tenía hambre.

Les relató su hazaña varias veces y, tal vez, la adornó un poco. Pero estaba emocionada como nunca; porque la Lena que ellos conocían, la que ella padecía día tras día y año tras año, tenía tanto miedo al mar que jamás se habría atrevido a bajar hasta la cala ni a permitir que la espuma salpicara sus brazos y su rostro.

Habló sin parar mientras se quitaba el mantón de lana y se acercaba a avivar el fogón que había dejado encendido antes de irse. Volvió a recordar su aventura cuando sacudía la tierra que se había colado en sus esparteñas, y barría con diligencia el suelo de piedra de la cocina y parte de las demás estancias.

Repitió la historia cuando su prima Pilar volvió a casa un rato después. Venía del pueblo y,

aunque no tardaría en hacerlo, aún no había llegado hasta allí la noticia del rescate. La relató a trozos, como relámpagos, mientras limpiaba y alimentaba a los animales, adecentaba los cuartos, removía las alfombras de esparto y fregaba los platos de barro. Respondió preguntas cuando preparaba la cena y la recogía después; se emocionó cuando, al darle las buenas noches, su abuelo la felicitó.

Lo que no les contó fue que había abrazado al náufrago. Tal vez no había sido realmente un abrazo, pero la había embargado una ternura tan desbordante al sostenerlo contra su cuerpo que temía que se hubiera parecido mucho a uno.

Tampoco les contó que le había sonreído y que, cada vez que cerraba los párpados, se le aparecían en las retinas sus ojos castaños nublados por la sal. Porque era la mirada de un hombre que se siente en paz por haber vuelto a casa, y eso era algo que jamás había tenido el placer de contemplar. O de imaginar siquiera. Eso era, para ella, un regalo. Una triste consolación.

Cuando se metió por fin en la cama, descubrió que estaba más exhausta por recordar lo sucedido que por haber tenido que ocuparse de todas las tareas sola. De hecho, ese día ni siquiera se había enfadado y así había podido ahorrarse el remordimiento por no haber acatado sus responsabilidades con mayor diligencia.

Se había aseado y peinado con calma, y había retirado con solemnidad y cierta reverencia cada uno de los restos con los que el temporal había adornado su melena rubia.

Se le hizo muy tarde y, para cuando consiguió echar las cortinas para no ver el faro, apagar el candil y cerrar los ojos, ya no sabía si los hechos habían transcurrido tal como su mente los recordaba o si los había transformado a fuerza de recrearlos. Y se dio cuenta, a oscuras y en silencio, de que su vida era tan simple y estaba tan vacía que se estaba sintiendo una heroína solo por haber visto como otros se comportaban como tales.

Se arropó, y las sábanas heladas le provocaron un escalofrío.

—¿Cómo es ese hombre?

La voz de su prima Pilar, que dormía a su lado, en la misma cama, la sobresaltó. Creía que estaba dormida hacía rato, pues no había dicho ni una palabra desde que Lena había entrado en la habitación. Tampoco había hablado mucho durante la tarde, y había intentado, como hacía a menudo, mantenerse lejos de la vista de su tía y de su abuela para que no la importunaran encargándole alguna tarea. Tenía una capacidad única para escabullirse, de día o de noche.

—¿El náufrago? —le preguntó en un susurro.

—No, Lena, el farero. ¿Qué me puede interesar a mí un náufrago?

—¿Y un farero sí?

Tardó en responder, y a Lena la recorrió una repentina sacudida de celos. ¿Qué le importaba cómo era?

—Solo es curiosidad —se justificó Pilar.

La sintió moverse, y Lena intuyó que le había dado la espalda. Hacía frío, y le habría gustado acercar sus pies a los de ella, como cuando eran niñas y Lena consolaba su llanto después de que sus padres hubieran muerto.

—¿Curiosidad por qué? ¿No tienes ya entretenimiento? Parece un hombre decente. Déjalo en paz.

—¿Qué intenciones crees que tengo? Lo que ocurre es que estoy harta de ver siempre a las mismas personas; me gustaría ampliar mi círculo de amistades.

—Pensaba que ya tenías un buen amigo.

Su prima se movió, y supo que la había encarado porque notó su aliento caliente y duro cuando respondió.

—No te atrevas a juzgarme, Lena, tú no.

—No me gusta.

—¿Quién?

—Tu amigo.

—¿Feliu? —preguntó Pilar a la defensiva—. Es a mí a quien me tiene que gustar.

—¿Y a tu marido?

Silencio. El viento hizo temblar la ventana. Lena se arrebujó un poco más, en busca de protección.

—Mi marido no está. Ni siquiera sé si volverá, así que déjame hacer lo que me plazca.

—Sabes, tan bien como yo, que Feliu no es un buen hombre.

—Para lo que me sirve, da igual si lo es o no.

A Lena le ardió la cara cuando comprendió a qué se refería su prima, y agradeció que estuvieran a oscuras y que no pudiera darse cuenta. Porque se reiría de su ingenuidad. O la llamaría mojigata. O envidiosa. Probablemente, cualquiera de las tres opciones era cierta.

—No quiero que te haga daño —aseguró—. Ni que te involucre en lo que sea que hace para ganar tanto dinero. No quiero que tú también sufras.

—No necesito tu protección ni tus atenciones abnegadas, perfectísima Lena. —Percibió odio en su tono y se preguntó qué le había hecho ella para que en los últimos tiempos la tratara tan mal—. Yo no soy tu madre, no necesito que nadie se ocupe de mí. Precisamente me casé para que me dejaran en paz, solo que mi querido esposo se lo tomó demasiado en serio.

—Pero, Pilar...

—No es mi culpa si esta isla es un lugar inhóspito para los hombres. Tampoco que sus mujeres lo sean.

—No digas eso. —Lena quiso taparse los oídos o, tal vez, taparle la boca; sus palabras dolían como puñales—. No es por el lugar y no es por nosotras.

Pilar guardó silencio largo rato antes de contestar.

—Claro que es culpa de este montón de rocas perdido de la mano de Dios. Solo vale para encerrar mujeres. La isla de las mujeres. Y lo entiendo: si yo fuera hombre, hace mucho que me habría marchado.

—No lo dices en serio, no dejarías a tu familia.

—Claro que sí. ¿No lo hizo mi Josep? Pues, ya que no puedo irme yo también, pienso disfrutar de la libertad que me dejó al largarse.

Lena suspiró, solo para obligarse a callar antes de reñirla más o de darle la razón. La primera opción la haría parecerse demasiado a su madre y a su severidad, y ella no censuraba a su prima desde la rabia o el resquemor, sino que le preocupaba de verdad; la segunda la convertiría en la mujer deshonesto que todos creían que era, y eso sí que no pensaba consentirlo.

Se limitó a quedarse a la espera del sueño, con los ojos cerrados, pero se hizo de rogar. En la monotonía de su existencia, había pocos días que acabaran con su mente rebosante de fareros guapos, de cúpulas gigantes de cristal o de rescates heroicos acantilado arriba.

De sueños, sí, y de vías de escape, también. Pero, por una vez, esa noche pudo sustituirlos por una novedosa realidad.

Capítulo 3

EL FARO DEL FIN DEL MUNDO

A la mañana siguiente, se levantó muy temprano, como de costumbre. Abrió la puerta, limpió un poco el fogón y ventiló la casa antes de que se despertaran los demás; así, podría volver a encender la lumbre pronto y su abuela no se quejaría de dolor de huesos.

Con las primeras luces del alba, salió a llevar a las gallinas algunas peladuras y mendrugos de pan del día anterior. Podían sentirse afortunados: para ser invierno, tenían más reservas y provisiones que en los últimos meses. Lena sonrió para sí, satisfecha. No había sido fácil, pero su esfuerzo había empezado a dar frutos.

Dos años antes, después de la desaparición de Sebastià y de la marcha del marido de su prima, había decidido que sus expectativas de futuro no podían depender de encontrar a un hombre que cuidara de ella o de su familia. No lo había habido nunca, en verdad, pues la presencia de su padre, que había emigrado hacía ya ocho años, había sido siempre intermitente; siempre ocupado con sus negocios, tan lejanos y secretos; siempre recibiendo más de lo que daba, de lo que su mujer y su hija necesitaban de él.

Por eso, una mañana había despertado dispuesta a tomar las riendas de su vida, y había decidido retomar la quema de carbón en la *sitja*^[1], que tantos años atrás había aprendido con Guiem, su primer novio.

Era un trabajo duro y pesado, insólito en una mujer; pero, antes de que él se hubiera ido a América y la hubiera dejado bailando con la nostalgia y la pena, habían pasado muchas horas trabajando juntos en el bosque. Y Lena recordaba casi a la perfección el procedimiento: buscar leña, amontonarla sobre el círculo de piedras, cubrirla de matojos y tierra arcillosa, prenderla. Y esperar durante días, a la intemperie, hasta que quedara reducida a brasas.

Para sorpresa de todos, lo había logrado, aunque había estado a punto de rendirse en varias ocasiones y le había costado lágrimas y dolor. Luego, había cargado el carbón en sacos, y Toniet la había ayudado a repartirlo por la Mola y venderlo. Había sido un éxito a pesar del esfuerzo, del cansancio y de las inclemencias del tiempo.

Se había sentido orgullosa cuando había comenzado a llevar dinero a casa. Su madre había torcido el gesto y le había reprochado que la dejara de lado y se despreocupara de la casa para dedicarse a una tarea tan poco apropiada para una jovencita. Lena había llorado y se había preguntado una y otra vez qué tenía que hacer para gozar de su aprobación, pero no se había rendido.

No quería seguir pasando penurias ni aguardando barcos que ya no iban a aparecer. Quería sentir que hacía algo más en la vida que sentarse a esperar, que podría afrontar su futuro sola.

Poco después, había flaqueado en su propósito al conocer a Joan; pues la necesidad de cariño, atención y compañía sincera seguía siendo adictiva. Además, la buena posición que él tenía como comerciante habría sido suficiente para que no tuviera que caminar sola de un extremo a otro de la isla. Pero la había abandonado también. Porque ella no había podido dejar su vida ni a su familia para acompañarlo a Denia en busca de oportunidades. No había sabido hacerlo.

Había llorado un poco, pero menos que las otras veces, ya que no se había permitido dejarse llevar por los sentimientos. Había protegido su corazón. Casi del todo. Y había seguido bregando sola con sacos y carbón, bajo el sol o contra el viento. Nadie lo haría por ella. Su familia la necesitaba. Pero, a veces, se sentía agotada como una anciana. Y sola. Muy sola.

Aquella mañana, cuando terminó de hornear el pan, una de las pocas tareas que de verdad le gustaban hacer, y se bebió un vaso de leche de cabra recién ordeñada, cogió un cesto y lo llenó con un par de coles y una enorme hogaza. Después, tomó el camino en dirección al faro, dispuesta a comportarse como una buena vecina. Y a saciar su curiosidad, claro, pero eso no iba a reconocerlo ni ante sí misma.

Aunque hacía mejor tiempo que el día anterior, se cubrió bien con el pañuelo, y se puso los guantes y el mantón que ella misma había tejido. También, se llevó el sombrero porque, incluso en invierno, su piel era tan delicada que podía acabar manchada por el sol.

Este nacía a su espalda, y Lena pisó su sombra alargada con decisión. Fue como perseguirse a sí misma, solo que nunca se alcanzaría. Sonrió ante aquella confirmación que le regalaba la naturaleza.

El lentisco, el brezo y el romero se mecían a ambos lados del sendero, embarrado por el rocío y por la niebla, y los escasos pinos de la zona se fueron dispersando conforme el paisaje se volvía más árido. Las lagartijas huían espantadas cuando sus pasos decididos levantaban la tierra rojiza. La mañana había nacido luminosa, y el cielo, azul.

Al llegar al faro, se detuvo bajo la torre y miró hacia arriba, fascinada. No lograba explicarse cómo una construcción tan alta y estrecha conseguía mantenerse en pie. Recordó las horas eternas que había pasado observando como un grupo de hombres, venidos de muy lejos, había ido levantándola casi por arte de magia. Había subido por fin hasta lo alto, pero le parecía increíble que hubiera sucedido.

—¿Lena? —Se volvió y se encontró con el rostro cetrino y tosco de Rafael—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—He venido a traeros unas cuantas cosas. —Alzó la cesta, y Rafael hizo un gesto con la mano para indicarle que no era necesario—. He pensado que ahora sois dos y que necesitaréis alimento.

«Tres. Son tres».

Pero no quiso pensar en el naufrago porque se le encendían las mejillas al recordar que le había cantado. Nunca había cantado delante de un hombre. Nadie sabía que podía cantar así. Era su más íntimo secreto y solo iba a mostrarlo a sus futuros hijos, cuando los acunara contra su pecho a la hora de dormir.

—¿Has venido sola? ¿No me has traído a Marina?

Lena rio ante su expresión compungida; Rafael estaba enamorado de su amiga hasta las trancas.

—Es muy temprano para venir desde el pueblo. A mí me queda más cerca. Más tarde tengo que ir. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—Que la echo de menos —respondió él con un falso puchero.

—Estoy segura de que ella a ti también. —La azuzó un ramalazo de envidia, y se apresuró a

cambiar de tema. Le tendió el cesto—. Toma, hay pan caliente.

—¿De verdad? —Rafael lo cogió y olisqueó dentro—. Santo Cielo, huele a gloria. Ven, acompáñame adentro. Podrás entrar en calor, y Quim estará encantado de descubrir que por aquí cerca hay una mujer que le hornea pan.

Lena se tocó la cara, tímida, y lo siguió hasta el interior del faro. Como pudo, contuvo sus ganas de preguntarle por el náufrago; no le pareció prudente interesarse por un hombre desconocido.

Rafael dejó el cesto en el suelo y le pidió que esperara mientras avisaba a su compañero. Ella aprovechó para recolocarse la falda y asegurarse de que el lazo rosa de su trenza estaba impecable.

Quizás, el día anterior no había causado muy buena impresión, aunque tenía excusa por el susto. Aquella mañana, en cambio, tenía que parecer una mujer decente. El tipo de mujer que amasa pan cada mañana para su familia y que huele al caro perfume de rosas que un enamorado le había regalado mucho tiempo atrás.

Mientras esperaba, se entretuvo estudiando las bóvedas del techo, las paredes recién encaladas y las puertas de madera que olían todavía a pintura. Junto a la escalera que subía a la cúpula, se abría un amplio corredor.

Le pareció escuchar una voz y se estremeció. Desde una ventana cercana, le llegó el sonido de las olas que rompían a sus pies, que fue a mezclarse con un lamento que le removió el estómago.

Echó a andar antes de entender por qué y para qué y, en pocos segundos, se encontró paralizada frente a la puerta de una habitación en la que solo había una cama.

Y en la cama, un hombre.

Se quedó muy quieta, casi sin respirar, para que no la descubriera. Pero enseguida se dio cuenta de que estaba dormido. Respiraba de forma pausada, y su pecho alzaba rítmicamente la manta con la que lo habían cubierto. Debajo, era obvio que estaba desnudo.

Dio solo un paso al frente, y confirmó que su rostro y su cabello estaban limpios. Sus dos rescatadores lo habían lavado y tratado con amabilidad; no cabía duda de que eran buenos hombres. Tenía el pelo más claro que cuando ella se lo había apartado, húmedo, de la cara. Y se veía más vulnerable.

Emitió un gemido y Lena se sobresaltó. Esperó que él abriera los ojos y la mirara como el día anterior, pero pasaron los segundos y no sucedió nada. Le pareció que ya no respiraba. Preocupada, dio tres pasos hacia la cama. Cuatro. El hombre soltó la respiración de golpe, y Lena recobró la suya.

Lo vio removerse, inquieto, y pronunciar varias palabras que no entendió. Luego, lo oyó llorar. Nunca había oído a un hombre llorar. A Toniet, quizás, pero no era igual. No tenía ese aspecto exótico, misterioso. Masculino. No la había mirado como si fuera un ser mágico, aunque hubiese sido solo durante unos segundos.

Por eso se acercó a la cama casi sin darse cuenta. Incluso se chocó contra el borde del colchón. Sus lamentos la conmovieron profundamente. Alzó una mano y la posó sobre su brazo, pero él se removió como si quisiera soltarse de un agarre imaginario.

Lena dio un paso atrás y deseó que apareciera alguien. El hombre dijo algo más. Y Lena, asustada, preocupada, susurró:

—Tranquilo. Estás a salvo. Tranquilo.

No surtió efecto. Esperó. Chistó para calmarlo, como a un bebé o a un animalillo herido. Nada. Solo un quejido de dolor. Nerviosa, se rindió. Dio una zancada y se colocó a su lado. Se quitó el sombrero, agachó la cabeza y le cantó. Bajito y avergonzada, cerca del oído. Cantó mucho rato,

con voz trémula y desafinada, hasta que él pareció reaccionar y se relajó un poco.

—Despierta —le rogó dominada por la impaciencia—. Óyeme. Ven a mí. Despierta...

Él se sacudió con brusquedad, y sus narices se rozaron. Lena se apartó de golpe y trastabilló.

—Hola, Lena —saludó una voz a su espalda. Se giró de inmediato y descubrió a Quim, sonriente—. ¿Cómo estás?

—Hola. —No supo qué más decir, en medio de su agitación, preocupada como quien ha sido atrapada comportándose de forma indebida.

—Aún no ha despertado —le explicó Quim como si hubiese percibido su curiosidad.

—¿Ni un momento?

—No. No sabemos cuánto tiempo llevaba en el mar. —Se aproximó y se detuvo a su lado. Ambos lo contemplaron—. Hemos buscado el barco del que puede haber caído, pero no hay rastro de ninguno en esta parte de la costa. En cuanto pueda, iré al pueblo. Indagaré y buscaré un médico; nos han dicho que solo hay uno en la isla y que vive lejos, en Sant Francesc. Queda un poco lejos, ¿no es así?

Lena asintió.

—Quizás algún pescador del Pilar sepa algo —sugirió.

—Quizás.

—Si puedo ayudar...

—Trae más pan caliente; creo que, si despierta, lo va a necesitar. —Quim le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa, pues la de él parecía franca, cariñosa, sincera—. Vamos afuera, Lena. No deberías estar aquí; no es apropiado.

La tomó del brazo con suavidad y la acompañó hacia la salida. Lena tardó en apartar la vista del naufrago porque, por un momento, le había parecido que sonreía.

—Me han dicho que eres medio inglesa —comentó Quim mientras la conducía al exterior y la soltaba de inmediato, apurado de repente.

—¿Quién? —Imaginó las decenas de historias que podrían haberle contado sus vecinos sobre ella y se asustó.

—Rafael.

—Ah. En realidad, soy medio irlandesa —corrigió.

—Y muy guapa.

—¿Eso también te lo ha dicho? —Sonrió.

—No, eso lo estoy constatando yo. También, me ha contado que tu padre era un pirata.

Lena bufó molesta y se encogió de hombros.

—Eso decía él.

—Eso explica el color de tu pelo. Y las pecas. Eres como... un hada. —Lena se llevó una mano a la trenza y sonrió en agradecimiento, por si era un cumplido.

—Yo... Creo que solo soy la hija de un pirata irlandés.

«La hija ilegítima de un pirata irlandés». Aunque ni eso, porque su padre había sido muchas otras cosas: delincuente, contrabandista, ratero, destilador de bebidas espirituosas, mentiroso y mujeriego. Lo de pirata le quedaba demasiado grande, terrorífico y admirable para alguien que había significado tan poco en su vida.

No le había dejado nada antes de huir en busca de aventuras y abandonarla, salvo un pelo rubio poco usual y una piel demasiado delicada para el sol mediterráneo. Sí se había llevado lo más

importante: a su primer amor o el corazón y salud de su madre. En eso sí se había comportado como un auténtico pirata.

—Me alegra haber encontrado gente tan amable en este lugar —continuó Quim—; no es fácil vivir lejos de casa cuando el ambiente es hostil.

—Si te soy sincera, no siempre somos acogedores con los forasteros. Necesitamos... adaptarnos. Te lo digo por si te resultan incómodas las miradas cuando vayas al pueblo. Es normal...

—Acompáñame tú, entonces. —Le guiñó un ojo—. Me aceptarán más rápido; estoy seguro.

—No sé... No lo creo. Yo...

—Voy a quedarme mucho tiempo por aquí, así que me gustaría conocer a la gente y hacer amistades. Establecer relaciones, ya sabes.

Era la primera vez que un hombre hablaba, delante de ella, de establecerse en la isla. No pudo controlar un estúpido suspiro de ilusión. De esperanza.

Cuando regresó a casa, tan solo se había levantado su abuelo. No tenían reloj, pero Lena sabía que, aunque en invierno el sol siempre dibujaba sombras, estaba lo suficientemente alto en ese momento como para sentirse molesta con las mujeres de su familia.

Su abuelo estaba en una silla junto a la puerta, arrebujado en una gruesa capa de lana. Su silueta oscura destacaba contra la pared encalada de la vivienda. Daba la impresión de querer levantarse y echar a correr. Su mirada compasiva y sus deseos de ayudarla mortificaban a Lena, que habría agradecido trabajar codo a codo con él, como habían hecho durante mucho tiempo antes de que se le infectara el pie.

Lo saludó y le dio un beso; luego, entró a la casa con la intención de preparar el almuerzo, aunque también de hacer todo el ruido posible. Se descubrió la cabeza y se quitó el mantón. Se puso el delantal viejo y se dedicó a mover muebles y a golpear cacharros.

Cuando su madre, su abuela y su prima se levantaron, la casa estaba impoluta y ella, agotada pero satisfecha al ver las caras de cansancio y fastidio con las que aparecieron.

Después fue al pueblo, al Pilar. No consiguió convencer a ninguna de las tres de que la acompañaran, y en el fondo le agradó la idea. Estuvo tentada de avisar a Toniet, porque era un joven divertido y a la vuelta la ayudaba a cargar la cesta, pero prefirió disfrutar en soledad de sus pensamientos, desatados en exceso aquella mañana.

Hizo el trayecto, de una media hora, a pie, con pasos inusualmente sosegados. Mientras recorría el camino recto y bordeado de *marges*^[2], rememoró todos los acontecimientos insólitos que había vivido en las últimas horas. Se sentía... extraña. Feliz, suponía. No estaba de más un poco de aventura en la monotonía de los días.

El Pilar de la Mola era apenas una treintena de casas blancas arremolinadas en torno a una iglesia, también encalada. Era justo el centro exacto de aquella meseta que se alzaba a cientos de metros sobre el mar, distante de aquel por los cuatro costados, separada del resto de la isla por un istmo que podía atravesarse a pie en apenas unos minutos.

La Mola era una isla dentro de la isla. Un lugar que nadie en su sano juicio tendría interés en visitar, en el que nunca pasaba nada; donde, generación tras generación, se cruzaban las mismas familias, las mismas costumbres y los mismos nombres.

Lena no vivía en el pueblo, pero conocía a todo el mundo. Fue primero a saludar a don Miquel, el párroco con el que, a fuerza de confesiones descarnadas, había entablado una relación parecida

a la amistad. A Lena le agradaba, a pesar de su severidad, porque entendía bien sus sentimientos y sus motivos para actuar como lo hacía, y era el único que censuraba a los convecinos cuando murmuraban acerca de supersticiones, de muchachas malditas y de rumores maledicentes.

Lena le agradecía su benevolencia haciendo pequeñas tareas en la iglesia o acompañándolo a visitar a los pobres. Aunque solo fueran un poquito más pobres que ella. A él también le dio un pan y le aseguró que era de harina de la buena, del trigo que reservaba para los que quería.

Después, se acercó a casa de Apolonia, una anciana viuda sin recursos, a la que le llevaba pan y carbón de vez en cuando, y que era una de las pocas personas en el pueblo que parecía apreciar a Lena y no evitaba su compañía. La mujer se lo agradecía con su atención y compartía con ella lo que lograba sacar de su casa.

Por último, fue en busca de Marina, cuyos padres regentaban una pequeña fonda justo al lado de la iglesia. Había empezado como refugio para campesinos y carboneros y, con el paso de los años, había acabado por acoger también a pescadores que estaban de paso y no podían salir a faenar por algún motivo. Precisamente, esos días había estado a rebosar a causa del temporal.

Marina no solía servir mesas ni atender a clientes, pues sus padres preferían protegerla de las miradas de los hombres, mucho más desde que se había comprometido con Rafael. Era hija única, como ella, pero en su casa la cuidaban como a un tesoro, como a un pastel delicado envuelto en una fina gasa del algodón más suave.

De hecho, los novios no se habían conocido allí, sino en casa de Lena, una tarde de otoño en que las dos muchachas bordaban bajo los últimos rayos de sol y Rafael había aparecido corriendo para pedir un par de velas. Llevaba muy poco tiempo viviendo en el faro y estaba solo, por lo que le costaba calcular las provisiones.

Se habían enamorado al instante, y el farero las había visitado casi cada tarde con la excusa de que eran sus vecinos más próximos. Hasta que había descubierto que Marina vivía en el pueblo y había empezado a pasar de largo. Aunque era amable y en ocasiones se detenía a charlar con el abuelo, Lena y su familia se habían vuelto invisibles a sus ojos.

No así a los de los demás pues, cuando Lena entró a la fonda, todas las cabezas se volvieron hacia ella. Fingió que no se daba cuenta y buscó a la dueña, que la saludó con una sonrisa y le indicó con un gesto que Marina estaba en la cocina. La joven le sonrió al verla llegar.

—¿Está más tranquila mi rescatadora favorita? —le preguntó—. ¿Te has recuperado de la impresión de bajar por esas piedras infernales?

Lena asintió.

—He ido al faro temprano —dijo en tono de confesión.

—¿Y cómo está? ¿Lo has visto?

—¿Al náufrago?

—¡No! A mi Rafael. ¿Qué me interesa a mí un náufrago? Siempre llegan náufragos en esta época.

—No es verdad, ya no tantos. —A Lena la decepcionó la falta de interés de Marina—. Dice mi abuelo que, antes de que existieran los barcos de vapor, llegaban muchos más.

—No sé, a mí me sigue pareciendo de lo más normal.

—Claro, porque todos me tocan a mí.

Marina se dio cuenta de su repentina tristeza. Se acercó a ella y la cogió de la mano, con una sonrisa radiante. Siempre estaba contenta. Era bonita y buena, y se merecía ser feliz.

Lena no quería sentirse celosa. Deseaba que le fuera bien. Pero no podía dejar de querer lo que su amiga tenía: la facilidad con la que vivía y se enfrentaba a los días.

—Mis padres están fascinados con la historia de ayer —dijo Marina—. Les he contado que

bajaste hasta la cala y que cuidaste al hombre hasta que pudieron subirlo al faro, y piensan que eres muy valiente.

—¿De verdad?

Marina asintió.

—Pues claro. Todo lo que haces... Yo no sé si sería capaz.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lena confundida.

—Al trabajo tan atípico que sacas adelante tú sola —respondió Marina con cara de obviedad—; al modo en que cuidas de tu familia, de tu madre enferma.

—Sí, mi madre... —Lena suspiró.

—Estoy segura de que está muy orgullosa de ti. Yo lo estoy. Eres la mejor amiga que podría tener. —Bajó la vista hacia el cesto que Lena sostenía—. ¿Hoy no has traído carbón?

—No. Solo he venido a traer un par de cosas y a charlar contigo.

—¿Quieres que te cuente un cotilleo?

—No se me ocurre nada mejor a estas horas.

Entre risas, se sentaron en un par de viejas sillas, al calor de un fuego en el que hervía un enorme puchero.

—He oído decir a mi padre que Feliu Dolç estuvo aquí, hace dos noches, con una amante —susurró.

—¿Feliu? —Lena pensó en su prima Pilar, encerrada en uno de los pequeños cuartos del piso de arriba, después de atravesar el comedor atestado de gente, para tumbarse en la cama y hacer a saber qué tipo de cosas con ese hombre. Se le revolvió el estómago—. ¿Y dijo quién era?

—No. Iba bien cubierta y se quedó un poco apartada. Se ve que entraron separados o, al menos, a una distancia prudencial. ¡Por Dios, Lena! ¡Qué vergüenza! ¿Te imaginas?

—Claro que me lo imagino. Es lo que la gente piensa que hago yo.

—No es verdad. —Lena se encogió de hombros, como si le diera igual; quería que le diera igual. Marina intentó tranquilizarla—. Tú no has tenido ningún amante, qué tontería.

—Ya lo sé. Y tú también lo sabes. Pero los demás... ¿No te has dado cuenta de cómo me miran cuando entro aquí? Ni siquiera sé cómo tus padres me permiten visitarte.

—Porque tú eres una mujer decente, y ellos lo saben.

—Ya...

—No, amiga, no te consiento que pongas esa cara. La gente habla por hablar, y no te mereces estar triste ni que te juzguen después de lo que has pasado.

Marina se levantó a remover el contenido del puchero. Lena solo contempló el fuego durante un rato, sin decir nada. Sabía que su amiga tenía razón y que ella nunca había hecho nada indebido, pero lo cierto era que todos creían que era una especie de bruja o mujer maldita que seducía a los hombres para luego librarse de ellos echándolos al mar, en mitad de un temporal, para que no pudieran regresar.

Con Joan no había sido exactamente así, pues el día que habían roto su noviazgo era julio y brillaba el sol. La respuesta de la gente fue que el joven había huido al enterarse de cuál iba a ser su aciago destino. Era todo muy absurdo, pues la única que se había quedado llorando, en cada uno de sus abandonos, había sido ella.

Daba igual, todos daban por hecho que las mujeres de su familia eran unas indecentes. Los orígenes ilegítimos de Lena no ayudaban. Y las recientes indiscreciones de su prima con el hombre más importante de la Mola tampoco.

—Creo que era Pilar —confesó.

—¿Quién?

—La amante de Feliu —aclaró sin atreverse a mirarla.

—¿Tu prima?

Lena asintió. Marina volvió a remover el caldo. En su mundo perfecto y protegido, no había cabida para sórdidas historias de adulterio.

—Y no me gusta —continuó a la espera de que contarle le permitiera sacárselo, al fin, de dentro y desahogarse—. No solo porque sea una indecencia, sino porque ese hombre tiene un aire... siniestro.

—Es guapo y adinerado —observó Marina—. Y es el capitán del *sometent*^[3] de la Mola, así que también es un hombre respetado.

—No me refiero a eso. Hay algo en él que no me gusta, algo oscuro.

—Y Pilar está casada.

—También. Y últimamente la he visto con ropa y objetos de aspecto caro. Y le trae tabaco del bueno al abuelo, ¿cómo puede pagarlo?

Marina torció la boca, como si no acabara de entender a qué se refería. Tardó un poco en asociar la afirmación de Lena con lo que estaban comentando de Feliu.

—¿Crees que se lo regala él! —Lena asintió, y Marina puso cara de obviedad—. Es normal, ¿no? Ese hombre tiene mucho dinero, al parecer. Se está construyendo una casa junto al molino y se ha hecho traer un caballo de Ibiza. Y gasta mucho dinero aquí, todos los días.

—Demasiado para un simple comerciante.

—¿Qué insinúas? —Marina habló bajito—. ¿Que lo roba?

—No exactamente. Creo que... —No pudo terminar porque unos gritos desatados y alguien que corría hacia allí las sobresaltaron.

—¡Lena! ¡Lena!

Toniet entró en la cocina como un caballo desbocado, se detuvo frente a ellas e intentó hablar, con la respiración agitada por la carrera.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lena preocupada—. ¿Por qué corres así?

—¡Tienes que venir enseguida! ¡Rápido!

—¿Qué ocurre? ¿Es mi abuelo? ¿Le ha pasado algo? —Toniet negó—. ¿A mi madre?

—Es el náufrago. —El muchacho se dobló, entre resuellos, y se apoyó las manos en las rodillas—. Se ha despertado.

A Lena le dio un vuelco el corazón.

—¿Y está bien? ¿Has venido a buscar al médico? Ya sabes que solo viene por aquí los martes.

—¡No! Tienes que venir tú, ya te lo he dicho.

—¿Por qué?

—Porque habla como tú. —Lena lo miró sin comprender. Ella hablaba igual que los demás, el mismo idioma que Quim y Rafael incluso, aunque tuvieran un marcado acento forastero—. Me han encargado vigilarlo, porque estaba inquieto y tenían que hacer unas reparaciones en dos de las ventanas por culpa del temporal —aclaró—. Y de pronto ha abierto los ojos y ha empezado a hablar. No entendía ni una palabra, pero entonces ha dicho nuestro saludo secreto. ¿Te acuerdas?

«Hello», recordó Lena. La lengua de su padre. La que hacía tantos años que no usaba más que con sus propios pensamientos, cuando eran tan inapropiados que prefería que incluso en su mente quedaran en secreto.

El náufrago hablaba inglés. Le entró el miedo porque, de pronto, comprendió que ella era la única persona en la isla que podría comunicarse con él.

Capítulo 4

TIERRA A LA VISTA

Tuvo que esforzarse para no correr, porque Toniet le insistió en que el náufrago estaba bien, en que solo parecía un poco confuso y desorientado. Pero a Lena las piernas se le iban solas.

No comprendía el motivo de su desazón y no se permitió detenerse a reflexionarlo. Estaba segura de que tenía que ver con el hombre —los hombres— que había perdido y que, tal vez, también habría despertado un día en una isla muy lejana, sin que nadie los hubiese podido entender.

Cuando llegaron al faro, Lena no se detuvo a saludar a Quim, que la aguardaba impaciente frente a la puerta principal. Lo esquivó y corrió hasta la habitación donde descansaba el náufrago.

Se paró en seco tras cruzar el umbral. Estaba sentado al borde de la cama, completamente despierto. Se sujetaba un costado con la mano, y, en cuanto la oyó entrar, la atravesó con los mismos ojos tristes y perdidos con los que le había rogado un poco de amparo bajo el acantilado.

Lena se quedó paralizada, pero él se puso en pie de inmediato, con suma dificultad. Se quejó y dijo algo que Lena no entendió. Caminó hacia ella cojeando. Dos pasos. Tres. La miraba fijamente. Había una emoción indescifrable en su expresión que la hizo sentir... única. Distinta a la mujer que siempre había sido. Valiosa.

—Hola —atinó a decir en su inglés empolvado y mustio.

Él abrió mucho más los ojos, y su voz áspera le acarició el oído.

—Tú... Eres tú.

Le sorprendió que su voz fuera tan diferente a la que recordaba de su padre; porque de alguna manera había esperado que, al usar el mismo idioma, sonara igual. Pero esa era ronca, muy grave, como si él estuviera soñando. Lena nunca había oído a un hombre susurrar de aquel modo, y se le erizó la piel.

—Hola —repitió como una boba.

—¿Dónde estoy?

—En Formentera —respondió.

Se preguntó por un momento si la isla se llamaba igual en inglés, si acaso alguien ahí fuera la conocía, pero enseguida vio una mueca de reconocimiento en el rostro del náufrago. Y también de dolor, aunque no del que se apodera del cuerpo, sino del que sale directamente del centro del alma.

—¿No estoy muerto?

Lena creyó que no lo había entendido bien; la respuesta era obvia.

—No.

Le temblaba la garganta. Se sentía intimidada. Era un hombre desconocido llegado de tierras lejanas, y ella, una pobre muchacha que apenas se había alejado un puñado de kilómetros de su casa en toda su vida. ¿En qué podría ayudarlo?

—¿Eres una sirena, entonces? —De súbito, la agarró por las muñecas—. ¿Una hechicera? —Un espasmo de terror recorrió el rostro del náufrago. Lena se fijó en la tenue barba que lo cubría y en el miedo que velaba sus ojos—. Tú me has traído hasta aquí, ¿verdad? ¿Dónde están mis compañeros?, ¿qué has hecho con ellos? —La sacudió un poco, para apremiarla a responder—. ¿Están vivos?

Quim entró en la habitación y se les acercó.

—¿Qué ocurre, Lena? —preguntó preocupado. El desconocido la soltó de inmediato, y Quim le puso una mano en la espalda que la tranquilizó.

—Me pregunta por sus compañeros. —Tragó saliva mientras frotaba la zona que el hombre, que no apartaba la vista de ella, había rodeado con sus manos.

—Dile que no sabemos nada —le indicó Quim—. Pregúntale quién es, de dónde viene.

Lena se aclaró la garganta, pero apenas logró pronunciar una palabra.

—Tú...

—Arthur —la interrumpió—. Arthur Alexander Stanhope, vizconde de Sternford. ¿Dónde están mis compañeros, por el amor de Dios?

—No están —respondió Lena—. Aquí solo has llegado tú.

Él se tapó la cara y murmuró. También gimió un par de veces. Parecía desolado.

—Tengo que ir a buscarlos. —Intentó caminar, pero una punzada de dolor lo dobló de inmediato, y tuvo que sentarse—. ¡Maldita sea!

—Lo siento —dijo Lena.

Él la miró de nuevo.

—Pero ¿tú eres real? —preguntó—. ¿De verdad existes?

No le tenía miedo y, desde luego, no parecía peligroso, pero Lena dio un paso involuntario hacia atrás.

—Sí —respondió abrumada.

—Fuiste tú quien me llamó. —No lo preguntó, sino que lo afirmó, y ella estuvo tentada de decirle que sí en un impulso—. Te oí cantar.

—No se lo digas a nadie —rogó.

—¿Por qué? —Lena no contestó, y él suspiró derrotado—. ¿Quién eres?

—Lena.

—¿Lena?

Lo repitió como si no le creyera; como si fuera demasiado poco, demasiado simple. Como si hubiera esperado mucho más.

—Solo soy una mujer.

—No, Lena, ¿no lo ves? —Movié la cabeza varias veces, tal vez para apartar una idea horrible—. Tú eres... todo. El fin de mi viaje. Tú eres tierra firme.

Querría haberle preguntado si estaba loco pero, antes de reunir el valor, Quim intervino.

—¿Qué dice?

—Está un poco... mareado.

—Dile que es normal. Estaba helado y herido cuando lo encontramos, y apenas ha pasado un día. —Lena iba a traducir, pero Quim no le dio tiempo—. ¿Quién es?, ¿te lo ha dicho?

—Arthur —se limitó a decir.

El náufrago volvió a levantarse al oír su nombre, con evidente dificultad.

—Lena... —repitió.

—¿De dónde viene? —insistió Quim.

Lena se atrevió a sostenerle la mirada.

—¿De dónde eres, Arthur?

Y entonces la desarmó.

—Ahora de aquí, de donde estás tú.

Lena se sintió enrojecer y balbuceó lo primero que se le ocurrió.

—De Inglaterra. De... Sternford, o algo así.

—Hace mucho que no voy por allí —explicó el hombre. La había entendido, y eso hizo que Lena se avergonzara aún más—. Regresábamos de una larga expedición por el Mediterráneo. Mis compañeros y yo... —Mencionarlos de nuevo lo obligó a coger aire varias veces para no echarse a llorar. Lena recordó cómo había consolado su llanto hacía solo unas horas y estuvo tentada de cantarle bajito; su pena la enternecía, la hacía sentirse un asidero estable y sólido en medio de su inestabilidad—. Me vas a ayudar, ¿verdad? Nadie más puede hacerlo. Dime dónde están. ¡Por todos los santos, dímelo! —Sus ojos brillaron suplicantes—. O cántame otra vez. Solo un poco. Abrázame, por Dios. Abrázame hasta que despierte de esta horrible pesadilla.

Quim debió de verlo muy nervioso, porque otra vez se aproximó a ella y la cogió del brazo.

—Dile que aquí está a salvo —aseguró—, que puede quedarse el tiempo que necesite.

—No teme por él, no es eso —explicó Lena con el pulso desbocado—. Lo que ocurre es que quiere encontrar a sus compañeros.

—¿A dónde iba? —preguntó Quim.

—¿A dónde ibas? —tradujo ella, ansiosa por escapar de aquella conversación y de aquella asfixiante torre cuanto antes.

—Iba... Íbamos hacia Ibiza. Luego, vinieron la tormenta y el monstruo. —Se le escapó una risita irónica.

—¿Qué monstruo?

—Del que tú me salvaste.

—¿Yo?

—¿Qué dice? —la apremió Quim. Lena se tomó unos segundos antes de contestar.

—No se encuentra bien. Creo que está muy afectado; debería verlo el médico. —Se volvió hacia Quim, pero aun así se dio cuenta de que el otro hombre la seguía observando fijamente—. Estoy segura de que Toniet puede ir hasta Sant Francesc a avisarlo. Será más rápido si viene en barca.

—¿Qué tiene? Le hemos curado las heridas, pero veo que se queja de dolor en el costado; puede que tenga una costilla rota.

—No —dijo Lena—. Aparte de eso, hay algo más. Es algo de... —Se llevó una mano a la frente—. Aquí.

—¿Tiene fiebre?

—No... O, tal vez, sí. Está enfermo. Trastornado. Es mejor que lo dejemos descansar.

Quim asintió. Ambos se volvieron hacia él, que se había quedado en silencio, con expresión perdida. Lena pensó que sus ojos parecían estar captando algo que no estaba realmente allí. Algo lejano, exótico, mítico, que estaba en ella y a la vez en su imaginación. Era un pobre loco perdido en un mundo que desconocía.

Lena hizo amago de marcharse, pero Arthur, el náufrago, la interrumpió.

—No irás a abandonarme aquí, ¿verdad? ¿Vas a dejarme solo? Ayúdame a luchar contra los

monstruos y contra la vida, por lo que más quieras. Te necesito, Lena.

Se volvió hacia él de golpe, furiosa de repente por su clara exigencia y por la desazón y la pena que le producían sus palabras. Lo último que necesitaba Lena era una carga más.

—No hay nada más que pueda hacer por ti —le dijo encarándolo. Él solo la miró con atención, incapaz de hablar—. No es mi obligación cuidar de todos y de todo. Si necesitas algo, Quim y Rafael te ayudarán, son buenos hombres.

Salió de allí a toda prisa, temblando de vergüenza y de turbación. No tenía derecho a pedirle nada porque no era su responsabilidad. ¿Qué se había creído? Lena ya tenía sus propios monstruos a los que enfrentarse sola.

—Lenita, me gustaría visitarte alguna vez. ¿Me dejarías?

Lena se detuvo y lo encaró. Todavía estaba un poco alterada, pero la breve caminata junto a Quim, de regreso a casa, la había apaciguado un poco; e incluso empezaba a pesarle la idea de que se había comportado como una maleducada con un pobre demente. Desechó la idea y estudió el rostro de Quim para buscar la burla en su propuesta, pero parecía nervioso y expectante.

—¿Por qué?

Él arrugó el ceño ante su recelo, y Lena comprendió que su interés era sincero.

—Me pareces... una mujer fascinante. Guapa, discreta y dulce. Y haces un pan delicioso.

Ella sonrió satisfecha. Y con una pizca de orgullo, ¿por qué no? El enfado se esfumó del todo.

—Soy buena cocinera —precisó.

—Estoy seguro de que tienes muchos otros talentos. —A Lena le dio la impresión de que se había ruborizado, y le pareció encantador.

—Sé cocinar, tejer, bordar y secar pescado.

«Y cantar. Maldito náufrago».

—Eso es estupendo —apreció Quim—. Creo que tú y yo nos llevaremos bien.

Ella entendió su proposición y asintió. Él exhaló aliviado, luego miró a su alrededor e hinchó el pecho con satisfacción. Le gustaba el paisaje, le gustaba la isla y le gustaba ella. E iba a quedarse.

A Lena la asaltó una visión en la que se sentaba a tejer en el último peldaño del faro, justo bajo la cúpula, donde la luz del cielo se rompería en decenas de minúsculos arcoíris, mientras el olor a pan caliente ascendía por los cien escalones e inundaba sus fosas nasales.

No tendría nada más que hacer, ni cargar sacos ni segar campos ni padecer a la intemperie. Visitaría a su madre y a sus abuelos por la mañana, para comprobar que estaban bien, y pasaría el resto del día al calor de la chimenea o al fresco del acantilado. Se asomaría de vez en cuando al fin del mundo y suspiraría de felicidad por tenerlo tan cerca como para poder soñar, pero sin tener que tocarlo.

Dejaría de ser la responsable de todos y de todo, y dejarían de depender de sus cuidados y de su falsa resistencia. A cambio, sería ella la que tendría a alguien que velara por su bienestar.

—Gracias por acompañarme —dijo—. Y claro que puedes venir a visitarme cuando quieras; estaré encantada de que lo hagas.

Capítulo 5

NÁUFRAGO

Arthur no dejaba de preguntarse en qué momento se había vuelto un estúpido. Debía de haber tragado demasiada agua, demasiada sal. Y el cuerpo, el cerebro y todos sus sentidos habían quedado embotados o habían sido arrastrados por las olas hasta el fondo marino.

Cuando la mujer y el hombre que lo habían rescatado salieron de la habitación, él se limitó a observar la puerta durante un tiempo indeterminado. Tampoco tenía otra cosa que hacer, ni fuerzas para intentarlo. Así que aprovechó para respirar, para serenarse y comprender. Y, sobre todo, para parecer un ser humano normal si ella regresaba.

Ella. Lena.

No tenía ni idea de quién era aquella muchacha de rostro pálido y de ojos grises como nubes de tormenta, aunque estaba convencido de que era la culpable de todo. No del temporal ni del abordaje, y mucho menos del naufragio, sino de que estuviera vivo. Él estaría muerto a aquellas alturas si ella no lo hubiese llamado.

Recordaba la balsa, el frío y la sed, pero también la voz que lo reclamaba desde la distancia y lo arrastraba hacia las rocas. Y era absurdo porque él no había remado hacia allí y tampoco había oído nada. No se había movido, pues apenas tenía fuerzas para respirar. Pero lo había llamado, y de eso estaba tan seguro como de que tenía dos brazos, dos piernas y un dolor insoportable en la mayoría de los huesos y músculos del cuerpo.

Llevaba años recorriendo el mundo en una busca frenética por encontrar el rastro de cualquier ser maravilloso: hadas, ninfas, vampiros, el kraken. Sirenas. Sabía distinguirlos. Lena era una sirena. Una de carne y hueso, con el aroma de la sal y con la fuerza arrolladora del mar; solo que, curiosamente, lo había salvado.

Esperó largo rato, tal vez horas, inmóvil, pero no regresó. La había asustado. O, quizás, avergonzado. Era un idiota y ni al borde de la muerte era capaz de dominar sus arrebatos.

Por primera vez desde que había despertado, empezó a temer a la soledad. Miró a su alrededor. Era una habitación pequeña; apenas ocupada por un camastro, una mesilla y una butaca bajo una ventana, que estaba cerrada, así que Arthur no logró averiguar qué había fuera o dónde estaba.

La muchacha le había dicho que en Formentera. Eso tenía lógica, puesto que iban camino de Ibiza cuando todo se torció, y recordaba haber leído ese nombre en una pequeña isla próxima en el mapa que James llevaba meses trazando con precisión.

Lo asaltó un nuevo sollozo al recordar que, hacía apenas dos noches, estaba compartiendo una botella de absenta con él y con el resto de sus compañeros bajo el cielo estrellado.

Sus compañeros. Sus amigos. Sus hermanos del alma. Su única elección. Se sintió consumido

por el ansia de salir a buscarlos, a nado si hacía falta. Se negaba a imaginarlos en el fondo del mar, convertidos en los restos hinchados de una juventud alocada y sin horizonte.

Pero no podía moverse. Estaba seguro de que no podría dar más de dos pasos sin caer de bruces. Se sentía débil, cansado y un poco febril. Exhausto. Lo asaltaban las náuseas cada vez que tomaba aire. Quizás a causa del naufragio, pero también porque por su sangre debían de correr todavía algunos restos del opio que habían fumado y compartido en su búsqueda desesperada de la felicidad.

Uno de sus rescatadores le ofreció un poco de caldo, y probó un par de cucharadas. No fue suficiente para recuperar las fuerzas, pero no pudo tomar más, pues lo asaltaron arcadas incontrolables y punzadas lacerantes al tragar.

Le dolía hasta el último rincón del cuerpo. Tenía heridas en la frente y en el hombro, y estaba seguro de que también tenía algo roto por dentro. Aparte de su vida entera, por supuesto.

Aun así, hizo un esfuerzo por parecer estable, por abrir los ojos a una realidad que ya no guardaba nada para él más que la paradójica certeza de que, como un héroe de novela, había sobrevivido a un naufragio. Él.

¿Y no era eso lo que quería? Llevaba años intentando escapar de su monótono destino de lord inglés, de la abulia, del hastío y de la imposición, de mil formas: se había entregado a mil correrías, había viajado por medio mundo y había naufragado. Una existencia breve pero intensa. Podría haber muerto y se habría sentido satisfecho, completo.

Pero ya no. Acababa de descubrir, en el rostro de una mujer, que le quedaba mucho por vivir. Que su historia no había terminado de escribirse.

Pasaron varios días sin que lograra moverse con normalidad y sin que le permitieran salir de la habitación. Los dos hombres lo visitaban a menudo, estaban pendientes de él y de sus necesidades, y se desvivían por ayudarlo. Eran agradables y atentos, pero no había forma de comunicarse con ellos.

Hubo algún amago fugaz cuando acudió un tipo que parecía un médico, pues Arthur echó mano entonces del francés, del alemán, del latín y del griego clásico, y hubo momentos en los que se cruzó en su camino alguna palabra coincidente. Así, consiguió explicarle que le dolía el costado, que creía que tenía una o más costillas rotas, pero no que era consecuencia de una brutal paliza sobre la cubierta del barco. El médico le indicó con gestos que debía descansar y le dejó sobre la mesilla un frasco con un unguento maloliente para el dolor.

Nadie le dio pistas sobre sus compañeros. Parecían haberse olvidado por completo de que él había caído de una embarcación. Arthur lloró, rezó a un Dios en el que no creía, suplicó al universo y maldijo al destino. Se le ocurrió la fugaz idea de escribir una carta a su familia, o incluso a la fría Penelope, pero ni supo pedir el papel y la pluma ni creía que nadie fuera a tomarse la molestia de llevarla hasta un lugar civilizado y franquearla.

A veces, se mareaba y caía en un profundo letargo del que despertaba ebrio o, aún peor, resacoso. Y se enfurecía al darse cuenta, día tras día, de que estaba vivo. Vivo, solo y perdido. Como siempre.

Se dedicó a estudiarse a sí mismo, a redescubrirse. Era un fantasma que había regresado de entre los muertos; un cadáver al que, cual Frankenstein, habían recompuesto y devuelto a la vida.

Lo sorprendieron, de tanto mirarlas, la forma y movimiento de sus propias manos. Descubrió entonces que le faltaba el anillo de su padre, el sello horrible que tanto le disgustaba, pero que se

negaba a quitarse jamás.

Era un regalo que le había entregado el día que se había graduado en Eton, cuando su progenitor, el arrogante marqués de Aighbry, todavía lo trataba con orgullo, sin sospechar que el espíritu ávido de vías de escape de su primogénito acabaría destruyendo el escaso cariño que le profesaba.

Y lloró de nuevo. Apenas quedaban ya restos, cenizas de lo que alguna vez había sido. No lo añoraba en exceso, pero dolía.

Más tarde le abrieron la ventana y, en un par de ocasiones, consiguió cojear hasta allí y asomarse a curiosear. No vio nada más que agua y cielo chocando en la tenue línea del horizonte. Se acercó también hasta la puerta, pero solo encontró un corredor de paredes blancas, que le recordó al hospital benéfico para convalecientes de Crimea que había sufragado su madre años atrás. Lo golpeó una corriente de aire frío y el olor polvoriento de la humedad.

Simplemente, languidecía. Perdió la noción del tiempo. El dolor se fue aplacando, y pudo empezar a dar pequeños paseos. Descubrió una cocina donde, ese mismo día, los dos hombres lo habían invitado a sentarse a comer.

Le habían dado vino y un guiso de pollo especiado, además de una generosa porción de pan con aceite de oliva. Habían intentado charlar con él, con poco éxito, pero sí había aprendido la palabra *aigua*^[4] y la expresión *bona nit*^[5]. Desde entonces, compartió con ellos todas las comidas, se sentó largo rato junto a la lumbre y recorrió la vivienda sin descanso.

Le trajeron un par de periódicos atrasados, escritos en español y, aunque no entendía casi nada, sí pudo comprobar que no había ni una sola referencia a un barco estrellado o desaparecido. Tampoco a un hombre perdido al que buscaran, incansables, los tripulantes del *Odyssey*, navío de bandera inglesa, chimenea de vapor y veinte metros de eslora. O ya no existían, o era él el que estaba muerto para ellos.

La primera vez que había salido al exterior y descubierto que estaba en un faro, se había sentado en el suelo y había vuelto a llorar con amargura. Se había hundido un poco más ante aquella ironía de la vida. Sus anfitriones lo habían dejado hacer, estupefactos, pero se habían hablado entre murmullos; lo más seguro era que habían estado despreciando la escasa dignidad que le quedaba al hombre, al inútil que habían rescatado.

Había un muchacho, el que estaba a su lado cuando había despertado, que lo visitaba casi todas las mañanas. Era poco más que un crío y lo miraba con la admiración de quien tiene delante a un auténtico aventurero. Le hablaba, le hacía preguntas; le traía conchas, flores y algún dulce. Sonreía todo el tiempo. Lo acompañaba a caminar hasta el borde del acantilado o hasta un cercano campo de trigo. Parloteaba sin cesar, y su amabilidad excesiva e ingenua resultaba molesta.

De la mujer, de Lena, ni rastro. Le preguntó al chico, que se limitó a asentir y sonreír. Al día siguiente, regresó y le soltó, ufano, un «*How are you?*»^[6] que conmovió a Arthur solo porque sabía que se lo había enseñado ella. Esperanzado enseñó al muchacho a pronunciar: «*Come, please*»^[7].

Y, a la mañana siguiente, por fin volvió a verla.

Lena sabía que no debía regresar al faro. Al menos, mientras el tal Arthur, náufrago trastornado y vizconde de *Nosequé*, permaneciera allí.

Llevaba varios días evitándolo e incluso había puesto excusas variopintas para no tener que

acompañar a Marina. Había insistido en quedarse en casa, donde Rafael y Quim, por turnos, las habían visitado en varias ocasiones. Rafael, casi cada tarde, y Quim, el día que había ido a presentarse a su familia, como un buen vecino, y una mañana en la que le había pedido a Lena que lo acompañara al pueblo. Ella lo había hecho encantada, a pesar de las advertencias de su madre y de las miradas maliciosas de su prima.

¿Qué sabían ellas de cómo se sentía, de lo que buscaban el uno en el otro? Quim era agradable, atento y educado hasta el extremo. A Lena le parecía imposible que en algún momento mostrara actitudes impropias hacia ella. Habían mantenido las distancias todo el tiempo, incluso en los temas de conversación, que no habían ido más allá de una charla amistosa.

Supo, por los dos fareros, que el náufrago se estaba recobrando, que ya comía con fruición y que daba pequeños paseos en torno al edificio. Y que no lo entendían. Ni ellos ni Toniet, que asistía fascinado a su recuperación y que, además, se ganaba unos reales ayudando a los dos hombres a terminar de pintar la fachada sur de una de las viviendas, dañada por el temporal.

A Lena le daba mucha lástima pensar en lo solo que debería de sentirse el náufrago y estuvo tentada, en varias ocasiones, de acercarse hasta allí por si necesitaba que le tradujera algo. Pero el miedo y la vergüenza le impidieron hacerlo.

Incluso evitaba mirar hacia la luz del faro durante la noche, como si en alguna de sus incansables vueltas fuese a pillarla espiando, buscándolo. Echaba las cortinas, las persianas y los postigos, en la ventana y en su corazón, que a veces tenía una inoportuna tendencia a sentirse atraído por la luz de la aventura y de la libertad.

Normalmente, el mar, que quedaba entre ella y sus sueños, la obligaba a dominarse. El problema era que la aventura, lo insólito, quedaba entre ella y el agua, a su alcance. Y cuando Toniet pronunció las palabras que él le había enseñado, fue imposible resistirse más.

Acudió sola y al atardecer, cuando ya no le quedaba ninguna tarea por terminar que le sirviera de excusa. Vestida con su ropa de faena, por si acaso, para no dar una impresión equivocada.

No era una visita de cortesía, sino un favor, pura caridad hacia un pobre desvalido. Don Miquel insistía en que esa era una de las grandes virtudes cristianas aunque ella, a menudo, se sentía una absoluta pecadora al pasársele por la cabeza la sospecha de que era una condena. O una cadena de eslabones gruesos y pesados. En cualquier caso, Lena iba solo para cumplir con su deber moral.

No era que la curiosidad la estuviera consumiendo.

Arthur fue lo primero que vio cuando el sol poniente quedó oculto tras la torre y dejó de cegarla. Estaba sentado en el escalón de la entrada, pero se puso de pie en cuanto la reconoció. La sorprendió encontrarlo tan repuesto que parecía otra persona. Más alto, más grande. Aun así, caminaba con dificultad y se ayudaba de un rudimentario bastón.

Lena ralentizó el paso; él, en cambio, se acercó sin vacilar. Se detuvieron ambos en medio de la explanada vacía. Solo ellos, la sombra del faro y el viento de *mestral*^[8], que agitaba los mechones castaños que caían sobre la frente y el cuello del hombre, demasiado largos para llevarlos tan despeinados y demasiado cortos para que pudiera recogerlos.

Él se inclinó con elegancia, a modo de saludo, y la miró de nuevo con aquella expresión que la hacía sentir un ser extraño, entre lo maravilloso y lo absurdo. Como algo a lo que temer.

—¿Qué quieres? —le preguntó molesta por la forma en que él la amedrentaba también a ella. No solía hablar con desconocidos, claro que no, pero tampoco era una jovencita asustadiza.

—Has venido. —Parecía sorprendido.

—Tú me has llamado.

Tardó en responder. Lena se fijó en sus ropas agujereadas, en la chaqueta vieja con la que se

cubría, y sintió de nuevo la punzada de la lástima.

—No podía hacer otra cosa —dijo al fin, resignado—. Era inevitable. Nadie más puede ayudarme.

—Yo tampoco puedo hacerlo.

—Claro que puedes.

Lena se sobresaltó ante la seguridad que destilaban sus palabras.

—¿Yo? ¿Cómo? Ya te dije que no soy más que una mujer.

Él abrió los brazos para abarcar el mundo y sentenció:

—No, Lena, ahora mismo lo eres todo.

—¿Todo el qué?

—Todo. —Respiró hondo, como para tranquilizarse. Cuando volvió a hablar, se parecía mucho más a una persona cuerda—. No puedo hablar con nadie más.

—No tengo interés en hablar contigo.

—¿No? Pues fuiste tú la que me salvó.

—No es cierto, no fui yo.

—Sí. —Dio un paso hacia ella. Y ella dio un paso atrás—. Por supuesto que lo hiciste. Y por tu culpa no estoy muerto.

—¿Querrías estar muerto? —También le habría gustado preguntarle si eso le causaba tanto enfado o tanta tristeza como para que su voz sonara a pura decepción.

—Creo que sí.

—No lo dices en serio.

—No lo sé. Pero sí sé que estar vivo no es lo mismo que vivir. Eso lo sé hace mucho tiempo.

Hubo un largo silencio. Lena apartó la vista antes de reconocer en voz alta que eso ya lo sabía ella; que no tenía que venir él, un extraño, a explicarle lo que había podido comprobar tantas veces.

Miró la tierra rojiza, las piedras y los matojos marchitos de color invierno, hasta que sus ojos fueron a dar con las piernas de Arthur, el náufrago, y descubrió que temblaban.

—Es mejor que te sientes —sugirió.

Él asintió, se dio la vuelta y regresó con desgana hasta el escalón donde antes había estado sentado. Gimió de dolor mientras se dejaba caer. Cuando lo logró, lanzó con rabia el bastón contra el suelo y se tapó la cara con las manos.

—Deberías haberme dejado morir, sin duda.

—No lo dices en serio.

—Sí. Por supuesto que sí.

De nuevo silencio. Lena no tenía ni idea de qué se podía decir ante una afirmación semejante. Intentó imaginar lo que aconsejaría don Miquel, pues él sabía mejor que nadie cómo orientar a las almas perdidas. Quizás debía conmovirlo también, hacerle ver que habría cosas en algún lugar por las que no le quedara más remedio que seguir adelante.

—¿Acaso no tienes familia? —le preguntó.

—Sí..., sí tengo. Sí.

—Ellos querrán que vivas. ¿No te importan?

No respondió de inmediato.

—Sí. Pero nunca he sabido si yo les importaba a ellos.

Lena se acercó un poco más, para oírlo bien, porque su voz se estaba convirtiendo en un murmullo acongojado.

—Eso no tiene sentido.

—La vida, muchas veces, no tiene sentido.

Le pareció tan triste que por un momento casi se arrepintió de haberlo avistado cuando dormitaba sobre la balsa.

—¿No hay nadie que te espere? —insistió. Una idea terrible se le pasó por la cabeza—. ¿Una mujer?

Él asintió.

—Penélope.

Para Lena fue como un golpe en el estómago. Había una mujer, a muchas millas de allí, que lo esperaba. Una real, de carne y hueso, sola.

—Piensa en ella. Habría quedado esperando para siempre. Al menos, podrás volver a su lado y ser feliz.

—Entonces, supongo que debo darte las gracias. —Había un dejo de sarcasmo en su tono, pero Lena prefirió ignorarlo.

—Yo no he hecho nada. —Por primera vez, sintió el impulso de sonreírle—. Te ayudaré. Tienes que volver con ella.

Arthur sonrió también. Lena pudo controlarse a duras penas para no sentarse a su lado.

—Tengo que volver a casa, ya lo sé. Tengo que hacer algo con... esta situación. Pero me siento un completo inútil y no sé por dónde empezar. —Se miró las manos con una expresión de impotencia—. No tengo dinero ni documentos, ni puedo comunicarme con nadie. No sé cómo diablos voy a salir de aquí. Es como estar en una enorme cárcel.

—No tan grande, créeme. —Disimuló cambiando de tema cuando Arthur alzó la vista hacia ella, sorprendido por su comentario. No podía confesarle que ella opinaba lo mismo de la isla—. Haré correr la voz de que hay un barco inglés en algún sitio. Quizás haya suerte y alguien pueda darnos alguna información. Conozco a un comerciante que va a menudo a Ibiza. Puedes escribir una carta y yo se la haré llegar; así podrás avisar a tu familia un poco más rápido.

—Será un poco más rápido, claro. —Volvió a sonreírle y, aunque era una sonrisa agradecida, había en ella un poco de lástima, como si hubiera dicho algo infantil o carente de lógica—. Pero ¿sabes qué es lo peor? Que, cuando lo consiga, me quedará enfrentarme a mi familia, a sus reproches, y al dolor de las madres y esposas de mis compañeros. ¿No puedes encerrarme aquí? ¿Encadenarme a las rocas o en ese bosque de ahí? Me temo que no tengo fuerzas para enfrentarme solo a todo eso. Al resto de mi vida. —Gimió—. Estoy roto.

Lena suspiró conmovida. Incluso se preguntó, por un momento, si no estaría bien tocarlo para consolarlo un poco.

—Tendrás que hacerlo —le insistió.

—No si tú me lo impides.

—Dices muchas tonterías —aseguró agitada de repente, no estaba segura de que él estuviera en sus cabales. La ponía muy nerviosa su forma perfecta de hablar, tan distinta a la de su padre y mucho más a la suya, su acento melódico y su voz profunda. Y también el modo en que clavaba los ojos en ella, tristes y cálidos—. Te ayudaré, porque está claro que lo necesitas y yo soy una buena cristiana. Y ahora, ¿me dejas pasar?

—¿A dónde vas? —preguntó alarmado.

—Adentro, a avisar a Quim y a Rafael. Les explicaré que necesitas papel y un lápiz. —Él se puso en pie de nuevo, esa vez sin ayuda del bastón, pero con la misma lentitud. No pudo evitar arrugar la nariz ante la visión de su ropa destrozada; era una vergüenza que alguien que aseguraba ser un caballero vagara por el mundo de aquella guisa—. Te traeré ropa de mi padre. Está un poco anticuada, supongo, pero él ya no la va a usar más.

Arthur se miró los brazos y se tocó la chaqueta, con una sonrisa avergonzada.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias.

Lena agitó la mano para restarle importancia.

—Cuando tengas la carta, entrégasela a Quim o a Toniet para que me la den. Yo me encargaré del resto. Estoy segura de que podrás encontrar un modo de volver a casa.

Arthur no dijo nada, pero en su expresión había gratitud. Se apartó un poco para dejarla entrar al faro. Muy poco. Ella lo hizo con pasos inseguros, pues no se había molestado en llamar, pero no se veía con fuerzas para esperar a que alguien acudiera a invitarla.

Quería desdecirse de sus ofrecimientos y sus preguntas. No le gustaba. Ni él ni la lengua que hablaba, ni la desesperación que destilaba. Le recordaba al pasado. A su padre y a los que había perdido. A los que se iban. A los que se tragaba el mar. Solo que el hombre que la miraba tenía los ojos del color de la miel, húmedos de lágrimas. Y a ella, que era muy tonta a veces, se le había acelerado el pulso cuando le había dado algo tan simple como las gracias.

Iba a llamar a alguno de los fareros cuando lo oyó moverse a sus espaldas. Se volvió y distinguió solo su silueta, recortada a contraluz. Lo que sí percibió fue su voz. Clara, oscura y vibrante como el peligro, como la tentación, como el mar.

—¿Sabes una cosa, Lena? He recorrido el mar de una punta a otra. He viajado en barco, en tren, en camello y en globo. He conocido lugares, gentes, selvas, desiertos y obras de arte. Pero tú, que eres solo Lena, solo una mujer... Tú eres lo más bonito que he visto jamás.

Capítulo 6

LA MALDICIÓN

—¿Dónde está la ropa, Lena? —Su madre le salió al paso en cuanto cruzó el umbral, furiosa como hacía mucho que no la veía, y eso que sus arranques eran más que frecuentes—. ¡Haz el favor de decirme dónde está!

—¿Qué ropa? —No consiguió fingir que no sabía de qué le hablaba; la culpabilidad salió a flote en su voz y su expresión, y trató de esquivarla y adentrarse en la casa, en un rincón muy al fondo.

—¡La de tu padre! ¿Qué has hecho con ella? ¿Se la has llevado a los zarrapastrosos de Can Grumera?

—No, no se la he llevado a ellos. —Su madre la siguió hasta su habitación y se plantó frente a la puerta, cortándole el paso por si se le ocurría escapar—. Y no son zarrapastrosos, son unos pobres infelices que no tienen a nadie que los cuide.

—No, claro, para eso ya estás tú, por supuesto. —Suspiró de forma exagerada—. Eres incorregible.

Lena se acercó a la cama y comenzó a retirar las mantas, que pensaba lavar; su prima había llegado muy tarde la noche anterior, y había traído consigo un desagradable olor a tabaco de *pota*^[9] y a cabaña de pescador que le había quitado el sueño y se había impregnado en las sábanas.

—Solo ayudo a don Miquel —se justificó sin mirarla.

—¿Y a mí? ¿A mí quién me ayuda? Porque, mientras tú te vas por ahí todo el santo día a repartir lo único que me queda de tu padre, yo estoy aquí sola, sin nada más que hacer que ver pasar las horas como una vieja acabada.

—No me voy de paseo, voy a ganarme la vida para darles a todos de comer. —Suavizó su tono de inmediato—. Y usted no es vieja.

—¿Dónde está la ropa?

—Se la he dado a Toniet para que la lleve al faro.

—¿Al faro? —Parecía escandalizada, como si hubiese cometido un sacrilegio—. ¿Acaso allí no tienen suficiente dinero? ¡Bien que visten buenas prendas esos dos forasteros!

—Es para el náufrago.

—¡Ay, Lena! —Su madre se llevó la mano al pecho, justo donde siempre le dolía—. ¡Un día me vas a matar del disgusto! ¡Si te viera tu padre!

—Mi padre no me ve ni me verá, y sospecho que tampoco necesitará más esas camisas.

—No te atrevas a decir eso. ¡Tu padre volverá!

Lena la encaró aunque trató de parecer cordial, no quería discutir con su madre. Sus continuas disputas la dejaban exhausta, dolorida, sumergida en la culpabilidad más profunda. Pero, a veces, no conseguía quedarse callada; por más que fuera su madre, estuviera enferma y le debiera respeto.

—Hace ocho años que dice lo mismo —le dijo con voz afectuosa—. No se enfade, pero creo que ya va siendo hora de que asuma que no va a volver.

Su madre inspiró muy hondo, sofocada, y se sentó en la cama. Se apretó más fuerte el pecho, y aquella vez Lena empezó a asustarse de verdad.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Me moriré de pena! ¡Me muero solo de pensarlo!

—Nadie se muere de pena, madre.

—¡Yo sí! ¡Yo lo haré!

Escondió el rostro en las manos y se echó a llorar. Lena dudó. Esperó unos segundos hasta que se aseguró de que sus lágrimas eran reales. Y, entonces, sí se acercó y se sentó a su lado con cautela. Lo que de verdad quería era alejarse corriendo de aquella tristeza que, de vez en cuando, reaparecía para sumir a su madre en la desesperación.

Porque, entonces, ella también sufría. Se convertía en la niña de dieciséis años que, una mañana nublada de marzo, había despedido a su novio entre llantos, suspiros y promesas de amor eterno. Se le desgarraban las entrañas con la misma intensidad que cuando Guiem había subido al *llaüt*^[10] del padre de Lena, camino de Mallorca, desde donde tomarían otro barco que los conduciría, puerto tras puerto, hasta América. Le había asegurado que volvería con las manos llenas de riquezas, para ponerlas a sus pies y morir juntos después de una larga vida en común.

Pero ninguno de los dos había regresado. No habían tenido noticias suyas, ni una triste carta. Ambas habían tenido que aprender a sobrellevar la ausencia de los hombres a los que amaban y, con el tiempo, a aceptar que lo más probable era que no volvieran jamás.

Habría sido mucho más sencillo si se hubieran apoyado la una en la otra, pero su madre estaba convencida de que todo había sido culpa de Lena; porque Guiem se había enamorado de ella y se había empeñado en darle una vida mejor; porque las ansias del joven de escapar de la miseria de la isla habían contagiado al espíritu aventurero de su adorado irlandés —aunque Lena creía recordar que había sido al contrario— y lo habían alejado; y, sobre todo, porque la existencia de su hija había dificultado que pudiera seguirlo en todas las empresas disparatadas que había ido encadenando a lo largo de los años que había vivido con ellas.

Lena solo había sido un obstáculo, un error de cálculo que les había impedido huir de aquella cárcel de tierra y roca, que los había atado a la falsa seguridad de la isla. Lena no debería haber existido y, aunque lo tenía asumido desde hacía mucho, había momentos en los que todavía dolía.

Así que su madre había levantado un muro a su alrededor y había mantenido a su hija fuera con terquedad a pesar de sus súplicas inconscientes, de la necesidad dolorosa de afecto y de los intentos desesperados de Lena por hacerse ver.

Había sido inútil. Había asistido impotente al deterioro físico, mental y espiritual de la mujer que le había dado la vida, que no parecía haberse detenido a recordar que también ella había sufrido la pérdida del amor de su vida.

Ese día, como tantos otros, Lena se tragó el orgullo y le pasó un brazo sobre los hombros. Escuchó su llanto en silencio hasta que se acostumbró tanto a él que ya ni lo notaba. Se preguntó si de verdad podría morir de sufrimiento. Y se preguntó también si era que tal vez ella no había amado nunca tan fuerte como para que su espíritu se resquebrajara del mismo modo.

Quiso pensar que era más resistente, más valiente. Dejó que su madre se apoyara en su hombro

y le habló sin mirarla.

—Cuando vuelva, estoy segura de que traeré ropas nuevas, caras, vistosas y a la última moda de América. Y vestidos para usted, para convertirla en la mujer más rica y hermosa de toda la isla, la más envidiada. Estoy convencida de que, esté donde esté, la echa tanto de menos como usted a él y de que, cuando menos se lo espere, estará de vuelta para darnos todo lo que siempre soñó para nosotras.

Su madre asintió sin separarse de ella.

—Es que América está muy lejos, hija —lo justificó entre sollozos.

—Eso es verdad. Quim me lo dijo. Está más lejos de lo que podemos llegar a adivinar, más allá del horizonte. Donde acaban las estrellas.

—Por eso tarda más de lo esperado. Pero yo lo quiero tanto... Volverá. Y acabaremos con todo esto: con la pena, con el dolor en el corazón y con el desprecio. Me niego a creer lo de la maldición.

Lena se puso en pie con brusquedad. Caminó hacia la ventana entreabierta y perdió la vista en la distancia. No había nada más que tierra, matorrales y cielo; el corte abrupto del inmenso acantilado, dominado a aquellas horas por el canto agónico de los *virots*^[11] que anidaban entre las rocas, ocultos en las innumerables cuevas. Y un faro que, de súbito, se iluminó para ella con el brillo del futuro.

—Eso de la maldición es una estupidez —aseguró.

—¿Qué vas a decir tú? —preguntó su madre con sarcasmo mientras sacaba un pañuelo de su delantal y se limpiaba la nariz—. Al fin y al cabo, es de ti de quien dicen que está maldita.

—Solo soy una mujer. —Tenía la impresión de que, en los últimos tiempos, había estado afirmándolo con inusitada frecuencia; tal vez, debería empezar a plantearse si no era otra cosa de verdad.

—Eres una niña a pesar de tu edad. Ese es el problema. Y una niña miedosa, además. —Lena no respondió. Siguió mirando a la distancia, cogió aire y aguardó el siguiente envite—. Si no fueras tan cobarde, hijita, ya habrías ido hasta el islote a buscar el tesoro, y todo sería mucho más sencillo.

Ese ataque no se lo esperaba. Hacía años que su madre no lo mencionaba. Tampoco ella lo pensaba con frecuencia. Ni siquiera recordaba dónde había guardado la carta que le había dejado su padre al marcharse a América, en la que le decía, en un inglés muy mal escrito, que Lena apenas podía entender, que años atrás, días antes de recalar en Formentera, había escondido en un islote cercano el generoso botín con el que había escapado de su última aventura pirata.

Encuentra la cueva, sube las rocas y busca el manantial. Junto al lugar exacto en el que brota la fuente, hay un árbol. Búscalo allí.

Al principio, Lena había creído que no era más que el último cuento de su padre. El rencor y la pena por la marcha de Guiem la cegaba y, si lo hubiese tenido delante, le habría reprochado que la hubiese criado entre leyendas y recuerdos de su juventud, en lugar de entre comodidades; que solo le hubiese legado relatos fantásticos y sueños que no podría cumplir, en vez de una buena educación; que hubiera hecho crecer en ella, día a día, unas ansias irrefrenables por salir de allí, robar un barco y echarse a navegar. Lejos. Muy lejos. Con el viento en la popa, con el pelo suelto y cantando al horizonte.

Con el tiempo, empezó a preguntarse si sería cierto. Si de verdad había un tesoro aguardándola a solo unas millas. No tenía lógica, claro que no, porque entonces su padre no habría emigrado y se habría quedado junto a ellas. O no. O era un triste premio de consolación, a modo de esperanza vana, con el que les estaba dejando claro que no tenía intención de volver.

Eso tenía lógica y, en cierta manera, cuadraba con la persona que había sido su padre: un irresponsable que creaba fantasías para que sus mujeres creyeran que era un héroe, un valiente y un aventurero redimido por amor.

Lena hacía mucho que había empezado a darse cuenta de que no era más que un farsante acostumbrado a vivir a costa de los demás. Por eso, había dejado de pensar en la carta y en el tesoro, y se había dedicado a ocuparse ella misma de su futuro. No así su madre, que insistía en que debía ir a buscarlo; y no para disfrutarlo y vivir sin estrecheces, sino para comprar un par de pasajes para ambas rumbo a América.

Era una locura. Lena no iba a poner un pie fuera de la isla, ni para ir a otra ni para ir a América ni para pescar un *raó*^[12]. Lena temía al mar más que a la muerte. Para ella, el mar era la misma muerte. Era el lugar donde todo lo bueno desaparecía.

—No necesito nada más que lo que tengo aquí —mintió—. Solo quiero vivir sin sobresaltos. Además, Quim ha empezado a mostrar interés por mí.

No vio el rostro de su madre, pero el tono hiriente de su voz bastó para hacerla sentir deseos de llorar. Peor aún, de abandonarla.

—¿Y qué será de este muchacho? ¿Se te ahogará primero o te dejará también? Parece que disfrutas jugando con los hombres. Al final, va a tener razón la gente. —La sintió acercarse a ella. Le colocó una mano en el hombro, que sintió fría y tensa—. ¿Por qué no lo olvidas, hija mía? ¿Por qué no entiendes que tu lugar está conmigo, que yo te necesito? ¿Tantas ganas tienes de dejarme que no te importa la vida de un hombre?

«Yo». Siempre ella. Lena nunca.

Se encogió para soltarse de su agarre. Apretó los ojos y los labios para contener las lágrimas. Y volvió a sentirlo. La fuerza innumerable, inmensa que tiraba de ella hacia afuera, hacia otro lugar y otro destino.

Al día siguiente, Lena fue hasta el puerto de Es Caló de Sant Agustí, a esperar el barco de Jaume, un viejo amigo de su abuelo que compraba para ellos en Ibiza y les traía cuanto necesitaban.

Hacía años, Lena solía acompañar a su abuelo y volvían a casa con la mula cargada, mientras el anciano se quejaba de que fuera ella, una jovencita menuda, la que lo ayudaba y no su padre —un hombre hecho y derecho que aprovechaba sus ausencias para ocuparse de sus misteriosos asuntos—.

Hacía tiempo que Lena solía hacerlo sola. Salía temprano porque estaba lejos. Para su sorpresa, en esa ocasión la acompañó su prima, con la excusa de que necesitaba comprar unos ovillos de lana a una conocida de la zona y de que tenía que recoger unas telas que había encargado, hacía un par de semanas, a un joven mallorquín que iba y venía desde Palma hasta Es Caló, cargado con todo tipo de fruslerías de las que tanto le gustaban a Pilar.

A Lena le parecía que últimamente gastaba mucho y que tenía demasiado de todo, y que, por supuesto, no lo compartía; pero no se lo dijo porque ni quería discutir con ella ni quería conocer el origen del dinero.

Tenía sus sospechas, claro, y no dudaba de que el proveedor era Feliu Dolç. En cierta manera, era lógico que tuviera más medios que los demás convecinos de la Mola: era el capitán del *sometent*, un miliciano, y velaba, con la ayuda de un puñado de hombres leales, por mantener el orden y sofocar altercados.

Era el brazo derecho del alcalde en la zona, pues aquel residía en Sant Francesc, a casi tres

horas de camino. Pero Lena no le conocía más ocupación que llevar y traer trigo, lana y aceite entre Formentera e Ibiza; y sabía, como todos los demás, que gastaba dinero a manos llenas.

Alguna vez, meses atrás, le había parecido reconocerlo entre un grupo de hombres que atravesaba, a menudo y de noche, el camino que llevaba al acantilado sobre el que se elevaba el faro. Allí no había nada que hacer, salvo descolgarse entre las rocas para cazar *virots* o contemplar el vacío. O buscar alguna ruta oculta por el que introducir mercancías prohibidas sin llamar la atención; porque *virotar*^[13] era siempre un acto un tanto festivo, de esos en los que los hombres ríen mucho, se gritan palabrotas y se golpean los hombros unos a otros.

Pero, cuando Lena los veía, oculta tras las cortinas, tenían el mismo aspecto que un cortejo mortuorio, que fantasmas silenciosos que trataban de pasar desapercibidos. Los imaginaba recién salidos de alguna de las cuevas que se abrían entre las rocas, donde bien sabía, gracias a las historias que le había contado su padre, que era fácil esconder cualquier objeto de origen incierto.

Por eso, no le gustaba que su prima se relacionara con él. Pero, como esa mañana parecía de mejor humor, se lo calló y se contentó con charlar mientras recorrían el largo camino de la Mola, a través del viejo empedrado que bordeaba la costa, repleto de cuevas, pinos y lagartijas.

Hablaron de tonterías: del frío, de los huesos de la abuela, de la harina que quedaba en casa, de la camada de gatitos que había encontrado Toniet, de cosas que no dolían y no herían. Hasta que Pilar, tras un largo silencio, levantó la vista hacia el cielo azul y sentenció:

—Me voy a ir de casa.

—¿Qué has dicho?

—Que pronto me iré a vivir a otro sitio.

—¿A dónde? —Pilar no respondió, pero a Lena no le hizo falta para saber, por sus mejillas enrojecidas, a qué se refería—. No puedes irte con ese hombre: eres una mujer casada.

—¿Lo soy? —Lena vio determinación en sus ojos—. Ojalá pudiera confirmar que sigo siéndolo pero, como al parecer no tengo forma de averiguarlo, voy a fingir que soy viuda. En mi corazón lo soy.

—Pilar...

—Y no eres la más indicada para pedirme que espere, porque tú no lo has hecho ninguna de las veces.

—Es distinto —se justificó Lena, avergonzada.

—¿Por qué?

—Porque yo no me he casado. Yo he seguido siendo libre. —Luego, añadió entre dientes—: Y yo nunca he tenido a un amante.

—Peor para ti. Estás sola, señalada por todos, y ni siquiera buscas un modo de sentirte viva.

—Así no se hacen las cosas, Pilar. ¿Qué va a decir el abuelo? ¿Y la gente? ¿Vas a abandonar a tu familia?

—Para cuidarlos ya estás tú —le soltó sin disimular su desprecio—. Qué vida más triste la tuya.

Lena se quedó tan estupefacta que fue incapaz de abrir la boca durante el resto del trayecto. Se limitó a dar vueltas a las palabras de su prima e intentó encontrarles un sentido. No lograba explicarse por qué la trataba así. Lo peor de todo era que en el fondo la entendía, pues sabía que ella misma saldría corriendo en ese instante a esconderse en cualquier lugar donde no tuviera que pasarse la vida ingeniándose para sobrevivir, un día más, con sus únicas fuerzas.

Por más que don Miquel se empeñara en decirle que estaba haciendo lo correcto, Lena no tenía muy claro que sacrificarse por los demás fuera lo mejor. También ella estaba buscando una salida, aunque le doliera ser consciente.

Llegaron a Es Caló una hora después. Aquel día soplaba un fuerte viento de *tramuntana*^[14] y el mar estaba agitado. Pilar la dejó para ir a ocuparse de sus asuntos e incluso se llevó la bolsa que contenía su almuerzo, decidida a no compartir ese momento con Lena.

Lena, que pasó la tarde en la playa, a la espera de la llegada del barco. En aquella época del año, el pequeño puerto estaba tranquilo, casi desierto, en especial a esas horas de la tarde. En pleno mes de enero, la mayoría de los pescadores y comerciantes echaban el ancla al mediodía, pocas horas antes de que cayera la noche y el frío húmedo les calara los huesos.

En las cercanías había solo una decena de casitas blancas diseminadas aquí y allá, entre las dunas y las sabinas, y sus habitantes estaban ocupados en la faena diaria. Cerca de la costa, en el mar que tanto la aterrizzaba, nadaban algunas tortugas, cuyo caparazón brillaba cada vez que se asomaban a la superficie.

Comió, sobre una agradable alfombra de posidonia, pan, sobrasada y *xereques*^[15]. Comparada con la majestuosidad de los acantilados que rodeaban la Mola, aquella pequeña cala era un remanso de paz, una suave transición entre la tierra y el agua, donde incluso ella conseguía sentirse segura.

Recordaba que una vez, siendo niña, se había atrevido a subirse al *llaüt* de su abuelo, que permanecía amarrado en alguno de los varaderos que se alineaban al fondo de la playa, a la espera de que alguien más valiente lo devolviera a la vida y al mar.

Estaba segura de que eso no sucedería de nuevo. Al menos, no por su propia voluntad. Si fuera capaz de hacerlo, no estaría allí sentada, con la esperanza ridícula de que lo que llegara a la isla fuese tan valioso como lo que se había marchado.

Como no estaba acostumbrada al aburrimiento, sus pensamientos tomaron unos derroteros poco frecuentes, y acabó imaginando que la historia de su padre era cierta; que cogía el *llaüt*, izaba la vela y encontraba el tesoro pirata.

Encuentra la cueva, sube las rocas y busca el manantial. Junto al lugar exacto en el que brota la fuente hay un árbol. Búscalo allí.

Luego volvía rica, compraba una casa en el pueblo y ropa de colores, y contrataba a una muchacha para las tareas domésticas. Compraría también libros y aprendería a leer bien. No solo con los tímidos balbuceos que su abuelo, que tampoco sabía mucho, le había enseñado.

Escribiría cartas en un saloncito con vistas al molino. A lo mejor, podía averiguar la dirección de Joan y mantener una correspondencia amistosa con él; ya casi no le guardaba rencor. Le daba vergüenza su caligrafía dubitativa y temblorosa, pero practicaría y, con el tiempo, mejoraría.

Quizás pudiera escribirse también con Arthur, el náufrago inglés de apellido complicado y de ojos tristes, cuya llegada a la isla habría supuesto el impulso para que Lena se decidiera a actuar de una vez.

Sí, estaba bien soñar todas esas cosas. Solo que no se atrevería nunca a llevarlo a cabo; por lo que se quedaría allí plantada, esperando a otros.

Llegó el barco de Jaume, y Lena corrió a ayudarlo. Era un hombre de cierta edad que la conocía de siempre y que la saludó de forma amable. No así su hijo, que lo acompañaba y que recelaba de Lena como si fuera peligrosa, un poco como hacía el náufrago; pero sin su admiración ni incredulidad que transmitía al mirarla, sino más bien con un desprecio que intentaba disimular a toda costa.

Lo más sorprendente fue la presencia de Feliu Dolç en la embarcación. Era un hombre muy alto, moreno y de cabellos largos. Su apariencia era ruda, y sus mangas arremangadas dejaban al descubierto unos brazos velludos y toscos.

Bajó del *llaüt* de un salto, cargado con dos enormes sacos, y pasó junto a Lena sin decir nada. Aunque le dirigió una mirada de reconocimiento y sarcasmo.

—¿Tiene lo que le encargué? —le preguntó Lena a Jaume, nerviosa.

El hombre asintió y bajó de la embarcación. Entre su hijo y él la arrastraron al varadero, la amarraron y comenzaron a descargar. Mientras, Lena intentó saciar su curiosidad.

—No sabía que Feliu trabajaba con usted.

—¡Oh, no, muchacha! —respondió Jaume—. Solo me ha pedido que lo acompañe a Ibiza. Al parecer, el temporal dañó su *llaüt*, y tenía unos negocios urgentes que atender. Ya sabes que él siempre se trae algo entre manos. Me da envidia lo bien que le van las cosas; ¡tiene buen ojo para los negocios!

Lena debería estar contenta: Feliu tenía una buena posición económica, estaba bien relacionado, todo el mundo lo respetaba y su prima viviría con comodidad a su lado. Pero no lograba sacarse la idea de que había en él algo turbio. Era difícil creer que, solo con el comercio entre Ibiza y Formentera, pudiera vivir por todo lo alto, como hacía.

Intentó no pensar; si su prima quería saltar al vacío, no sería ella quien se lo impidiera, por más que estuviera segura de que iba a estrellarse.

—¿Cómo está tu abuelo? ¿Y cómo es eso de que salvaste a un náufrago?

—Mi abuelo está bien; le envía saludos. ¿Quién le ha contado lo del náufrago?

—¡Todo el mundo! No se habla de otra cosa, pequeña. La fonda del Pilar era un hervidero el otro día, y todos tenían su propia versión. Me quedé de piedra cuando oí que fuiste tú quien lo salvó.

—No es cierto; yo solo lo vi de lejos. ¿Quién se lo ha contado?

—El joven nuevo del faro.

—¿Quim?

—No tengo ni idea de cómo se llama, pero estuvo por allí hace poco y lo explicó así. Habló maravillas de ti.

—¿Y no ha oído nada acerca de un barco perdido o hundido por la zona?

—No. Nada de nada. Y eso que le aseguré al muchacho que preguntaría.

—Si se entera de lo que sea, ¿me avisará?

Jaume asintió. Su hijo se acercó hasta donde estaban y se llevó un par de sacos más, que fue a dejar amontonados cerca de las dunas que delimitaban la playa.

Lena vio llegar a su prima, que surgió de entre las sabinas a toda prisa, con aire ofendido, o más bien indignado. Segundos después, Feliu apareció tras ella, la agarró del brazo y la obligó a volverse. Lena se puso nerviosa. Buscó el dinero que guardaba en el delantal y pagó a Jaume lo que le debía por un saco de azúcar y unas bobinas de hilo de algodón.

—Si le traigo una carta, ¿podría llevarla a Ibiza? —preguntó antes de disponerse a llamar a su prima y volver a casa.

—Sí, claro. Pero se presiente un nuevo temporal, así que es probable que aún tarde unos días en volver.

—No se preocupe, cuando pueda. Se la traeré cuanto antes.

—No es necesario que vengas hasta aquí. Puedes dejarla en la fonda, y yo las recogeré.

—No. Es muy urgente —insistió Lena—. Es del náufrago. No tiene cómo volver a casa, ni medios ni dinero... Necesita contactar con su familia.

—¡Ah! Entonces, sí. Y preguntaré, también, en Ibiza; quizás allí obtenga noticias sobre un barco perdido.

—Muchas gracias.

—Estás muy bonita últimamente. ¿No crees, hijo?

El hombre le guiñó un ojo, y ambos oyeron el gruñido de su hijo. Lena sonrió y fingió que no había percibido el rechazo. Estaba maldita, se recordó, y ningún hombre joven de la isla querría correr el riesgo de caer en sus garras.

Se despidió de ambos y echó a andar hacia donde estaba su prima. No tardó en detenerse de golpe, sobresaltada. Feliu cogió a Pilar del brazo. La zarandó con fuerza y ella chilló. Se gritaron palabras que Lena no pudo oír bien. Pilar intentó soltarse y, como no pudo, lo escupió. Feliu levantó la mano y la abofeteó.

El sonido seco del golpe resonó en la playa, en las dunas, y se confundió con las olas que rompían sobre la arena. Lena esperó un segundo, estupefacta. Conocía bien a su prima y supuso que se lo devolvería. Ella lo habría hecho y no tenía ni la mitad de carácter que Pilar.

Pero no fue así, sino que se llevó la mano a la cara, agachó la cabeza y sollozó encogida entre sus propios hombros. Feliu gritó más, y Lena soltó el saco y echó a correr.

Cuando Feliu se percató de su presencia, alzó un dedo amenazador y le gritó:

—¡Tú no te metas! ¡Déjanos en paz!

—Pilar, ¿qué te ha...?

—¡Que te calles, he dicho! —vociferó Feliu—. Tú eres más zorra que ella. ¡Sois un par de...!

—¡Cállate! —Pilar pareció revivir—. ¡Deja a Lena! ¡Déjala! ¿Me oyes?

—Me importa un cuerno esa bruja. Lo que quiero es que me digas dónde lo has guardado.

—¡Yo no tengo nada! —respondió Pilar, que se frotaba la mejilla—. ¡Ya te lo he dicho!

—Anoche lo tenía conmigo, y no me he separado de mis calzones nada más que para... —Se señaló a la entrepierna con un gesto grosero.

—Piensa lo que quieras —dijo Pilar—. Yo no te he robado. Si eso es lo que opinas de mí, puedes irte al infierno.

Se dio la vuelta y echó a andar con falsa dignidad. Lena vaciló un instante, pues la tentaba la idea de poner a aquel impresentable en su sitio. Pero recordó el rechazo que Pilar le demostraba en los últimos tiempos, así como el esfuerzo que ella misma estaba haciendo por dejar de ser la cuidadora de todos, y se contuvo. Le dedicó a Feliu una mueca de asco y se alejó.

Pilar lloró todo el camino de vuelta. Lena caminó en silencio junto a ella. Fue incapaz de preguntarle nada o de consolarla. Estaba sobrecogida por la escena que había presenciado, pero no sorprendida. Feliu tenía fama de violento, y solía estar presente en todas las peleas y conflictos de la Mola. Su forma de mantener el orden consistía en atacar primero.

Aun así, la hería la pena de Pilar, de la que un día había sido su amiga del alma y su compañera de juegos. Sabía que se sentía sola. Sabía que solo buscaba un poco de cariño. Como tantas veces había hecho la propia Lena, había entregado su corazón a la persona equivocada.

La hería su dolor porque era el suyo. La misma soledad. Y lo peor era ser consciente de que no tenía arreglo, de que no había otra salida posible que seguir anhelando día a día que el viento de *mestral* se la arrancara por fin del alma.

Capítulo 7

EL ABISMO

A Arthur le costó un buen rato convencer al muchacho de que tenía que salir, y mucho más pedirle que lo acompañara. Al final, se acabaron hablando a voces. El chico, siempre con una sonrisa, divertido al parecer ante su cara de exasperación; Arthur, adornando sus palabras con aspavientos que le provocaban punzadas de dolor en los costados.

Empezaba a sentirse asfixiado, encarcelado y, aunque la cortesía con la que lo trataban era de agradecer, necesitaba salir a respirar más allá de la explanada del faro. La excusa fue fácil: acababa de escribir un par de cartas que tenía que enviar cuanto antes y llevárselas a Lena, donde fuese que estuviera.

No la había visto en dos días y lo mortificaba la curiosidad. Se preguntaba a todas horas dónde estaba, dónde vivía, qué relación guardaba con los tres hombres que se ocupaban de él, por qué hablaba su idioma y, en general, de dónde había salido. Por las noches, habría jurado que podía oír su canto, llamándolo desde los acantilados como un lamento lejano, acompañado de otros varios cientos de sirenas más. Llegó, incluso, a soñar con ella.

No era raro, pues solía obsesionarse a menudo con todo aquello que lo deslumbraba. Le pasaba con el arte; con los lugares que quería visitar —África, Grecia, Venecia—; con las palabras que necesitaba plasmar en un papel o con las que leía; con versos, rimas y reflexiones. Se metían en el centro de su cerebro y lo martilleaban sin descanso hasta que las descomponía, las exprimía y él enloquecía. Le gustaba sentir con intensidad descarnada.

Lo que no recordaba era que le hubiese ocurrido antes con una mujer, y le parecía prodigioso, digno de la mejor novela. Necesitaba volver a verla, estudiarla al detalle, averiguar qué era y por qué el universo la había puesto justo delante de él.

Cuando al fin el muchacho —*Torié, Ponied, Tomé*, o como diablos se llamara— comprendió lo que le estaba pidiendo y lo invitó a seguirlo, Arthur se puso tan nervioso como un chiquillo que visita por primera vez una tienda de dulces o que sube a un barco de vapor, estruendoso y colosal.

Agarró con fuerza las cartas, que en ese momento representaban su único asidero al mundo, a su mundo, el mismo que ya le parecía tan lejano y extraño. El de su padre, el severo lord Aighbry; censor absoluto de todas sus correrías, sueños y aspiraciones. El de su madre, amorosa y distante, esposa ejemplar y de alma vacía. El de Penélope, la mujer a la que debía amar, pero que no lo amaba. El de sus amigos y sus vidas truncadas.

En definitiva, cartas de auxilio que, a lo mejor, no llegaban a su destinatario y que, si lo hacían, supondrían el regreso al mismo cometido trazado por otros del que llevaba tantos años tratando

de escapar.

No había salida. Estaba atrapado. Aquí y allí. Se rio de sí mismo al recordar que un día había creído en la libertad. Después de tantos días de dolor, rabia y llanto, se daba cuenta de que solo era una quimera que había construido a base de millas, alcohol, opio y fantasías. Y que se había evaporado en unas horas de tormenta y en un abordaje que el delirio de las drogas le había impedido comprender.

El camino no fue largo, pero tardaron una eternidad, pues Arthur tenía que andar despacio. El chico hablaba sin parar, le señalaba cosas; le mostraba piedras, plantas y árboles. Tampoco había mucho más. El paisaje era solo eso: tierra roja, matorrales y rocas.

A lo lejos, muy lejos, en dirección contraria al mar, podían adivinarse algunas casas y un denso pinar. Por lo demás, era como estar atravesando la nada. Un inmenso abismo. Arthur pensó, en otra más de sus locuras, que caminar sobre la luna debía de producir la misma impresión.

Pronto se desviaron hacia la izquierda y, a pocos metros, divisó un pequeño conjunto de casas encaladas. Alrededor, había algunos pinos y un par de chumberas. Al lado, había una gran extensión de tierra cultivada y un cercado donde pastaban varias ovejas.

La puerta estaba abierta, y de la chimenea escapaba una columna de humo. Era una vivienda de campesinos, como tantas otras que había visto a lo largo y ancho del Mediterráneo. Solo que, frente a la puerta de aquella, inclinada sobre un par de cubos y una tabla de lavar, estaba la dueña de la voz que lo había salvado.

—*Hello* —saludó cuando estuvo lo suficientemente cerca.

Lena se volvió hacia él de inmediato. La vio abrir mucho sus bonitos ojos grises, y un pellizco de placer presionó su estómago cuando lo reconoció y su expresión se relajó. El muchacho, que había llegado hasta donde estaba ella, dijo algo, y Lena solo asintió. Entonces, para sorpresa de Arthur, sonrió.

Se fijó en que llevaba el pelo descubierto y la trenza, rubia y muy larga, alborotada. Se cubría con un delantal que en algún momento debía de haber sido blanco. Parecía acalorada y muy ocupada.

Humana.

Tan humana y tan real que por fin soltó el aire y dejó de verla como a un ser fantástico o una ensoñación. Cuando se secó las manos en un paño y caminó hacia él, Arthur suspiró con un alivio inmenso al tener, por fin, la certeza de que era solo una mujer.

—Veo que estás recuperado —dijo ella con su peculiar acento, entre irlandés y propio, que lo hacía muy consciente de lo afortunado que había sido por habérsela encontrado en aquel lugar remoto del mundo.

—Estoy mejor —consiguió articular—. Ya no tengo ganas de lloriquear como un niño cada vez que muevo las piernas.

—Me alegro.

Se alegraba. Y él no entendía por qué le parecía tan maravilloso.

—He venido a traerte las cartas en persona. —Le tendió los papeles y enrojeció al darse cuenta de que le temblaba la mano. Era humana. Existía. Era solo una mujer y estaba justo frente a él.

Lena los cogió con recelo, inspeccionó los sobres cerrados con curiosidad y luego se los guardó en el bolsillo del delantal.

—Yo misma las llevaré mañana, te lo prometo. Tengo a un conocido que las franqueará en Ibiza.

—No tengo dinero para que puedas pagarlo.

—No te preocupes por eso, yo me encargo.

—Gracias.

—Lo hago porque tienes que volver a casa. Aunque te advierto de que el correo es lento; tendrás que ser paciente.

Arthur asintió y deseó alejarse, asustado al caer en la cuenta de que le quedaba mucho tiempo que pasar en ese lugar, acuciado otra vez por las ganas de llorar hasta hartarse. Pero ella arrugó el ceño y le sonrió de nuevo.

—Te viene bien la ropa.

—Más o menos —susurró con voz trémula.

La chaqueta le quedaba estrecha, a la camisa le faltaban dos botones, el chaleco estaba desteñado y el pantalón le venía corto. Pero olían a limpio, a hogar de verdad. Y cuando el muchacho se la había entregado, se había quedado observándola como un pasmarote, a la espera de que apareciera algún resto de Lena entre las costuras.

Pero eso había sido días antes, cuando creía que ella no era de verdad, que se la había imaginado, o que era una hechicera que lo atraparía en aquella isla para pasar el resto de su existencia mirándola embobado.

Lo cierto era que se había comportado como un estúpido hasta entonces. Él solía hacer el idiota delante de las mujeres, y no le importaba lo más mínimo. Él reía ante ellas, se pavoneaba seguro de sí mismo, les recitaba poemas exaltados con voz seductora y se burlaba de su ingenuidad hasta que caían a sus pies. Frente a aquella pequeña e insignificante isleña, en cambio, se encogió de vergüenza.

—Siento haber sido un verdadero maleducado.

—¿Por qué?

Su duda parecía sincera, como si fuera normal que la gente fuese desagradable con ella.

—Te asusté, y tú solo intentabas ser amable. Yo... —Se rascó la frente—. A veces, digo la primera tontería que se me pasa por la cabeza.

Ella tragó saliva y se tomó su tiempo antes de contestar.

—¿Ya no prefieres estar muerto?

La pregunta lo descolocó.

—La verdad es que me da igual. Pero ya que estoy aquí, me alegro de haberte conocido.

No hubo respuesta, porque ella parecía no creerse sus palabras. Era desconfiada y su mirada, asustadiza, como si estuviera esperando un ataque o una ofensa. Y Arthur tenía la impresión de que no era personal, de que se habría comportado así con cualquiera. Mucho más con un hombre llegado de la nada, que le había hablado como un demente. Que seguía haciéndolo, de hecho.

De pronto, un anciano que cojeaba, como él, salió desde la casa. El chico corrió a saludarlo, sin dejar de parlotear, y Lena le indicó con la mano a Arthur que se acercara. Él obedeció, un poco receloso por la expresión ceñuda del hombre alto, robusto y moreno.

Los tres intercambiaron algunas frases en aquella peculiar lengua que a Arthur le sonaba a tantas otras, pero que aún no lograba entender. Entonces el hombre le tendió la mano, y él se apresuró a estrechársela.

—Es mi abuelo Onofre —aclaró Lena.

Arthur lo saludó en inglés, y al anciano pareció desagradarle. O no le gustaba su idioma, o no le gustaban los forasteros en general. Para compensar aquel rechazo, Arthur le dijo las únicas palabras que, quizás, él entendería.

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum*^[16].

Lena rio con estruendo, y el rostro de su abuelo se relajó. Se volvió hacia su nieta y le dijo algo que ella le tradujo de inmediato:

—Quiere que entres dentro y que te invitemos a un trago; es un hombre hospitalario y le encantan los náufragos.

Reía. Era la primera vez que Arthur la veía hacerlo. Su risa era auténtica y voluptuosa, como lo era el recuerdo de su voz al cantar que él atesoraba en la memoria.

Una sombra fugaz en los ojos de la muchacha hizo pensar a Arthur que ella misma estaba sorprendida por su reacción. Aun así, no había ni rastro de la tensión de los últimos encuentros. Probablemente, se sentía protegida por su abuelo.

—¿Y tú? —le preguntó en un impulso—. ¿Qué quieres tú?

Se maldijo de inmediato cuando se puso seria y se encogió de hombros con indiferencia.

—Es su casa —dijo ella.

Así que Arthur aceptó la invitación y cojeó tras ellos hasta el interior de la vivienda.

Entraron a una sala presidida por una chimenea encendida y ocupada por una enorme mesa central. A su alrededor, había estantes en los que se amontonaban platos, vasos y vasijas de barro. Del techo colgaban algunos alimentos puestos a secar: tomates arrugados, pimientos y embutidos. Olía a comida caliente, a especias, a vino y a hogar. Todo se veía pulcro, cuidado. De una sencillez sobrecogedora.

Arthur, que todavía tenía dificultades para controlar sus emociones —en realidad, nunca había podido dominarlas del todo; para desesperación de su padre, de su hermano y de la flema británica de ambos—, se sintió sobrepasado por la calidez y autenticidad de cuanto lo rodeaba. Allí no había recargados muebles de maderas nobles, ni largos corredores coronados por retratos de antepasados; ni tapices caros, candelabros o pesados cortinajes. No había nada, salvo lo esencial: vida.

El abuelo de Lena le indicó que se sentara a la mesa, justo frente a él. Luego, encendió una pipa. Toniet los acompañó e hizo un par de comentarios, pero el hombre no le quitaba la vista de encima a Arthur, quien se sintió intimidado y volvió a mirar a Lena.

La muchacha revoloteaba por la cocina y se mordía el labio inferior con frustración. Le hizo una pregunta a su abuelo, que puso cara de no saber de qué le estaba hablando. Lena golpeó varios cajones, molesta, hasta que cogió un par de vasos de barro y los llenó con el contenido de una jarra. Luego, se acercó y entregó uno a cada hombre.

—¿Qué es? —preguntó Arthur, halagado.

—Agua —respondió ella, avergonzada. Arthur se apresuró a beber para contener la risa—. Estaba segura de que había licor de hierbas, pero no lo encuentro por ninguna parte. También pensaba que quedaban *orelletes*^[17]; las he cocinado esta mañana, pero alguien ha debido de comérselas a mis espaldas.

—No te preocupes. Tengo mucha sed, así está bien.

Ella vaciló, no muy conforme. Buscó un poco más antes de darse por vencida. Parecía preocupada por agradar, por agasajarlo.

Su abuelo volvió a dirigirse a ella y se tranquilizó. Se sentó también, a la derecha de Arthur, enfrente del muchacho, que había sacado un mazo de cartas y las barajaba con toda la intención de empezar una partida. El abuelo lo riñó y señaló a Arthur, quien, confuso, miró a Lena en busca de una explicación.

—Le gustas —observó ella.

—¿De verdad?

—Sí. Por lo general, no le agradan los extranjeros. —No lo miraba mientras hablaba, sino que tenía la vista fija en su abuelo—. El último que llegó solo le trajo penas y disgustos. No guarda muy buenos recuerdos de él.

—Vaya, lo siento. Intuyo que no deben de venir muchos forasteros por aquí. ¿Hace mucho de eso?

Entonces Lena se volvió hacia él. Parpadeó varias veces, como quien regresa de un recuerdo lejano. Sus ojos brillaron cuando un rayo de sol se cruzó con ellos. Tenía las mejillas enrojecidas, y los mechones de pelo que enmarcaban su rostro estaban húmedos por el sudor del trabajo.

—Era mi padre —le dijo.

—¿El dueño de esto? —Se señaló la ropa y ella sonrió de nuevo, con cierta burla; debía de quedarle horriblemente mal—. ¿Y dónde está?

—En América.

Cruzó los brazos sobre la mesa, con pose defensiva, y Arthur bebió.

—¿Él te enseñó a hablar inglés?

—Sí. Era irlandés y apenas hablaba nuestro idioma. Pero tenía una sonrisa bonita. —Arthur habría jurado que en su voz había sarcasmo, pero lo descartó por chocante en medio de aquella confesión—. A mi madre le bastó para enamorarse como una loca y luchar contra todos por su amor.

—Parece una historia muy romántica.

—No, no lo fue. Más bien fue una tontería de juventud. Por eso a mi abuelo no le gustaba. Él cree que las cosas tienen que hacerse con sensatez.

—¿Y tú también lo crees?

Lo ignoró. Su abuelo habló y ella tradujo.

—Quiere que le cuentes cómo fue el naufragio.

Arthur volvió a beber, con las mismas ganas que si de verdad se hubiese tratado de algún licor exótico y fuerte. Narcotizante. Eso era lo que más le habría gustado tomar en ese instante. Cualquier sustancia que lo adormeciera, lo atontara o mitigara un poco su pena. Se conformó con dejar que el agua fresca aclarara su garganta, tensa por el dolor.

—No recuerdo mucho —confesó—. Apenas tengo algunas imágenes confusas y desordenadas. Vienen y van sin ningún orden, cuando menos me lo espero. Te confieso que es desquiciante.

—¿No te acuerdas de nada? —insistió Lena. El anciano los miraba en silencio, a la espera de que su nieta le tradujera.

—Me acuerdo de que la tormenta comenzó a volverse más intensa y azotó el barco como si fuera una cáscara de nuez. Intentamos resistir a flote, todos ayudamos a los marineros. Recuerdo también estar a oscuras y oír el rugido sobrecogedor del viento contra las velas. No veía, pero oía gritos y órdenes que era incapaz de cumplir.

—Parece aterrador —musitó Lena, afectada por lo que le estaba narrando, con una sombra de miedo en las pupilas.

—Yo no estaba asustado en ese momento —aseguró Arthur. Se abstuvo de explicarle que estaba demasiado borracho y drogado como para sentir nada—. No durante el tiempo que navegamos a oscuras. Sí lo tuve después, cuando algo me tiró al agua.

—¿Algo?

—Creo que fue una criatura marina. —Lena abrió mucho los ojos, escéptica, y él se arrepintió de habérselo dicho; creería que estaba peor de la cabeza de lo que le había mostrado hasta ese momento.

—No existen las criaturas marinas. —Sonó totalmente segura.

—Tú lo eres, ¿no? —Consiguió que pareciera una broma, y así le quitó hierro a su estúpido comentario.

—No, Arthur. —Él se estremeció al oírlo pronunciar su nombre—. Yo solo soy...

—Una mujer —completó él nervioso, de pronto, como un adolescente—. Ya lo sé. Ahora ya puedo darme cuenta.

El anciano los interrumpió y apremió a Lena. La joven suspiró y le tradujo lo que Arthur le había contado, con cierta desgana. Él disimuló su azoramiento volviendo a beber. El abuelo y la nieta intercambiaron un par de frases. El muchacho también habló. Lena se quedó pensativa un instante hasta que, sin mirarlo, preguntó:

—¿Cómo es naufragar? ¿Qué se siente? —Luego, se volvió con ojos lastimeros—. ¿Duele?

Arthur pudo darse cuenta de que no era eso lo que el abuelo había preguntado. Lo sorprendió la angustia que se translucía en su pregunta.

—No.

Lena se percató de que le mentía.

—¿Y da miedo?

—Sí, eso sí. —Comenzó a dar vueltas al contenido del vaso—. La muerte siempre da miedo.

—Pero me dijiste que querías morir. —Su tono se volvió bajo, tímido, parecido al que había usado con él la primera vez que se habían visto y la había asustado con su impulsividad.

—Nadie quiere morir; va en contra de la misma naturaleza humana. Pero sí es cierto que habría preferido morirme yo.

—¿Por qué?

—Porque, al menos, sabría a qué atenerme. No tendría que enfrentarme a la ausencia de mis compañeros de viaje.

—¿Cuántos eran?

—Diez. —Ella abrió mucho los ojos y la boca, sobrecogida. Diez vidas perdidas en algún lugar de aquel mar verde ceniciento. Solo uno vivo. El más inútil. Al que no esperaba nadie con amor sincero y al que le daba igual la vida o la muerte, pero al que, en cambio, se le presentaba ante sí una larga existencia de obligaciones heredadas y costumbres impuestas—. Tres marineros, el capitán, el contramaestre, Peter, el cocinero, y mis amigos: Mathew, Leonard y James.

—Aún es posible que aparezcan en alguna parte.

—¿Tú crees? ¿Tantos días después?

—Quizás estén en Ibiza y te estén esperando. Le pedí a Jaume, el hombre que llevará las cartas, que pregunte allí. Averiguaremos qué pasó, ya verás.

—Es posible. —No lo creía en absoluto, pero le gustó compartir con ella una pequeña esperanza—. Qué más quisiera. A Mathew lo espera su esposa, y James tiene una madre enferma que depende de él. La idea del viaje fue mía, ¿sabes? Era nuestra última locura de juventud antes de enfrentarnos a la formalidad encorsetada del resto de nuestra vida. Así que no sé cómo voy a vivir cargando con mi mala conciencia. Si me hubiera ahogado, en cambio..., estaría muerto y... ya.

—¿Y ya? ¿Cómo sabes que no habría nada después? ¿El purgatorio, el infierno...?

—Yo no creo en esas cosas.

Sonrió para suavizar el hecho de que era un ateo y un hereje; había afirmaciones que era mejor aderezar con un poco de encanto. Pero, para su sorpresa, Lena no pareció afectada ni por su sonrisa, irresistible hasta entonces, ni por sus palabras. Era una mujer sencilla, práctica, de la tierra, alejada de disquisiciones filosóficas y angustias existenciales.

—¿Y qué hay ahí arriba, entonces? —Señaló al techo.

—Estrellas. Planetas. Galaxias. El abismo.

—¿Qué es el abismo?

—La nada.

Arthur procuró no sonar pesimista en exceso, porque no quería asustarla y porque tampoco quería corromper su ingenuidad. Por el contrario, fue él quien se asustó cuando la muchacha se llevó la mano al pecho y apretó muy fuerte los dedos contra la tela de su camisa oscura.

—Eso es lo que yo siento aquí —aseguró.

Sus miradas se cruzaron un momento. Un instante que a Arthur le pareció eterno, abismal también, y que podría haber durado todo el día o toda la noche, sin que él hubiera sentido la más mínima necesidad de moverse de donde estaba. Como si allí no hubiera dos hombres que los observaban sin comprender, que vigilaban cada uno de sus movimientos.

Estaban solos.

En el abismo, tal vez, pero en uno compartido. Después de los últimos días de terror y desesperanza, la fugaz conexión que vibró entre ambos le templó la sangre y calmó un poco su espíritu exaltado.

«¿Cómo va a ser verdad que no sientes nada, cuando yo lo veo todo en ti?», estuvo a punto de decirle. Pero el abuelo tosió y los sacó de su ensoñación. Y Arthur preguntó lo primero que, incomprensiblemente, se le pasó por la cabeza.

—¿Tienes novio?

Los ojos de Lena se ensombrecieron.

—¿A ti qué más te da? —preguntó, a la defensiva, tensa como la primera vez que habían hablado.

—No lo sé. Pero estoy aquí, atravesado por tus ojos, tus pestañas y tu expresión curiosa. Y no me queda más remedio que preguntártelo.

A ella le costó articular una frase.

—Yo... Lo tenía. Y lo tendré.

—El farero, ¿verdad? —Lena inclinó la cabeza hacia la derecha, para suavizar su negativa a contestarle, pero Arthur sintió la necesidad de insistir. ¿Cómo iba a haber otro que gozara del privilegio de verse atrapado por ella?—. ¿Estás enamorada?

—No.

Arthur sonrió.

—Yo tampoco.

El anciano se dirigió a Lena, que asintió y fingió que traducía.

—¿Y qué pasa con la tal Penélope?

Que recordara el nombre que él había mencionado en medio de su locura transitoria fue una estocada dolorosa. Y sintió la necesidad de ser sincero, de desangrarse ante ella.

—Del mismo modo que estar vivo no es vivir, estar comprometido no es lo mismo que estar enamorado.

—Tienes que volver con ella.

Lo dijo muy seria, mirándolo a los ojos. Sonó a orden, y a Arthur le molestó. ¿Qué sabía ella de lo que había entre su prometida y él; de lo mucho que le estaba costando alejarse, huir, correr al otro extremo del mundo?

Iba a responderle, molesto, cuando ella se volvió hacia su abuelo y le dijo un montón de cosas que no pudo entender. Durante un buen rato, solo percibió la voz dulzona de la mujer mientras relataba lo que fuera que se estaba inventando, pues tenía la convicción de que no estaba hablando de novios y prometidos con su abuelo. El hombre escuchaba, sonreía y asentía.

Fueron unos minutos incómodos en los que Arthur se limitó a apurar su vaso de agua y sentirse un mono de feria.

—Dice que le recuerdas a mi padre —le dijo Lena entonces—. Que te pareces a él cuando llegó a la isla.

—¿Y eso es bueno?

—No.

—Ah.

—Él también llegó con lo puesto, con una lengua extraña, el rostro pálido y unos ojos bonitos para engatusar muchachas.

—¿Tú crees que tengo los ojos bonitos?

—¿Acaso quieres engatusar muchachas?

De pronto, Lena se dio cuenta de que la conversación se acercaba demasiado a un coqueteo, y enrojeció. En su piel blanca, el rubor destacaba de forma exagerada, desde la barbilla hasta el nacimiento del pelo, coloreando la explosión de pecas de sus mejillas. Lo había preguntado de forma instintiva, natural, y Arthur palpó entero ante su ingenuidad.

—No quiero engatusar a nadie, pero ya te dije que no he visto nada tan bonito como tú en este mundo.

Por alguna razón, aquella vez la confesión no sonó sincera, sino a halago vacío de seductor principiante. Incluso él se sintió incómodo. Lena se puso en pie de forma brusca, se estiró la falda con las manos y puso fin a la conversación.

—Se hace tarde y tengo muchas cosas que hacer. En cuanto envíe la carta, te avisaré para que estés prevenido.

—Gracias.

Arthur no hizo amago de levantarse, porque lo único que deseaba era alargar aquel momento y seguir conversando con ella. Incluso estuvo tentado de preguntarle si quería que la ayudara.

Lo último que le apetecía era regresar a la ociosidad del faro. No sabía cuánto tiempo más tendría que pasar en la isla, pero sospechaba que sería mucho. Sin dinero, sin contactos y sin medios, estaba condenado a esperar hasta que se recuperara del todo o hasta que algún pariente recibiera la carta y partiera en su busca.

Mientras tanto, Lena era lo único que, estaba seguro, podía teñir de color el gris de sus días monótonos.

—¿Puedo venir a saludar a tu abuelo de vez en cuando?

—No es buena idea —respondió ella—. Ya te he dicho que no le gustan los forasteros.

—Pero sí los náufragos.

Lena dudó. Se lo pensó. Arthur imaginó más mañanas como aquella. Le daba igual si tenía a dos mirones al lado, siempre que pudieran mantener más charlas sin sentido y buscar, de vez en cuando, sus ojos.

Imaginó, incluso, que volvía a oírla cantar. Pero ella puso fin a cualquier esperanza.

—No, Arthur. No quiero verte. No puedo. Los náufragos me dan miedo. El mar también. Y mucho más los hombres que me dicen cosas bonitas mientras guardan en su corazón el deseo intenso de marcharse de aquí. —Arthur trató de interrumpirla, pero Lena extendió un brazo para detenerlo—. Vete, Arthur, vete y no vuelvas. Aquí no hay nada para ti.

Capítulo 8

XALOC

U nos días después, Lena encontró un barco para Arthur. Fue la misma mañana que Quim le propuso mantener una relación formal y, a pesar del interés que había mostrado en ella desde el primer día, tenía la cabeza tan lejos, incluso de sí misma, que la pilló por sorpresa. Y, precisamente por eso, fue consciente de inmediato de lo necesario que era subir al náufrago a un barco y que se marchara a su propia isla.

Lena había ido al pueblo temprano, harta de su casa y de las discusiones con su prima, que lloraba por los rincones y maldecía al amor y a su mala suerte, y acusaba a Lena de entrometida cuando le recordaba el episodio de la playa y le recomendaba que se alejara de Feliu.

Estaba harta, también, de la censura de su madre, que había montado en cólera al enterarse de que Arthur había estado allí. Harta del dolor de huesos de su abuela, de los relinchos de la mula vieja, que sufría por el frío, y de que la tomaran por una maldita esclava que debía ocuparse de todos.

La visita de Arthur la había dejado con los nervios alterados, con un regusto amargo en la boca muy parecido al de los abandonos y con un deseo insoportable de coger sus escasas pertenencias y largarse de allí. A un lugar tranquilo, donde pudiera encontrar una vida plácida. Sola y sin ese desasosiego continuo que no la dejaba en paz.

Había acudido primero a la iglesia, adonde entró a charlar con don Miquel y contarle en confesión, para Dios y para sí misma, que había un hombre recién llegado a la isla que se colaba por las noches en sus sueños y que le alteraba la respiración cuando le decía que era bonita. El sacerdote afirmó que no era pecado lo que no se podía controlar.

—Al fin y al cabo, hija —le aseguró con su voz serena, segura y atronadora, como la de Dios en el vacío de la iglesia—, llevas en las venas la sangre rebelde de un pirata sin redimir. Reza mucho, acepta tu destino y ten fe en el Señor. Él te ofrecerá una salida para tu desazón; ya lo verás.

Lena salió de la iglesia pensando en lo poco que las palabras del buen capellán la habían convencido cuando se topó al farero. La saludó efusivamente, la agasajó con palabras tiernas, cargó con sus cestos y tiró por ella de la mula, que llevaba los últimos sacos de carbón que le quedaban e iba a vender. Y Lena lo interpretó como una señal de Dios: su salida y su vía de escape.

Quim había llegado al Pilar para comprar un par de cabos y conseguir una red, pero se olvidó de su objetivo cuando decidió hacerle compañía mientras repartía el carbón. Dieron vueltas al pequeño pueblo durante más de una hora, y él le explicó con detalle cómo se vivía en el faro, lo

bien que había conseguido ajustar el movimiento de la lámpara; lo confortable que era la cocina, el calor que desprendía la lumbre al atardecer, y lo dulce que resultaba el rumor del mar contra las rocas a sus pies.

—He estado en otros faros, Lenita —le repetía—, pero ninguno como este. No sé si es el edificio, la isla, el lugar... Pero a veces me quedo mirando a la lejanía y siento que podría pasar ahí el resto de mi vida, dando luz y abriendo caminos en la oscuridad. El único inconveniente es que estoy muy solo.

—Tienes a Rafael.

—No es verdad; tiene la cabeza en otra parte. Y muy pronto tendrá a alguien mejor con quien compartir sus preocupaciones y su vida, y yo me quedaré muy solo mientras él duerme caliente a solo unos metros de mí. —Se calló de inmediato y la miró de reojo, avergonzado. A Lena también le dio un poco de apuro—. Perdona, no debería hablar así delante de ti.

—No pasa nada. —Lo tranquilizó. Pero entonces pensó en Arthur y se preguntó cómo dormiría él, qué solo se sentiría; qué frío, si del cuerpo o del alma, lo atenazaría cada noche bajo las sábanas; qué imágenes asaltarían su mente cuando cerraba sus ojos castaños, esos que la observaban como si no lograra creerse que fuera real—. Yo también sueño mucho.

Quim se detuvo y Lena se vio obligada a encararlo. Apolonia la llamó a voces desde la puerta de su casa, y ella la saludó con la mano. El farero no le permitió que se acercara a la vecina y continuó reclamando su atención.

—Esta vida no es la que te mereces, Lenita. —Vio un brillo de ilusión en sus ojos. Estaba nervioso, pero seguía mostrando la misma seguridad en sí mismo de siempre—. Déjame ayudarte. Déjame hacértelo todo más fácil. Me gusta conversar contigo; eres hacendosa y educada. Quizás, tú y yo... Creo que podemos entendernos.

—¿Qué quieres decir?

Lo sabía perfectamente. Pero, si se hacía la inocente, quizás él pusiera un poco más de sentimiento al asunto o le dedicara algún halago a sus ojos, a su pelo y a sus pestañas, y le dijera que ella lo era todo.

—Que me gustaría que fueras mi novia. —Se llevó una mano al pecho—. Mis intenciones son serias; te lo aseguro.

Lena dudó. En menos de lo que dura un suspiro, pasó de la ilusión al miedo, de la inseguridad al alivio. Si aceptaba, había muchas posibilidades de que fuera feliz, y su vida sería tal como la había soñado.

Era obvio que Quim era un hombre bueno. Tal vez, no el más apasionado, pero sí sincero, educado y respetuoso. Y no se iría. No mientras el faro siguiera en pie. Aunque ella no lograra anclarlo a la isla, sí lo haría su adorada cúpula de cristal.

—Bueno —murmuró sin mucha convicción, a pesar de que estaba segura de que era lo mejor.

La sonrisa de Quim se amplió. Continuaron caminando uno al lado del otro. Por más que Lena esperó, no le habló de amor, ni de lo mucho que ella le gustaba, ni de cómo latía desenfundado su corazón cuando estaban juntos; pero giraron la calle y, como no había nadie, él se agachó un poco y le dio un beso casto en la mejilla. A Lena no le temblaron las piernas ni le faltó el aire. Sí pensó en Arthur y pateó el suelo embarrado con fastidio.

«No te equivoques, Lena, no te fijes otra vez en el que te va a abandonar». Era culpa de su estúpido espíritu indomable; culpa de su padre y de las historias, leyendas y sueños con los que había llenado su cabeza.

Entonces vio entrar a Feliu Dolç en la fonda de los padres de Marina. La sacudió una oleada de repulsión al imaginarse a su prima en brazos de ese hombre. No era bueno, no era honrado y ni

siquiera era amable.

Esa misma noche lo había visto rondando cerca de su casa, como un espectro grande y oscuro que la atemorizaba. Cuando se había acostado, su prima no estaba, y ella había cerrado los ojos y rezado varias horas para que ese hombre no volviera a hacerle daño, para que un día no muy lejano decidiera —como todos los demás isleños— marcharse para no regresar.

De pronto, se le ocurrió una idea descabellada que podría devolver el orden a su mundo. Una idea que alejaría la tentación, el peligro y los deseos imposibles de cumplir.

—Quim, ¿por qué no hablas con ese hombre?

—¿Con quién? —Miró alrededor, confundido.

—Con Feliu Dolç. ¿Lo conoces?

—No mucho. Charlé con él hace un par de días porque me dijeron que es una especie de autoridad aquí. Al parecer, es comerciante y quise hablar con él para que me consiguiera el aceite a mejor precio. Para la lámpara del faro —aclaró—. Funciona con aceite de oliva, y cuánto más puro y de mejor calidad sea este, más potente y clara será la luz. Piensa que tiene doce...

Lena no prestó atención, estaba segura de que ya le había explicado todo aquello varias veces. Tampoco le interesaba mucho, la verdad, y ni siquiera entendía la mayor parte de lo que decía.

—Necesito que hables con él —lo interrumpió haciendo un esfuerzo por disimular su impaciencia.

Quim se calló y volvió a prestarle atención, con el ceño fruncido.

—¿De qué?

—De Arthur. —Quim seguía sin comprender—. El naufrago. Feliu puede llevarlo a casa, a Inglaterra.

Lena no sabía dónde estaba Inglaterra. Tampoco sabía a qué distancia se encontraba. Es más: ni siquiera conocía las palabras para nombrar las medidas.

Una vez su padre le había dibujado un mapa en la arena. Había trazado el contorno del mar, de la tierra que llamaban África y en la que él se había ocultado en su juventud pirata; del continente, anclado con firmeza; y arriba, las islas del norte, de las que había huido en busca de aventuras.

Pero había sido un mapa efímero, tanto como la marea y como sus recuerdos. De lo único que estaba segura era de que quedaba muy muy lejos. Quizás tanto como América. O más. Si Arthur regresaba y Feliu se iba con él, era probable que no los volvieran a ver.

A ninguno de los dos.

Pilar sería libre de un hombre que, estaba segura, solo iba a dañarla. Y ella, Lena, no la prima ni la hija ni la novia, sino solo la mujer, podría dejar de luchar por fin contra la llamada de lo desconocido y contra la dolorosa tentación de saber más.

Era una idea absurda pero brillante. Tenía que intentarlo.

—Dile que Arthur es muy rico —le pidió— y que, si lo lleva a su casa, le pagará una inmensa fortuna.

Fue sola a buscar a Arthur para darle la noticia. Había regresado con Quim hasta el faro para explicarle el plan pero, nada más llegar, Rafael había salido a su encuentro y le había pedido a su compañero que lo ayudara en algo a lo que Lena no prestó atención, excepto cuando le explicó que Arthur solía pasar las mañanas frente al acantilado y que podía ir a buscarlo allí.

A Lena no le pasó desapercibida la mirada de advertencia que le dirigió Quim; no era lo más

apropiado que ambos se quedaran solos en aquel paraje alejado, sobre todo si eran novios. Pero estaban ante una cuestión urgente, así que no le dio más importancia y corrió en su busca, ignorándolo.

Lo encontró sentado sobre unas rocas, al resguardo de unos pinos. Tenía la cabeza gacha, como si estuviese escribiendo apoyado en las rodillas, y los mechones de pelo castaño se agitaban rebeldes bajo el cálido viento de *xaloc*^[18] que soplaba esa mañana.

—¡Arthur! —Se aproximó prácticamente a saltos—. ¡Arthur! ¡Te he encontrado un barco!

Él soltó en el suelo lo que estaba haciendo y se puso en pie de inmediato. No dejó de observarla con asombro mientras ella recorría los escasos metros que los separaban.

Cuando llegó a su lado, Lena se detuvo e inspiró varias veces para recobrar el aliento. Se dio cuenta de que le miraba el pelo y fue consciente de que con la carrera se le habían caído el sombrero y el pañuelo. Otra vez. No hacía más que comportarse de forma indecente frente a él. Suerte que iba a marcharse pronto.

—Tengo un barco —repitió sin disimular su entusiasmo.

—¿A qué te refieres? —Le habló con la misma cautela que cuando creía que ella no era más que un producto de su imaginación o un monstruo marino. De hecho, volvía a mirarla como si lo fuera. Lena estaba tan contenta que, incluso, sonrió ante el recuerdo—. No me dirás que ya has recibido respuesta a la carta.

—¡No! ¡Si se la di a Jaume ayer! No es eso, es mejor aún: hemos convencido a Feliu Dolç, un comerciante del Pilar, de que te lleve a Inglaterra.

—¿De que me lleve a Inglaterra? ¡Qué locura! Pero ¿qué tipo de embarcación tiene ese hombre? ¿Y cómo lo has convencido? ¿Cómo va a llevarme tan lejos?

Lena siguió sonriendo, porque su pose de desconfianza le causó cierta ternura; el pobre estaba perdido en el mundo, se había despedido de sus amigos de forma trágica y debía confiar en un desconocido para que lo acompañara de vuelta a un hogar que quedaba casi en la otra punta del mundo. Ella lo entendía y, en su lugar, habría estado también aterrorizada.

—Tiene un *llaüt*, pero es grande y acaba de restaurarlo. —Lo tranquilizó—. Le hemos dicho que eres rico.

—¿Y qué...?

—Le he explicado... Bueno, en realidad, ha sido Quim, porque él a mí no... —Chasqueó la lengua y se interrumpió—. Que no tienes nada aquí con lo que pagarle pero que, cuando consigas llegar a casa, podrás devolverle lo que haya costado el viaje y ofrecerle una buena recompensa: más dinero del que haya visto jamás.

Arthur emitió un par de carcajadas, entre tristes y sarcásticas.

—¿Y qué te ha hecho creer que soy rico?

Lena se puso seria, con su entusiasmo desinflado.

—Me dijiste que eres el vizconde de Sternford de Inglaterra; eso suena a rico.

—Sí, bueno... —Dio un par de pasos en dirección a Lena, que tuvo que esforzarse para no salir corriendo, avergonzada por haber quedado ante él como una niña ingenua—. A mí no me tocó tanto; el título venía con unas cuantas deudas. Me temo que el único que tiene mucho dinero es mi padre. —Adoptó una falsa pose de altivez, entre divertida y triste—. El ilustrísimo marqués de Aighbry, descendiente de príncipes y primo de la reina Victoria.

—¿Primo de la reina? —Arthur asintió y puso los ojos en blanco—. ¿Y un hombre así no pagaría por tu regreso?

Entonces fue Arthur el que se puso serio y apartó la vista, como si quisiera ocultar alguna verdad evidente.

—Sí..., claro... Supongo que sí. Estoy seguro de que, si por fin vuelvo a casa de verdad y decido quedarme, pagará lo que haga falta.

—Ha sido una buena idea, entonces.

—Sí, Lena, ha sido una muy buena idea.

—Pues ya está. —Suspiró aliviada—. Vuelves a casa.

—A casa... —susurró como si no lo creyera posible—. Voy a salir de aquí.

Lena corroboró sus palabras con un asentimiento. Él sonrió. Le brillaron los ojos y le tembló la barbilla. Levantó la mirada al cielo y se llevó las manos a la cara. Permaneció un buen rato en silencio y, cuando Lena ya había empezado a preocuparse, rio con estruendo y se acercó de un salto.

—¡Voy a salir de aquí! —De repente la agarró por la cintura, la levantó y dio vueltas sobre sí mismo con ella en brazos. Lena tuvo la impresión, mientras flotaba en el aire y oía su risa, de que echarían a volar de un momento a otro. Se asió a su pelo, mareada, y cerró los ojos para escucharlo gritar—. ¡Se acabó, Lena! ¡Me voy de una vez! ¡Escaparé de esta maldita tumba! ¡Por fin!

Trastabilló cuando la soltó, pero él se apresuró a tomarla de las manos, para después besárselas con reverencia. Ella sintió cosquillas. En todas partes.

—Gracias, gracias —repetió varias veces—. Ya te dije que no eras de este mundo, que el destino te había puesto frente a mí por algún buen motivo.

—Solo soy una mujer. —Y en aquella ocasión lo dijo entre risas, contagiada de su entusiasmo.

—No. —Arthur sacudió la cabeza con energía, con la cara todavía hundida en las manos de Lena. Sintió sus labios moverse por ellas, cálidos, y las apartó. Él no se percató de su turbación—. Eres especial. Mi sirena, mi salvadora.

—Pensaba que las sirenas intentaban matar a los hombres. —Esperó que la broma aplacara el incómodo azoramiento que la dominaba.

—Puede ser. Pero yo era el único hombre que no quería vivir, así que no tenías otra forma de castigarme que permitiéndome seguir con vida. Voy a perdonarte la tortura de estos días solo porque me has compensado encontrando un barco para mí.

Le guiñó un ojo y, aunque Lena intentó dejar de sonreír y darle a la conversación toda la seriedad que requería, no pudo evitar que las comisuras de los labios le dolieran por el esfuerzo que hacía para no seguir haciéndolo.

Reír le resultaba tan placentero, tan insólito y tan ajeno que habría pasado gustosa muchas horas al lado de ese hombre, que no tenía reparos en mostrarse alegre incluso en medio de su tragedia.

—Saldréis pasado mañana —anunció—, así que debes prepararte cuanto antes.

—No hay nada que preparar. —Se encogió de hombros y le mostró las manos abiertas, vacías—. Solo tengo que despedirme de los que tan amablemente me habéis ayudado. No sé cómo darte las gracias. Si no llego a encontrarte...

—¿Le pagarás? —lo interrumpió—. ¿Pagarás a Feliu?

—Sí, claro. Soy un hombre agradecido y sé que está en juego tu palabra. Pero Inglaterra está lejos. —Parecía preocupado de repente—. Es imposible que me lleve hasta allí. Quizás, sea suficiente con que me deje en Gibraltar. Allí las autoridades me ayudarán. Está cerca, y podrá volver a casa dentro de un par de días. Tal vez, pueda conseguir algún dinero en el banco...

—Pues págale mucho para que te lleve hasta Inglaterra. O, al menos, hazle creer que lo harás. No importa si no lo haces de verdad; lo único que me interesa es que se aleje. Que se aleje o que no vuelva.

Los ojos de Arthur se oscurecieron por la preocupación.

—¿Es por algún motivo personal? ¿Acaso ese hombre...?

—No. Es solo porque necesito que deje de hacerle daño a alguien que me importa. Por favor. Es lo único que te pido a cambio de haberlo convencido. Llévatelo a Inglaterra. Cuando regrese, dentro de mucho, todo se habrá calmado y volveremos a vivir tranquilas.

Arthur adelantó su mano derecha con recelo y le tocó la mejilla. Pareció sorprendido cuando las yemas de sus dedos rozaron su carne fría, como si hubiera esperado atravesarla como a un espíritu.

Lena se sobresaltó y se apresuró a cogerla para apartársela, pero entonces él la acarició con el pulgar, y se quedó muy quieta. Se le había olvidado cuándo había sido la última vez que alguien la había acariciado con cariño. Con cierta devoción. Quizás era solo agradecimiento, pero parecía de verdad. Tierno. Y le gustó. Así que permitió que siguiera haciéndolo; al fin y al cabo, no iba a volver a verlo y no se lo contaría a nadie.

Aprovechó para estudiar su rostro y grabarlo en sus recuerdos. Era probable que no viviera más una aventura semejante. Tal vez, no habría más naufragos, no para ella. Mucho menos uno que tuviera sus mismos grandes ojos color miel, o que la tocara como quien quiere cerciorarse de que lo que tiene delante es real.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Lena, ¿sabes?

Y ella se fijó en que su voz sonaba más grave, más cálida. Era como si, en lugar de llegarle a través de los oídos, lo hiciera directamente desde su alma. Como si le recordara algo oculto y secreto. Podía ser a causa del idioma, de las reminiscencias de su niñez que le despertaban en la memoria. O podía ser, simplemente, por él.

—No he hecho nada especial. —Se aclaró la garganta porque no podía hablar con normalidad—. Nadie más podía ayudarte, así que era mi obligación moral.

Arthur se acercó un poco más, sin dejar de acariciarla. A ella le palpitó con fuerza el corazón; del mismo modo en que lo hacía cuando se asomaba al horizonte, cuando soñaba con subirse al faro, con echarse a navegar. Del mismo modo, fuerte e insoportable, que cuando se imaginaba que era rebelde, aventurera y libre.

Se dio cuenta de que su naufrago representaba todo eso: lo desconocido, la aventura, la tentación. La inmensidad del mar. Todo lo que Lena no podía permitirse. Lo que le daba tanto miedo.

Ese hombre tenía que marcharse y, por su paz mental, debía hacerlo ya.

—Se te ve buena, Lena. —Ella tiró con suavidad de la mano de Arthur para liberarse, pero él, lejos de apartarla, la colocó sobre su hombro y volvió a sonreír. Le brillaban las pupilas. Se vio reflejada en sus iris. Era sincero. Maldito fuera—. Una de esas muchachas que hacen siempre lo que otros esperan de ellas y que se resignan a aceptar y cumplir con su deber. ¿Verdad que no me equivoco? Lo vi cuando estuve en tu casa y lo puedo ver ahora.

—Te equivocas. —Pero la recorrió un escalofrío ante la evidencia de su afirmación. ¿Por qué podía ver quién era, incluso, antes que ella misma?

—No. Conozco a muchas así. —Se apartó con brusquedad y se volvió hacia el mar—. Penélope lo es. Y yo, aunque sea hombre, también estuve a punto de serlo, pero por suerte hui a tiempo.

Y Lena sintió entonces que su pulso ya no solo latía, sino que era una tormenta deshecha en truenos que la aterrorizaba. Él había huido a tiempo. Era posible hacerlo. Quizás, aún quedara esperanza.

—¿Huir? —preguntó impaciente—. ¿De qué huías?

—De la responsabilidad. De lo que otros creían que debía hacer. Incluso, de lo que pensaban que era mi propio bien. Me entiendes, ¿verdad?

Lena asintió.

—¿Cómo huiste?

—De mil formas: con viajes interminables, con cualquier persona, lugar o sustancia que me permitiera olvidar.

—¿Y lo lograste?

Él suspiró con resignación.

—Mírame. A pesar de haber estado a las puertas de la muerte, estoy aquí, preparándome para volver a casa.

—Entonces, no es posible escapar.

—Parece que no. —Volvió a dibujar una sonrisa, esa vez con evidente picardía—. A no ser que tú me impidas coger ese barco.

Ella se puso seria.

—Tienes que hacerlo. Penélope te espera. Tienes que regresar con ella.

Arthur la miró con sorpresa.

—Sí, claro. Con ella.

Siguió un silencio incómodo. Lena pensó que era el momento de despedirse y alejarse. Pero entonces una ráfaga de viento azotó su trenza, levantó su falda y arrastró los papeles que Arthur había dejado en el suelo. Él corrió tras ellos, pero se desaparecieron acantilado abajo.

Cuando Lena vio que bajaba a buscarlos y que lo perdía de vista, se aproximó al lugar por donde había descendido y lo descubrió apenas a un par de metros, en un pequeño saliente. Le mostró los papeles arrugados que había conseguido rescatar con aire triunfal. Lena, como la inconsciente que era, se agarró a las rocas y descendió hacia donde él estaba.

Llegó a su lado de un salto. Se limpió en el delantal la tierra que se le había metido entre las uñas. Entonces, descubrió lo cerca que estaban de caer al mar, sintió vértigo y se agarró con fuerza al brazo de Arthur.

—Esto es peligroso —dijo con un hilo de voz.

Sopló otra ráfaga y se pegó a la pared de roca, tirando de él de forma involuntaria. Se quedaron muy quietos, uno al lado del otro, con la espalda apoyada en la piedra fría, húmeda y terrosa. Podía oírse el mar y, también, la respiración de Arthur. Lo miró de soslayo y le pareció alterado, porque su pecho se movía y apenas pestañeaba.

—Esto es grandioso, ¿no te parece? —dijo visiblemente emocionado—. Vivir aquí es un privilegio.

—No es cierto. Es una condena. Una cárcel. Una tumba. Tú lo has dicho antes.

Se volvió y en su rostro se reflejó la confusión. Lena le soltó el brazo, pero él la tomó por el codo y la sostuvo, como si tuviera miedo de que pudiese caer. Y le pareció un gesto necesario, porque seguía teniendo vértigo, y la sonrisa emocionada de aquel hombre mientras le hablaba hizo que el mundo comenzara a dar vueltas.

—En parte sí, al menos para mí. Pero, aunque no haya salida..., esta isla es todo mar, aire y viento. Es un espacio abierto al horizonte y un camino a las estrellas, al universo. Aquí huele a verdad, a espuma y a bosque. Nunca he sido tan yo mismo como en los días que he pasado aquí. Todo es auténtico, Lena.

—¿Tú crees? —balbuceó.

—Tú lo eres. Eres lo más auténtico y firme que he visto jamás. Creo que podría dejar que me atrapasas en tus garras o en tus brazos, y seguiría sintiéndome libre.

Lena se perdió en el brillo intenso con el que la contemplaba y se lo creyó. Hablaba con apasionamiento, pero sus palabras destilaban sinceridad. Sintió un pellizco en el vientre al recordar a la última persona que le había hablado así. Guiem, su primer amor, solía mirarla con embeleso a los ojos y le repetía lo única y especial que era; le aseguraba que por ella podría hacer cualquier cosa, luchar contra lo que fuera, que siempre, siempre, volvería a su lado. Pero se había marchado a América y, ocho años después, seguía esperándolo.

Había quien sabía mentir con la mirada. Arthur podía ser de esos, sin duda, y no tenía ningún sentido que ella se permitiera creerle.

—¿Qué estabas escribiendo? —se le ocurrió preguntar para romper la tensión que la turbaba. Arthur bajó la vista hacia los papeles que sostenía en la mano libre.

—Me gusta escribir lo que siento —explicó—. Lo hago a menudo. A veces, los pensamientos se convierten en un torbellino en mi cabeza, y las emociones amenazan con volverme loco. Son intensas y crecen aquí y aquí. —Se llevó la mano al pecho y a la frente—. Me asustan porque sé que pueden llevarme a cometer cualquier locura. A veces, bebo whisky para dominarlas. —Se rio—. Y otras veces..., escribo. —Le tendió los papeles con la intención de mostrárselos o de que los leyera, pero Lena ignoró su gesto—. Es mi forma de desahogarme y, también, de atesorar momentos.

—Cuando llegues a casa, te sentirás mejor, más tranquilo.

—Sí.

Pero Lena se dio cuenta de que no estaba convencido. Arthur dobló los papeles y los guardó en el bolsillo del pantalón. Luego, miró hacia las rocas por las que habían bajado y frunció el ceño; Lena estaba segura de que le costaría subir, pues no debía de estar repuesto del todo. Supuso que iba a proponerle que regresaran, pero sus palabras, como todo lo que él decía, la sorprendieron.

—¿Podrías escribirme alguna vez?

Lena no pudo controlar la oleada de ira que la asoló. ¿Qué idea tenía él de quién era ella? ¿Tan poco sabía como para hacerle esa estúpida pregunta? ¿No se daba cuenta de que ella era tan pequeña, tan insignificante? ¿No decía que podía ver quién era, su verdad? ¿Cómo iba a mantener correspondencia con un vizconde inglés, primo de una reina, si apenas sabía garabatear su propio nombre?

—¿Dónde te crees que estás? —le reprochó—. ¿Quién crees que soy yo?

Él pareció darse cuenta de su error. Se tomó un tiempo para sopesar lo que debía decirle, o para que ella se tranquilizara, hasta que al fin le habló con una sonrisa.

—Disculpa si te he ofendido, sé que debería aprender a controlar mi lengua. Pero, al menos, dame algo para que te recuerde.

—Te he dado un medio para que vuelvas a casa. ¿Qué más quieres?

—Cualquier cosa que me recuerde a ti —insistió él con el entusiasmo renovado y con una media sonrisa pícaro que rozaba lo indecente. Era tenaz. Arrollador. Lena estaba segura de que conseguiría cualquier objetivo que se propusiera solo con un par de frases o con un parpadeo más largo de lo común—. Un objeto o una prenda que pueda sostener entre mis manos, como los antiguos trovadores, y que al llevármelo al rostro descubra que conserva tu olor. Esa deliciosa mezcla de tierra y sal, de verdad. Recordaré que una vez una mujer me miró siendo yo, simplemente Arthur, desprovisto de todo lo demás. Y puede que así no me sienta tan perdido, tan solo.

Lena suspiró con cansancio. Quería que la dejara en paz. Lo necesitaba. Se llevó la mano a la trenza y deshizo el lazo rosa que la sujetaba con decisión.

—Toma, esto ya no lo necesito. Tengo que cambiarla.

—¿Por qué?

—Las mujeres solteras llevamos una cinta grande. Yo, como ya tengo novio, tengo que llevarla más discreta.

Él le preguntó en silencio quién era ese hombre. Lena calló, no quería darle más explicaciones ni hablar más con él de nada íntimo.

—¿Es como un anillo de compromiso?

—Supongo.

Arthur lo cogió y lo enredó entre sus dedos con suavidad.

—Es un bonito recuerdo, un último retazo de la mujer que queda atrás, para ti y para mí. Simboliza un cambio de vida para los dos, ¿no es cierto?

—Sí. —A Lena la sorprendió que acertara de nuevo. ¿Cómo lo hacía? ¿Era tan obvia?—. Aunque no lo creas, tu llegada a la isla ha cambiado mi vida.

—¿De verdad?

—Me ha ayudado a darles a las cosas el valor que merecen, a acallar mis sueños y a silenciarme a mí misma.

—¿Por qué querrías hacer eso? —Parecía horrorizado.

Se golpeó con suavidad el pecho con el puño.

—Porque la Lena que hay aquí dentro es un peligro. —De nada servía ocultarlo si, de todos modos, él era capaz de leer en ella no entendía cómo—. Desea cosas indebidas. Tiene sueños sin sentido. Quiere huir, como tú, solo que no puede y no se atreve.

Él avanzó casi de un salto y le cogió las manos con fuerza.

—Entonces, ven conmigo —le pidió.

—¿Adónde?

—A Inglaterra, a mi casa.

Lena tardó en reaccionar. Pasó de la ilusión al desconcierto, y de este a la ofensa.

—¿Me estás ofreciendo... ser tu amante, o algo así?

—No lo sé. —Cerró los ojos un momento, como si sopesara la idea—. ¿Lo serías?

Ella apartó las manos de un tirón.

—Por supuesto que no.

—Ven conmigo —insistió con vehemencia—. Soy rico, ¿no es así? Te daré cuanto necesites, todo cuanto desees.

—No me puedo creer que me estés proponiendo una desvergüenza así.

—¿Por qué no? ¿No quieres salir de aquí?

—Ahora mismo me siento insultada.

Arthur reaccionó ante aquellas palabras, y el ardor de su tono y su rostro se aplacó de inmediato. Ella sintió deseos de llorar.

—No era mi intención, discúlpame.

—No importa. Quiero irme ya.

—Espera...

Trató de detenerla, pero ella le dio un manotazo furioso. Odiaba a ese hombre. Lo odiaba de todas las formas posibles, incluso de las que desconocía. Porque por un segundo, disparatado y loco, se había permitido imaginar que controlaba su terror al mar y se marchaba con él.

¿Qué podría conseguir de ella si continuaba escuchándolo? ¿Qué tenía para que ella, tan firme, responsable y seria, se viera asaltada por la duda? No era más que un extraño, un forastero peligroso.

Pensó en su prima y se recordó que no quería acabar como ella. Debía alejar la tentación,

porque no quería volver a llorar por un destino que se desvanecería. Su seguridad estaba en la placidez de la isla.

Miró al mar e inspiró hondo; por suerte, estaría siempre allí para impedir que sucumbiera a sus más profundos anhelos y escapara dejando atrás a su familia.

—No hay nada que esperar —dijo cuando recuperó el aliento—. Se acabó, Arthur. Coge ese maldito barco y vete. Déjame seguir tranquila con mi triste vida. Soy una mujer decente.

—¡Ya lo sé! —Intentó atraparla de nuevo, pero se apartó una y otra vez—. ¡Y eso es lo que hace que me parezca un crimen no poder volver a verte, no volver a oírte cantar jamás!

—No me has oído cantar. —Mintió.

—¡Claro que sí! Lo hago desde el primer momento en que llegué. Y lo hago por las noches: tu canto me llega por la ventana.

Ella lo miró con el ceño fruncido, hasta que comprendió.

—No soy yo. Son los *virots*, hacen nidos en las rocas.

Él pareció decepcionado.

—No, es tu voz.

—No voy a cantar nunca más —sentenció—. Ni a ti ni a nadie. Desde hoy, mi garganta está sellada. —Lo soltó con rabia.

—¡No digas eso! No... Yo no sé qué me pasa contigo pero, desde que me sostuviste al borde de la muerte, no hago otra cosa más que pensar en ti. Lena...

Se calló porque percibió en su rostro lo incómoda que se sentía. Inspiró muy hondo para serenarse. Lena dudaba de si estaba en sus cabales. Quizás, el naufragio lo había trastornado de verdad.

—No sabes cuántas ganas tengo de que te marches —confesó nerviosa—. Tú y todos los malditos náufragos, piratas o aventureros que se empeñan en volverme loca.

Él sonrió. No la creía.

Ella, en el fondo, tampoco.

Capítulo 9

LA NIEBLA

Arthur apenas pegó ojo durante las dos noches siguientes. No tenía muy claro si el nerviosismo que lo carcomía se debía a su inminente partida o a la última conversación que había mantenido con Lena. Porque, por más que lo intentaba, no había forma de sacársela de la cabeza.

La sensación de cerrar los ojos y verla dibujada en sus párpados, de mirar a lo largo y ancho de la llanura del faro e imaginarla en cada roca, cada matorral o cada pino era tan novedosa e inesperada que no podía de dejar de analizar, una y otra vez, cuál era la causa.

Hacía años que recorría el mundo sin descanso, y en sus largos viajes había visto a miles de mujeres, había conocido a varias decenas e incluso había intimado con un buen puñado de ellas. Pero a ninguna la había echado de menos incluso antes de despedirse y casi sin haberla tocado.

A ratos, se reía de sí mismo. Él no creía en el amor, al menos no en el que no era puramente carnal; mucho menos en el que surge de repente, de la nada, y se apodera de las tripas y la razón del que lo padece. Como un galán de una novela.

No se consideraba un hombre enamorado, a pesar de que a veces le costara controlar su vehemencia, por lo que no se explicaba por qué de pronto sentía como si un fino hilo de seda o una diminuta red de pescador lo hubiera atrapado y lo anclara a aquella isla remota. A Lena. Era doloroso pero, al mismo tiempo, fascinante.

Pasó los dos días que le quedaban allí inquieto, debatiéndose entre ir a verla una última vez o quedarse en la tranquilidad del faro a reunir fuerzas para el viaje. El primer día, se dedicó a poner por escrito todas aquellas tonterías que lo torturaban. Escribió mucho y muy rápido, y tuvo que pedir más papel a sus anfitriones.

Los fareros seguían tratándolo con amabilidad y habían llegado a encontrar, a base de gestos y gruñidos varios, un modo bastante eficaz de comunicarse. Pero Arthur podía percibir cierta incomodidad, y suponía que estarían deseando que se marchara y los liberara de la responsabilidad de cuidarlo.

Durante las comidas que compartían, miraba al farero que parecía más joven —al que creía que era el novio de Lena—, y lo asolaba una envidia profunda al ser consciente de que gozaría en delante de la magia de su sirena, en aquel paraje luminoso, mientras que él regresaría al gris de Inglaterra y al gris de Penélope, que aquella vez, estaba seguro, no lo dejaría escapar.

Lo puso todo por escrito para intentar arrancárselo. Se le volvió a terminar el papel. Acabó enfadado e irritable, sin ganas de hacer nada más que dejar pasar las horas.

Al amanecer del tercer día, se despertó al alba, se afeitó, se aseó y se puso ropa limpia de la que le había dado Lena. Se había llevado solo una muda, y el resto lo había dejado allí. Se ató en

la muñeca el lazo rosa y salió a esperar al muchacho que siempre lo rondaba, y que sería quien lo acompañaría al puerto.

Llegó pronto, con expresión de triunfo, como si se dispusiera a llevar a cabo una gran hazaña. Arthur se despidió de los fareros con un fuerte apretón de manos y con mil palabras de agradecimiento que esperaba que entendieran. Después, intentando no mirar atrás, echó a andar junto con joven.

Le sorprendió que el camino se adentrara en la isla y que dejaran la costa atrás. Se lo preguntó al chico, que pareció entenderlo y le indicó, con gestos exagerados, como si se dirigiera a un niño, que iban a atravesar la isla de un extremo a otro.

Lo primero con lo que se cruzaron fue la casa de Lena. El abuelo estaba sentado en la puerta y fumaba en una pipa. Alzó la cabeza hacia ellos a modo de despedida. Arthur se detuvo un momento, por si aparecía la mujer, pero el muchacho lo instó a continuar.

No le gustaba el modo en que se había despedido de ella, la incomodidad que le había provocado con la sarta de tonterías que había empezado a decir, y le habría encantado pedirle disculpas y dejarle claro que normalmente no era tan bobo.

Se quedó con un agujero de desazón en el estómago, a pesar de que daba igual lo que opinara, puesto que no iba a volver a verla. Durante todo el camino, que hicieron en silencio, no dejó de lamentar la impresión tan zafia que se habría llevado de él.

Atravesaron un pueblecito y un par de pequeñas localidades de apenas unas casas. Las pocas personas con las que se cruzaron se quedaron mirándolo con descaro. Probablemente, todos habían oído hablar de él y sabían quién era; no debía de haber mucha población en la isla, y los rumores correrían rápido.

Tardaron más de una hora en llegar al puerto donde los esperaban y, para entonces, a Arthur le dolía cada músculo del cuerpo. Se consoló pensando que pronto estaría en su enorme cama y en su enorme casa, confortable y cálida, atendido por criados y rodeado de comodidades, de tiempo libre para cabalgar por la campiña y recuperar el vigor habitual.

Aquella mañana hacía frío, pero él sudaba por el esfuerzo, y la brisa que se mezclaba con la humedad le provocó varios escalofríos cuando se detuvieron frente al mar, en una pequeña playa rodeada de dunas y embarcaderos.

Una fina niebla cubría el horizonte, y a Arthur lo asaltó un temblor fugaz al recordar que él había estado a punto de morir en un día como aquel. No le parecía el momento más adecuado para echarse al mar. Estaba seguro de que cualquier criatura marina aprovecharía una mañana como esa para salir a cazar.

Se palpó el bolsillo para comprobar que tenía papel, por si acaso; no llevaba meses buscando seres maravillosos, a lo largo de dos continentes, para no tener nada con lo que inmortalizarlos cuando aparecieran.

Y qué más daba, si él ya había agotado toda su suerte. Naufragaría de nuevo. Y, aquella vez, no habría sirenas ni mujeres de ojos grises que lo rescataran. Nadie podía tener tanta fortuna.

Un hombre silbó desde una embarcación cercana, que no estaba amarrada al puerto sino anclada a cierta distancia. Miraron hacia allí y les hizo gestos con los brazos. El chico señaló el barco, y supo que era ese el que tenía que conducirlo a casa.

Casi se echó a llorar.

No era más que un barco de pescadores, que mediría unos diez metros de eslora y que contaba solo con dos velas. Ni rastro de chimenea de vapor. Y por supuesto, no encontraría en él la más mínima comodidad.

En otros tiempos, cuando iba camino a la aventura, no le habría importado; pero ese día, de

regreso a casa, herido en el cuerpo y en el alma, se le antojaba insoportable. Decidió que no les permitiría llegar hasta el Atlántico. Les pediría que lo desembarcaran en Gibraltar y, una vez allí, rodeado de gente que hablara su lengua, podría encontrar el modo de viajar en mejores condiciones.

El chico se despidió con un fuerte abrazo que conmovió a Arthur. En aquella isla no había encontrado más que amabilidad, a pesar de haber estado con personas sencillas. Después, se quitó los zapatos, se subió el bajo de los pantalones y se metió en el mar.

El agua estaba helada y, cuando llevaba unos metros, sentía como si un sinfín de agujas se le clavara en la planta de los pies. En su ingenuidad, no se había dado cuenta de que tendría que sumergirse del todo y nadar hasta su objetivo, porque allí nadie parecía tener interés en acercarlo con una barca.

Cuando alcanzó la embarcación y le tendieron un cabo para ayudarlo a subir, le dolían las costillas y la pierna. Estaba empapado de la cabeza a los pies, y lo estaban también sus zapatos, el papel y el hatillo con la muda de repuesto.

Empezó a tiritar mientras tres hombres lo saludaban en actitud cordial. Exagerada. Preguntó cuál de ellos era el tal Feliu, pero entre respuestas, confusión y voces, no llegó a averiguarlo. Se ofreció a ayudar en la navegación, aunque no lo entendieron y lo ignoraron. Le dieron un sinfín de instrucciones, y apenas captó palabras sueltas, y lo miraron mientras hacían comentarios que a él le parecían burlas.

Resignado y confundido, se quedó parado junto a la borda de babor, mientras los hombres izaban las velas, buscaban la dirección del viento y levaban el ancla. Despacio, el barco se alejó de la costa y se adentró en la niebla.

Se sumieron en el silencio durante largo rato. A Arthur la falta de visibilidad y el balanceo de la marejada le revolvieron el estómago. Era un día pésimo para navegar. Se recordó que preferiría estar muerto y que, si el destino hubiera sido justo, lo estaría.

Y así sustituyó su preocupación por dolor. Porque lo asaltó el recuerdo de sus amigos, que se quedaban en algún lugar de aquellas aguas, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Mathew tenía dos niños pequeños, y los había dejado en Inglaterra mientras lo acompañaba en su loca búsqueda de aventuras y seres misteriosos; la madre de James, probablemente, moriría en cuanto se enterara de que el cuerpo de su único hijo y heredero estaría flotando en algún lugar del Mediterráneo.

Trató de no pensar en ellos ni en las explicaciones que tendría que dar. Él había sido el verdadero culpable, pues habían sido su inconformismo y sus ganas de escapar los que lo habían arrastrado a la muerte. Se esforzó por no llorar delante de unos desconocidos; bastante maltratado estaba ya su orgullo.

Una fuerte ola sacudió el barco y Arthur, estremecido por una punzada de dolor en las costillas, se agarró a la borda. Oyó una risotada procedente de donde trajinaban los otros hombres. No tenía muy claro cuántos días tardarían en llegar a Gibraltar, pero serían demasiados en compañía de unos tipos de aspecto rudo, con los que parecía difícil estrechar la relación; eran muy distintos a los fareros.

En ese momento, una voz los sobresaltó a todos. Procedía de proa, de un cuarto hombre que había permanecido oculto detrás del timón. Gritó a sus compañeros, y uno de ellos fue a sustituirlo en su puesto.

Entonces apareció ante su vista. Era un hombre alto, fornido, que transmitía una inquietante seguridad en sí mismo. Su ropa parecía de muy buena calidad, comparada con la de sus compañeros o con la que él mismo llevaba. Su aspecto era elegante para ser un marinero.

Se acercó a Arthur con una enorme sonrisa, que dejó al descubierto una dentadura perfecta y un diente de oro que lo desconcertó. Volvió a hablar, y un recuerdo despertó en la memoria de Arthur. Los ojos se le fueron hasta las manos del hombre.

Y lo vio.

El anillo de su padre relució con destellos dorados cuando le tendió la mano en un saludo cordial. Arthur no le devolvió el gesto, sino que buscó su rostro.

Y ambos se descubrieron.

Arthur recordó que había sido ese tipo quien lo había golpeado, lo había dejado casi inconsciente y lo había lanzado al mar.

Él y algunos otros, no podía precisar cuántos, habían atacado su barco en plena noche, mientras sus ocupantes dormían la dulzura del alcohol y se sobreponían a las gratificantes alucinaciones del opio.

Recordaba el ruido, el retumbar de las botas contra la madera, los gritos y los golpes, incluso el brillo de un arma. Y el rostro que tenía enfrente, que lo había amenazado, lo había obligado a despertar de su letargo y lo había golpeado sin descanso, con la intención de que soltara todo cuanto llevaba encima.

No había sido una serpiente marina ni los tentáculos del kraken; simplemente, lo había zarandeado el brazo húmedo de un ladrón. Era el culpable de la desaparición de sus amigos, y ese anillo en su mano era la prueba de que los habían abordado para robarles.

Nada de criaturas fantásticas. Nada de magia. Ninguna tormenta fatal digna de la mejor novela. Solo un vulgar delincuente sin escrúpulo alguno.

La certeza, el dolor y la rabia poseyeron su cuerpo y su razón, y con un grito desesperado se lanzó contra él con toda la intención de molerlo a golpes.

Cayeron sobre las tablas de cubierta; enredados en una maraña de puñetazos, patadas, insultos y mordiscos. Un golpe en la mandíbula, que le clavó el anillo, inmovilizó a Arthur, y un fuerte puntapié en el costado lo dejó sin aliento.

Enseguida se vio rodeado por los marineros, que lo pateaban y lo zarandeaban con saña una y otra vez. Arthur, como último recurso, empezó a gritar. Alguno lo agarró del cuello de la camisa y tiró hasta que lo puso en pie.

Hablaban, pero él no los entendía. Los maldijo en todos los idiomas que conocía y les escupió varias veces. Un último puñetazo lo dejó noqueado, y estuvo a punto de perder la conciencia. Lo arrastraron sin compasión hasta la borda. Le tiraron del pelo, lo obligaron a mirar al que parecía el capitán y le dieron un nuevo puñetazo.

Justo antes de perder el conocimiento, comprendió que no tendrían compasión de un estúpido forastero que se había lanzado sobre el capitán como una fiera salvaje. Lo matarían. Lo tirarían al mar. Y su vida, tan inútil y vacía como el día en que había naufragado, acabaría apagándose bajo el agua fría del enero mediterráneo.

Lena no pudo contener el impulso de bajar hasta el puerto. No porque quisiera verlo por última vez, sino porque quería comprobar que todo estaba en orden y que el barco partía con Arthur y con Feliu, y se los llevaba muy lejos.

No estaba acostumbrada a dejarse arrastrar por deseos repentinos, pero en aquella ocasión, pensó que no había nada malo en querer cerciorarse de que por fin iban a recuperar la calma.

Pilar había llorado por su enamorado, que iba a pasar mucho tiempo lejos; mientras que ella,

tendida en la cama a su lado, solo había podido abrazarla y repetirle que todo iba a salir bien.

—Sabes que no, Lena —le había dicho su prima entre hipidos, con tono de reproche—. Todo va a ir mal porque yo ya estoy perdida, porque tengo a Feliu grabado a fuego, y va a usar ese amor para manejar a su antojo.

—No puedes sentir amor por quien te trata como un juguete o como un... —Tardó en hallar una comparación acertada—... animal.

—No quiero estar sola. —Sollozó Pilar una y otra vez—. Odio esta maldita soledad que me emponzoña el alma. ¿Qué hago, Lena? ¿Tengo que quedarme siempre esperando? ¿Llorar por todos los hombres de la isla?

«Tal vez, no deberíamos llorar por ninguno».

Pero ya era tarde, porque ella misma había llorado a tres —a cuatro si contaba a su padre— y estaba segura de que iba a seguir buscando la felicidad, la paz, más bien por cualquier resquicio por el que se asomara a su vida.

Por eso fue hasta el puerto de Es Caló de Sant Agustí; no por Arthur ni por comprobar su seguridad, sino para cerciorarse de que el causante del dolor de su prima estaba ya también de camino a Inglaterra.

Le daba igual si no volvía o si se lo tragaba el mar. No quería que Pilar sufriera más; era una mujer alocada y con poco juicio, pero no se merecía caer en las redes de Feliu para que la maltratara. Tampoco quería seguir sintiendo la llama de la tentación arder dentro de ella, no podía permitirselo.

Y así, mientras caminaba sola hacia la playa, maldijo a todos los hombres del mundo y a su costumbre de ignorar los sentimientos de las mujeres y menospreciarlas.

Cuando llegó, ya no había rastro de Feliu, de su barco o de Arthur. Preguntó a un pescador que bregaba junto a un varadero, y le aseguró que habían partido hacía poco rato, y que Toniet había esperado allí mismo hasta que los había perdido de vista.

No se había cruzado con él por unos escasos minutos. Quizás estaba cerca, o lo estaba el barco de Feliu. La invadió la necesidad de comprobar cómo el peligro se difuminaba tras la niebla. El problema era que no se veía nada a lo lejos.

Apurada, se acercó a la orilla y oteó el horizonte. Era imposible. Pero ya no podía avanzar más allá, pues el agua amenazaba con tocar sus pies si se atrevía a adelantarse solo unos centímetros.

Pensó en el faro con añoranza; qué útil habría sido uno en aquel paraje para calmar su desazón. Caminó hacia el extremo derecho de la cala y subió a las rocas que la bordeaban. Estaban mojadas y resbaladizas por la niebla y por la reciente marea alta.

Avanzó cuanto pudo y, cuando llegó hasta una pared de piedra y tuvo que detenerse, se limitó a permanecer oteando en la distancia durante un buen rato. Por si acaso. Por si alguno se atrevía a volver. Por si quedaba un rastro de ellos, por pequeño que fuera.

Empezó a caer una incómoda llovizna. Oyó un silbido procedente de la playa pero, aunque miró hacia allá, no pudo ver nada, pues la tapaban las rocas por las que había subido.

La invadió la desazón cuando se dio cuenta de que no había nada estable cerca a lo que agarrarse, solo agua y rocas. Si resbalaba, caería al mar y, estaba segura, moriría. Desaparecería. Como todos. Como su padre, como Guiem, como Sebastià, como Joan. Como Arthur. Como lo había hecho su corazón en tantas ocasiones.

Lloró un poco, muy poco, por la Lena que tantas veces se había quedado así: esperando, buscando, despidiéndose. Hecha sal.

Iba a recomponerse y marcharse cuando una figura que se elevaba sobre las olas llamó su atención. Parecía un delfín. O tal vez fuese una tortuga. O, quizás, un calamar gigante. Sonrió

ante la idea; era divertido imaginar que se encontraba con cosas así, como si acabaran de salir de las leyendas que le explicaba su padre de niña.

Se fue acercando despacio a la costa. El bulto creció, aumentó, tomó forma.

Era un hombre.

Reconoció las ropas que llevaba y contuvo un grito.

Era Arthur, que flotaba bocarriba de regreso a la playa, con los brazos en cruz. Estaba inconsciente. Tal vez muerto. Lo había salvado, la primera vez, para nada.

Furiosa, sorteó varias rocas hasta llegar al punto en el que desaparecían bajo el agua. Si no lo ayudaba, su cuerpo acabaría despedazado. Su hermoso rostro de náufrago se desfiguraría por el golpe. Tenía que evitarlo, solo que no sabía cómo. O sí. Tenía que lanzarse al agua y nadar hasta él.

Y eso era tan imposible como dejar de respirar.

A Lena la aterrizzaba el mar, y hacía muchos años que no había puesto un pie en él.

Pero si no lo hacía, si no saltaba, Arthur moriría.

Le daba igual, intentó engañarse, no le importaba. Él no era nadie en su vida, y le resultaba indiferente si desaparecía rumbo a Inglaterra o bajo la arena del fondo. Estaba convencida de que lo mejor sería quedarse allí quieta, sin hacer nada, cuando recordó a la mujer que él llamaba Penélope y que esperaba para siempre, como le había sucedido a ella, el regreso del hombre al que amaba.

Cogió aire, aguantó la respiración y saltó.

Había olvidado cómo nadar, por lo que al principio se hundió una y otra vez, sacudida por las olas y por el pánico. Le pesaba la ropa. Braceó y dio manotazos al aire. Tardó un rato en estabilizarse, pero no se permitió pensar que fracasaría. Movi6 las piernas y avanzó hacia el cuerpo, que estaba cada vez más cerca.

Logró llegar hasta él y agarró su camisa de donde pudo. Nadó hacia la playa con un brazo, pues con el otro lo sostenía. Estuvo a punto de costarle la vida y se juró que, si salía viva de aquel arrebato de locura, no volvería a tocar el mar jamás. Y esa vez cumpliría su palabra.

—¡Despierta, Arthur! —le gritó una y otra vez, entre tragos de agua y angustiosas bocanadas de aire—. ¡Despierta y nada, por Dios!

Consiguió llegar hasta la playa. Respiró aliviada cuando pudo pisar el fondo y recuperar la estabilidad. Tiró de él sin miramientos, desde el agua hasta la arena. Lo alejó de la orilla, donde su cuerpo pesado dejó un surco a su paso.

Cuando le pareció que estaba al fin a salvo, cayó sentada para recuperar el aliento, con la espalda y los brazos doloridos. Mientras, fijó su vista en él y vio que tenía un ojo hinchado y una herida en el mentón.

Se atrevió a acercarse y tocarle la cara. Le apartó el pelo mojado, como la primera vez, y la tranquilizó notar que había restos de calor en su mejilla.

—Abre los ojos —le pidió—. Déjame saber que estás vivo, Arthur, porque estoy a punto de desmayarme y necesito saber que estás bien antes de hacerlo.

Él emitió un quejido que no quería decir nada, pero que Lena, no sabía por qué, entendió.

—No, Arthur —dijo con una sonrisa de alivio—, no voy a cantarte otra vez.

El aludido abrió un poco los ojos. Lo vio sonreír, a medio camino entre el sueño y la consciencia. Lena suspiró y se dejó caer de espaldas a su lado.

—Esto no te lo voy a perdonar —aseguró llorosa. Sentía que el mundo daba vueltas; que el cielo, donde se abría la niebla, se movía sobre su cabeza—. Tendría que haberte dejado morir; no me merezco que me hagas esto, con todo lo que he hecho por ti.

Notó una mano que tanteaba sobre la arena en busca de la suya. Lena se apresuró a agarrarla con fuerza. Los dedos fríos y ásperos de ambos se entrelazaron. Y el vértigo remitió de repente. La niebla se esfumó y solo vio el azul cegador del cielo.

Lo apretó sin querer, como si fuera un asidero donde afrontar la marejada, un remanso de paz en medio de una tempestad. Rio ante lo absurdo de la sensación.

—Está claro que no puedo alejarme de ti —lo oyó decir, e incluso le pareció que suspiraba complacido—. ¿Ves cómo eres una sirena? ¿Ves cómo eres el fin de mi viaje? ¿Cómo lo eres todo?

—Dices muchas tonterías.

—Lo sé. Pero entre todas ellas... —Jadeó—... solo hay una verdad: ahora sí que he vuelto a casa.

Lena no logró contestar. Permaneció quieta junto a él, tratando de respirar de nuevo con normalidad, sin dejar de darle vueltas a lo que acababa de decir.

Se incorporó para encararlo, pero no le dio tiempo ni siquiera a apoyarse sobre los codos, porque él fue más rápido. Se sentó de forma brusca, se inclinó hacia ella, que se vio obligada a tumbarse de nuevo, le acarició con ternura la mejilla y la besó.

El corazón de Lena se expandió y, a la vez, su cuerpo se contrajo. Nada más sentir sus labios tanteando sobre los de ella, se le escapó un gemido de sorpresa y de necesidad. De una necesidad que no sabía que existía, pero que despertó con la fuerza de un tornado.

Creyó que ardería allí mismo, sobre la arena blanca. Al sentir la sal en su boca, el calor y tacto aterciopelado de la lengua que la saboreaba, tuvo que alzar las manos y asirse con fuerza a él; porque tenía miedo de perder el equilibrio, incluso estando tumbada.

No recordaba que nadie la hubiese besado así. Jamás habría imaginado que en un beso cupiese tanto. Sin detenerse a pensarlo, abrió la boca y le devolvió la caricia. Se dejó hacer al principio y luego probó ella misma, ávida y abrumada. La besaba con el ansia de quien quiere sentirse a salvo, del que busca un refugio.

La besó sin descanso mientras Lena se lamentaba por todos los besos como aquel que iba a perder cuando se marchara. El cuerpo pesado de Arthur, apretado contra el suyo, le habló de miles de emociones; de la necesidad primaria de contacto, de fuego, tierra, mar y aire que se desataron también en alguna parte profunda de su vientre. Todos despertaron de golpe mientras su boca la arrasaba. Le gritaba. Le rogaba.

La veneraba.

Se apartó un momento para susurrar su nombre y la besó en la comisura de la boca, en la mejilla, en el lóbulo de la oreja. Lena se estremeció pero, a pesar de estar empapada, no era frío lo que sentía. Al contrario, estaba a punto de prender como una rama seca bajo el impacto de un rayo.

Las piernas de ambos danzaron buscándose. Se frotaron. Sus bocas se enredaron de nuevo. Lena soñó con quedarse allí para siempre, bajo su cuerpo, entre sus brazos, perdida en un beso.

Y se asustó.

Lo apartó de un empujón y se puso en pie todo lo rápido que sus prendas empapadas le permitieron. Trató de recomponerse, y se arregló el pelo y la camisa, llenos de arena, mientras intentaba coger aire.

Arthur clavó su mirada encendida en el rostro de Lena, que sintió un irrefrenable deseo de arrodillarse frente a él y enterrar los dedos en su pelo castaño, cuyo tacto conocía ya tan bien.

Tenía los labios tan encendidos como debían de estar los suyos, y parecía estar sopesando la idea de abalanzarse otra vez sobre ella. Era guapo. Era tentador. Era peligroso.

Lena se llevó la mano al pecho, como si así pudiera cortar la entrada a cualquier náufrago que osara contemplarla como si fuera una diosa.

—No, Arthur, esto no —le advirtió—. Yo no puedo permitirme esto.

Echó a correr sin darle tiempo a replicar. Lo dejó allí, con la esperanza de que lo encontrara otra para que se encargara ella de sus penurias. No quería seguir siendo su nexo de unión con el resto del mundo. Quería que se fuera, que la dejara. Que la besara una y mil veces más, sí, pero que no volviera a hacerlo nunca.

Se fue de la playa creyendo que conseguiría hallar el modo de olvidarse de él y que podría transformarlo en un recuerdo lejano de lo que un día hubo deseado con todas sus fuerzas y que jamás podría tener.

Capítulo 10

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

No tuvo valor para regresar a casa. Temblaba y estaba empapada y sucia; su madre pondría el grito en el cielo y la avasallaría con preguntas que no estaba preparada para responder.

Así que corrió a refugiarse a casa de Marina, que la recibió con exclamaciones y con abrazos tranquilizadores. Se la encontró fuera de la fonda, por lo que pudieron escabullirse hasta la habitación de su amiga por la escalera exterior, sin ser vistas por los clientes que la abarrotaban.

—¿Qué te ha pasado? ¿De dónde vienes? ¿Cómo has acabado así? —la acribilló Marina mientras cerraba la puerta, buscaba una manta y se la tendía. Lena se arrebujo bajo la tela y suspiró antes de responder.

—Me ha besado.

—¿Quim?

—Arthur.

Marina abrió muchos los ojos.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Lena esquivó su mirada, abochornada aunque fuera su mejor amiga, su única confidente—. Creo que está loco. Pero no estoy muy segura, porque nunca antes había conocido a un hombre tan peculiar, y no sé si está trastornado o es que es así.

—No tiene derecho a besarte. —Parecía escandalizada—. ¡Lena, tienes novio!

Se limitó a contestarle con una sonrisa tímida. Habían pasado muchas horas, durante los últimos días, fantaseando con la vida maravillosa que, si todo salía bien, llevarían las dos en el faro.

Pero Lena no estaba segura de que eso fuera lo mejor o, al menos, lo mejor para ella. La realidad tal como la había concebido en las últimas horas se había venido abajo como un castillo de arena. Y solo con un beso. Los naufragos eran, sin duda, seres despreciables.

Pero entonces se tocó los labios y la asaltó el recuerdo de su sabor, a mar y a él, y se lo imaginó solo y perdido en la playa vacía. Sintió un pellizco de lástima.

—Es un maldito estúpido —aseguró—. Solo dice tonterías todo el tiempo; tienes suerte de no poder entenderlo.

—No se lo cuentes a Quim —le dijo Marina escandalizada—. Por suerte, ya se ha ido. ¿Y qué tiene que ver el beso con que estés calada hasta los huesos? ¿Quién te ha mojado?

—Yo. He saltado al mar.

—¿Tú?

—Arthur iba a ahogarse. No sé por qué no estaba en el barco; ni siquiera sé dónde está este, ni

qué ha pasado con Feliu y con los demás. Solo lo he visto a él flotando y he tenido que saltar.

—Dime que no es cierto.

—Lo es. —Se le escapó una sonrisa orgullosa; con la turbación del beso, se le había olvidado que había afrontado su mayor miedo, sin ayuda de nadie, y que había sobrevivido—. Me he metido en el mar y lo he salvado. Yo sola. Luego, hemos llegado a la playa, ha perdido la cabeza y me ha besado.

—¿Cómo te ha besado?

—Muy fuerte y mucho tiempo. Ha sido un beso largo... Raro.

—¿Raro? ¿A qué te refieres?

—A que no quería que se acabara.

—¡Ay, Lena!

Marina la abrazó y ella descansó contra su hombro. Permanecieron sobre la cama, en silencio. Luego, Marina se separó, se levantó a buscar un peine y comenzó a deshacerle la trenza.

—Tienes que quitarte esa ropa cuanto antes, o cogerás una pulmonía —le advirtió—. Y no puedes volver a hablar con ese hombre.

—Era mi intención, créeme. He hecho todo lo posible para que se vaya. Es lo que los dos queremos, ¿no es así? Pero parece que el mar se empeña en empujarlo hacia mí.

—Pues ignóralo.

—Eso es lo que me gustaría. El problema es que no sé si puedo. —Lena dejó que Marina la peinara con afecto y le retirara pegotes de arena y restos de posidonia, hasta que no pudo aguantar más la idea que la rondaba—. ¿Y si es una señal?

Marina se detuvo y la miró interrogante.

—¿Qué quieres decir?

—Que el único hombre que deseo con desesperación que desaparezca de mi vida no puede hacerlo.

No podría haber precisado cuánto tiempo había estado sentado e inmóvil sobre la arena. Al principio, se limitó a observar como Lena se alejaba y se perdía tras las dunas y las sabinas. Después, esperó con paciencia a que se apiadara de él y regresara. No lo hizo, por supuesto, porque era un estúpido que no merecía la más mínima compasión.

Y a pesar de que sabía que había perdido el juicio y que no le perdonaría el modo en que le había faltado al respeto al besarla así, Arthur estaba convencido de que, si pudiera retrasar el tiempo, lo haría de nuevo.

Besar a Lena había significado más que sucumbir al deseo. Sí, la deseaba, y su cuerpo entero se inflamaba solo de pensar en que volvía a tenerla entre sus brazos, debajo de él. Pero eso lo había descubierto después, cuando ya estaba enredado en ella. Al principio se había lanzado sobre su boca porque la necesitaba para sentir que había dejado de flotar casi inerte sobre las olas.

Besarla había supuesto su regreso a tierra. Y también, obtener la certeza de que era posible que en ella se escondiera todo lo que llevaba tanto tiempo buscando.

Quizás habían pasado ya horas, o solo minutos eternos, cuando un grupo de hombres aparecieron en la playa. Se dirigían hacia los varaderos. La niebla se había disipado, y era probable que tuviesen la intención de salir a pescar.

Arthur silbó para llamar su atención y, cuando lo miraron, alzó la mano y la ondeó. Se puso en

pie, pero el dolor en el costado volvía a ser fuerte, y se dobló hacia delante. Los recién llegados debieron de percatarse de su lastimoso aspecto, pues de inmediato se aproximaron a él.

Después, todo pasó como una ensoñación. Hablaron sin descanso, pisándose unos a otros pero, sorprendentemente, Arthur les dijo varias palabras en su idioma y pudo hacerse entender: «*Naufragi, far*^[19], Lena...».

Lo ayudaron a caminar, y uno de ellos buscó una carreta. Lo subieron y echaron a rodar. Él se limitó a tenderse sobre los sacos, dolorido por dentro y por fuera: puro despojo humano que no valía para nada. Inservible.

Se dio cuenta de que avanzaban, de vuelta, por el mismo camino que había recorrido para llegar hasta allí. Le dio igual. Cerró los ojos y se dejó llevar, adormecido.

Cuando se detuvieron y volvió a la conciencia, lo abrumaron las voces que se multiplicaban a su alrededor. Se sucedieron silbidos, palmadas, gritos y risas. Arthur se sentó y se mareó ante la visión: estaba en medio de lo que parecía una plaza de un pueblo, rodeado de hombres, mujeres y niños que lo estudiaban y señalaban hacia él con desdén.

Buscó una cara familiar entre la multitud, pero recordó que apenas conocía a cuatro o cinco personas en aquella isla. Necesitaba un lugar donde resguardarse, adonde huir de las miradas indiscretas. A su izquierda, había varios edificios de fachada blanca y puertas abiertas de par en par. A la derecha, se alzaba otro un poco más grande, geométrico y también enlucido, coronado por un pequeño campanario que le indicó que se trataba de una iglesia.

Olía a especias, a seres humanos, a animales. Cantaban gallos y mugían las mulas. Aquí y allá sonaron la campanilla de algún establecimiento, el crujido de unas ramas o el llanto de un bebé. Frente a él, el camino por el que había llegado hasta allí continuaba recto. Arthur sabía bien adónde conducía: directo al fin del mundo.

Un hombre de pelo blanco y de barba frondosa se acercó hasta él y le tendió la mano. Arthur supuso, por sus ropas, que era un sacerdote. Por regla general, no le gustaban los clérigos, menos aún los católicos, envueltos siempre en severidad, censura y advertencias de castigos infernales.

Pero aquel tenía una sonrisa que le pareció franca, así que agarró la mano que le ofrecía y bajó de la carreta con su ayuda. Le dio las gracias en su idioma. No supo qué más decirle, así que volvió a echar mano del latín enranciado en su memoria, que tan útil estaba resultando.

—*Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*^[20].

El sacerdote asintió con una sonrisa, cogió a Arthur del brazo y tiró de él hacia la iglesia, apartando a la multitud que se arremolinaba a manotazos en torno a ellos. Entraron al edificio y cerró la puerta tras ellos.

Sus ojos tardaron en adaptarse a la escasa luz que se colaba por las dos únicas ventanas situadas frente a él, sobre el altar. Era un lugar de una sencillez abrumadora. Paredes blancas y lisas, con arcos del mismo color, dos pequeñas hileras de bancos y un altar; tras este, una hornacina donde reposaba la imagen de una virgen.

—Nuestra Señora del Pilar —entendió Arthur que decía el sacerdote.

Él no respondió. Solo le dio las gracias con un movimiento de cabeza y se apresuró a descansar en el banco más cercano. Se sentía exhausto; había sido una mañana muy larga, como lo había sido su existencia. Como lo parecían, también, los días eternos que se extendían frente a él.

El hombre se sentó a su lado y le hizo una pregunta. Su voz era grave y, curiosamente, transmitía paz. Lo miró inquisitivo. Y Arthur, tras un largo suspiro de cansancio, murmuró un ruego.

—Lena.

Marina le dejó ropa seca y la ayudó a adecentarse. Lena tenía que regresar a casa antes de la hora de la comida, y no podía esperar a que se secara la suya; mucho menos podía volver con la ropa mojada y llena de arena sin que su madre le montara un escándalo

No dejaba de pensar en que, la mayoría de las veces que había coincidido con Arthur, había acabado hecha un desastre y, quizás, no solo en la apariencia.

Salió de casa de Marina sola y con discreción. Descubrió que no habría sido necesario, porque en la plaza se había formado un revuelo, y los vecinos se amontonaban en torno a una carreta y se vociferaban unos a otros.

Iba a enfilar el camino en dirección a casa cuando alguien la reconoció y la llamó. Lena hizo como si no lo hubiese oído, pero entonces otra mujer pronunció su nombre y le cortó el paso. Era Apolonia.

—¡Lena! —le dijo con la emoción de quien comparte el más jugoso de los cotilleos—. ¿Tú no conocías al náufrago del faro? ¿Al inglés?

—Sí. —Fue solo un susurro, porque hablar de ese hombre era lo último que le apetecía—. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Ha estado a punto de ahogarse otra vez!

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! ¡Pobre hombre! —Varios curiosos se habían ido aproximando a ellas y las rodeaban—. Lo acaban de traer unos muchachos. Lo han encontrado tirado en la playa y herido. ¡Tenía un aspecto horrible! —Lena sintió una sacudida en el estómago, mezcla de compasión y de inquietud, al saber que Arthur se encontraba cerca en ese instante y en un estado lamentable—. Está en la iglesia; don Miquel se lo ha llevado porque lo estaban agobiando con tanta pregunta.

—Bien —se limitó a decir.

Apolonia la miró un instante con el ceño fruncido, como si esperara alguna otra reacción por su parte. Lena no tenía intención de ir a interesarse por él. Claro que no.

—No entiende nada el pobre.

—Ya.

Quiso darse la vuelta y marcharse a casa, pero debía de haber diez, veinte, cuarenta personas —tal vez más, porque le parecieron muchas—, todas censurando su pasividad. Lena sabía bien qué estaban pensando: que la culpa era de ella, que a ese también había intentado alejarlo, ahogarlo, matarlo, destruirlo.

Rogó a Dios que nadie lo hubiera visto besarla, porque entonces cualquier rumor sobre la absurda maldición confirmaría que había encontrado a una nueva víctima.

«¿Y si es verdad?», se preguntó por un momento. ¿Y si era ella la que no permitía que los hombres que se le acercaban sobrevivieran? A lo mejor, sí estaba maldita, sí los conducía a la muerte sin quererlo.

Si se marchaba sin más, les daría la razón; creerían que no le importaba el destino de ese hombre, que habría preferido que se ahogara.

Inspiró con fuerza, resignada, y se dirigió a la iglesia.

Entró con pasos cautelosos, intentando no hacer ruido. Con suerte, estarían en la sacristía y no la oirían llegar; de manera que podría permanecer muy quieta, en un rincón sombrío del pequeño templo, hasta que la multitud se dispersara. Entonces, huiría.

Pero no hubo suerte, como casi nunca, y lo primero que vio frente a ella, al abrir la puerta, fue el rostro magullado de Arthur y su pelo enmarañado por la arena y la sal. Tenía un aspecto espantoso, pero sus ojos volaron hacia sus labios, y a Lena le cosquillearon los suyos ante el

recuerdo de su tacto, firme y suave a la vez.

Se quedó muda, paralizada por la vergüenza, mientras él se levantaba del banco y caminaba hacia ella. Cojeaba y se llevaba una mano al costado. Estaba tan sucio, tan malherido, tan pálido, y su rostro mostraba tal desamparo que estuvo tentada de correr hacia él, abrazarlo con fuerza y acunarlo contra su pecho.

Tuvo que recordarse que no era nada suyo, solo un desconocido muy avasallador que se creía con el derecho a decirle tonterías. No lo iba a cuidar. No se iba a ocupar de él. No.

—Lena... —la llamó con anhelo mientras aceleraba el paso hacia ella, con una mano extendida.

—No te acerques —respondió cortante.

—¿Qué le ha pasado? ¿Tú lo sabes? —La voz de don Miquel hizo eco en la iglesia. Lena se fijó en que sujetaba unos trapos en la mano y en que había una palangana con agua en uno de los bancos—. Es tu naufrago, ¿verdad? El que rescatasteis en el faro. Acaban de traerlo unos muchachos, y no consigo entender lo que le ha pasado. ¿No se suponía que iba a marcharse con Feliu Dolç? ¿Qué hace aquí? Parece que alguien lo ha golpeado.

Lena no supo qué decir. Desde que lo había sacado del mar, entre ellos no había habido más que un breve intercambio de palabras y un beso; ambas situaciones lo suficientemente intensas como para haberle restado importancia a todo lo demás.

—Pregúntale, hija —insistió el sacerdote.

Lena carraspeó. Percibía los ojos de Arthur clavados en ella. Todo lo que ese hombre hacía, incluida la forma de mirarla, estaba cargado de esa misma intensidad que la intimidaba.

—No me has explicado qué te pasó en el barco —acertó a decir.

—No me ha dado tiempo —respondió él—. Tenía algo más importante que hacer.

—¿Más importante? —Era un maldito desvergonzado—. No te burles de mí, no tienes derecho.

Arthur pareció arrepentirse de inmediato de su comentario; alguien debería enseñarle que debía pensar bien las cosas antes de decirlas o hacerlas. Eso, o era que estaba muy acostumbrado a hacer siempre lo que se le antojaba; lo que, tratándose de un vizconde de nombre muy largo, parecía lo más probable. Nadie le habría parado nunca los pies.

—No era esa mi intención. —A Lena le sorprendió que sonara sincero.

—No sé qué tipo de mujer piensas que soy, pero te aseguro que no suelo dejar que me besen los desconocidos, y menos en público.

—¿Soy un desconocido?

Lena tragó saliva.

—Tengo novio.

Don Miquel los interrumpió con apremio.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya lo sabes?

—Lo estoy intentando —dijo ella, que no consiguió disimular su enojo—. Pero ya le dije que no es un hombre normal, padre. Está muy confundido. —Se volvió hacia Arthur e insistió—. ¿Qué te pasó? ¿Por qué no estás de camino a Inglaterra de una santa vez?

Arthur ladeó la boca en un inicio de sonrisa. Y allí, tan sucio como un mendigo y con la cara amoratada aquí y allá, iluminado apenas por la luz de las ventanas del altar, Lena supo que en aquella isla no había habido un hombre tan guapo como aquel.

Gimió molesta con sus pensamientos rebeldes. Él se puso serio y comenzó a explicarse.

—Ese hombre, el capitán del barco, el tal... —Chasqueó los dedos.

—Feliu.

—Eso, Feliu. —Suspiró con aire apesadumbrado—. Es el mismo que asaltó nuestro barco y me

lanzó al mar la primera vez.

—¿Qué?

—Que ese hombre fue el que intentó matarme. Él y sus secuaces abordaron nuestro barco cuando pasábamos por la costa de Ibiza. Nos golpearon y nos robaron.

—Pero...

—No sé quién es realmente y espero que tú puedas explicarme por qué he acabado cayendo, de nuevo, en sus manos.

—No puede ser. —Lena no podía creer lo que le estaba contando. A ella no le gustaba Feliu, pero de ahí a considerarlo un asesino había un trecho. Por Dios, si era él el que se encargaba de evitar conflictos.

—Lo reconocí cuando vi que llevaba el anillo de mi padre —se justificó Arthur—. Me lo regaló cuando acabé mis estudios, y no me lo he quitado ni un solo día, porque es el único gesto de cariño que ha tenido conmigo en veintiocho años.

—No sé... No... Feliu no es lo que aparenta, pero ¿un asesino?

—Ha intentado matarme dos veces, Lena. No tengo dudas de que lo es.

Lena se llevó la mano al pecho y se sentó en un banco.

—Santo cielo —murmuró. Imaginó a su prima compartiendo cama con ese hombre, y la revolvió una oleada de repulsión.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó don Miquel—. ¿Estás bien?

—Es Feliu, padre. Arthur dice que ha intentado matarlo.

El aludido asintió como si hubiera entendido sus palabras. Luego, se sentó a su lado.

—Cuando lo reconocí —dijo—, me volví loco y me lancé sobre él. Ellos eran más, claro, y me dieron una buena paliza antes de tirarme al agua sin miramientos.

Lena se sentía muy culpable. Pero él solo se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa revestida de resignación.

—No es posible, no lo entiendo... —murmuró Lena.

—Creo que sabía quién era yo.

—¿Qué quieres decir?

—Que os engañó a ti y al farero. Sabía perfectamente quién era y no tenía la más mínima intención de llevarme a ninguna parte. Solo quería librarse de mí. —Sacudió la cabeza, sin entender, y él se apresuró a explicarse—. Soy el único testigo vivo de lo que sucedió en el mar aquella noche. Le pusisteis la ocasión en bandeja.

Lena se tapó la boca para contener un grito.

—Eso que dices no tiene sentido. Arthur, es una acusación muy grave.

—Pero es cierto. Aceptó el trato para matarme; estoy seguro. Si lo piensas, nadie es tan ingenuo como para confiar en un extranjero que te promete pagarte una fortuna sin pruebas y sin garantías.

Lena enrojeció. Ella sí había sido tan estúpida como para trazar aquel plan y como para creerse que sería posible.

—Lo siento —se le escapó.

—¡No! ¿Por qué?

—Porque fue idea mía que él te llevara, y casi acabas muerto por mi culpa. Yo quería que te fueras, pero... no quería que te pasara nada malo.

—Claro que no. Tú eres buena, Lena. Ya sé que lo hiciste por mí.

Don Miquel volvió a interrumpirlos, impaciente. Lena se deslizó hacia un lado con disimulo y se alejó un poco de Arthur. Luego, tradujo lo que le había contado acerca de Feliu. El sacerdote

se escandalizó y, al principio, no le creyó. Pero Lena le recordó la escena que había presenciado en la playa entre Feliu y su prima, así como todas las veces que habían hablado sobre los asuntos turbios que parecía manejar, las comitivas nocturnas desde el acantilado o el origen dudoso de su fortuna.

El testimonio de Arthur les ofrecía una explicación a cómo era posible que un simple comerciante hubiera llegado a amasar tanto dinero.

—Es un ladrón —sentenció Lena—. Roba a los marineros. Es un delincuente sin escrúpulos; es posible que todos los compañeros de Arthur estén muertos por su culpa.

—Debemos decírselo al alcalde —sugirió don Miquel preocupado—. Debe estar informado de esto; es muy serio. Quizás, esté dañando a más personas. Si es cierto lo que cuenta este hombre, no lo quiero en mi parroquia. Yo mismo iré mañana a Sant Francesc.

—Lo denunciaremos —le dijo Lena a Arthur en inglés—. Nos encargaremos de que reciba su merecido.

—¿Eso quiere decir que me vas a ayudar?

Intentó tomarla de la mano, pero ella se puso en pie. Curiosamente, mirarlo desde arriba, en ese estado de fragilidad en el que se encontraba, la ayudó a tranquilizarse y a que sus palabras sonaran un poco más convincentes de lo habitual.

—Eso quiere decir que quiero a Feliu lejos —respondió—. Ahora con más motivo.

—¿Y qué voy a hacer mientras?

Lena miró a su alrededor y luego a don Miquel, a quien dirigió una súplica silenciosa. No obtuvo respuesta.

—No lo sé —protestó—, pero tampoco creo que lo deba solucionar yo.

—Pero no puedo comunicarme con nadie más. Te necesito.

—No me gusta que lo hagas.

—No puedo evitarlo.

Se quedaron en silencio, observándose, y Lena estaba convencida de que ambos habían entendido aquella afirmación de Arthur del mismo modo: no estaba hablando de necesidades básicas, de subsistencia, sino de algo más profundo que, si no ponían distancia, la arrastraría con él. Porque no tenía muy claro que pudiera pasar mucho más tiempo a su lado sin dejar salir de su escondite a la Lena ansiosa por vivir que llevaba toda su vida acallando.

Debía marcharse. Era urgente sacarlo de allí. Se trataba de su propia integridad, de la seguridad de su alma.

—Don Miquel, Arthur se pregunta qué va a hacer mientras encuentra otra forma de volver a casa.

—No sé, Lena. ¿En el faro no podrían seguir haciéndole hueco?

—Tienen mucho trabajo.

—Tal vez, en la fonda...

—Arthur no tiene dinero.

—Lena, tienes razón —intervino Arthur—: no es tu obligación ocuparte de mí. Yo me apañaré solo, ¿qué más da?

—Encontraremos otra forma de que vuelvas —le aseguró—. Jaume viaja casi todos los días a Ibiza. Él es de fiar, y puede acompañarte y dejarte en el puerto.

—¿Vendrás conmigo?

—No. Si lo necesitas, alguien puede escribirte una carta donde expliques lo que te pasa, para que la enseñes cuando sea necesario.

—No es solo el idioma, Lena; seguro que allí encontraría a alguien con quien comunicarme —

adujo Arthur—. Pero es que no tengo dinero. Dependo de vuestra caridad. —Se lamentó.

—Eso no es un problema. Si no quieres ir con Jaume, estoy segura de que, en cuanto hablemos con el alcalde, alguien te acompañará hasta Ibiza, o hasta Mallorca si es necesario. Es lo que deberíamos haber hecho desde el principio. No sé por qué Quim y Rafael han esperado todo este tiempo. Lo siento.

—No tengo dinero para pagar un pasaje —insistió Arthur—. ¿De qué me sirve llegar hasta allí si no conozco a nadie, si no puedo explicar mi situación o alimentarme siquiera?

Lena suspiró con fastidio. Tenía razón. Se lo tradujo como pudo a don Miquel, que le respondió como si sus palabras fueran lo más obvio del mundo.

—No puedes abandonarlo a su suerte, Lena. Tu deber como cristiana es ayudarlo. —Ella intentó protestar, pero él levantó la mano y se lo impidió—. Yo me ocuparé de aclarar el asunto con el alcalde, pero eres tú la que debe cuidarlo mientras tanto. Dios lo ha traído hasta a ti; escucha sus designios.

Lena abrió y cerró la boca varias veces con la intención de protestar, hasta que solo reunió valor para, con un hilo de voz, preguntarle:

—Pero ¿y lo que le conté, padre?

—Es una prueba de Nuestro Señor, hija. Demuéstrale que eres fuerte, que nada puede tentarte.

Bufó sin querer, y el hombre la censuró con una mirada severa.

—Yo no puedo mantener a uno más.

—Claro que puedes.

Comprendió que no tenía escapatoria. Sopesó todas las posibilidades que se le ocurrieron. No podía llevar a Arthur a su casa, ni hablar, y tampoco podía dejarlo abandonado a su suerte.

Podía preguntar a Quim y a Rafael, o a la familia de Toniet pero, después de escuchar a don Miquel afirmar que a ese hombre lo había puesto Dios ante ella por alguna razón, y dado que estaba trastornado, pensó que no sería justo pasarles a otros la responsabilidad que le correspondía. Qué tonta.

—¿Y qué harás si te quedas? —le preguntó—. Yo no puedo ayudarte demasiado.

Él abrió mucho los ojos y se puso en pie. Empezó a acercarse a ella, y Lena tuvo que hacerle una mueca disimulada para que recordara que, en la iglesia y ante un sacerdote, había que guardar una distancia decente.

—Buscaré trabajo —aseguró Arthur—. Porque aquí se puede trabajar, ¿verdad?

Ella rio sin poder evitarlo. A veces, le daba la impresión de que el ingenuo era él.

—¿Qué sabes hacer?

—Yo... —Dudó. Lena estaba segura de que no había trabajado en su vida. No de sol a sol, bajo las inclemencias del tiempo—. Lo que sea. Tengo dos manos, ¿no? —Se las mostró, agrietadas y sucias—. Y en cuanto me recupere un poco, seré capaz de trabajar. Maldita sea, me he enfrentado al mar, a temporales, al frío y a la muerte. A mi propio vacío. Puedo enfrentarme a cualquier cosa, aprender lo que sea. —Entonces fingió un puchero que terminó de deshacer todo el resquemor de Lena—. A no ser que prefieras que vague por el campo y me deje morir.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Me da igual. De verdad, Lena, no sé por qué ese de ahí... —Señaló al altar —... se empeña en dejarme vivir. ¿Para qué? ¿Qué tipo de castigo merezco? Quizás, no sea un hombre responsable o juicioso, pero soy buena persona, te lo aseguro.

Ella asintió. Lo sabía. Lo veía. No creía que él mereciera un castigo, ni mucho menos. Solo parecía un hombre muy perdido, en el mapa y en la vida. Debía de estarlo mucho para preferir estar muerto.

Se preguntó cómo podía ser horrible la vida de un adinerado vizconde. Desde luego, ella no desearía estar muerta de haber tenido la fortuna de haber nacido en otro lugar y en otra familia.

Él tenía dinero, amigos, parientes, una prometida que lo esperaba. El recuerdo de la mujer que él había mencionado varias veces la hizo desechar la idea de ofrecerle cobijo en su casa. No. Lena iba a ayudarlo a buscar una salida, a conseguir dinero o medios para volver, pero ni muerta iba a meterlo bajo el mismo techo que ella.

Le daban miedo sus propias reacciones, y vergüenza las de su familia. Ya podía decir don Miquel lo que quisiera, pero no iba a alojarlo bajo su techo.

—En mi casa somos cinco, padre —le dijo al sacerdote—. Y usted sabe que soy la única que se ocupa de ellos, de la casa y de los animales. Y del carbón. —El hombre intentó hablar, y ella no se lo permitió porque entonces se le ocurrió una idea—. Quizás, Arthur podría ocuparse de esto último.

Se imaginó a Arthur, con su elegancia inglesa, inclinado sobre una *sitja*, acalorado y cubierto de tiznajos. No sabría hacerlo, estaba segura. Pero a ella le pareció una forma estupenda de martirizarlo un poco y devolverle, en parte, todo lo mal que la había hecho sentir hasta el momento.

Se lo llevaría a la *sitja* y haría que la vigilara; ella, mientras, se quedaría en casa, dormiría un poco más que de costumbre y hornearía pan a placer. Incluso, le llevaría un pedazo a él.

—Arthur, ya he visto que no te manejas bien en el agua. —Igual que ella. Curiosa casualidad—. Pero ¿qué tal se te da el fuego?

Él abrió la boca para contestar, divertido, solo que la burla quedó a medias; porque de repente permaneció callado, paralizado por un pensamiento fugaz que debió turbarlo y que hizo que su voz le produjera una súbita oleada de calor.

—Depende, Lena: con el que siento cuando tú me miras, no me llevo nada bien.

Capítulo 11

NEGRO CARBÓN

— ¡Estás loca, Lena! ¡Eres una maldita chiflada, egoísta y cotilla! ¡Una bruja!

—No me insultes, Pilar, no te atrevas. —Lena apretó los puños para contener la rabia que le estaba provocando la reacción de su prima—. No me estoy inventando nada; tu amante es un ladrón y un asesino.

—¡Que te calles! ¡Que no quiero oírte, ni ahora ni nunca!

Pilar abandonó la cocina y corrió a esconderse en la habitación. Dio un portazo y las paredes retumbaron. Lena ignoró su arranque y fue tras ella.

Se había metido en la cama y se tapaba con las mantas, como si buscara ocultarse del mundo. Estuvo tentada de arrancárselas y de zarandearla hasta que saliera de su ceguera. En cambio, se sentó a su lado en la cama, e intentó sonar conciliadora. Lena la quería, y por eso también quería que abriera los ojos.

—No es un buen hombre, Pilar.

—No hay ningún otro disponible, ¿sabes? Me trata bien, me protege, me consigue cosas, me da dinero... ¿Qué más puedo querer?

—No te trata bien, no mientas.

—¿Qué sabrás tú?

—Sé que lloras todas las noches, a veces dándome la espalda y a veces de cara a mí en ese colchón.

A Lena le pareció que, en ese momento, también sollozaba. Esperó a que respondiera, a que le discutiera aquella afirmación, pero su silencio fue la confirmación que necesitaba para seguir insistiendo.

—Asaltó el barco de Arthur para robarles. El resto de los que viajaban en él no han aparecido. ¿Te das cuenta de que pueden estar muertos por su culpa?

—¡Tú y tu repugnante naufrago! ¡Os odio a los dos!

—A Arthur ni siquiera lo conoces.

—¡Arthur! —Pilar apartó las mantas y se sentó en la cama de golpe—. ¡Sí que tienes confianza con él! ¿No tenías un novio nuevo?

—¿Qué insinúas?

—Tú sabrás.

—No, Pilar, sé clara conmigo. No me gustan tus juegucitos.

Su prima se quedó pensativa un instante. Lena se dio cuenta de que buscaba una de sus respuestas hirientes, y no se equivocó.

—¿Sabes lo que creo? Que tienes envidia.

—¿Yo? ¿De qué?

—De mi relación con Feliu. Él es lo que siempre has querido tener, ¿verdad?

Lena se puso de pie y dio vueltas por la reducida habitación.

—¿Cómo voy a tener envidia de una...?

—¿Una qué? ¡Vamos, Lena, dime lo que piensas de una vez! Estoy cansada de que me mires y me juzgues con tus aires de superioridad moral. ¡La perfecta Lena! Siempre atenta, siempre servicial, siempre perfecta. No como la tonta de su prima, que es una adúltera y una holgazana. ¿No es eso lo que ibas a decir? ¡Cómo te gusta hundirme a mí para ensalzarte tú!

—¡Yo no hago eso!

—¡Claro que sí! ¡Todo el tiempo! Y yo sé que es una fachada, porque te encantaría estar en mi lugar y tener a un hombre como Feliu para que pusiera un poco de alegría en ese cuerpo mustio que tienes.

—¡No seas grosera!

—¡Ni tú inventes tonterías! Un ladrón y un... ¿qué es, entonces?, ¿un pirata? Por el amor de Dios, ¡mira quién fue a hablar!

En ese momento, apareció la madre de Lena, dispuesta a poner paz; dispuesta, más bien, a terminar de dinamitarlo todo.

—¿Qué os pasa a vosotras dos? ¿Ya estáis otra vez a la gresca?

—Pregúntele a su hija, tía. Es ella la que me está insultando. —Lena se acercó a su madre con la intención de contarle toda la historia, pero no había tenido tiempo de abrir la boca cuando Pilar la interrumpió—. ¿Qué sarta de mentiras le vas a contar? ¡No te atrevas!

Se dio cuenta de que su prima tenía miedo de que le descubriera su relación con Feliu. Sopesó la posibilidad de contárselo a su madre pero, como estaba segura de que no la ayudaría en absoluto, más allá de reñirla, prefirió guardar silencio y ocuparse de advertir a Pilar.

Su madre solía censurar hasta el más pequeño defecto de los demás, especialmente de su hija, sin tener en cuenta que tiempo atrás ella también había cometido muchos errores.

—Madre, voy a encender una *sitja* dentro de un par de días.

Su madre la miró confundida.

—¿Y por eso estáis discutiendo a gritos?

—No —respondió Lena—, es porque le he pedido a Pilar que me ayude a vigilarla o que se ocupe, mientras, de las tareas de la casa y de los animales. Pero no quiere.

Vio a su madre buscar la confirmación de Pilar, que se había quedado callada, sorprendida por la mentira de Lena.

—Lena, hija, tú y tu costumbre de pasarte días llena de tizne y oliendo a humo, como un hombre. ¡Qué horror!

—Ya, sí... Tengo la costumbre de comer todos los días. Y creo que usted también.

—¿Qué va a pensar tu novio de una ocupación tan poco adecuada para una muchachita?

—Ni yo soy una muchachita, ni mi novio se ocupa de mantenerme.

—De momento —puntualizó su madre con un llamativo entusiasmo en su tono.

—Cierto, sí —aceptó Lena, que no pudo contener un suspiro de alivio al ser consciente de que sus estrecheces se acercaban a su fin—. Y creo que usted debería empezar a preocuparse de quién se va a ocupar de todo cuando yo no esté.

Su madre cogió aire de forma exagerada. Una vez. Dos. A la cuarta o la quinta, se llevó la mano al pecho y Lena se preparó para su envite. ¿Cuándo aprendería a tener la boca cerrada delante de ella?

—¡Ay, hija! No me digas que estás pensando en abandonarme a mi suerte.

Se sentó en la cama, y Pilar se apresuró a abrazarla y a consolarla.

—¡Lena, tu pobre madre! ¿Cómo le haces esto?

—Da igual, ya hablaremos cuando llegue el momento. Ahora solo estoy intentando decir que Arthur, el náufrago, me va a ayudar a encender una *sitja*; así no tendré que ocuparme yo la mayoría del tiempo, ni el abuelo tendrá que pasar las mañanas a la intemperie para vigilarla. Nos turnaremos, venderemos el carbón y después nos repartiremos el dinero.

—¿Por qué? —preguntó su madre, que de pronto se había olvidado de jactarse.

—Porque lo necesitamos. Nosotros, para pasar el resto del invierno sin estrecheces; y él, para volver a Inglaterra.

—¡Vaya idea absurda!

Su madre se acercó a ella. Y por primera vez, Lena la vio pequeña, enferma, arrugada. Anciana. Su madre, que siempre había sido a sus ojos la mujer más guapa de la isla, la más esbelta, la más cautivadora. La que rompía corazones a su paso, con el ondular de su pelo negro, y arrancaba suspiros que después su padre tenía que ir acallando.

Había empezado a desfallecer cuando él se había marchado, pero hasta ese momento Lena no había sido tan consciente de su fragilidad y de que la necesitaba para sobrevivir. Nunca había sabido valerse por sí misma y no iba a hacerlo a aquellas alturas, enferma y encerrada en su eterna tristeza. Tampoco lo haría Pilar.

Por suerte, Lena era distinta. Debía de ser su sangre pirata, impetuosa, que quizás no podía sosegarse en la aventura, pero sí aplacarse con la extenuación del trabajo cotidiano. Lo que más deseaba era marcharse a vivir y dejarlas atrás. Solo que no sería capaz.

—Lena, por favor —le rogó su madre con voz lastimera—, recuerda que ya murmuran de ti. Has encontrado a un buen muchacho; no lo echés a perder también a este por ayudar a un forastero que nada tiene que ver contigo. No quiero que nos veamos otra vez desamparadas.

—Está más solo y más desamparado que usted y que yo. Que todos. No tiene nada de malo que le pague por trabajar.

—A tu novio no le gustará —azuzó Pilar—. No te dejará hacerlo, ya lo verás. De hecho, si es un hombre de verdad, no volverá a dejarte quemar una *sitja*.

La madre de Lena corroboró sus palabras con un asentimiento. Estuvo a punto de decirles que Quim no tenía nada que opinar en aquel asunto, al menos, hasta que formalizaran del todo su relación. Pero le vinieron a la mente cada una de las ocasiones en las que el hombre con el que había planeado compartir un futuro había desaparecido. No sabía si soportaría una más.

Se recordó a sí misma en la playa, llorando aovillada sobre la arena blanca, perdida, dolida, desesperanzada. Recordó los murmullos de la gente, las miradas que esa mañana le habían dirigido en la plaza y que le habían dejado claro que todos la consideraban, también, culpable de la mala suerte del náufrago.

Pensó en ese dolor y en esa vergüenza, y empezó a dudar. ¿Y si por ayudar a Arthur perdía todo lo demás? ¿Y si Quim no lo aceptaba? ¿Y si volvía a quedarse sola? ¿Y si la abandonaban otra vez? ¿Qué haría? ¿Cómo lo soportaría de nuevo? ¿Cómo lucharía contra las lágrimas?

En pocas horas, Arthur se había convertido en la atracción del pueblo. El sacerdote lo había sacado de la iglesia, minutos después de que Lena se hubiera despedido, y lo había conducido a una posada que quedaba en el extremo opuesto de la plaza. Allí le ofrecieron una manta, lo

acercaron al fuego y le dieron un vaso de un desconcertante licor que sabía a anís y a tomillo.

Todos los parroquianos que abarrotaban el lugar se aproximaron a saludarlo. Algunos se atrevieron a tenderle la mano, y otros se limitaron a presentarse con una inclinación de cabeza. Un par de ellos se sentaron a su alrededor. Le hablaron mucho, siempre a gritos, como si así pudiese entenderlos, y el sacerdote empezó a sermonearlos o, quizás, a narrar las peripecias de Arthur.

Se perdió.

Ocultó la vista en la lumbre y se concentró en beber hasta que el dolor que agarrotaba su cuerpo comenzó a desvanecerse o, al menos, hasta que su conciencia se desligó de él.

El mareo que lo embriagaba le recordó el dulce letargo del opio, las noches que había pasado colgado del cielo en los últimos meses. Bien sobre la cubierta del barco; o bien sobre dunas, playas o bosques. Aún libre de su mala conciencia; esperanzado de poder vivir como quisiera, de poder romper las normas.

Las echaba de menos porque, desde que había despertado en aquella isla, vivía en una perenne y dolorosa conciencia de lo insignificante e inútil que era su vida. Y por más que intentaba ser optimista y mirar hacia el futuro, no encontraba un camino por el que escapar.

Intentó buscar una explicación a lo que le estaba sucediendo por ser lógico, realista, sensato. La razón le decía, por supuesto, que todo había sido un conjunto de circunstancias azarosas. Pero el azar se estaba cebando con él.

Así que empezó a recordar a su madre, que había sido la última persona en abrazarlo muchos meses atrás, y supo que pensaría, cuando recibiera la carta, que todo era un castigo divino. Sin duda, lo parecía.

Lo que no sabía era si lo merecía, cuando él lo único que había intentado, con desesperación, fue sortear un triste destino que le había venido impuesto solo por haber nacido en su familia y no en otra, y en un orden concreto.

Él no quería heredar ni títulos ni honores, ni siquiera dinero. Le importaban un comino las comodidades y frivolidades de la alta sociedad inglesa. Lo único que siempre había querido era vivir. A su manera.

Escuchó con atención las voces y risas de los que lo rodeaban: gente sencilla, sin títulos, sin antepasados ilustres, sin historia familiar a la que honrar. Libres. Le pareció que sería divertido hacerles creer que era uno de ellos: un pescador, un campesino, un marinero cualquiera.

Uno como los que él había contratado, hacía meses, para que lo llevaran a vagar de una punta del continente a otra; para que pudiera fingir, tranquilo y sin remordimientos, que no había una responsabilidad de por vida esperándolo a la vuelta. Uno que pudiera hacer lo que le viniera en gana, dedicarse a lo que fuera; gozar de la libertad y alegría de la gente sencilla, de su comunión con la tierra y el universo.

Y decidió que lo intentaría. Lucharía por ser un hombre libre. Aunque tuviera que trabajar de sol a sol, dormir en una posada o bajo las estrellas.

No permitiría que la tradición y la imposición condicionaran su vida.

Dado que era obvio que no podía ni quería volver, solo necesitaba una excusa para quedarse en Formentera, y tal vez la tenía más cerca de lo que pensaba.

Aquella misma tarde, Lena se acercó al faro. La discusión con su madre y su prima la había sumido en un persistente estado de zozobra y, cuando se dio cuenta de que llevaba varias horas

dándole vueltas a lo que le habían dicho acerca de su relación con Quim, tuvo que aceptar que en el fondo habían calado en ella.

Lo encontró arriba, en la cúpula. Se atrevió a subir hasta allí después de que Rafael, que amontonaba leña en el exterior, le asegurara que estaría encantado de que le diera una sorpresa.

Fue cautelosa no solo por vergüenza, sino también porque se sentía sobrecogida por la altura y el espacio sin final que se abría ante su vista. Su estómago bailó cuando pensó que podría llegar a acostumbrarse. Era glorioso.

Quim se sobresaltó al oírla llegar. En cuanto la reconoció, le dedicó una enorme sonrisa y se apresuró a limpiarse las manos con un trapo. Se acercó y se interpuso entre ella y el horizonte.

Se sintió molesta. No le gustó su alegría. Fue un rechazo repentino y breve que se aquietó tan pronto como recordó el motivo de su visita.

—¡Qué sorpresa tan agradable! Iba a ir a verte más tarde, cuando acabara de preparar la lámpara para esta noche. ¿Cómo estás?

—Mal —soltó con alivio. Él mostró una expresión de preocupación sincera, y ella se apresuró a explicarse.

Le contó lo que había pasado entre Arthur y Feliu; el fracaso de su plan, que tan grandioso les había parecido a ambos. Quim se mostró afectado y preocupado por el estado de Arthur, pero conocía muy poco a Feliu y no sabía nada de su reputación o de las actividades que hasta hacía poco llevaba a cabo en la zona. Mucho menos de la relación que tenía con Pilar, que no le reveló, por lo que no acababa de comprender la gravedad del conflicto.

Además, Lena no le contó que había sacado a Arthur del agua, ni tampoco lo que había sucedido después. La historia resultó confusa incluso para ella, porque se saltó los acontecimientos hasta llegar al punto en el que don Miquel la había obligado a ayudar a Arthur, y a ella solo se le había ocurrido hacer una *sitja* y venderla a medias.

Tuvo que explicarle qué era una *sitja*, y fue entonces cuando apareció la expresión de horror en su rostro.

—¿Tú haces eso a menudo? —Lena asintió—. ¿Sola?

—Sí, yo... —Sintió apuro y un poco de temor ante su reacción—. Mi abuelo me ayuda un poco, y Toniet...

—Estás muy apegada a ese muchacho, ¿no?

—Nos conocemos desde niños.

—Lo sé, me lo ha contado. Es un buen chico y te tiene en alta estima.

—Ah.

Se quedó esperando una respuesta que no llegó. Quim siguió sonriendo. Su sonrisa era dulce y afectuosa, bonita incluso. A Lena le parecía perfecta, salvo por un detalle: no le aceleraba el corazón ni se moría por besarlo.

De hecho, esperaba que no tuviera intención de besarla. Ese día ya había tenido suficientes besos inesperados; deberían bastar para una larga temporada. Estaba segura de que con el tiempo, cuando lo conociera mejor, le gustaría que lo hiciera. Era un buen hombre. Era atento. Se preocupaba por ella. Se quedaría en la isla. ¿Qué más podía pedir?

—¿A ti te molesta que haga carbón? —Se sintió muy ridícula al preguntarlo. ¿Por qué tendría que ser importante su opinión cuando, hasta entonces, ella solo se había limitado a buscar el mejor modo de sobrevivir?

Él dudó como si sopesara la respuesta. A Lena no le gustó. Pero se dijo que era normal, lógico y esperable que pidiera opinión a su novio. Su novio. Se estremeció. Quim se dio cuenta, aunque desde luego no sospechó el motivo.

—Claro que no me molesta, Lenita —dijo conciliador—. Solo me demuestra que lo que pensé de ti, el día en que te conocí, es verdad: que eres una mujer valiente, trabajadora y decidida. Hace que te admire más.

Extendió la mano y le acarició los mechones rebeldes de la trenza. Estuvo tentada de apartarse, pero se contuvo a tiempo. Que le tocara el pelo no parecía muy indecente; desde luego, lo era mucho menos que frotarse contra alguien, como una desvergonzada, sobre la arena.

Su rostro ardió ante el recuerdo. Quim supuso que era a causa de su caricia, así que no se detuvo.

—Lo que me gustaría es que no tuvieras que hacerlo. Si me dejas, si pronto... —Él también enrojeció—. Necesito tiempo, pero...

Ella asintió y se apartó. Buscó el cristal, el mar, el horizonte. Imaginó que subía allí cada mañana, cada atardecer. Podría ver nacer el sol y podría verlo morir. Día tras día. Se apostaría contra la baranda del balcón que bordeaba la torre y dejaría que su pelo, suelto porque estaba en casa, ondeara en libertad. Planearía mil viajes, mil vidas sin que ningún familiar exigente y desagradecido viniera a interrumpir sus sueños.

Ese faro era su lugar. Lo supo desde que había empezado a construirse, cuando había sentido que aparecía de la nada para iluminar sus más profundos anhelos. Viviría allí. Podría ser que, incluso, muriera allí. No necesitaría ir más allá.

Sí. Quemaría la *sitja*, vendería el carbón, y Arthur se marcharía. Ambos retomarían sus vidas. Esa vez lo conseguiría: tendría todo lo que siempre había soñado.

Habría paz en su pequeño mundo y paz en su espíritu.

Arthur pasó las dos noches que siguieron a su fallido viaje en un cuarto de la fonda; la mayor parte del tiempo, dormitando o contemplando el techo, reuniendo para sí mil excusas para hacerle entender a la mujer que se le había atravesado en el entendimiento que no era necesario que siguiera buscando un modo de devolverlo a casa.

Porque era imposible. No podría. No lo lograría. Estaba seguro de que el mar lo devolvería una y otra vez, hasta la extenuación o hasta el final de su vida. Así que no merecía la pena intentarlo siquiera.

Durante ese tiempo, el sacerdote lo había visitado en un par de ocasiones, le había dicho frases que no había entendido y lo había obligado a rezar el padrenuestro con él. Hacía mucho que Arthur había dejado de ser creyente, pero el hombre se estaba interesando por él, así que no le costaba entonar su latín de escuela británica y acompañarlo en su rezo con fervor fingido.

Era un hombre severo, sí, aunque de trato agradable, que de vez en cuando le daba palmaditas de ánimo y se tomaba una copa con él.

Una mujer de mediana edad, que debía de ser la dueña de la fonda, le había traído la comida el primer día y, el segundo, le había indicado que bajara al comedor y se la había servido allí.

Se le había acercado también su esposo; un hombre enjuto, calvo y de aspecto bonachón, que le daba continuas palmaditas de ánimo en la espalda y lo incitaba a comer más para recuperarse pronto. Arthur quería haberle aclarado que no iba a poder pagarle, pero no lo había conseguido y había comprendido que tendría que esperar a que Lena lo ayudara.

Con el paso de las horas, se fue sintiendo mejor. Aún le dolía cada rincón del cuerpo, pero estaba ya tan acostumbrado que la mayor parte del tiempo conseguía ignorarlo.

Dio un par de paseos breves en torno a la plaza. El pueblo era pequeño, apenas una docena de

calles dispersas y alineadas sin sentido, pero tenía un encanto pintoresco que lo había enamorado. No había nada ostentoso, nada que llamara la atención por su riqueza. Todo era blanco, sereno, sencillo, solo salpicado por algún sutil punto de color. El refugio perfecto para un alma perdida.

Los vecinos se detenían a saludarlo. Él les decía su nombre y les indicaba, con un gesto de la mano con el que simulaba un barco que navega, que estaban ante el famoso naufrago. Le contaron anécdotas que no entendió. Aprendió algunas palabras más. Le ofrecieron dulces y licor. Se sintió a gusto, y volvió a pensar que no sería una mala idea quedarse y establecerse allí.

Estuvo a punto de preguntar varias veces por Feliu; era probable que hubiese regresado al puerto después de la pelea, y debía de estar buscándolo para acabar lo que había empezado o para cerciorarse de que estaba muerto.

Arthur quería recuperar su anillo por puro orgullo. Y quería que le aclarara qué había sucedido con sus amigos para que pagara ante la ley, si es que en aquella tierra la había, todo lo que tuviese que pagar.

Quizás sospechara que, a aquellas alturas, habrían llegado noticias de lo sucedido y estaba ocultándose. Pero, todas las veces que había intentado hablar de ese tipo con alguien, el único nombre que le había venido a la cabeza y a los labios fue el de Lena.

«Lena», repetía cada vez que lo detenían y le hablaban sin descanso. Hubo quien le respondía, pero se quedaba igual. Algunos se encogían de hombros; otros fruncían el ceño, como extrañados por su interés; e incluso una señora que le había regalado unos calcetines lo había mirado con expresión reprobatoria. O no sabían nada de ella, o no querían saberlo.

Y él solo ansiaba volver a verla y soñaba con el beso que le había robado en la playa. Había sido una indecencia, una falta de respeto, pero estaba demasiado embotado como para haberlo contenido.

Y no se había arrepentido ni por un segundo, porque el contacto con la piel de Lena había sido lo más intenso que había sentido en toda su vida. Era imposible volver a experimentar nada igual. Era cierto lo que le había dicho: había llegado a su hogar.

Pasaron dos días hasta que volvió a verla pero, cuando por fin apareció ante sus ojos, se reafirmó en su idea de no marcharse.

La vio de lejos, cuando él estaba almorzando un caldo espeso junto a la chimenea, y el tintineo de la campanilla al abrirse la puerta llamó su atención. Llevaba la cabeza cubierta, pero su vista se perdió en el brillo casi blanco de la larga trenza que adornaba su espalda, y acarició el lazo rosa que se había anudado a la muñeca como si así pudiera acariciarla a ella. Esperó impaciente, con el estómago que daba volteretas, a que lo buscara, lo reconociera y corriera a reunirse con él.

Nada más lejos de la realidad. Lena se acercó a la puerta que daba a la cocina y llamó a alguien. Poco después apareció otra muchacha, que la abrazó y la saludó con cariño. Hablaron durante un buen rato, a susurros cómplices y medio ocultas por la cortina que separaba el comedor.

Le pareció oírla reír y recordó lo mucho que le gustaba esa risa, lo auténtica que era, lo escasa.

En un impulso, caminó hacia ella sin mirar a nadie más, sin fijarse en dónde ponía los pies. Era como si lo hubiera hipnotizado. Se detuvo detrás de ella, a solo unos centímetros. Oyó su voz, esa que sabía que sonaba a ensoñación. La olió. Se embriagó.

La otra joven se percató de su presencia y avisó a Lena, que se volvió y lo descubrió.

—Buenos días —lo saludó.

Y después, le sonrió. Ninguna mujer le había sonreído antes de la misma forma: sincera, ingenua, temerosa y auténtica. Ella lo había dejado claro: solo una mujer. Sin artificios ni

dobleces, no como todas las que lo esperaban en Inglaterra; envueltas en sedas, tules, corsés e hipocresía. En falsas apariencias. Lena no se parecía en nada a ellas.

Y Arthur ya no tenía remedio, estaba embrujado.

—Eres mi todo, Lena —le repitió con un quejido al saberse prisionero—. El centro de mi universo. El final de mi viaje.

—¿Qué dices? —Lo miró como a un loco, con temor y con un poco de compasión.

—He decidido que este va a ser mi nuevo hogar —le anunció.

—¿Y eso qué significa?

La vio apretar los labios. Un ligero rubor le cubría las mejillas. Era hermosa. ¿Dónde estaban los artistas, que no se peleaban por inmortalizar su rostro etéreo y a la vez tan real? ¿Dónde andaban buscando los poetas, que no habían descubierto sus encantos para ensalzarlos? La había encontrado él: Arthur, el náfrago afortunado.

—Que creo que me voy a quedar aquí. Contigo.

No respondió. Se volvió hacia su amiga, le hizo un comentario y rieron. Se estaban burlando de él, y una punzada de rabia y decepción le quitó las ganas de seguir abriendo su corazón.

Lo que sentía no era motivo de mofa; en todo caso, de lástima, porque era una sensación opresiva y dolorosa.

—Te estoy hablando en serio —insistió.

Ella dejó de reír. Sus ojos se cruzaron y él vio miedo. Tenía novio, se recordó: no tenía derecho a avergonzarla.

Lena no era una mujer a la que pudiera llegarse fácilmente. Estaba seguro de que, por más empeño que pusiera y por más que echara mano de todos sus encantos, se resistiría a su asedio. Nunca la tendría, y lo sabía. No era para él, aunque lo arrastrara consigo.

—Puedes estar tranquilo —dijo Lena con voz suave, como si quisiera transmitirle sosiego con sus palabras—. Pronto tendremos dinero y te llevarán a Ibiza para que tomes un barco de vuelta a casa. No estarás obligado a quedarte aquí más tiempo. —Él asintió, pero por dentro se rebeló ante la idea—. Veo que te has apañado muy bien. —Cambió de tema Lena—. Pensaba que estarías encerrado en la iglesia, acompañando a don Miquel y arrepintiéndote de tus malas acciones.

—No me arrepiento de nada —se apresuró a responder, y recibió a cambio una fugaz mirada de reprobación—. Y ha sido él el que me ha dejado aquí. Es un sitio agradable, sin duda, pero no sé cómo decirle a esta buena gente que no voy a poder pagarle.

—Muy pronto podrás hacerlo; te lo prometo. Además, mi amiga Marina... —Señaló a la muchacha que estaba a su lado—... es la hija de los dueños. Conoce bien tus problemas y está dispuesta a interceder ante ellos por ti para que sean comprensivos. Son buena gente, te lo aseguro. Además, durante unos días, no tendrás que hospedarte aquí: vas a empezar a trabajar hoy mismo.

—¿Y qué se te ha ocurrido? Porque, como te dije, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para ganarme el sustento; pero, teniendo en cuenta la forma en que me estás mirando, te confieso que empiezo a asustarme un poco.

Lena rio. Quizás demasiado fuerte, porque enseguida se contuvo y miró hacia la sala, recelosa, como una niña pillada en medio de una terrible travesura. Su amiga le dijo algo y pareció tranquilizarse. Incluso siguió sonriendo.

—Vas a convertirte en carbonero.

—¿Cómo dices? —Arthur parpadeó varias veces.

—Coge tus cosas y ven conmigo. Confía en mí.

—No tengo cosas.

—Entonces, yo te dejaré lo que necesites. ¿Vienes? —Asintió. Lena hizo amago de echar a andar delante de él, pero se detuvo de repente y lo encaró—. Si se te ocurre volver a besarme, yo misma te lanzaré al fuego. ¿Me entiendes?

—¿Qué fuego? —preguntó. Porque, si era el del infierno, ya lo conocía muy bien, y a lo mejor había llegado el momento de dejarse quemar en él.

Lo condujo hacia la salida. Arthur se despidió de los parroquianos, que lo saludaron con exclamaciones y sacudidas de cabeza, y con muchas muecas de compasión. Siguió a Lena en silencio mientras atravesaban el pueblo, para enfilarse el camino de regreso al faro.

El camino directo al fin del mundo.

Capítulo 12

FUEGO Y ESTRELLAS

A Lena le resultaba increíble que un hombre hecho y derecho pudiera ser tan inútil. Había sobrevalorado sus capacidades porque su aspecto físico, a pesar de las heridas, era fuerte, recio y saludable. Además, él se había ofrecido a trabajar con tanto entusiasmo y había escuchado sus instrucciones con tanta atención que dio por hecho que sabía lo que hacía.

Nada más lejos de la realidad.

Cuando llegaron hasta el claro del bosque donde estaba la *sitja*, lo vio frotarse el costado derecho de forma persistente. No se quejó ni una sola vez, eso no, pero su rostro se mostraba tenso y sus labios se apretaban, de tanto en cuando, como si intentara contener un gruñido.

Al principio, después de haberle prometido que iba a ganarse el sustento como un hombre honorable, cargaba troncos y ramas y arrastraba palos con entusiasmo. Y había comenzado a amontonarlos sin dificultad sobre el círculo de piedras, siguiendo las instrucciones de Lena, que tenía que corregirlo constantemente y le recordaba que la madera debía estar seca para que quemara con facilidad, pero no tanto como para que se consumiera en pocos segundos.

Así, perdió el tiempo en viajes infructuosos desde el bosque hasta el claro, una y otra vez, hasta que entendió qué era lo que había que buscar. Además, a pesar de que le había advertido de que les llevaría hasta el anochecer, él se entregó al trabajo con ganas y energía, y ella tuvo claro que se agotaría mucho antes de que la madera estuviera lista para prender.

Se sentaron a descansar con más frecuencia de la habitual para Lena, porque le daba lástima, y en el rostro de Arthur se reflejaba tal alivio que a punto había estado de echarse a reír en varias ocasiones, pues era obvio que él no se atrevía a mirarla a la cara y confesarle lo que le ocurría.

Se ponía en pie entre maldiciones y, antes de retomar la tarea, daba vueltas en torno al claro — y a veces sobre sí mismo—, sin tener ni idea de por dónde debía continuar. Perdido.

Era el peor ayudante del mundo pero, como su entrega era absoluta y estaba acostumbrada a llevar a cabo la mayor parte del trabajo sin la compañía de nadie, le pareció una novedad fascinante.

Ni siquiera la había cuestionado, como tanta gente antes, que una mujer se ocupara de un trabajo tan duro y masculino. Y eso que ya llevaba la respuesta preparada, por si acaso, y estaba más que dispuesta a echarle en cara sus comodidades de vizconde, que no había conocido en su vida la miseria o la necesidad y que no tenía derecho a juzgarla.

Pudo haberle gritado que no por ser mujer merecía morir de hambre mientras personas como él lo disfrutaban todo. Le habría reprochado su inutilidad. Le habría asegurado que no por encender una hoguera dejaba de ser una mujer decente. Lo mismo que tantas veces le había tenido que

explicar incluso a su propia madre, que habría preferido esperar, paralizada por el miedo y la pena, a que su despensa se llenara por obra y gracia divina.

Pero él no había dicho nada. Había seguido sus instrucciones: había recogido leña y la había ido amontonando del modo exacto en que ella le había indicado, había colocado los troncos con la medida exacta y los había cruzado capa a capa para conseguir un montículo que pronto sobrepasó sus cabezas.

Sonreía casi todo el tiempo, a pesar del dolor que seguramente sentía. Parecía un hombre feliz, aunque Lena sabía que no lo era. Canturreaba a ratos. Cuando descansaban, se sentaba a su lado, estiraba las piernas, se frotaba los músculos y tarareaba. Era agradable sentir su compañía, aunque no se lo iba a reconocer.

Con el paso de las horas, se fue despeinando. Se fue ensuciando. Dejó de cantar y empezó a sonreír un poco menos. Y, a veces, cuando creía que no se daba cuenta, la miraba de reojo, o a través de la maraña de ramas, y entonces Lena recordaba el beso, el peso de su cuerpo contra el de ella, el tacto aterciopelado de su lengua, y se sentía arder tan de golpe y con tanta intensidad que habría podido prender la *sitja* nada más que con su propia piel.

El roce le había recordado a un albaricoque maduro: pura suavidad, agua y azúcar. Nunca había tocado la lengua de otra persona, de un hombre, en ninguno de sus anteriores besos. ¿Cómo se habría atrevido ella a semejante indecencia? Habían sido demasiado breves y demasiado castos como para aventurarse.

Le miraba la boca a escondidas. Todo el tiempo. Y también el resto de su rostro, sin afeitarse desde aquel día. Tal como estaba en ese momento, habría arañado la fina piel de Lena.

Sin quererlo ni poder evitarlo, se le iban los ojos a sus antebrazos, que habían quedado al descubierto cuando él se había arremangado la camisa, acalorado por el esfuerzo, y se le secaba la boca. Se riñó y pidió ayuda a la Virgen y a todos los santos para no volver a hacerlo. No hubo forma.

Las horas pasaron, y el día se fue apagando. Al atardecer, consiguieron terminar de cubrir la madera con tierra húmeda y ramas. Lena se aseguró de que solo quedara un agujero arriba por donde poder avivar el fuego, y un par de ellos en los costados para que no se apagara por falta de aire.

Cuando todo estuvo listo, cogió el pedernal para encender una pequeña fogata con la que encendería una tea que lanzaría dentro.

—Ten cuidado —le repitió él varias veces—, puede ser muy peligroso. El fuego es tan traicionero como el mar.

—Sé lo que hago. De esto no tengo miedo.

—Ya lo veo. Pero, aun así, ¿no prefieres que lo haga yo? Debes de estar agotada—. Lo miró sorprendida, como quien acaba de recibir el ofrecimiento que lleva toda una vida esperando. Arthur le tendió la mano para que le diera la piedra, sin dejar de sonreír—. Lo digo en serio. Sé hacerlo, créeme; he encendido muchas hogueras en el desierto. Siéntate y descansa, te lo has ganado.

El corazón de Lena bailó de júbilo. A ella nadie la cuidaba. «Siéntate y descansa». ¿Ella? ¿Lena? ¿Era posible?

Arthur golpeó el pedernal varias veces. Se inclinó y sopló con precisión sobre la yesca. En pocos minutos, consiguió una pequeña hoguera.

Antes de que Lena pudiera darle ninguna indicación o impedírselo, Arthur cogió un par de ramas, las prendió y las lanzó decidido dentro de la *sitja*. De inmediato, el humo se elevó en una fina columna blanca, hasta que aparecieron las llamas. El fuego creció. Creció y subió.

—No es así —protestó—. Se supone que tiene que arder despacio. Se va a quemar muy rápido y, así, no conseguiremos carbón. Arthur, si hay demasiado fuego, se desmorona.

Pero, aun así, Lena se quedó mirando el montículo, hipnotizada.

Odiaba el agua, pero amaba el fuego. Ella misma se sentía arder a veces, como en esa ocasión. Pero sabía bien que, de igual modo que no iba a lanzarse al mar, tampoco podría permitir que la llamita que conservaba prendida en un rincón de su alma se avivara.

Porque Arthur, como todos, se iría. De hecho, era el menos apropiado justamente porque había hecho que la llama se avivara más rápido, en menos tiempo, como una explosión de pólvora, como las mechas que disparaban los cañones de los barcos que habían conducido a su padre de una punta del mar a la otra.

Las mujeres como ella no se lo podían permitir, aunque fuesen hijas de pirata y llevaran el fuego en la sangre. Aunque el universo entero les gritara que se dejaran abrasar. Las mujeres como ella aceptaban su destino y su responsabilidad, rezaban y trataban de entender los porqués y los fuegos que les presentaba Dios, y los aplacaban con el agua de las lágrimas.

Durante toda su vida, a pesar de verse abocadas a rescatar al mismo náufrago de ojos dulces una y otra vez.

Para siempre.

—Parece una pira funeraria —comentó Arthur, divertido, aunque un poco avergonzado por su error y la sutil riña de la muchacha. Era un tonto impulsivo, incapaz de pararse a escuchar.

—¿Y eso qué es?

Lena estaba a su izquierda, sudada, sucia y con la respiración agitada. Arthur también, a pesar de que el esfuerzo que había hecho apenas se acercaba al de ella; aún estaba dolorido y respiraba con dificultad al moverse deprisa o al cargar peso.

Después de siete, nueve o diez horas infernales acarreado palos y ramas, e incluso cortando algunas con un hacha que Lena le había entregado, mientras intentaba hacerle creer que era un hombre fuerte y útil, estaba empezando a arrepentirse de verdad de no haberse dejado morir. Incluso se le pasó por la cabeza la idea loca de lanzarse contra la inmensa hoguera que ardía frente a ellos.

A aquellas alturas de su vida, le importaba bastante poco su orgullo, pero ante Lena sentía una acuciante necesidad de sonreír y disimular. Quería parecer invencible, valeroso, una especie de héroe recién salido de una epopeya, para caer rendido ante sus pies. El mismísimo Ulises, solo que adornado con la fuerza de Aquiles y con el valor de Héctor. Para ella.

—Es la forma en que los antiguos griegos realizaban sus ritos funerarios —explicó—: prendían una montaña de madera como esta, colocaban al difunto encima y lo quemaban.

Lena lo miró horrorizada. Aunque quedaba luz, el sol ya se había ocultado al otro lado del bosque de pinos que se interponía entre ellos y el acantilado, y el rosa del atardecer y el resplandor de las llamas teñían su rostro, normalmente blanco, de un intenso color rojizo.

Mostraba la misma cara que se le debía de quedar a una mujer hermosa después de hacer el amor. Desechó aquella idea inapropiada y se concentró en completar su explicación.

—Le colocaban una moneda en cada ojo y, así, se aseguraban de que su alma pudiera pagar al barquero Caronte y fuera conducida hasta el Hades.

—Todo eso suena muy pagano —censuró ella.

—Lo es.

Callaron. Permanecieron así un buen rato. Uno al lado del otro, acalorados. Sus respiraciones se esforzaban por recobrar la calma, y sus cabezas buscaban un modo de encauzar la conversación. Pero ambos se sentían incómodos. Tímidos.

A Arthur le recordó otra vez al instante después de hacer el amor. Suspiró. Lo que había allí, prendido frente a él, era mucho más que un simple fuego.

—Me recuerda a las historias de Beltane —dijo Lena al fin, sin atreverse a mirarlo a la cara—. Se encienden hogueras y se dan las gracias a los dioses del viento, del agua y de la tierra.

—Sí, es verdad. —Se sorprendió Arthur—. ¿Dónde has oído hablar de esa fiesta?

—Mi padre solía contarme muchas historias de su Irlanda natal. Nunca supe si eran ciertas o no; era muy fantasioso, me temo.

—El fuego está asociado a los ritos en muchos lugares del mundo.

Lena se encogió de hombros y le pareció que bufaba con disimulo.

—Bueno, aquí solo sirve para conseguir carbón.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Unos diez u once días.

—¿Tanto? —No disimuló su horror. ¿Tendría que seguir trabajando a aquel ritmo todo ese tiempo?

—Sí. Eso si no cambia el tiempo y llueve. En ese caso, tendríamos que esperar a que la madera se secase y empezar de nuevo.

—¿Y qué tenemos que hacer mientras?

—Esperar y vigilarlo.

El crepitar de la madera resonó como un pellizco en el atardecer. Iluminó aquel claro del bosque como un relámpago. Las llamas se camuflaban contra el cielo, también rojizo, donde se dibujaban las primeras estrellas de la tarde.

La montaña era alta, más incluso que él. Para colocar las últimas ramas, habían tenido que encaramarse a ella, tanteando con pies inseguros las que les servían de soporte. Podría haberse venido abajo en cualquier momento, y ellos habrían quedado sepultados.

Había sido un trabajo agotador. Arthur tenía hambre y sed, y se moría por tumbarse a descansar de una vez. Ella, en cambio, parecía tener todavía energía para continuar.

Su aspecto era terrible: despeinada, con la cara y el delantal sucios, y con los ojos brillantes de lágrimas a causa del humo. Pero daba la impresión de que podría continuar sin inmutarse varias horas más. Era como si poseyera la fuerza de cien hombres o de todo un batallón. Una fuerza inconmensurable, sobrenatural.

—¿Y has hecho esto otras veces? —le preguntó anonadado—. ¿Tú sola?

—Lo hago dos o tres veces cada invierno. —Lo miró por fin, con la tranquilidad de quien se sabe en terreno conocido, seguro—. No puedo permitirme más. Y en mi caso, es muy arriesgado, porque no puedo quedarme aquí vigilando; sería peligroso para una mujer sola. Y además, mi familia me necesita. Así que me voy a casa por la noche, y rezo para que todo marche bien y siga aquí cuando regrese por la mañana.

—¿Nadie te ayuda?

—Mi abuelo suele venir a estar conmigo durante el día; no le gusta que me quede sola en un sitio tan apartado. Y a ratos también viene Toniet; luego, le doy una pequeña parte como agradecimiento. Es un buen chico. Un amigo de toda la vida.

Dijo eso último como si tratara de justificarse, visiblemente preocupada por si él imaginaba cualquier indecencia. A Arthur le pareció de lo más incongruente, teniendo en cuenta que en ese momento se encontraba a solas con él y no había mostrado la más mínima preocupación.

—¿Y qué opina tu novio de que hagas esto? Porque a mí me parece increíble y admirable que lo hagas, te lo aseguro; pero, si fuera él, no me quedaría sentado sabiendo que estás sola, en el bosque, acarreado palos con otro hombre.

El rostro de Lena se contrajo por una repentina preocupación. Era obvio que hasta entonces no había sido consciente de lo que Arthur acababa de decir y, o bien no lo valoraba como un hombre peligroso, lo cual era de agradecer, o bien era tan ingenua que ni tan siquiera había reparado en ello.

Era una mujer peculiar. Porque, a pesar de su aspecto dulce, etéreo y virginal, poseía la fuerza de una amazona, de una valquiria. Y Arthur sospechaba, también, que ocultaba mil dobleces y contradicciones, y una extraña sabiduría.

—Él hace poco que vive en la isla y no sabe cómo funciona —lo justificó ella—. Llegó el mismo día que tú.

—¿En serio? —Quiso sonar burlón, pero quizás dejó que el sarcasmo aflorara demasiado—. De eso hace muy poco. ¿Cómo es que ya sois novios? ¿Y por qué estoy yo aquí y no él?

—Porque tú necesitas el dinero y él tiene un faro del que ocuparse. No tenemos espacio para más naufragos en esta isla, así que más le vale que siga funcionando bien.

—¿Y estáis enamorados? El farero y tú.

Lena giró la cara y se apartó un palmo de él.

—Eso no es de tu incumbencia.

—No, claro. —Pero insistió—. ¿Te ha besado ya?

—¡Arthur!

Se alejó más, hasta colocarse entre él y el fuego, y volvió a mirarlo indignada.

—Solo es curiosidad.

Intentó aparentar jovialidad, mostrarse como un amigo cómplice. Que lo apalearan si era eso lo que deseaba ser. Lo único que le interesaba era aclarar cuanto antes por qué razón el farero había llegado ya hasta ella y se había ganado su confianza, mientras que con él se mostraba tan recelosa.

Aunque se recordó que cabía la posibilidad de que su actitud, avasalladora hasta la fecha, hubiera tenido mucho que ver.

—Dime, Lena: ¿te ha besado?

—No voy besando a todos los hombres con los que me cruzo, ¿sabes?

—Me lo imagino. Pero este es tu novio, según tú.

—Es que... aún estamos conociéndonos.

—¿Y por qué él?

Vio la duda en sus ojos y sonrió de manera imperceptible, satisfecho. Hasta que lo venció con su lógica.

—¿Y por qué no?

—No lo sé, por eso te lo estoy preguntando. ¿Qué tiene que tener un hombre para que una mujer como tú se fije en él?

—Nada especial. Ser buena persona.

—Eso es importante —convino.

—Y ser amable, atento, dulce...

—¿De qué hablas con él?

—De lo normal...: del tiempo, del trabajo... Esas cosas. Es agradable.

—Qué bien. —Tardó en decidirse a continuar—. ¿Y vas a contarle que yo sí te he besado?

Lena abrió y cerró la boca varias veces.

—No —dijo con un hilo de voz apenas audible.

—¿Por qué no?

—No veo la necesidad. Fue un error por tu parte, un impulso de un moribundo que se sentía... agradecido.

—Agradecido —repitió como un bobo.

—Por mi parte, está olvidado, e imagino que por la tuya también. Debes de haber besado a muchas mujeres, así que no creo que el beso de una isleña insignificante haya supuesto mucho trastorno para ti.

De nuevo, Arthur fue incapaz de distinguir si había segundas intenciones en sus palabras o si hablaba desde la ingenuidad.

Estaba decidido a encontrar un modo de averiguarlo. Quería saber quién era la verdadera Lena, cómo era en realidad. Porque le resultaba imposible discernir si era una caja de secretos cerrada con diez candados, o si era tan franca y obvia como parecía.

Y porque se moría por encontrar el mejor camino para volver a besarla. Por supuesto que ese beso había supuesto un trastorno.

—¿Quieres saber a cuántas mujeres he besado yo?

—No.

Arthur no pudo contener un par de carcajadas ante su arrobo. Ella se alejó, decidida a evitarlo. Rodeó la pira y se colocó justo en el extremo opuesto, con el fuego en medio de los dos.

Arthur no estaba dispuesto a dejarla en paz; su turbación era lo más divertido que había vivido en los últimos tiempos, tan tristes y tan oscuros.

La indignación de Lena era tan brillante como las chispas, que saltaban frente a él. Fingía estar ausente, pero apretaba las manos como para dominar su enojo, y Arthur decidió que con ella sería mejor dejar a un lado el sarcasmo.

—¿Sabes que yo tampoco he besado a Penélope? —Se sinceró.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no?

—La verdad, no me ha apetecido nunca.

—Pero es tu novia.

—Es mi prometida. —A su parecer, había una clara diferencia entre ambos términos. El primero dejaba margen a la libertad de elección; el segundo, en cambio, sonaba a condena de por vida.

—¿No la quieres? —Sonó decepcionada.

—Es... complicado.

—Todo lo es. Pero eso da igual, porque la pobre te estará esperando. Así que debes volver cuanto antes, para que deje de sufrir.

—Claro. Yo no quiero hacerla sufrir. No. Lo que ocurre es que... —Buscó su rostro para encontrar el consuelo de su mirada—. No estoy seguro de que ella me quiera a mí.

Lena dio varios pasos en su dirección. Él deseó hacer lo mismo y tocarla. Necesitaba asirse a su entereza, a la realidad de su cuerpo y de su piel. No quería hablar de Penélope, no quería pensar siquiera en la posibilidad de tener que volver a verla.

Quiso decírselo a Lena, para que dejara de mencionársela a cada instante, pero no se atrevió a moverse ni a pestañear, porque ella estaba muy seria o muy triste. Y cada vez más cerca.

Y él pensó que, si no tuviera ya un novio, le habría gustado agarrarla de la cintura y besarla de nuevo, sentirla temblar bajo la luz del atardecer y al calor del fuego. Beber su magia de hechicera.

«Eres un tonto con la cabeza llena de pájaros». Las palabras de su padre, tantas veces repetidas,

reverberaron en sus recuerdos, y por una vez estuvo de acuerdo. ¿Qué esperaba conseguir, más que fastidiarlo a él y a su linaje? ¿Qué hacía imaginando que se quedaba en la isla? ¿Qué sentido tenía todo, la vida misma?

—¿Por eso has dicho esta mañana que te gustaría quedarte aquí? —preguntó Lena.

—No solo por eso.

—¿Por qué más? ¿Por qué querría alguien como tú abandonar un mundo de comodidades?

—Eso no lo es todo, Lena.

—¿Tienes dinero? —Él asintió—. ¿Familia? ¿Comida caliente y un techo donde refugiarte? —Arthur dijo a todo que sí—. Entonces, lo tienes todo. Y estoy segura de que te cuesta mucho menos que a mí conseguirlo.

—Me sobran la mayoría de esas cosas. Solo quiero... —Lanzó una mirada al fuego, cada vez más potente, y luego la buscó otra vez a ella—. Calor.

—¿Qué...? —Lena cambió de parecer antes de acabar la frase—. Empiezas a decir tonterías de nuevo.

—No. He vivido la mayor parte de mi vida helado de frío. Por dentro —precisó—. Siempre he tenido que congelar mis sentimientos, mis deseos, mi propio ser. Tenía que ser Arthur Stanhope, el heredero frío y distante como el hielo. Desde niño me he visto obligado a fingir que era el que los demás esperaban que fuera: sin pensamiento propio, sin su verdad, solo una personificación de la historia y herencia familiar. —Lena lo miraba confusa, como si no estuviera entendiendo ni una palabra de su apasionada diatriba. Se recordó que era una mujer sencilla y que no dominaba bien su idioma, y se apresuró a explicarse mejor—. Siempre me han dicho lo que debía hacer, y no me gusta. Me fui de casa para evitarlo, y eso es lo que me espera cuando vuelva.

Y, para su sorpresa, ella le devolvió una sonrisa tierna, pero cargada de amarga condescendencia.

—No se puede cambiar el destino, Arthur. Ni huir, ¿recuerdas? No podemos dejar de ser quienes somos. Yo lo he intentado, te lo aseguro, pero Dios tiene para mí unos planes que están muy lejos de lo que me gustaría.

—¿Y qué te gustaría? —Lo asaltó la curiosidad.

Lena fingió que no lo había oído. Buscó un lugar donde sentarse y se dejó caer con un suspiro. Por primera vez, parecía cansada. Él, que lo estaba mucho más que ella, la imitó. Estiraron las piernas sobre la tierra y las piedras. Sus ropas estaban muy sucias, aunque la luz se había extinguido casi por completo y apenas se notaba.

Arthur sintió el calor del fuego en los pies. Desde el suelo, la hoguera le pareció imponente, una criatura fantasmagórica de largos brazos de fuego que arañaba el cielo azul oscuro. Se quedó pasmado, admirado ante su potencia. Pensó en que el resultado que obtuvieran de ella supondría su regreso al hombre y vida que tanto repudiaba.

Se dijo que podría verlo como un elemento purificador, de sanación. Podría echar a la pira sus errores de juventud, la culpa por la muerte de sus amigos, el remordimiento por la responsabilidad que estaba por venir y no sabría acatar, su compromiso obligado con una mujer a la que no amaba y que ni siquiera le gustaba.

Podría quemarlo todo y quedarse con la simpleza de la tierra desnuda que manchaba sus manos, con la amabilidad desinteresada de la joven que respiraba a su lado.

—Gracias por tomarte tantas molestias por mí —le dijo en un arranque de sinceridad—. Eres la primera persona que enciende una hoguera para ayudarme.

Lena rio y Arthur se quedó perplejo. Por el tono dulce y despreocupado de su risa, y por el temblor que lo sacudió al saber que nunca tendría nada parecido si regresaba y aceptaba su

destino con resignación.

—No me des las gracias. Casi ha sido un alivio contar con tu compañía, aunque seas tan torpe. —Ella contuvo la sonrisa cuando él fingió enfado. Desde que la conocía, no la había visto tan relajada en su presencia, y eso la hacía aún más deliciosa—. La primera vez que hice esto... — Señaló al fuego—... fue con mi novio.

—¿Con el farero? Pero si dices que acaba de...

—No —lo interrumpió—, con él no, con otro que tuve. —Arthur no preguntó porque el rostro de Lena se ensombreció—. Yo venía a ratos a hacerle compañía y a traerle de comer. En aquel entonces, yo era muy niña y mi abuela se ocupaba de la casa. Él me enseñaba y me explicaba la técnica, y yo me lo guardaba todo muy bien aquí. —Se señaló la sien—. Para poder ayudarlo cuando nos casáramos, aunque fuera un trabajo propio de hombres. A él no le importaba. — Cerró los ojos un momento y, luego, miró al fuego. Parecía en trance, con la mente muy lejos de allí—. No, no le importaba nada con tal de estar conmigo. Ni que fuera pobre, ni que fuera una bastarda, ni que me gustara tanto imaginar lo que había al otro lado del mar. Íbamos a ser muy felices, ¿sabes?

—¿Y qué pasó?

—Se fue a América con mi padre. —Su tono soñador se volvió arisco—. Sin mí. Me prometió que volvería rico y que me llevaría con él. No sé nada más.

—¿Cuánto hace de eso?

—Muchos años. Los suficientes como para que haya asumido que no va a volver. Por eso tengo otro novio: tengo que asegurar mi porvenir antes de que me haga demasiado vieja.

—No eres vieja.

—Todavía. Y no quiero volverme una mientras espero.

—Eso está bien.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—A mi madre le pareció mal que no lo esperara eternamente. —Bajó la voz, como si tuviera miedo de que su madre pudiera escucharla—. Ella sí cree que mi padre volverá y se sintió traicionada. Pero no tiene sentido; podrían estar muertos. ¿Qué sabemos nosotras? ¡Y América está tan lejos...! Quim dice que está más lejos de lo que puedo llegar a imaginar. ¿Tú has estado en América?

Había esperanza en su pregunta y parecía cómoda con la conversación, por lo que Arthur lamentó decepcionarla.

—No, en América no.

—Pero sí has estado en muchos otros sitios, ¿no? Me dijiste que habías recorrido el mundo.

—En muchos, sí.

—Me das envidia.

—¿Por qué?

—Porque me encantaría poder verlos, solo por eso.

Cogió aire, y Arthur supo que lo hacía para contener las lágrimas. Solo se le ocurrió una cosa para hacerla sentir mejor.

—Yo puedo llevarte si quieres. —Se sorprendió a sí mismo, porque lo dijo de corazón.

—No digas tonterías.

—¿Te lo parecen? —No obtuvo respuesta, e insistió—. Puedes decirme que es una locura, y te daré la razón, pero ¿tonterías? No, Lena, no es una tontería soñar.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto de resignación.

—Me alegra saberlo —dijo—, porque yo lo hago continuamente.

—¿Y qué sueñas?

—Arthur...

—¿Por qué te incomoda contármelo? Estamos solos, y no voy a contárselo a nadie más. Ya sabes, no puedo hacerlo.

—Hay cosas que nunca le he contado a nadie. Ni siquiera se las contaba a Guiem.

Arthur supuso que era así como se llamaba el hombre cuyo recuerdo la había sumido en ese estado de melancolía.

—¿Y si pruebas hacerlo? —Quería sus sueños; quería adentrarse en las profundidades de su alma, sacar a la superficie a la mujer oculta que se adivinaba bajo un velo de responsabilidad y seriedad—. ¿Qué sueñas, Lena? ¿Qué es eso que te da envidia?, ¿a dónde te gustaría ir?

—Quiero irme, sí. Pero no de la isla o de mi casa. —Cogió aire y se acercó a él para hablarle en tono de confidencia—. Quiero irme de mi vida.

—No puede ser tan terrible.

—No lo sé, porque no conozco otra, pero sí sé que hay días que no la soporto.

—Lena...

—No soporto mi casa, ni a mi madre y sus exigencias, ni a mi prima y sus locuras, ni a mi abuela y sus dolores. No soporto los animales, la suciedad que dejan, su olor. Tampoco me gusta cargar el grano hasta el molino, ni segar el campo en pleno agosto. No me gusta este bosque, no me gusta la Mola y no me gusta el mar. Odio el mar. Tengo pánico al mar. El día que te rescaté en la playa, hacía muchísimos años que no me metía en el agua.

—¿Por qué?

—Porque me odia. Me roba a la gente. Se lleva a los que quiero y se lleva mis ilusiones. Ellos se van y yo me quedo. Me siento tan sola... No sé si puedes imaginarlo.

—Ahora mismo, soy la persona que mejor podría entenderte.

—Es raro.

—¿El qué?

—Que hayas tenido que venir tú de tan lejos para que yo pueda decir esto en voz alta.

—¿Puedo hacerte una confesión yo también? —Lena asintió—. Yo siento lo mismo. Exactamente. Odio mi vida. Cada segundo de ella. Me cansa, me hastía y me oprime. Llevo años buscando una forma de escapar. Lena..., ¿y si es esto una señal del destino? Dime: ¿y si el universo me está diciendo que mi lugar eres tú?, ¿que yo soy el tuyo? ¿Y si no estoy equivocado?

Alargó la mano para tocarla, con las yemas ardientes de necesidad, pero ella se levantó de forma brusca.

—Creo que es hora de irnos a descansar —dijo ruborizada.

—¿Vamos a volver al pueblo?

—No. Yo me voy a casa a dormir. Tú te quedas aquí. —Señaló unas mantas que había dejado, esa mañana, junto a los cestos donde había llevado agua y algunos víveres—. Puedes dormir también.

—¿Me vas a dejar aquí solo?

—¿Te da miedo?

—¡No! Pero...

—Me dijiste que estabas dispuesto a hacer cualquier cosa —le recordó—. Solo tienes que quedarte cerca de la *sitja* y, si hay algún problema, ir a buscarme a casa. Yo me pasaré cuando pueda para ver cómo va. —Empezó a caminar, decidida a alejarse—. Buenas noches, Arthur.

Él entró en pánico. No porque tuviera miedo a la oscuridad o a dormir a la intemperie; estaba más que acostumbrado. Tenía miedo de las horas que faltaban hasta el amanecer, o hasta que la volviera a ver, porque tendría que esperar sin hacer nada más que imaginar la respuesta que Lena se había negado a darle.

Caminó hacia ella, que se sobresaltó y se cruzó de brazos a modo de defensa. Él buscó sus ojos, que llameaban por el reflejo de la hoguera y que ella no apartó.

—¿Con qué vas a soñar, Lena? ¿Con el mundo que podríamos recorrer juntos? —Gimió, presa, de pronto de una acuciante necesidad—. ¿Con que me dejas besarte hasta que nos falte el aliento?

Ella no pestañeó. No respiró. No pareció alterada en lo más mínimo, salvo por el ligero temblor que detectó en su barbilla y por la humedad que velaban sus ojos justo antes de dar media vuelta y alejarse sin decir nada.

Capítulo 13

ULISES

A la mañana siguiente, don Miquel y Marina se presentaron en casa de Lena a primera hora. No había tenido tiempo de adecentarse, pues había dormido hasta tarde, agotada como estaba después del duro trabajo del día anterior.

Por lo visto, a su conciencia, que siempre la despertaba antes del amanecer para tenerlo todo listo temprano, le había dado bastante igual lo que pudiera pasar con su familia ese día. Era una sensación sorprendentemente liberadora, y dio las gracias a la rebelde que habitaba en ella por no haberse dejado dominar por una vez.

Era por Arthur. Estaba segura. Ese maldito náufrago había puesto su vida y su espíritu patas arriba desde que lo había visto flotando en la distancia. Cuando estaba a su lado, cuando hablaba con él, no podía remediar que le doliera la idea de que el mundo estuviera repleto de maravillas que ella nunca iba a atreverse a contemplar, e incluso que él mismo las escondía todas.

Y entonces, su yo interno comenzaba a hablar a gritos, la sacudía, la zarandeaba. Casi hasta le gritaba. Lena quería que permaneciera calladito, pero la tarde anterior, mientras conversaba despreocupada con él, se había sentido tan cómoda que le había empezado a brincar desesperado de emoción en algún punto indeterminado de su pecho.

Tonta. Y para colmo, y con toda probabilidad, don Miquel había ido hasta su casa para hablar de él. No había tregua posible.

Su madre tuvo que atender a los visitantes mientras ella se aseaba y se echaba unas gotas de su apreciado perfume de rosas, el que Joan le había regalado y del que apenas le quedaban ya un par de dedos. El olor a humo se le había impregnado en el pelo y la piel, y sabía que sería así durante los próximos días, pero el resultado merecería la pena.

Se apresuró a reunirse con ellos en la cocina, donde estaban sentados en torno a la mesa, sin que su madre les hubiera ofrecido ni un triste vaso de agua.

—Es muy temprano —les dijo preocupada—. ¿Ha pasado algo?

—No, hija —la tranquilizó don Miquel—. Pero tengo noticias para ti y quería venir a contártelas cuanto antes. Y a Marina... le puede la curiosidad, ya sabes.

Su amiga se tapó la boca para disimular la risa.

—¿Podrás acompañarme después al faro? —le preguntó—. Hace dos días que no he visto a Rafael.

—Claro, pero solo un rato. Tengo una *sitja* ardiendo en el bosque y a un marinero muy torpe vigilándola: no puedo evitar estar un poco inquieta.

—Lena, querida —intervino su madre—, no creo que a don Miquel le interese saber que ese

hombre anda rondando cerca de nuestra casa, y mucho menos le interesa que bromees. ¿No le parece a usted que la idea de Lena de traerlo aquí ha sido del todo inapropiada?

—No lo voy a traer a casa, madre —protestó—; se quedará vigilando la *sitja* todo el tiempo.

—¿Y te parece normal pasar tanto tiempo a solas con un desconocido?

—Arthur no...

—De él venía a hablarte —la interrumpió el sacerdote, que evitó a tiempo una respuesta cortante de Lena—. Me acerqué ayer hasta Sant Francesc y le conté lo ocurrido al alcalde. Me dijo que había llegado a sus oídos la historia del naufragio, y se sorprendió mucho por lo sucedido con Feliu. Al parecer, lo conoce bien y no lo cree capaz de cometer un acto tan terrible como del que ese muchacho lo acusa. Es su hombre de confianza en la Mola.

—¿Cree que miente? —Lena se sintió molesta; ella no había dudado de la palabra de Arthur ni un momento.

—No lo sé. Pero me da la impresión de que sí tiene algunos reparos en creerle. Lamenta profundamente el naufragio y se ha ofrecido a mandar a una partida de hombres a inspeccionar la costa, por si encuentran alguna pista de su paradero, pero ese día soplaban el viento con fuerza y no cree que haya sido más que un accidente.

—¿Y no va a hacer nada más?

—Yo no he dicho eso.

—Pero, padre, Feliu es un hombre peligroso.

—Es cierto que tiene comportamientos reprobables, como... —Se detuvo de inmediato al ver la mirada de súplica de Lena; estaba segura de que iba a hacer mención de la relación con su prima, y eso era algo que le había contado bajo secreto de confesión—. Pero, por lo demás, es trabajador; la gente lo respeta y se asegura de que no haya conflictos. Solo tenemos en su contra la palabra de un forastero. ¿Cómo sabemos que merece nuestra confianza?

Lena dudó. ¿Cómo? ¿Podía saberlo ella? Estaba claro que Arthur había peleado con Feliu y que había caído malherido del barco, pero nadie había escuchado hasta el momento la versión de la otra parte.

¿Y si había empezado Arthur la pelea? ¿Y si se había inventado toda la historia del ataque y el abordaje? ¿Y si lo había soñado, o lo había confundido con otro? A Lena siempre le había dado la impresión de que no estaba en sus cabales.

—No lo sé, padre. La verdad es que no sé por qué deberíamos creerle. Tal vez, lo mejor sea que yo acompañe a Arthur hasta Sant Francesc y hable personalmente con el alcalde.

—¿Y por qué tienes que acompañarlo tú? —protestó su madre.

—Porque tengo que traducir lo que dice.

—Lena, por Dios —intervino su madre, que se sentó y compuso una inusual expresión de ternura y comprensión—, ya sabemos que eres generosa y que te preocupas por los demás, pero ¿crees que merece la pena meterte en asuntos que no te conciernen?

—Don Miquel me dijo que Arthur era mi responsabilidad porque yo lo encontré. ¿No es así, padre?

El hombre censuró a la madre de Lena con la mirada y asintió. Lena sabía que la relación entre el sacerdote y ella nunca había sido muy buena, pues su madre no solo no era una mujer religiosa, sino que además había preferido justificar el comportamiento negligente del hombre al que amaba y había vivido durante años como su amante sin plegarse a sus recomendaciones de casarse.

Había sido una batalla perdida y, tal vez por eso, el hombre se había dedicado a orientar y encauzar a Lena para que no siguiera los pasos de su madre y salvara su alma. Aunque a Lena le

costaba no ceder, pues era muy difícil siendo hija de un pirata venido a menos y de su amante entusiasta.

—Sí, hija, tienes que ayudarlo tú. Pero también tienes que tener cuidado. No parece un mal muchacho, pero es inglés. Y ya se sabe...

—¿Qué pasa con los ingleses? —preguntó Marina, curiosa.

—Que no creen en la Virgen —adujo don Miquel—. Un hombre que no pone a la madre de Dios por encima de todas las cosas no puede ser de fiar, por más encantador que parezca.

Ninguna de las tres mujeres se atrevió a rebatir aquel argumento. Pero a Lena, de pronto, la acució la prisa por regresar con él y demostrarse a sí misma y a los demás que sí lo era.

—Cuando acabemos con la *sitja*, iremos a Sant Francesc —anunció tratando de sonar contundente, más por los posibles reparos de su madre que por don Miquel—. De todas formas, Feliu no ha dado señales de vida. ¿No es ese un motivo más que suficiente para desconfiar?

—Estará ocupado. —Lena estuvo a punto de decirle a su madre que nadie le había pedido opinión—. Es un hombre de negocios, hija.

—Como mi padre —soltó sin pensar. Su madre se puso pálida, pero Lena la ignoró y se dirigió a don Miquel—. Feliu está haciéndonos creer que está de viaje, que se ha llevado a Arthur de vuelta a Inglaterra y que no va a volver hasta dentro de mucho, porque cree que lo tiró muerto al mar.

—O ha sido él quien se ha ahogado.

—¿Cómo? —Lena tardó en entender a qué se refería, pero la dominó la rabia ante la acusación del sacerdote. Y también, por qué no, ante la idea de que la creyera tan ingenua como para confiar casi a ciegas en un desconocido. Buscó la complicidad de Marina, que parecía tan sorprendida como ella, y eso le infundió ánimos para responder—. Arthur no habría hecho algo semejante, padre. Él no le ha hecho daño a Feliu; estoy segura.

—¿Y cómo puedes estarlo?

—Lo sé.

Y era esa la mayor certeza que había tenido jamás.

Don Miquel regresó al pueblo poco después, y Lena acompañó a Marina al faro. Era mejor que Quim la viera a esas horas, limpia y fresca, y no por la tarde, impregnada de sudor y humo.

Mientras caminaba hacia el acantilado del brazo de su amiga, se recordó que aquella sería la última vez que tuviera que llevar a cabo un trabajo tan sucio y laborioso. Ella soñaba con hornear pan y bordar bajo la luz del mediodía. Ella quería una vida tranquila: sin sobresaltos, sin primas adúlteras, sin madres desagradecidas, sin novios ausentes y sin naufragos que hicieran palpar su corazón abotargado.

—No le digas a Quim lo que ha insinuado don Miquel sobre tu naufrago —le aconsejó Marina—; es probable que te prohíba verlo.

—¿Prohibírmelo?

Nunca le habían prohibido nada, al menos no desde que era una mujer adulta. Ni siquiera su madre, que se quejaba por todo lo que hacía y a la que nada le parecía bien, se había opuesto jamás a que actuara según su criterio. Porque no le quedaba otro remedio, claro, y porque en el fondo sabía que dependía de Lena y de sus actos, tan inapropiados, para subsistir. ¿Por qué iba a hacerlo Quim?

—Solo hago esto para ayudar a un hombre desamparado —aseguró a su amiga—, y Quim lo

sabe. Él lo sacó del mar.

—Espero que también sepa ver lo mucho que vales.

—Yo no estoy tan segura.

Porque sus motivos eran de lo más egoístas. Porque solo quería conseguir dinero cuanto antes para que pudiera pagarse un pasaje a cualquier lugar donde hubiera un barco que pudiera llevarlo de vuelta a casa. Porque estaba poniendo patas arriba su mundo y las decisiones que quería tomar para asegurar el resto de su vida. Porque la había puesto a ella del revés.

Llegaron al faro y saludaron a los dos hombres. Marina y Rafael desaparecieron tras las chumberas de la explanada. Lena se los imaginó abrazados, besándose ya que sus padres no la vigilaban de cerca. Esperó que Quim no pretendiera hacer lo mismo.

Se quedó allí plantada, tensa, mientras él intentaba entablar una conversación y ella respondía con monosílabos. Era amable, pero no se interesó por sus preocupaciones. Era atento y la miraba con ternura, pero lo sentía muy lejos. Era guapo, pero no tenía unos preciosos ojos color miel que le llenaran el estómago de mariposas.

En pocos minutos, estuvo deseando marcharse de allí. Cuando la invitó a subir al faro y a que le hiciera compañía mientras él terminaba de limpiar la linterna, se excusó afirmando que tenía mucho trabajo y se escapó como si la vida le fuera en ello.

Sabía que tendría que conversar más, ser más risueña y más dulce. Que él querría acercarse, intimar, abrazarla. La recorrió un escalofrío. Con Joan, a veces, le pasaba; le molestaba el contacto, y siempre había intentado que fuera mínimo. Pero si su relación con Quim salía adelante, tendría que aceptarlo.

Intentó concentrarse en la vida soñada que obtendría a cambio y se dirigió con decisión a acabar el trabajo que tenía entre manos.

Con su naufrago.

Cuando Lena llegó a la *sitja*, Arthur estaba dormido. Estaba tumbado sobre un montículo de tierra blanda, cubierto por las mantas y por manchurroneos de tierra húmeda por el rocío. Estaba bocarriba, con la boca abierta, y roncaba. Ella rio.

Por suerte, el fuego seguía encendido. Las llamas habían desaparecido por completo, y una fina columna de humo blanco se elevaba desde el agujero hacia el cielo.

Se agachó a su lado y lo observó un momento antes de despertarlo. A pesar de su aspecto, parecía cómodo y relajado. Lo oyó murmurar y decidió que no podía esperar mucho más tiempo sin volver a escuchar su voz. Lo sacudió con suavidad y él se removió perezoso.

—Arthur, haz el favor de despertar, dormilón. Tenemos trabajo.

Él abrió los ojos, la descubrió y se incorporó de un salto. La miró entre sueños, intentando despegar los párpados. Sonrió todo el tiempo. Ella también, pero dejó de hacerlo cuando él estiró un brazo y dibujó una caricia fugaz en su rostro.

—Preciosa Lena, ¿qué haces aquí si hace un momento estabas en mis sueños, navegando a mi lado?

Tragó saliva. Debía contestar a su impertinencia. No tenía derecho a soñar con ella, y menos a decírselo. Pero la Lena que anhelaba ser habló por ella.

—¿Y a dónde íbamos?

—No he llegado a averiguarlo. Pero sí sé que me sentía como en el mismo paraíso.

Tardaron en reaccionar. No sonrieron, no pestañearon, no respiraron. Lena sabía que su cuerpo

quería echarse a temblar, pero no se lo permitió. No quería moverse.

De forma inexplicable supo, al perderse en sus ojos, que ese era el lugar e instante en el que desearía refugiarse para siempre.

—Nunca viajaré contigo, Arthur. —Y a ella le sonó como un lamento.

—¿Por qué no?

—Porque es probable que naufraguemos.

—Entonces, naufragaríamos juntos.

Lena negó y se puso en pie a toda prisa.

—No vuelvas a decir algo así.

—¿Por qué no? —Él también se levantó, sin poder disimular una mueca de dolor.

—No me gusta cuando te burlas de mí.

—No lo hago.

—Sí, Arthur. Y me duele.

Intentó apartarse, pero él se apresuró a agarrarla del brazo y retenerla.

—Lena... —Su voz era ronca, baja, aletargada—. Llevo toda la noche pensando en ti. No quiero irme... No puedo irme. Si no quieres navegar conmigo, entonces déjame que me quede contigo en tierra.

Vaciló un momento. Estuvo a punto de rendirse porque él, a diferencia de Quim y de todos los otros, era incorrecto, era indecente, era rabiosamente guapo y le provocaba unas ganas irresistibles de dejarse abrazar. Era la tentación hecha hombre. Su perdición.

Pensó en su madre y en su prima, y por primera vez las entendió. Ella también se habría dejado perder gustosa en el calor de sus brazos y de su mirada abrasadora.

Le costó recomponerse. Para hacerlo, imaginó el mar.

—No puedo, Arthur. Ya te dije que tengo pánico al mar. —Él la soltó confuso, como si acabase de recobrar la conciencia—. Vamos a trabajar, anda. Tenemos que acabar esto cuanto antes.

Durante los siguientes seis días, el trabajo los absorbió. Vigilaron la *sitja* día y noche, revisaron palos y maderas, y avivaron brasas. Dieron aire para que ardiera, pero no tanto como para que se quemara deprisa.

Arthur no volvió a hacer ningún comentario de los que a ella tanto la perturbaban, y dedicó todas sus energías a cumplir las instrucciones y órdenes que le daba Lena con precisión.

No se quejó ni una vez ni lamentó su mala suerte. Parecía darle igual si estaba sucio, maloliente o cansado, y la recibía con una sonrisa cada vez que Lena regresaba al claro después de marcharse a descansar, a buscar comida o a ocuparse de cualquier otro asunto doméstico inaplazable. Y ella, cuando con el pasar del tiempo se convenció de que podía confiar en él y de que todo iba a la perfección, se relajó y disfrutó de su compañía.

Como la parte más difícil ya la habían llevado a cabo el primer día, Arthur pudo pasar mucho tiempo sentado, recobrando fuerzas mientras se recostaba contra el tronco de un pino cercano y exploraba su alrededor con la vista. También la miraba mucho a ella pero, teniendo en cuenta que no había nada más que hacer, lo perdonó pronto.

A ratos, charlaban de frivolidades y cuestiones banales, como el tiempo, la comida favorita de cada uno, el nombre de todas las plantas que conocían o recuerdos de la infancia; pero también de sueños y de temores. Fueron muchas horas, y tuvieron que echar mano del ingenio. Para

sorpresa de Lena, fue muy fácil estar a su lado. Divertido. Liberador. Adictivo.

Recobró casi del todo la fluidez en inglés y recordó palabras que creía olvidadas. Aprendió otras nuevas. Aprendió también nombres de lugares, pues oírlo relatar sus largos viajes se convirtió en uno de sus pasatiempos preferidos.

—Aquí está Turquía —le explicó él una mañana. Había trazado en la tierra un mapa que Lena no sabía descifrar, pero lo miró fingiendo que lo entendía, sin perder detalle de sus movimientos entusiastas—. Y aquí Grecia. Pocas cosas he visto más impresionantes que los templos que construían los antiguos griegos a sus dioses.

—¿Dioses? —preguntó extrañada—. ¿Más de uno?

—Muchos. —Le guiñó un ojo—. Cada uno adora a quienes quiere. Y a quienes puede.

Lena ignoró el doble sentido de sus palabras porque prefería conservar aquella peculiar complicidad que había surgido entre ambos. Nunca había imaginado que la compañía de un hombre pudiera resultar tan interesante.

—¿Y hacia dónde queda ese lugar?

—Pues... —Arthur miró al cielo en busca del sol. Dio una vuelta sobre sí mismo y señaló a la distancia—. Creo que por allí.

—No me extraña que te guste tanto viajar: todo lo que cuentas es increíble.

—¿Sabes? Quería escribir un libro con las leyendas sobre criaturas maravillosas que se cuentan en toda la cuenca del Mediterráneo. Tenía ya un buen puñado de folios.

—Qué pena que se perdieran.

—Sí. Pero perdí cosas más importantes.

—Lo siento.

Él, a cambio, le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Mi amigo James era cartógrafo. —Lena no sabía qué era eso, y él se dio cuenta en cuanto volvió hacia ella—. Dibujaba mapas. Por eso recoríamos despacio las costas; primero, bordeando África y, después, Europa. Trazaba mapas sobre una mesa que había instalado en la cubierta y hacía una infinidad de cálculos matemáticos. Mathew era astrónomo y nos dejaba observar al cielo con su telescopio. Cuando había luna llena, era como estar caminando sobre ella.

—¿Caminar sobre la luna? —Lena no tenía claro cuál de todas las maravillas que él le contaba le parecía más envidiable. Si ella hubiese nacido hombre... Estaba segura de que haría mucho tiempo que ya no estaría tampoco en la isla—. Mi madre, a veces, dice que estoy en la luna. Tal vez, se refiera a eso.

—Es posible. —Se acercó un poco a ella, que de pronto recordó el beso y de forma inconsciente dio un paso atrás. Él pareció darse cuenta de su sobresalto, porque se apresuró a sujetarse las manos detrás de la espalda y a inclinar la cabeza con una pose de caballero que la tranquilizó. Aun así, no dejó de contemplarla con intensidad arrebatadora—. Cuéntame cosas de tu padre pirata; estoy seguro de que también debe de ser una historia increíble.

Lena rio sin contención, con todo el sarcasmo que el recuerdo de quien era su padre dejaba traslucir. Luego, le contó cómo había llegado, hacía casi treinta años, a la isla, huyendo de las tropas francesas e inglesas que pretendían poner orden en las costas de África, donde hombres como él, sarracenos y extranjeros, se refugiaban entre ataque y ataque.

Lena siempre había sospechado que había huido de Irlanda después de haber cometido algún delito, y que había pasado la juventud vagando de barco en barco y de asalto en asalto. En la isla, que estaban muy acostumbrados a las visitas de los piratas, lo habían descubierto enseguida y habían tratado de expulsarlo, pero su madre, joven y enamoradiza, había caído rendida a sus pies

y le había dado cobijo durante varios años; primero, en las cuevas recónditas de los acantilados y, al final, ya embarazada, en su propia casa.

—Me da mucha vergüenza contarte esto —confesó—, pero no se casó con ella. Yo llevo el apellido de mi madre. De mi abuelo —aclaró con orgullo—; él fue quien más se ocupó de nosotras, hasta que se le infectó el pie. Mi padre... —Vaciló, pero Arthur la escuchaba con interés sincero y sin rastro de censura—... iba y venía a temporadas. Lo más seguro es que siguiera llevando y trayendo mercancía ilegal, o robando, qué sé yo. Creo que eso es lo mismo que hace Feliu.

Arthur le dio la razón.

—Imagino que en este lugar es complicado ganarse la vida de otro modo.

—Es difícil subsistir, sí. Tienes que vivir pendiente del cielo, de la lluvia, del calor, de la fuerza del mar... Pero no nos morimos de hambre. Lo que es difícil es hacerse rico, pero hay personas que no son capaces de resignarse a vivir con sencillez.

—Yo lo haría.

—Eso lo dices porque nunca has tenido que enfrentarte a la siega de un campo de trigo en pleno mes de junio. —Él intentó protestar, pero Lena no lo dejó—. Si ni siquiera sabes mantener unas brasas encendidas.

Arthur le dedicó una mueca burlona y corrió a dar aire a la *sitja*. Lena lo ayudó. Después, se sentaron a comer, y Arthur le enseñó adivinanzas en inglés y palabras en francés. Le contó algunas de las leyendas que había ido apuntando y que había perdido, y le describió animales de tierras lejanas que jamás habría podido imaginar.

Incluso una mañana, ella había llevado las cartas de su abuelo y le había enseñado a jugar al *truc*^[21]. Era todo inadecuado, impropio de una joven decente y con novio; pero no le preocupaba en absoluto, porque no tenía intención de contárselo a Quim ni a nadie.

Era pasajero. Efímero. Arthur y su presencia se esfumarían igual que las llamas y, con el tiempo, el recuerdo de aquellas horas fugaces se iría apagando como las brasas. Lo guardaría todo para ella, en sus recuerdos, como uno más de tantos sueños.

Pero en ese momento Lena reía. Lena se divertía. No estaba acostumbrada.

Y cuando él le pidió que cantara, estuvo a punto de hacerlo, como una tonta.

De vez en cuando, Toniet se acercaba a la zona y les echaba una mano; parecía muy preocupado por la salud de Arthur, a pesar de que él insistía en asegurarles que, cada día que pasaba, se sentía mucho mejor y, de hecho, su aspecto era cada vez más saludable.

El chico lo había llevado a su casa en un par de ocasiones para que pudiera asearse, y Arthur había vuelto feliz, risueño, con el pelo limpio y húmedo y con el rostro recién afeitado. Había aprendido las frases suficientes como para comunicarse de manera tosca con él, y habían establecido una peculiar relación de amistad.

Deseoso de poner por escrito lo que insistía en llamar la mayor aventura de su vida, le preguntó dónde podía conseguir un papel, y Lena le pidió a Quim —que la visitaba casi cada mañana, antes de que ella se marchara al bosque— que le trajera un poco. Lo hizo sin dudar, pero le preguntó varias veces a Lena cuándo iba a acabar aquel trabajo, si Arthur dormía en su casa o aparecía por allí, y si se comportaba con educación y caballerosidad. Lena le aseguró que todo estaba en orden y exageró un poco la cantidad de tiempo que Toniet pasaba con ellos.

Y aunque creía que debería sentirse halagada por su celo por cuidarla, lo cierto era que le

molestaba; deseaba que se marchara cuando antes para salir corriendo en dirección al bosque.

Poco a poco, Lena se dio cuenta de que la tristeza y desesperación que Arthur había mostrado los primeros días se había esfumado. No quedaba apenas rastro del hombre hundido que le había rogado, casi entre sollozos, que lo ayudara. Parecía cómodo, y eso que dormía al raso en pleno mes de enero.

Dejó de insinuar que ella lo había arrastrado hasta allí, que lo había hecho naufragar. Y cambió esas palabras por bromas inocentes, por chistes que la hacían reír hasta que le dolía la barriga y por compañía silenciosa en los múltiples momentos en los que Lena tenía miedo hasta de hablar con él; esos en los que se olvidaba de quién era y de qué quería ella.

Fue como si se estuviera recomponiendo o rehaciéndose, y Lena no dejaba de preguntarse cómo era posible que un hombre que había perdido tanto y estaba tan lejos de todo cuanto conocía pudiera mostrarse tan sereno.

Al atardecer del séptimo día, justo antes de que Lena se despidiera para irse a dormir a casa, no pudo controlar más las ganas de hacérselo ver.

—Hace días que parece un hombre feliz, Arthur. ¿No decías que preferías estar muerto?

La sorprendió con carcajadas estridentes.

—Eso es porque la mujer más hermosa que he conocido en mi vida todavía no me había obligado a encender un fuego con ella.

—No empieces, por favor... —le advirtió molesta, asustada por que él pudiera volver a importunarla como al principio.

—¿Conoces la historia de Ulises? —la interrumpió.

Estaba concentrado en amontonar piedras y darles una peculiar forma de montaña puntiaguda; le dijo que estaba haciendo para ella una reconstrucción de una cosa que se llamaba pirámide, que era colosal —palabra que Lena acababa de aprender— y que había visto en Egipto durante uno de sus viajes.

—No.

—Ulises era un soldado griego. Un héroe de guerra. Regresaba a casa después de luchar en la guerra de Troya. En su largo viaje, atravesó costas habitadas por las sirenas sin inmutarse, y cayó hechizado por una hermosa maga que lo retuvo durante un año después de que naufragara en su isla.

—No estás respondiendo a mi pregunta.

—Por supuesto que sí. —Se levantó, se sacudió las manos en el pantalón y se acercó a ella—. Los héroes como Ulises se sienten satisfechos cuando consiguen sobreponerse a las adversidades y regresar a casa sanos y salvos, con su dignidad intacta. Yo, a diferencia de él, no tengo dignidad alguna y creo que no me interesa tenerla; así que no hay mayor satisfacción para mí que dejarme hechizar, condenar y atrapar. —Le cogió una mano y, como lo hizo tan rápido y tan fuerte, y ella estaba tan pendiente del modo en que sus labios se arqueaban al sonreír, no pudo apartarse—. No quiero volver a ninguna Ítaca, Lena. Yo quiero quedarme aquí, bajo este cielo azul y simple; perdido en tus ojos de sirena, en tu risa y en tu dulzura.

Ella tardó en decidir qué debía contestarle, porque la mayor parte de las palabras de Arthur carecían de sentido. Y eso que la cuestión estaba más que clara.

—¿No tenía familia tu amigo Ulises?

—Sí, claro. —En su rostro se dibujó una sonrisa maliciosa—. ¿Sabes cómo se llamaba su esposa, que lo esperó pacientemente durante veinte largos años? Penélope. ¿No es curioso?

Se soltó de su agarre con brusquedad, furiosa de repente. No volvió a preguntarle nada, ni ese día ni los siguientes, porque no quería tener que escuchar más leyendas estúpidas ni sentirse

culpable por haber empezado a desear cambiar a un hombre por otro.

Y porque el tiempo cambió.

Se levantó una ventisca, el cielo se volvió negro y cayó un fuerte chaparrón que duró horas. Tuvieron que correr a refugiarse en casa de Lena, que maldijo su mala suerte y tuvo que aguantar la riña de su madre por llevar a un hombre que no era nada suyo y que además hablaba en inglés, con lo que eso la perturbaba a ella.

Allí se acabó su escasa buena suerte: tuvo que correr a poner a resguardo a los animales, cocinar para todos, limpiar el barro que habían dejado sus pisadas, aguantar sermones maternos y fingir ante Arthur, muerta de vergüenza, que lo hacía encantada. Él se ofreció a ayudarla pero, si era un desastre eligiendo madera, mucho más lo sería con las tareas domésticas.

Cuando paró de llover, regresaron a la *sitja*. Se había apagado.

Lena sintió ganas de llorar. Habían perdido un trabajo de días, y pasarían unos cuantos antes de que todo se secase y pudieran volver a empezar. Arthur tendría que quedarse más tiempo. Tal vez, se convencería aún más de que quería establecerse allí. Ella enloquecería. Seguiría imaginando, a todas horas, que lo besaba.

«Mañana iré a Sant Francesc —se dijo—, lo llevaré conmigo y lo dejaré allí; o buscaré a Jaume para que lo acompañe a Ibiza, y que se apañe».

Pero entonces, justo antes del atardecer, el roce de algo frío, suave y ligero sobre su cara y sus manos la obligó a mirar al cielo.

—¿Qué es esto? —preguntó aterrorizada.

—Es nieve.

Lena abrió las palmas de las manos y recogió cuanto pudo. Cerró los puños para sentirla, para aplastarla. Crujió y le quemó la piel. Miró a Arthur, que hacía lo mismo y le devolvió una sonrisa que le provocó una anodina oleada de calor.

—Haces que pasen cosas extrañas —le dijo abotargada.

—Solo es nieve.

—Ya, pero... Yo nunca antes había visto la nieve.

Capítulo 14

LA NIEVE

En los días que siguieron, no hubo fuego, ni carbón, ni visita al alcalde, ni viaje a Sant Francesc. Porque cayó una insólita nevada que cubrió los campos, las rocas de los acantilados, los pinos e incluso las playas. Además, a ratos soplaba un fuerte viento de *tramuntana* que cortaba la piel del rostro y de las manos, y que habría podido volcar un carro entero.

Esa noche, Arthur tuvo que quedarse en casa de Lena, porque ya no podía dormir a la intemperie y porque el camino estaba demasiado oscuro para llevarlo de regreso a la fonda y volver después sola.

Pensó en decirle que pidiera alojamiento en el faro, que quedaba más cerca; estaba segura de que ni Rafael ni Quim se negarían. Pero tenía la impresión de que entonces volvería a alejarse de ella, de su mundo y de su vida, y decidió alargar un poco más la ensoñación en la que vivía sumida desde que se había hecho cargo de él. Le gustaba su compañía más de lo que quería reconocer, casi tanto como la alteraba.

Lo acomodó en un improvisado jergón que montaron junto al fuego, mientras su madre, que no movió un dedo para ayudarlos, arrugaba la nariz y soltaba protestas que, por suerte, Arthur no entendió o que fingió que no entendía.

Se comportó como un hombre extremadamente educado y amable, tanto que su familia lo miraba y trataba con recelo; como si, a pesar de su aspecto desaliñado, estuvieran frente a alguien ante quien corrieran el riesgo de quedar en ridículo.

Era obvio que Arthur no era como ellos. Por Dios, era primo de la reina de Inglaterra; ella no sabía ni cómo se llamaba la suya. Su cordialidad, su educación, su respeto excesivo dejaban claro que no era un simple campesino, un pescador o un marinero, sino un hombre educado que siempre quedaría muy por encima de ellos.

Y Lena se moría de vergüenza a cada paso que daba, ante cada costumbre que Arthur descubría y ante cada cara de desprecio que le dedicaba su madre.

Su abuela se acostó poco después de que ellos hubieran llegado, aquejada de un fuerte dolor de huesos. Y la madre de Lena hizo lo mismo tras la cena, no sin antes preguntarle a Lena, con tono de reproche, dónde estaba su prima.

—Vengo del monte, madre —protestó—. ¿Cómo quiere que yo lo sepa?

—No sé dónde anda últimamente, que pasa tanto tiempo fuera de casa. ¡Solo buscáis excusas para dejarme sola y para dar que hablar!

Lena ignoró los lamentos de su madre, que abandonó la cocina. Durante los últimos días, había pasado la mayor parte del tiempo ocupada en la *sitja*, y no había prestado atención a lo que Pilar

hacía o dejaba de hacer. Pero, si había estado fuera de casa durante horas, era probable que Feliu hubiera regresado a la isla; su prima no se relacionaba prácticamente con nadie más, que ella supiera, al menos no como para ausentarse tanto tiempo, a horas intempestivas y bajo una nevada.

Quiso contarle a Arthur sus sospechas y se lo encontró sentado sobre el jergón, con las piernas cruzadas, escuchando con atención a su abuelo, que había arrimado una silla al fuego y le explicaba algo con entusiasmo.

La miró cuando la sintió acercarse, y pareció adivinar lo que iba a decir.

—Sí entiendo algunas cosas, Lena. Estoy aprendiendo. Creo que me habla de un barco, ¿no es así?

—El abuelito tiene un barco —confirmó. Se acercó a su abuelo y le colocó una mano en el hombro, cariñosa. Él la tomó y se la besó con devoción. Lena lo adoraba. Era la única persona por la que habría hecho cualquier cosa sin dudar, el único que no le reprochaba nada ni le exigía más de lo que podía dar. Precisamente por eso, vivía con la inquietante certeza de que le quedaba muy poco tiempo a su lado—. ¿Qué le está contando a Arthur del barco, abuelo?

—Le he dicho que puede arreglarlo si quiere —respondió el anciano, con la seguridad de quien cree estar salvando el mundo—. Ni tú ni yo vamos a necesitarlo más, y el muchacho podría usarlo para volver a su casa.

—Abuelo, creo que para ir a Inglaterra necesita un barco más grande que nuestro pequeño *llaüt*.

—Pues que lo utilice para salir a pescar y ganarse un dinero, o para lo que quiera. —La miró con expresión tierna—. Él te ha ayudado a ti estos días, así que no estaría mal devolverle el favor.

Lena sonrió y asintió. Luego, se dirigió a Arthur.

—Quiere dejarte su *llaüt*; el abuelo era pescador de joven.

—¿De verdad? —preguntó Arthur entusiasmado. Se llevó una mano al pecho con infinita gratitud—. Dile que me honra su ofrecimiento, pero que soy un marinero pésimo.

Lena tradujo. Su abuelo rio divertido e insistió.

—Dice que no importa, que quiere compensarte por lo que has hecho por mí.

—¿Yo? ¿Por ti? Pero ¿tú le has contado cómo ha sucedido todo?

—Claro que sí. Lo que pasa es que se alegra de que hayas estado conmigo estos días; a él le gustaría poder hacerlo más a menudo. No sé, Arthur; le gustas.

La miró a los ojos, y en los de él brilló una emoción con tanta fuerza que Lena se sintió cohibida al pensar que también su abuelo estuviera dándose cuenta.

—Y tú me gustas a mí. Un círculo perfecto, mi hermosa Lena. Tendré que aceptar el ofrecimiento.

Tenía los nervios tan alterados por la reciente conversación que, cuando se acostó, cayó en la cuenta de que no había compartido con Arthur sus sospechas sobre Feliu. Estuvo tentada de levantarse y regresar a la cocina a contárselo, pero no le pareció adecuado presentarse en camión ante él, con el pelo suelto, sola y a deshoras. Y con ese frío.

Aunque no era frío lo que la recorría. Porque había un punto, uno muy concreto que se localizaba justo bajo su ombligo, que se iba calentando con el paso del tiempo, conforme pensaba en su naufrago y se preguntaba qué estaría haciendo; si estaría dormido o despierto en su

cocina, bajo su mismo techo, respirando el aire que se condensaba entre esas cuatro paredes, siempre tan asfixiantes.

Llegó a convencerse de que, si en ese momento hubiese salido al exterior, habría podido derretir la nieve al pisarla.

Dio vueltas en la cama durante varias horas y, cuando por fin estaba a punto de conciliar el sueño, llegó su prima y la sacudió con una mano helada.

—¡Lena! ¿Por qué hay un hombre dormido en el suelo de la cocina?

—Es Arthur —replicó ella entre sueños.

—¡Casi me muerdo del susto! Podrías haberme avisado.

—¿Cómo? ¿Sabía yo acaso dónde estabas? —le preguntó molesta y soñolienta.

Pilar murmuró una protesta, pero Lena la ignoró y volvió a cerrar los ojos. Su prima la empujó sin contemplaciones.

—¡Aparta! —le ordenó molesta—. ¿Por qué siempre te quedas con el mejor lado de la cama?

Lena no tuvo fuerzas para decirle que no era verdad. Se quedó dormida segundos después, a pesar del frío que desprendía el cuerpo helado de Pilar, y se dijo que ya le preguntaría al día siguiente de dónde venía; si le parecía normal caminar bajo una insólita nevada, arriesgándose a coger una pulmonía, y si había vuelto a estar con Feliu.

Pero cuando amaneció, roncaba a su lado con placidez despreocupada, y Lena no se tomó la molestia de despertarla; de todas formas, no necesitaba más confirmación que sus ausencias.

Encontró a Arthur despierto y aseado, y su improvisada cama recogida. La estaba esperando porque, en cuanto la vio, le dedicó una enorme sonrisa y corrió hacia ella, que tembló entera ante la perturbadora visión de su presencia masculina en aquella casa.

—Buenos días. —Le tomó una mano con suavidad y Lena observó, estupefacta, cómo se la llevaba a los labios y le daba un beso en los nudillos—. ¿Has dormido bien?

—Sí —atinó a decir—. Aunque tardé mucho en conciliar el sueño.

—Igual que yo. —No le había soltado la mano; de hecho, empezó a acariciarla con suavidad—. Pensaba en ti.

—En mi caso no era por eso. —Mintió y retiró la mano, que él liberó con reticencia—. Era por mi prima Pilar: llegó muy tarde.

Arthur miró a su alrededor, como si la buscara.

—¿Tu prima? ¿Cuántos vivís aquí?

—Solo cinco.

—¿Solo? En mi casa también, pero tenemos un espacio como toda esta casa para cada uno.

—Lo siento —se disculpó con apuro—. No puedo ofrecerte más.

—¡No lo decía por eso! No, Lena, no me molesta en absoluto; al contrario, solo me demuestra lo cretinos que somos. Me gusta esta casa, de verdad; es encantadora.

—¿Encantadora? —repitió Lena escéptica—. Si se cae a pedazos... Ven conmigo a ver los animales, anda.

—Yo voy a donde tú me lleves.

A Lena, que se había levantado muy tonta, le hizo gracia el comentario y se rio.

Se abrigaron y lo condujo al exterior, donde los recibió una bocanada de frío insoportable. El frío más intenso que había sentido en su vida. Pero no bastó para enfriarla a ella ni para calmar su corazón, que aleteaba como un pajarillo de verano mientras veía a Arthur caminar con seguridad sobre el fino manto que había cuajado durante la noche. A ella, en cambio, le dio miedo pisarlo y se sobresaltó por su textura, que parecía estallar bajo sus zapatos.

El mundo resplandecía. El cielo, cubierto de nubes, tenía el mismo color que la nieve, y se

reflejaban el uno en el otro.

Como en un beso.

Y, en medio, ocupando todo el espacio, todo su pensamiento, Arthur.

Él sonrió sin cesar, incluso cuando acarició a la mula, tiró comida a las gallinas y sacó agua del pozo por ella. Le pidió una pala para retirar la nieve que cubría el camino de entrada y estuvo un buen rato ocupado. Después, cogió un puñado entre las manos desnudas, le dio forma y, sin avisar, se la tiró a la cara.

—¿Qué haces? —gritó Lena, sorprendida por el frío que sacudió sus mejillas y su nariz.

—Jugar. Solía hacerlo con mi hermano de niño. ¿Tú no?

Lena negó.

—No tengo hermanos. Y no había visto la nieve hasta hoy.

—¿De verdad? —Se acercó y le retiró los copos que se le habían quedado pegados en el pelo y en el rostro. El tacto helado de las yemas de sus dedos trazó una caricia furtiva en su mejilla, de la que Lena no consiguió apartarse—. Mira, son como tú —le susurró, tan cerca que pudo percibir su peculiar aroma a mar y fuego—. Tu pelo y tu piel... Eres del color de la nieve. No podía ser de otra forma.

Lena se estremeció y se preguntó cómo era posible sentir frío y calor a la vez. Tardó en reaccionar, pues él estudiaba su rostro con una mezcla de admiración y curiosidad. Cuando ya no pudo soportarlo más, se agachó, cogió un puñado de nieve y le devolvió el ataque. Arthur se recuperó de inmediato de la sorpresa y contraatacó.

Pasaron un buen rato jugando, riendo, cubriéndose de aquel polvo blando y frío, hasta que se empaparon y les castañearon los dientes. Después, se sentaron junto al fuego, cada uno con un vaso de leche caliente entre las manos, con el ánimo templado y con la certeza de que no había otro lugar en el que se estuviera mejor que allí en ese preciso instante.

Lena pasó la mañana sumida en una extraña sensación de euforia. Gracias a Arthur, acabó las tareas matutinas en la mitad de tiempo, y pudo hornear un poco de pan y unas *orelletes* que repartió a escondidas entre él y su abuelo.

El anciano se empeñó en salir un rato a ver la nieve, y empezó a narrarles historias y anécdotas de las últimas veces que había nevado en Formentera. Arthur respondía con las suyas propias, a cuál más disparatada, mientras Lena reía y se volvía loca intentando traducir a uno y a otro. Cuando Arthur aprendió a decir *neu, fred i cel*^[22], les anunció que su trabajo había terminado y que se entendieran ellos.

Los dejó hablándose a gritos. Se prometió que obligaría a su abuelo a entrar en cuanto sacara el pan del horno, para que no cogiera más frío, pero oía sus carcajadas desde la cocina y le dio mucha pena interrumpirlos.

Su abuelo no tenía a nadie con quien charlar con aquella despreocupación. Solo tenía a cuatro mujeres, unas enfermas y otras tristes, que no hacían nada más que discutir y echarse cosas en cara.

Él no lo hacía. Arthur, al parecer, tampoco. Tal vez, era así como solían comportarse los hombres en la intimidad del hogar. Lena no lo sabía, porque los pocos con los que había intimado se habían esfumado antes de que pudiera llegar a comprobarlo.

Cuando salió a buscarlos, se embobó mirando el rostro de Arthur, tan sobrio, tan atractivo y tan inglés, y luego cerró los ojos para asegurarse de que el timbre de su voz quedaba tan bien en su

casa como el resto de su esencia. Por supuesto que era perfecta.

Sintió un extraño deseo de acercarse a él. De retenerlo. De levantarse cada amanecer con un beso suyo dibujado en la mano. Era una idea peligrosa. Equivocada. Arthur no era lo que quería ni lo que necesitaba. Arthur estaba muy por encima de una mujer como ella. Arthur se iría, volvería a su vida acomodada y la abandonaría, como todos. O aún peor: acabaría maldito y perdido, solo porque ella se habría encariñado demasiado.

No se permitió pensar más en esas tonterías. Por el camino del faro, con paso enérgico, se acercaba Quim. Lena se quedó paralizada. No consiguió sonreír mientras saludaba al abuelo y a Arthur con cordialidad, aunque fue obvio su recelo al dirigirse a ese último; mucho menos pudo sonreír cuando se acercó e hizo amago de besarla en la mejilla.

Lena se apartó, fingiendo timidez, aunque no fue esa la incómoda emoción que la recorrió y que no le gustó nada. Tampoco le gustó la seriedad con la que él le preguntó: «¿Por qué está aquí Arthur? ¿Qué hace él en tu casa?».

Se lo explicó como pudo, con voz temblorosa, sintiéndose una niña pequeña atrapada en plena travesura. No comprendía bien el porqué, si ella no había hecho nada malo. Y si había sido así, lo había sido solo en su pensamiento, pero eso no contaba; estaba anulado desde que había comprendido que, soñara lo que soñara, nunca sucedería.

En pocos minutos, se reunieron todos en la cocina, incluidas su abuela y su madre. Lena les sirvió el almuerzo, y solo uno le dio las gracias: Arthur.

Contuvo un sollozo de frustración cuando se sentó por fin al lado de Quim, que se lo pidió con ilusión sincera. Quería haberle contado que sospechaba que Feliu estaba en la isla, por si se le ocurría algún modo de confirmarlo o había oído algún rumor; pero, como todavía no había encontrado el momento de decírselo a Arthur primero, prefirió esperar. Además, en ese instante apareció su prima, que saludó a los dos hombres con una alegría exagerada que indignó a Lena.

Quim les habló largo y tendido de cómo habían vivido la noche en el faro, preocupados por cómo el frío podía afectar al aceite o a los mecanismos de la lámpara, o por si la ventisca acababa trayendo otro naufragio inoportuno.

Inoportuno. Lena se quedó de piedra y miró a Arthur, que simplemente sonreía con educación y fingía escuchar ajeno a cuanto contaba Quim. Su novio, se recordó. Lena se estremeció al ser consciente de lo que eso significaba; del papel que le otorgaba en su cocina, en su casa, en su vida.

Y Arthur se dio cuenta, porque sonrió con compasión.

—¿Y qué ha pasado con eso del carbón? —preguntó Quim.

—Lo hemos perdido —le explicó Lena—. Con este frío, tardaremos mucho en poder encenderla de nuevo.

—Una pena. —A Lena no se le escapó la mueca de fastidio que se le escapó cuando miró a Arthur de soslayo—. ¿Y qué va a hacer él mientras tanto?

—No lo hemos pensado.

—Irse a cualquier otra parte, por supuesto —intervino la madre de Lena—; aquí no tenemos sitio. Y no es apropiado.

—Madre...

—En cuanto mejore el tiempo, debería ir a Sant Francesc, como habías planeado —sugirió Quim muy serio—. Toniet puede acompañarlo.

—Yo lo acompañaré —dijo Lena.

—Claro que no. —Quim y su madre respondieron a la vez, y Lena fue incapaz de replicar sorprendida.

—Ya has pasado suficiente tiempo con él a solas —susurró su madre, como si así evitara que Arthur la entendiera—. Deja que se ocupen otros.

—Lena no ha hecho nada inapropiado —la defendió su abuelo, muy serio—. Solo estaba trabajando. —Miró a Quim y alzó un dedo—. Mi nieta es una mujer excelente, muchacho. Es trabajadora, como ninguna otra, y muy responsable.

Suspiró. Lena le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—No quería decir lo contrario —aseguró Quim avergonzado—. Lo que me gustaría es poder ayudarla, hacer que su vida sea un poco más fácil.

—A Lena le gusta sufrir —comentó Pilar—. Es una mártir.

—Se preocupa por nosotros —la riñó su abuelo.

—Que se preocupe, mejor, por sus propios asuntos —respondió Pilar—. Aunque ahora, que ha acogido al náufrago bajo su ala protectora, a lo mejor deja de meterse conmigo de una vez. ¿Será así en adelante, Lena? ¿Te dedicarás en cuerpo y alma a este nuevo hombre? —Movi6 la cabeza en direcci6n a Arthur, que hacfa rato que habfa perdido la sonrisa.

—¡Pilar! —protest6 Lena con el rostro encendido—. No seas entrometida.

—¿Le has contado a Quim lo de tus novios? Lo de la maldici6n.

—¿La maldici6n? —pregunt6 el aludido.

—Es una tonterfa.

Escondi6 el rostro en la madera ajada de la mesa. A6n no le habfa hablado de sus p6rdidas, de sus abandonos, de lo que le dolfan. Pilar le estaba robando lo que deberfa haber sido una conversaci6n privada entre dos personas que se estaban conociendo.

—No te preocupes, jovencito —dijo la madre de Lena—. Lo 6nico que ocurre es que la pobre ha tenido muy mala suerte en la vida. Antes de ti se interesaron en ella un par de muchachos, pero no debes preocuparte; no fue nada serio. ¿Verdad, hija?

¿Nada serio? ¿C6mo podfa decir eso si la habfa visto llorar hasta desgarrarse la garganta cuando se habfa despedido de Guiem, si hacfa solo un par de meses que era un alma en pena despu6s de que Joan le hubiera dado a entender que se marchaba a Denia porque la vida que Lena podfa darle no era suficiente? ¿C6mo podfa restarles importancia a sus sentimientos cuando todo lo habfa perdido por cuidarla a ella?

Entonces, una voz se impuso sobre las dem6s. Lena incluso dud6 que estuviera hablando de verdad, porque le llegaba directamente a las tripas.

—Lena, ¿est6n hablando de ti? —Arthur no esper6 a que le respondiera—. ¿Por qu6 los dejas? Ella se encogi6 de hombros.

—No s6... Yo... —Estaba muerta de vergüenza.

—Si yo fuera t6, cogerfa mis cosas y me irfa muy lejos.

Y Lena, incomprensiblemente, le sonri6.

—¿Qu6 ha dicho? —pregunt6 su madre con brusquedad.

—Nada, madre. Que tengo una familia encantadora.

Capítulo 15

TÉ INGLÉS

Mientras la nieve se desvanecía y regresaba el buen tiempo, Arthur pasó dos días más con la familia de Lena. Dos días en los que se sintió, por primera vez en mucho tiempo, desde antes incluso de naufragar, en casa. Acogido y cuidado, aunque solo fuera por ella. Útil.

Lena parecía encantada, porque continuamente le pedía que la ayudara, que la acompañara en alguna tarea. Y él ideaba cualquier excusa, cualquier necesidad o cualquier propuesta para obtener su plena atención.

Tuvieron tiempo de hablar sin descanso, protegidos por el cuidado de los animales u ocupados en la limpieza del sendero. Rieron. Se miraron de reojo. Se buscaban el uno al otro y se refugiaban en la intimidad de su idioma compartido.

Lena le explicó que sospechaba que el tal Feliu —maldita fuera su estampa— estaba escondido en algún rincón de la isla, a la espera de que se olvidaran del suceso. Lo más probable era que pensara que Arthur no le importaba a nadie, que no habría quien se preocupara por su destino o por si había terminado con éxito su viaje. Tampoco un hombre como él tendría que dar muchas explicaciones sobre la desaparición de un forastero, más allá de pasar unos cuantos días fuera para evitar preguntas incómodas. Si ni siquiera el alcalde se había preocupado por la suerte de Arthur.

Debería haber sido así, pero su increíble buena fortuna había hecho que su adorable salvadora se desviviera para que él se sintiera a gusto. Esa idea lo llenaba de dicha. Le daba esperanza. De ser otro; de conseguir otra vida, una que fuese propia, construida con sus propias manos.

Se imaginó que podía permanecer allí mientras decidía qué demonios iba a hacer, y se convenció de que el paso de los días a su lado sería mucho más llevadero; nada le parecía más apetecible que quedarse bajo el mismo techo que Lena, a pesar del recelo y antipatía que mostraban hacia él el resto de las mujeres de la familia.

Las horas que habían pasado en la *sitja*, trabajando codo a codo, y las que estaban compartiendo en la casa habían supuesto un bálsamo para su alma atormentada. El dolor físico había desaparecido casi del todo, y la pena comenzaba a apaciguarse.

Pero al tercer día, Quim, que aparecía por allí cada tarde a meter las narices en la felicidad de Arthur, insistió en que se trasladara al faro. Sin descanso. Con una sonrisa amable, pero sin franqueza alguna, y con una caballerosidad que, incluso sin entender lo que decía, a Arthur le pareció falsa.

El remordimiento lo dominó, porque sintió una repentina repulsión por el hombre que lo había salvado y había cuidado de él sin pedir nada a cambio. Porque comprendió que, sobre todo, era

inteligente y no tenía otro objetivo que separarlo de Lena.

Ella se negó al principio, y a Arthur le bailó el corazón de pura ilusión. Sabía que debía buscar un modo de poner orden en su vida, sí; pero se sentía tan cómodo, tan a gusto en aquella rutina sencilla y tan distinta a cualquier otra que él hubiera conocido que, aunque Lena repitiera que debía marcharse, él seguía tentado de instalarse en la isla para siempre.

Pero Quim y la madre de Lena se pusieron insistentes, y ella se dejó vencer por la duda y le dijo que lo mejor era que se marchara al faro.

—No, Lena —dijo él—. No voy a ir al faro.

—Pero no puedes quedarte aquí —respondió ella en voz muy baja, temerosa de que alguna de las mujeres que la acaparaban la escuchara y la entendiera—. Todos van a pensar cosas que no son.

—¿De verdad no lo son? —Porque para él era todo tal cual parecía, y mucho más. ¿Cómo era posible que ella no lo sintiera? ¿Tan bobo era, tan iluso? Lena se ruborizó, insegura, y Arthur consideró que sería una crueldad seguir insistiendo—. No voy a aceptar la caridad falsa de ese hombre, que solo está celoso y quiere apartarme de ti. —Lena lo miró como si estuviera diciendo una tontería, y él no pudo evitar una carcajada sarcástica ante su ingenuidad—. Si no quieres que me quede, lo entiendo, pero me alojaré de nuevo en la fonda; estoy seguro de que ahora, que estoy repuesto, podré encontrar alguna ocupación.

—Don Miquel te ayudará —le aseguró Lena.

Arthur aceptó que tenía que irse y disfrutó las últimas horas en su compañía. Ya vería cómo iba a arreglarse en adelante. Lo último que deseaba era comprometerla.

Salió el sol, y el campo se secó casi del todo. Ayudó a Lena a almacenar leña. Bromeó con ella mientras imaginaba y recreaba lo que diría su madre si se enteraba de lo que estaba haciendo el heredero del marqués de Aighbry, si viera sus manos encallecidas por el trabajo duro.

Lena le dijo que lo comprendía perfectamente, pues también ella vivía agobiada por la censura materna. Él comentó que eran almas gemelas a pesar de sus diferencias y, cuando la vio agachar la cabeza y guardar silencio, se maldijo por haber vuelto a incomodarla.

No entendía qué le pasaba con esa mujer. Era cierto que solía ser despreocupado, bromista y un tanto impulsivo; a las mujeres parecía gustarles. Pero a Lena no. Con ella no funcionaba, quizás porque era muy distinta a las que había conocido hasta entonces: ni quería meterse con él en la cama ni cazar su título y su fortuna.

Lena solo quería una existencia apacible. Lena era auténtica. No cabía duda de que era hermosa, pero había mucho más. Adoraba su risa, sus bromas, su voz en cada rincón de la casa, la forma en que sus dedos se enterraban en el pan al amasar y en que su barbilla se manchaba de harina. Le fascinaba el cariño con el que trataba a su abuelo, la entereza con la que se enfrentaba a una casa que, al parecer, gestionaba sola.

Poseía, envuelta en una gruesa capa de fortaleza, una fragilidad que lo hacía desear abrazarla, cubrirla, protegerla. Y a la vez, quería volver a apoyar la cabeza en su regazo, como el primer día, y dejarse mecer hasta que olvidara todo lo malo que quedaba atrás y todo lo inevitable que le esperaba en el futuro.

Le gustaba su compañía, la naturalidad con la que podía comportarse. Le gustaba ella. Mucho. Especialmente cuando estaba ocupada y se olvidaba de su recato; porque entonces se recreaba en su pelo descubierto, en su rostro encendido por el esfuerzo, en su expresión relajada. Se le desbocaba el pulso y se le nublaba la razón como a un muchachito.

Y una vez, la descubrió cantando. Fue su perdición.

Estaba en una silla junto al fuego, sola en la cocina. Pelaba patatas sobre el delantal y

canturreaba una canción. Arthur, al que había mandado a buscar agua al pozo para hacer un caldo, se quedó pasmado bajo el dintel y guardó silencio. No quería interrumpirla. Su voz lo retrotrajo al momento en el que había abierto los ojos a una nueva vida y la había descubierto a ella.

La dejó cantar mientras buscaba dentro de sí mismo al hombre que un día había creído que la vida, marcada por los designios de otros, no tenía sentido. No lo encontró. Había muerto en el naufragio, justo cuando la había visto por primera vez.

Su sirena, hermosa y fuerte, capaz de borrarle el miedo y de arrancarle la rabia y el dolor. El único puerto seguro al que había llegado. ¿Cómo iba a regresar a un mundo que odiaba si frente a él estaba lo que siempre había anhelado?

Se imaginó otra vez que se quedaba en Formentera, viviendo a solas con ella, convertido en un isleño más; quizá, en una de las pequeñas casas que daban a la playa, despertando al amanecer entre sábanas y besos de la mujer más hermosa del Mediterráneo. Feliz por haber encontrado, por fin, su sitio en el mundo.

Se sentía como un personaje de novela, uno de esos valientes capaces de romper con todo: vida, familia y costumbres. Él podría hacerlo si ella quisiera. A lo mejor, esa era la verdadera aventura que llevaba tantos años buscando, su verdadero fin.

En ese momento, Lena se percató de su presencia y dejó de cantar.

—No pares —le rogó Arthur.

Lo ignoró y siguió enfrascada en su tarea, sin hablar. Él soltó el cubo con agua sobre la mesa y se acercó a ella. Contempló extasiado el rubio de sus pestañas, sus pecas, el rosa de sus labios apretados y las manos pequeñas, que sostenían con fuerza el cuchillo. Oyó el crepitar de la leña y oyó su respiración.

Y entonces, rendido, cayó de rodillas frente a ella.

—Lena... —Alargó las manos y sujetó las suyas. La patata, las peladuras y el cuchillo quedaron dentro—. Déjame quedarme contigo.

Lo miró con severidad.

—Ya te lo he explicado —respondió después de respirar hondo varias veces para tranquilizarse—: somos demasiados en esta casa, y a Quim no le parece bien.

—¿Y a ti? ¿Qué te parece a ti?

Vio la duda en el gris de sus ojos. Su corazón latió desbocado por la expectación. Nunca se había puesto tan nervioso ante la respuesta de una mujer. Probablemente, porque nunca lo habían rechazado con tanta contundencia como lo hizo Lena.

—Es mi novio. Lo elegí a él. No vuelvas a insinuar lo que sea que estás insinuando.

—Pero...

—No juegues conmigo.

Arthur no supo qué decir. ¿Cómo iba a convencerla de que lo que sentía era real si se había comportado como un cretino chiflado desde el primer día? ¿Cómo iba sonar seguro si él mismo estaba sorprendido por ese extraño sentimiento, que le anudaba el estómago y el alma, cada vez que la tenía cerca?

Solo pudo acariciarle el rostro con miedo y reverencia, y ella le devolvió una mirada de sorpresa.

—¿Por qué, Arthur?

Se encogió de hombros por toda respuesta. Se le pasó la fugaz idea de lanzarse sobre ella y besarla con fuerza, como en la playa, pero supo que se asustaría y lo rechazaría, y que él se quedaría con un nudo de frustración que tardaría días en deshacer.

Inspiró para serenarse. Buscó sus ojos. Ella pestañeó varias veces.

Arthur iba a apartarse cuando Lena alzó la mano y lo obligó a mantener la suya contra su mejilla. Había súplica en su rostro. Arthur se recreó pensando que sentía lo mismo, pero que intentaba contenerlo.

La diferencia entre ambos era que Lena era una muchacha responsable, decente, preocupada por hacer lo correcto. Él siempre había sido un loco que se dejaba llevar por sus emociones.

Igual que lo que hizo en esa ocasión.

Se acercó más, despacio, como si estuviera ante un cervatillo tierno al que no quería asustar. Le dio un beso breve en la mejilla, sobre las pecas, y sus labios se incendiaron ante la suavidad de su tacto. Ella inhaló de golpe y se quedó inmóvil.

Arthur recorrió con los dedos su pequeña nariz, su mentón, su cuello. Lena cerró los ojos y suspiró, y a él lo sacudió un latigazo de deseo. Habría sido capaz de devorarla. En cambio, besó con lentitud cada uno de los rincones de su rostro.

Olía a leña, a pan caliente y a perfume de rosas. Aturdido, se encaminó a su cuello y se le escapó un gemido cuando ella alzó la cabeza para que él pudiera continuar.

Se detuvo un instante, mientras sopesaba si era el momento de apropiarse de sus labios; estaba seguro de que no se negaría, de que se colgaría de él del mismo modo que lo había hecho en la playa. Pero lo sorprendió tomándole la mano y besándosela con infinita dulzura.

A él. Lena.

—¿No quieres cantar para mí de aquí en adelante? —le preguntó esperanzado.

—Lo que yo quiera no importa.

—¿No?

—No ha importado nunca. —Sollozó.

Arthur no necesitó más confirmación que esa. La rodeó por los hombros y la atrajo hacia él, dispuesto a convencerla. Ella lo miró sin inmutarse, con los labios entreabiertos y con las pestañas húmedas.

Notó su aliento y su aroma a hogar. Quería perderse en ellos. Pero apenas la había rozado cuando unos pasos apresurados los pusieron en guardia, y ambos se levantaron azorados.

Toniet entró a toda prisa y con cara de triunfo. Cargaba un objeto pesado que Arthur reconoció de inmediato.

—¡El telescopio!

Se lo arrebató de las manos al chico y lo estudió con cuidado, embargado por la emoción. Parecía en buen estado, y lo dominó la esperanza de que el dueño estuviera también a salvo.

—¿Dónde lo has encontrado?

Toniet lo entendió, y a Arthur le pareció que respondía que en la playa.

—¿Qué es eso? —preguntó Lena.

—El telescopio de Mathew, mi compañero astrónomo.

—Debe de haberlo arrastrado la corriente —apuntó ella, que cayó en la cuenta de lo que eso significaba—. Ha caído del barco.

—El barco está hundido —sentenció Arthur, que a duras penas dominó las ganas de echarse a llorar—. Ellos también.

Lena puso una mano en su hombro. La miró agradecido. Al menos, la tenía a ella. Y si no era así, había tenido la oportunidad de conocerla. Cuando la vio sonreírle, pensó que era una pequeña recompensa —enorme, en realidad— por haber arrastrado a sus mejores amigos a la muerte.

Salió de la cocina a toda prisa, con el telescopio en los brazos, como quien sujeta un cadáver

que lleva directo a darle sepultura. Corrió a esconderse en el primer lugar solitario que encontró. Fuera, entre los pinos. Se abrazó al artilugio y recordó a Mathew, a James y a Leonard. A los marineros.

Comprendió que su deber era volver a casa por ellos, aun con las manos vacías, para otorgarles la dignidad de que sus familias pudieran llorarlos. Y pensó en lo que dejaría atrás. Sus amigos, perdidos bajo el agua fría de enero; la vida sencilla que un día había soñado y que de pronto parecía tan a su alcance; Lena, tan suya y tan ajena.

Recreó la vida que lo estaba esperando. La responsabilidad, la herencia y el apellido que él nunca había querido y le imponían; la realidad vacía y superficial en la que se vería envuelto; Penélope, la mujer que otros habían considerado adecuada y que lo había manipulado hasta conseguir satisfacerlos a todos.

Dudó. Maldijo su suerte.

Luchó contra sus sueños y enfrentó el deber con el deseo.

Y, como no pudo tomar una decisión, lloró.

Regresó a la casa un par de horas más tarde. Lena lo recibió con un plato rebosante de guiso y con una taza de un líquido que reconoció por el olor, y no hizo ningún comentario sobre su ausencia o su aspecto apesadumbrado.

—¿Té? —preguntó sorprendido.

Ella asintió.

—Lo compré hace un tiempo, una vez que fui a Sant Francesc. A mi madre le hizo ilusión; decía que le hacía pensar en mi padre. Hace mucho que se terminó, pero yo aún guardaba este poquito de recuerdo. Bébetelo; te hará sentir en casa. Yo ya no lo necesito.

Fue la confirmación de que no había nada que hacer. Ella quería que volviera a casa. No quería que siguiera besándola. Y a él no le quedaba más remedio que reunir las fuerzas para obedecerla.

Capítulo 16

BRUMA EN EL HORIZONTE

A la mañana siguiente, Arthur recogió las pocas cosas que había reunido esos días —ropa del padre de Lena, una manta, unas hojas de papel y un lápiz muy gastado, el telescopio y el resto del té— y se encaminó al pueblo y a la fonda, tan abatido como al principio y más herido que entonces. Porque el dolor no iba a poder curarse, no si estaba solo.

Lena ni siquiera se tomó la molestia de acompañarlo. Se despidió, delante del resto de su familia, y no le dio ni un triste apretón de manos. Arthur intentó sonreírle todo el tiempo y disimular la pena insoportable que lo embargaba.

Le dio las gracias hasta la saciedad y le pidió que fuera a visitarlo de vez en cuando. Lo único que ella le prometió fue que, unos días después, lo acompañaría por fin a Sant Francesc. Se consoló con esa pequeña certeza de que volvería a verla pronto.

Toniet lo acompañó hasta el pueblo y lo llevó a la iglesia. El sacerdote lo recibió con entusiasmo, le pidió que lo ayudara a cargar unos sacos y después, sin darle más explicaciones, lo condujo hasta la fonda, donde lo instalaron en la misma habitación que la vez anterior.

El primer día, lo pasó encerrado y tirado sobre la cama, lamentando su mala suerte. Bajó a cenar y, mientras devoraba, regresó a la realidad y cayó en la cuenta de que seguía sin tener cómo pagar todo aquello. Se metió en la cama muy tarde, después de haber escrito una larga carta de despedida a sus compañeros; jamás podrían leerla, pero a él le sirvió como desahogo.

El problema del dinero se solucionó, por fortuna, un día después, al menos de forma temporal. El dueño de la fonda le propuso, con gestos y a gritos, que lo ayudara a encalar la fachada y a lijar y pintar de nuevo la madera de las ventanas.

El lugar necesitaba una buena remodelación, pero a Arthur le chocó que se propusieran adecentarlo en pleno invierno, cuando las lluvias podían echar a perder el trabajo. Supuso que se debía a la intervención de Marina, su hija, y, en última instancia, de Lena. Por eso aceptó. Y porque le hacía falta para subsistir.

Así que se puso manos a la obra y, en un par de jornadas, se vio enfrascado en el trabajo. Si bien en los últimos meses había colaborado en el barco, casi como un marinero más, y siempre había ejercitado su cuerpo, no estaba acostumbrado a tareas tan físicas.

Había vivido enfrascado en los estudios durante su infancia y su primera juventud y después, en los asuntos relativos a sus propiedades, bajo la atenta mirada de su severo padre, que estaba dispuesto a convertirlo en un digno heredero a toda costa.

Arthur se había mostrado como un fracaso desde muy joven y, además, su interés por el título y lo que comportaba era nulo. Había preferido buscar una vía de escape. Mil vías de escape.

Ninguna había sido satisfactoria o suficiente. Siempre había tenido la impresión de que tenía que haber algo más.

Y estaba seguro de que había estado a punto de conseguirlo, sin haberlo buscado. Durante unos días, se había sentido más cómodo que en muchos años. Había adivinado qué sería para él la felicidad. La había tenido al alcance de los dedos. La había vivido, la había oído y acariciado. Había oído su risa. La había besado.

Esa idea le causaba un intenso remordimiento, pues había tenido que perder a algunas de las personas a las que más quería para alcanzar un sueño que, para colmo, se veía obligado a dejar atrás.

No se merecía estar allí. No se merecía sentirse dichoso. No se merecía soñar, mucho menos con una mujer hermosa que lo acompañara.

Lena se presentó el día acordado para ir a Sant Francesc, con la mula atada a un viejo carro; le explicó que tal coche era de la familia de Toniet y que se lo prestaban a veces, cuando tenía que cargar grano o carbón. La manejaba con una soltura sorprendente, incluso sobre el camino salpicado de piedras, y Arthur le aseguró que sería la envidia del cochero de su padre.

Nunca dejaría de sorprenderlo. Para colmo, estaba guapísima, vestida con sus mejores ropas y bien peinada. Se subió a su lado y se dejó llevar, nervioso como un jovencuelo, frente a la muchacha que le arrancaba suspiros. La había echado mucho de menos.

Al principio, apenas hablaron. Los días que habían pasado separados habían hecho que la complicidad que había surgido entre ambos se esfumara. Poco a poco, Arthur intentó bromear. Le contó qué hacía, a qué dedicaba las horas, cómo trabajaba en la fonda, cómo don Miquel iba todas las tardes a invitarlo a una copa y se empeñaba en hablarle de las virtudes de la Virgen, cómo Toniet le había enseñado cuál era el barco del abuelo y le había conseguido materiales para pintarlo.

Lena fue saliendo de su mutismo y le preguntó entonces decenas de cosas, curiosa. Le hizo creer que se encontraba bien, que le gustaba vivir en la isla, que no era necesario hablar con nadie ni pedir favores. Que quería quedarse. Para que lo convenciera, para que le dijera que no era tan malo que su familia lo esperara para siempre, ni que las familias de sus amigos aguardaran una explicación sobre qué les había sucedido.

Ella lo ignoró, y Arthur cambió de tema.

—¿Has sabido algo del tal Feliu? ¿Ya ha dado señales de vida ese maldito canalla?

—No lo sé. No sé si alguien lo ha visto por el puerto o por el pueblo, pero sé que está aquí. Hace días que lo sospechaba, pero ahora ya lo sé con seguridad.

—¿Eres adivina? ¿Bruja? —bromeó Arthur.

Ella se pensó qué responder y, cuando lo hizo, parecía muy avergonzada.

—Es por Pilar.

—¿Tu prima? ¿Lo ha visto? —Se quedó callada de nuevo—. Lena, me estás volviendo loco con tanto silencio.

—Es que... ¡Ay, Arthur, qué vergüenza! —Inspiró hondo varias veces hasta que reunió fuerzas para confesar en un susurro—: Pilar y Feliu son amantes.

Le dio igual lo que ella decía, porque se había acercado mucho a él y se le había calentado la sangre como a un chiquillo.

—Ah. —Fue lo único que pudo articular.

—Lleva días llegando muy tarde a casa —continuó Lena—. Sé que están juntos desde hace un tiempo. Hace poco pelearon y dejaron de verse unos días, pero han vuelto a las andadas. A mí no me lo dice, pero yo me lo imagino. Ayer llegó muy tarde y muy nerviosa. Y esta mañana, cuando hacía las camas, he encontrado un brazalete de plata. No es la primera vez que él le regala cosas así.

—Entiendo tu preocupación; no lo he tenido delante más que unos minutos, pero créeme si te digo que no parece un hombre de fiar.

—Yo lo sabía antes de que intentara matarte. Un día vi cómo le pegaba a mi prima y la acusaba de haberle robado.

—¿Y ella ha seguido con él?

—Eso parece. Mi prima ha sufrido mucho. —La justificó—. Solo quiere que alguien le dé cariño; su marido hace años que también se fue a América.

—¿Todo el mundo se va? —Su tono de voz sonó demasiado jocosos, al parecer, porque Lena enseguida lo censuró.

—No, Arthur. Los hombres se van.

Percibió pena en su voz, como cada vez que hablaba de los que se marchaban, y se arrepintió de haber pretendido hacerse el gracioso.

—Lo siento.

—¿Lo de mi prima? Ya, sí... No se lo cuentes a nadie, por favor.

Arthur a duras penas pudo contener la risa, y lo hizo solo por respetar su azoramiento.

—Tranquila, el secreto está a salvo conmigo.

—Se lo contaremos todo al alcalde; seguro que nos ayudará.

—¿Tú crees? Si dices que ese Feliu tiene tantos amigos y tiene la confianza de la máxima autoridad de la isla, ¿cómo van a ayudarme a mí, que soy un simple forastero? No tenemos ninguna prueba más que nuestras sospechas. Ni siquiera pensarán que se merece un castigo.

Lena no respondió. Probablemente, estaba tan segura como Arthur de que el ataque a su barco y la muerte de sus compañeros iban a quedar impunes. A él le habría dado igual, siempre y cuando pudiera tenerla, al menos, a ella. Pero ni eso.

—¿Puedes parar el carro y dejarme darte un beso? —le rogó—. Para darme ánimos.

—No.

—No me importa ignorar a ese desgraciado si me dices ahora mismo que puedo quedarme contigo y que me dejarás vivir a tu lado. En tu casa. —«En tu cama», pensó. Como si una idea tan gloriosa pudiera ser posible.

—No, Arthur. Tienes que volver a Inglaterra. No hay más que hablar. Debes cumplir con tu deber.

Así que calló. La frialdad se instauró, de nuevo, entre ambos. Lena no hizo ninguna referencia a su vida en la isla, ni permitió que él lo hiciera. Todo fue simple, ligero, cómodo. Nada de intimidades ni confesiones ni risas. Nada de besos en la mejilla. Nada de futuro.

Tal como Arthur había pronosticado, la visita al alcalde fue un fracaso. Don Matías era un hombre de cierta edad, gordo, severo y con aspecto descuidado; que los recibió fumando tabaco de pota en una pipa y que ignoró todo el tiempo a Lena, a pesar de que era ella la que traducía. Se sintió molesta y muy poca cosa.

—Conozco al señor Feliu Dolç —les dijo solemne. Todo el mundo se conocía en Formentera;

lo difícil era lo contrario—. Es un hombre respetable y de intachable reputación, que goza de mi absoluta confianza en la Mola. No voy a tolerar invenciones de un forastero.

Lena se quedó con la boca abierta un buen rato. Quizás Feliu tenía dinero, propiedades y fama, pero quién más y quién menos podría deducir que no era trigo limpio.

Lena podía ser una ignorante, pero sabía qué daba de comer en la isla y, desde luego, no era suficiente para hacerse rico; o ella, que trabajaba como una mula, lo sería hacía mucho. De lo que no cabía duda era de que Feliu se relacionaba con las personas adecuadas.

—No es una invención, señor —protestó Lena con voz tenue—. Se lo aseguro.

El hombre suspiró con cansancio.

—Don Feliu se ha desvivido por mantener el orden en aquel lugar apartado. Su ayuda, durante el tiempo que han durado las obras del faro, ha sido inestimable. La misma reina nos ha felicitado por el éxito de la construcción. ¿Cómo puedes acusarlo, sin ninguna prueba, de una ignominia semejante? —Lena no supo contestar, y eso que se le ocurrían mil fechorías más de las que acusar a Feliu. La formalidad del alcalde y su forma compleja de hablar la abrumaba; ni siquiera era capaz de traducirlo todo—. Usted, caballero —le dijo a Arthur—, puede viajar con mis hombres a Ibiza en cuanto lo desee y tomar un barco con destino a Mallorca o a Denia. Desde allí será fácil que lo lleven a Inglaterra. Entiendo su situación desesperada, pero no me parece propio de un caballero que maldita contra un ciudadano de bien.

Lena no lo tradujo exactamente así porque estaba segura de que Arthur se habría enfurecido. Estaban hablando de un posible asesinato, de varios, y la máxima autoridad de la isla los estaba riñendo por insinuarlo.

Don Matías los despachó pocos minutos después, a toda prisa, sin ofrecerles ninguna otra solución. Como si fueran solo dos molestas piedras en el zapato. Sin más.

Lena comprendió que tendría que haberlos acompañado alguien a quien sí respetara, quizás don Miquel o alguno de los fareros. Pero, a pesar de que la isla era un minúsculo pedazo de tierra, la Mola quedaba a varias horas de allí, por lo que poco podía interesarle a aquel hombre lo que sucediera, más allá del cobro de impuestos o de que reinara una relativa paz. ¿Qué podía importarles lo que les ocurriera a un forastero sin un real y a una muchacha con muy mala suerte?

Regresaron sumidos en un silencio descorazonador. Se detuvieron a comer en la linde del camino. Durante un fugaz momento, Arthur la miró a los ojos, conmovido y risueño; ella, sin saber por qué ni cómo, supo que estaba recordando los días en que habían comido así, en el suelo, mientras una *sitja* de carbón ardía frente a ellos. Lena se dio cuenta de lo mucho que los echaba de menos.

De nuevo, sintió una pena lacerante cuando se despidieron y él le dedicó una sonrisa triste, cargada de soledad y anhelo. Lena querría haberlo abrazado. Disfrutaba de su compañía como no lo hacía con nadie más, de sus bromas, de su conversación inagotable.

Soñaba con sus besos, con sus caricias, con lo que habría más allá.

Su mente, su cuerpo y su corazón estaban anegados de Arthur, el náufrago.

Días después, Lena solo podía pensar en él. Por eso, lo primero que hacía en cuanto veía a Toniet o a don Miquel era preguntarles cómo se encontraba y a qué dedicaba las horas. A duras penas podía contener la ansiedad.

Incluso, estaba segura de que pensaba en él a todas horas. Durante el día, era llevadero porque la rutina diaria y las visitas de Quim y Marina la distraían; pero, cuando por fin se sentaba junto

al fuego o se metía en la cama, acudían a su mente, en tropel, todos los besos y caricias que le había dado. Y que ella le había permitido darle, aunque se esforzara por olvidarlo.

—Te prometo que estoy cuidando muy bien de él, Lena —le aseguró su amigo una mañana luminosa en la que se encontraron—. Y no sabes lo bien que le está quedando el *llaüt*; parece nuevo.

Lena sonreía ante las explicaciones. Toniet caminaba a su lado y cargaba un saco de leña; se había comprometido a llevarlo al faro. Justo después de haberlo recogido en el Pilar, había pasado por casa de Lena y le había preguntado si quería ir con él, con un guiño cómplice. Ella, que estaba deseando salir, había cogido un poco de pan y se había apresurado a acompañarlo.

Toniet le había ido contando que Arthur seguía instalado en la fonda, donde los padres de Marina, que eran tan generosos y encantadores como su hija, se habían comprometido a pagarle unos reales a cambio de que diera una capa de pintura a las ventanas y a la fachada. Ayudaba también a don Miquel, de quien parecía haberse hecho muy amigo y a quien le repetía extrañas palabras en latín que al sacerdote le arrancaban carcajadas.

A Lena le daba risa y, a la vez, pena imaginárselo arremangado y trabajando como un paisano cualquiera; probablemente, nunca habría sospechado que se rebajaría tanto solo para subsistir.

También, le había contado que a ratos se acercaba al puerto y se dedicaba a poner a punto el barco del abuelo, que el propio Toniet disfrutaba ayudándolo y de su compañía, que había aprendido muchas más palabras en su idioma y que tenía bastante idea para no ser un marinero de verdad.

Y la admiración y cariño que sentía Lena por él crecía y crecía, y con ellos la convicción de que debía poner distancia y dejarlo marchar. Por más tentador que fuera lo contrario. ¿Cómo podría tener sentido entre dos personas tan diferentes?

Se esforzó por sacarlo de su mente cuando llegaron a la explanada del faro. La visión del edificio, alto, robusto e imponente, fue suficiente para que Lena se convenciera de que nada le gustaría más que vivir en él y en su seguridad.

Quim salió enseguida y la invitó a pasar. Toniet dejó el saco y se despidió, pues tenía prisa y no había rastro de Rafael por ningún lado. Lena no encontró ninguna excusa válida para negarse a entrar; eran novios, así que lo más lógico era que quisieran aprovechar aquella oportunidad de quedarse a solas.

La invitó a sentarse en la cocina, junto al fuego. A ella le pareció un lugar acogedor y cálido, y se quedó impresionada por lo limpio y nuevo que lucía todo. No pudo evitar imaginarse allí, trajinando entre los fogones y amasando sobre la encimera reluciente. Con suerte, Marina le haría compañía. No parecía malo en absoluto.

—Tengo un regalo para ti.

Le tendió una caja alargada, envuelta con un bonito lazo rojo. Lena lo abrió con ilusión y descubrió unos guantes de piel, suaves y elegantes, pero demasiado finos para una mujer con ocupaciones como la suyas.

—¡Qué bonitos! —No supo qué más decir. Se los puso. Le temblaban las manos.

—Ha hecho mucho frío estos días; así podrás calentarte bien.

—No suele hacer tanto frío.

—Da igual. Te quedan bien. Te mereces sentirte cómoda. No quiero que pases más penalidades. Se acabó, Lenita.

Ella se esforzó en mirarlo a los ojos y sonreírle.

—Muchas gracias.

Quim le sonrió también. Cogió una silla y la acercó a donde estaba Lena, que a punto estuvo de

levantarse de un salto. No le dio tiempo ni a intentarlo, porque él le tomó las manos y aproximó su rostro al de ella.

—Te echado de menos —le confesó.

—Has venido a verme todos los días.

—Sí, pero te he notado distinta.

—¿A mí? —preguntó con la cabeza gacha.

—Muy lejos. Igual que ahora. ¿Estás bien?

Lena se encogió de hombros.

—He tenido mucho trabajo en casa. El invierno es duro.

—Lo sé. Solo espero que no vuelvas a ponerte a quemar carbón.

—¿Por qué no?

Él no hizo caso de su tono serio. Le levantó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Déjame cuidarte. Ya sé que... tú y yo... nos conocemos de hace muy poco tiempo, pero también sé que eres una mujer increíble.

—Solo hago lo que puedo para sobrevivir. —Sentía una necesidad irrefrenable de justificarse—. Lo que haría cualquiera por su familia.

—Claro, Lenita, por su familia sí. Pero no por un hombre desconocido.

Lena era consciente de que se había excedido en su interés por Arthur y de que, a ojos de cualquiera, podía parecer que estaba motivado por algo más que por la caridad.

—Don Miquel me aseguró que era mi deber. —Se defendió—. Que yo lo había encontrado y que por eso no podía abandonarlo, que era la voluntad de Dios.

—Está bien, no te molestes conmigo. Nosotros hemos cumplido. Tiene un trabajo y pronto tendrá un medio para volver a su tierra. Ya podemos olvidarnos de él. —No la dejó responder; mejor, porque iba a decirle que eso sería imposible—. ¿Sabes que ya le he hablado a mi familia de ti? He escrito una docena de cartas para contarles lo guapa, dulce y trabajadora que eres. Están deseando conocerte.

—¿A mí? —Su corazón se desbocó por el pánico—. ¿Cómo? Pero si yo no puedo...

—Vendrán a visitarme en cuanto mejore el tiempo.

—Ah.

A Lena le pareció que estaba yendo demasiado deprisa, pero le dio apuro quitarle la ilusión. Dejó que le contara cuándo, cómo y para qué, y se consoló repitiéndose una y otra vez que todo lo hacía por su bien; que Quim era un buen hombre, que vivía en el sitio más hermoso de la isla y que tenía una situación económica tan desahogada como para comprarle guantes de piel y mandar dinero a sus padres para que fueran a visitarlo.

Estaba haciendo lo correcto. No había nada de malo en desear que un hombre bueno la cuidase. Que alguien la cuidase, fuese quien fuese.

Pero entonces Quim se acercó mucho, dijo boberías sobre sus ojos y su cara, e intentó besarla. Y ella se apartó de repente, asustada, porque no deseaba su contacto y porque, aunque reuniera el valor para fingir, sentirlo supondría eliminar todo rastro que aún quedara de los labios de Arthur. La idea de que borrara sus besos con otro beso se le antojaba intolerable.

Se puso en pie y fingió vergüenza y recato; al fin y al cabo, ni siquiera debería estar a solas con él.

Lo oyó suspirar de frustración. Lena sabía que algún día tendría que dejar que lo hiciera, pero los pocos besos que había dado habían nacido siempre del cariño. O se los habían robado, como cierto náufrago insolente. Jamás había besado a alguien que no la atrajera en absoluto. Necesitaba un tiempo para hacerse a la idea.

—¿Puedo subir a la torre? —preguntó—. Necesito un poco de aire.

Quim sonrió, probablemente porque pensaba que su reacción tenía que ver con el decoro. Aceptó sin dudar, y Lena pasó largo rato oteando el horizonte.

Y lo vio vacío. Triste y gris. Frío.

Tampoco allí parecía encontrarse la respuesta a sus deseos.

Capítulo 17

DESOLACIÓN

Esa noche, Lena se fue a dormir temprano, deseosa de que el sueño serenara su estúpido corazón y borrara cualquier emoción contradictoria. Dejó varias tareas sin hacer pero, como esa tarde había vuelto a nevar un poco y daba por hecho que por la mañana apenas podría salir de casa, decidió que ya se ocuparía de ellas al amanecer.

Tenía frío y estaba agotada. Su prima no había llegado, para variar, pero decidió no preocuparse. Si quería exponerse a las críticas y a que ese hombre le hiciera daño, era su problema. Aprovechó que estaba sola en la cama, se estiró cuanto pudo e intentó descansar.

Acababa de cerrar los ojos cuando oyó unos golpecitos en el cristal. Imaginó que era el viento y se tapó con la manta. Volvió a oírlos y pensó que, quizás, uno de los postigos había quedado mal cerrado.

Se levantó, sacudida por un escalofrío, y se acercó a la ventana. Descorrió la cortina y la sorprendió la luz del faro. El destello se fue un momento y, cuando regresó, iluminó la silueta de un hombre que la miraba desde fuera. Se asustó tanto que no fue capaz ni de gritar. El desconocido volvió a golpear el cristal y, a la siguiente vuelta de la enorme lámpara, Lena reconoció a Arthur.

Abrió la ventana a toda prisa. El frío de la noche entró en la habitación e hirió sus mejillas, sus orejas y su nariz. Lena no recordaba haber sentido nunca tanto frío, ni que le hubiera importado tan poco.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Estás sola?

—Sí, pero... ¿por qué no entras por la puerta? —Le costó la vida mantener el tono bajo y hablar en susurros—. ¡Por Dios, Arthur, es muy tarde! ¡Y debes de estar helado; ese abrigo está lleno de agujeros! ¿Qué pasa?

—¿Estás sola? —insistió.

—Sí. —Lena no pudo disimular su vergüenza—; mi prima debe de estar con...

No la dejó terminar.

—¿Y va a tardar mucho en volver?

—No lo sé. —Una idea indecente se le pasó por la cabeza—. ¿Y a ti qué más te da? ¡No voy a dejarte entrar!

—¡No es esa mi intención! —respondió contrariado—. Quiero que seas tú la que salga.

—¿Ocurre algo?

—Sí, que ha dejado de nevar y han salido las estrellas. —Alzó los brazos y Lena pudo ver que

sostenía el telescopio—. Podríamos probar si todavía funciona.

—¿Ahora? Pero es de noche.

—De eso se trata. ¿cómo vamos a ver las estrellas si no?

—Pero... No sé si... Si mi madre se entera...

Arthur se aproximó más a la ventana y le tendió las manos.

—Pues que no se entere. Sal por aquí; yo te ayudo.

—Estás loco.

—Lo que estoy es harto de este mundo cruel —respondió él con una de sus enormes sonrisas—. Necesito perderme en la inmensidad del universo y recrearme en su grandiosa belleza.

—Eso puedes hacerlo solo.

—Sí, pero no es lo mismo; hay momentos que ganan mucho si se viven con la compañía adecuada. Y te echo terriblemente de menos.

Lena dudó. Se hizo una lista de todas las objeciones que podía ponerle. Eran muchas: el frío, el suelo embarrado, la hora, la oscuridad, la inadecuada compañía de un hombre y una mujer a aquellas horas. Su novio, que tanto recelo mostraba hacia Arthur.

Al final, escogió la más absurda.

—¿Y si vuelve mi prima?

—Nosotros volveremos antes. ¿Y quién es ella para echarle nada en cara a ti? —Él apoyó el telescopio en el suelo y levantó su mano derecha—. Te doy mi palabra de caballero de que voy a respetarte.

Lena vaciló. Se imaginó fuera, al frío de la noche, con los pocos restos de nieve que habían cuajado mojando sus botas, estudiando el cielo en compañía de Arthur. Solos y al raso. Le resultó tentador. Era lo más emocionante que había hecho en toda su vida.

—Espera un momento —le pidió.

Se apartó de la ventana, se recogió el pelo y se puso ropa de abrigo, incluyendo los guantes nuevos que le había regalado Quim. Cogió, también, una vieja manta y se la echó sobre los hombros. Buscó una lámpara de aceite, la encendió y se la pasó a Arthur, que la dejó en el suelo.

Después, acercó una silla a la ventana y se dispuso a saltar. Arthur le tendió los brazos para ayudarla. Lena se los apartó avergonzada.

Intentó no hacer ruido pero, al tocar el suelo al otro lado, perdió el equilibrio y fue a caer contra el pecho de Arthur. Él la sujetó y la ayudó a enderezarse. El problema fue que no la soltó o, al menos, no lo hizo todo lo rápido que la decencia indicaba. Y Lena se echó a temblar como una hoja cuajada de escarcha.

Porque fue un segundo que pasó a la velocidad de una estrella fugaz, pero suficiente para que le rodeara la cintura y la estrechara contra su cuerpo. Contra su cuerpo entero. Toda ella, desde el pecho hasta las rodillas, pegada al calor hiriente que desprendía él en medio del frío.

El latigazo de pánico, y de otra cosa que no sabía nombrar, que la agitó la obligó a mirarlo a la cara. Quería comprobar si él también lo había sentido. Pero estaba muy oscuro, y Arthur la soltó con cuidado.

—¿Cuál es el lugar más alto que conoces? —preguntó mucho después, con voz ronca.

—El faro.

—Olvida el faro —pidió con evidente fastidio—. Necesitamos un lugar sin luz, más apartado.

Lena lo pensó un momento.

—Sa Talaiaassa. Está en alto y despejado, aunque un poco lejos.

Arthur sujetó el telescopio con ambos brazos y le hizo un gesto para que se adelantara.

—Vamos —dijo.

Lena recogió la lámpara y echó a andar, con Arthur muy cerca de ella.

Estaba a oscuras y, en silencio, la distancia se hizo eterna. Lena se arrepintió enseguida en cuanto se adentraron en el bosque y la tenue luz que sostenía frente a ella creó sombras fantasmales entre los pinos. Quedaban algunos restos de nieve que resistirían hasta el amanecer, pues hacía mucho frío.

No le fue difícil orientarse; llevaba toda su vida moviéndose en aquel pequeño reducto de tierra, sin más horizonte, sin más caminos. Lo condujo por una pendiente apenas perceptible, pero que bastó para que entraran en calor por la caminata. Y entonces, poco a poco, los pinos se fueron difuminando y el cielo se abrió sobre sus cabezas.

Se detuvieron en un amplio claro, en lo más alto de la isla. Lena alzó la lámpara para iluminar su rostro y, cuando lo vio tan guapo y sonriente, en la cima de su mundo, se le escapó un suspiro de satisfacción.

—Creo que este es el mejor lugar.

—Es un buen sitio —aceptó él. Soltó el telescopio y miró al cielo en silencio, con las manos en las caderas. Luego, asintió satisfecho por alguna conclusión a la que acababa de llegar—. Sujeta la lámpara mientras preparo esto. Creo que funciona, pero necesito un momento.

Lena obedeció sin decir nada. Se acercó mucho a él para que le llegara bien la luz. Arthur subió y bajó varias veces el aparato. No se oía nada más que el ruido de sus dedos sobre el metal, los movimientos de sus zapatos gastados contra la tierra húmeda y su respiración relajada. La lámpara iluminaba el vaho que formaban las respiraciones de ambos al exhalar y que se unían en algún punto frente a ellos.

Arthur miraba por un agujero similar a un catalejo y, a continuación, se separaba para tocar piezas y observar el cielo, en busca de una referencia. A veces, se equivocaba y soltaba alguna palabra de protesta, y a Lena le parecía que su voz llegaba como de muy lejos, como si él fuera una gruta profunda donde perderse.

Aguardó con paciencia, casi sin moverse, hasta que él le hizo un gesto con la mano.

—Ven, mira por aquí.

Lena depositó la lámpara en el suelo y obedeció. Colocó su ojo izquierdo en el lugar donde Arthur le indicaba, pero no vio nada.

—Está todo negro.

—Ten paciencia. Sigue mirando hasta que tus ojos se acostumbren. Prueba, también, a cerrar el otro ojo.

Le hizo caso y esperó unos segundos. Él le colocó las manos en los hombros, como si quisiera sostenerla. Estuvo a punto de decirle que la ponía muy nerviosa saber que estaba justo detrás de ella, tan cerca.

Era imposible que consiguiera ver nada, pues todo le empezó a dar vueltas. Arthur le susurró que no tardaría en vislumbrar las estrellas. Poco a poco, comenzó a distinguir pequeños puntos azules y dorados que parpadeaban detrás del cristal.

—Están muy cerca —musitó sobrecogida.

—¿Verdad que es magnífico?

—Santo Dios. —Se apartó de golpe—. Asustan.

Arthur rio con suavidad, casi en silencio. Ella cerró los ojos para captar su sonido, para recrear en sus párpados la visión de las estrellas.

—Mucho —reconoció él—. A mí me sucedió la primera vez. Después, te vuelves adicto a mirarlas. Yo, a veces, incluso imagino que vuelo hasta ellas.

—¿Eso es posible? ¿Las estrellas son un lugar?

—Hay quien dice que sí, pero que están tan lejos de nosotros que es imposible llegar hasta allí. Y que están ardiendo.

Una idea absurda la obligó a sonreír.

—Como *sitges* flotantes.

—Eso mismo. —Él también rio. Lena volvió a mirar por el telescopio. Sintió que Arthur se acercaba más a ella, tanto que pudo percibir el calor que emanaba de su cuerpo, y se vio obligada a seguir fingiendo que miraba las estrellas solo para distanciarse—. Enormes y lejanas. Para Dios, tal vez. Qué pena que no podamos alcanzarlas. Aunque leí una novela, hace un tiempo, en la que unos aventureros construían una nave para viajar hasta la luna.

Lena se incorporó de golpe.

—¿Cómo?

—Una especie de barco flotante —explicó él—. Subía y subía hasta que atravesaba las nubes y el cielo, y aterrizaba sobre el blanco de la tierra de la luna.

—¿Un barco que flota? ¡Qué locura! —Sonrió ante la imagen insólita, pero a la vez le brincó el corazón por la emoción—. Eso es imposible. Arthur, inventas cosas muy extrañas. ¿Cómo podría alguien volar como un pájaro?

—¡Es posible! ¡Yo lo he hecho!

—¡No me mientas! No me gusta que...

—Es verdad —insistió—. En un globo aerostático.

—En un globo... —Lena fue incapaz de repetir la palabra—. Arthur, yo creo que tienes mucha imaginación. ¿Lo haces para burlarte de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Por diversión. Soy una pobre ignorante: es normal que te parezca divertido reírte de mí.

—Eso es imposible. Lena, eres una mujer extraordinaria. ¿Cómo voy a reírme de ti?

Ella volvió a mirar por el agujero para disimular. Buscó qué decir, qué preguntar, cualquier comentario que la alejara de la cálida placidez que la invadía cuando Arthur opinaba algo bueno de ella.

—¿Por qué viajabas, Arthur? —preguntó—. ¿A dónde querías llegar?

—A ninguna parte. Solo queremos alejarnos de nuestras responsabilidades. De la monotonía de nuestros días, de la abulia.

—¿Qué es la abulia?

—Lo que se siente cuando te levantas, día tras día, y no encuentras un sentido a tu vida, ni sabes hacer nada que pueda resultar útil a alguien.

Lena se sorprendió por la seriedad y grandeza que él le otorgaba a un hecho tan obvio.

—A mí eso me parece simple aburrimiento —opinó—. Si tuvieras que levantarte todos los días al amanecer para ir a llevar carbón con la mula o para ir al campo a segar, no tendrías esos problemas.

Arthur rio.

—Es posible. Supongo que, cuando uno no tiene tiempo para pensar, las cosas son más fáciles, ¿no es así?

—No, no lo es. Yo siempre estoy ocupada, y mi cabeza no deja de funcionar constantemente.

—¿Y en qué piensas? Dime, Lena: ¿qué piensas? Porque, por tu cara, deduzco que no son fantasías de muchachita soñadora.

—No, claro que no. —Quiso dejarlo ahí, pero él le hizo un gesto para que continuara, y ella se dejó llevar—. Pienso... Me avergüenza decirlo en voz alta.

—Te prometo que no se lo voy a contar a nadie.

Lena hizo un esfuerzo por no reír.

—En que me voy a América. O adonde sea. —Se sinceró—. Me iría a cualquier parte, incluso a la luna.

—¿Y qué te impide hacerlo?

—¿Qué me lo impide? Todo.

—Ya. —Lo miró sorprendida—. No es por ti, es por los demás. Te tienen atrapada.

A Lena le dio vergüenza sentirse descubierta y echó mano de otra excusa.

—Es por el mar. Sobre todo, por el mar. Ya te dije que tengo pánico al mar.

—Eso es un inconveniente viviendo en una isla.

—Sí. Es una condena. Desde que me siento así, ha sido como estar encarcelada todos los días de mi vida. No puedo coger un barco y no puedo nadar.

—Por mí lo hiciste.

—Sí, por ti sí.

Su silencio se sumó al de la naturaleza que los envolvía.

—Entonces, yo haré lo mismo por ti. Si vuelvo a casa, conseguiré un globo y vendré a buscarte. Te llevaré adonde tú quieras, a dar la vuelta al mundo.

—No, Arthur, no vuelvas; es mejor que no.

Él avanzó hacia ella e intentó tocarla.

—Lena, yo...

—No me toques.

Se detuvo, pero la observaba como si fuera a morir de dolor.

—Lo siento. —Lo oyó murmurar en tono de confesión—. Pero yo... Tú... No sé... Me siento tan bien cuando estoy a tu lado...

Lena se atrevió a responderle.

—Yo también.

—Siento que entre tú y yo hay algo que nos une, algo único, casi místico. Mágico. Nunca antes me había sentido así.

—Ni yo.

—¿Nunca? —Él bajó el tono de voz.

—Nunca había podido hablar así con nadie, abrirme el pecho y desangrarme de este modo. Ni siquiera con Guiem, que era tan bueno.

Él alargó la mano y la tomó del rostro. Esa vez, Lena no se movió. Tenía los dedos fríos. Le gustó, porque transmitían cariño sincero.

—Eso es magnífico —aseguró él con los ojos radiantes de felicidad, a la luz ocre de la lámpara.

—Eso es horrible —replicó Lena con contundencia—. No debería sentirme así, no contigo.

—¿Por qué no?

Y entonces, se le escapó un sollozo. Sincero y profundo.

—Porque no eres lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—Que te vayas. —No pudo contener la verdad—. Que te quedes.

Callaron. Respiraron hondo. Se miraron a los ojos. Estaban muy cerca, y Lena sintió el calor de su respiración en la mejilla y en los labios, y le pareció lo más íntimo que había compartido en mucho tiempo.

Fue consciente de cuánto lo necesitaba, de cuánto echaba de menos el contacto de una persona a la que de verdad apreciara. De alguien que la entendiera como él lo hacía.

—¿No ves que te contradices? —Mientras formulaba la pregunta, Arthur aprovechó para acercarse más, hasta que no quedó espacio entre ambos para que pudiera colarse ni siquiera el frío—. Quieres que me vaya, pero a la vez te gusta imaginar que me quedo. ¿Es eso?

—Da igual, porque no lo harás. —Quiso sonar convincente, pero le flaqueó la voz.

—Te dije que quería quedarme y lo decía en serio. Si me voy, será solo porque tú me lo pidas.

—Y porque Penélope te espera.

—¡Al infierno con Penélope! —En un impulso, la sujetó por ambas mejillas y el pañuelo cayó hacia atrás, desmadejado—. Si solo puedo pensar en ti, desearte a ti...

Lena le colocó las manos en el pecho para poner distancia, pero consiguió justo lo contrario: Arthur gimió y dejó caer su rostro contra la mejilla de Lena, como si acabara de rendirse después de un largo sufrimiento.

—¡Para! —Ninguno se movió—. No puedes hacerle esto. No puedes dejarla esperando. No por mí.

—¿Y qué culpa tengo yo de querer quedarme a tu lado, de sentirme así cuando estoy contigo? —Su voz sonó muy cerca de su oído y se estremeció—. De que le hayas dado un sentido a mi vida.

—Apenas me conoces.

—A ella tampoco y, sin embargo, sé que es distinto. Lena... Yo... Mírate. —Rozó el rostro de Lena con la nariz; lo acarició con los labios, sorprendentemente cálidos, y le dio varios besos suaves aquí y allá. Sintió su mano recorrerle la oreja, el cuello y la piel, fría y trémula—. Eres tan hermosa, tan suave. Hueles tan bien. Eres una diosa hecha carne. Eres sabia y, a la vez, tan inocente.

—Arthur... —Intentó protestar, pero él la besó detrás de la oreja, y se le cortó el aliento.

—¿Qué, Lena? ¿Por qué no? —Le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. Ella se agarró a sus hombros, temerosa de perder el equilibrio, aunque la sujetaba con tanta fuerza que habría sido imposible—. ¿No lo notas? Dime que no sientes lo mismo; atrévete a negármelo aquí, bajo las estrellas, vigilada por la inmensidad del universo.

—Esto no es nada. Es solo... lujuria.

—Pues bendita lujuria.

—Es un pecado.

—No. Cuando sale directamente del pecho, no creo que deba llamarse así. Es otra cosa. No sé qué, pero es distinto. —Buscó sus ojos y le regaló una sonrisa que le robó un suspiro—. Preciosa..., ¿es que no sabes soñar ni siquiera un poco?

—A todas horas. —Le sostuvo la mirada, tratando de mostrar entereza; era imposible, porque su sangre hervía y el frenético latir de su pulso la estaba ahogando—. Pero ¿y si no debo?

—¿Qué harías, en este mismo instante, si no tuvieras que hacer lo que crees que debes hacer?

Cerró los ojos un momento para no verlo, para que no le nublara el entendimiento.

—Cantar —confesó sorprendida de sí misma.

—Por Dios. —Gimió—. Cántame a mí.

Lena escondió el rostro en el pecho de Arthur. Él continuó sosteniéndola y apoyó la mejilla en su pelo. Ella se sintió a gusto, acogida, en casa. Capaz de decir cualquier cosa, de contar lo que fuera, de compartirse entera.

Por eso le hizo caso y le cantó. Una alegre canción de siega, que la transportó al verano y a la alegría, y que casaba bien con el calor que la embargaba.

Él no dijo nada. No se inmutó. Solo permaneció abrazado a ella, como un barco amarrado que lucha por que la tempestad no lo arranque del puerto.

Lena le mostró quién era, le cantó cuanto guardaba. La emoción de su voz le contó mil secretos, mil anhelos. Le abrió paso a través de su verdadero ser; de todas formas, él había sabido mirar dentro desde el principio.

Le cantó mucho rato, abrazada a él sobre los restos de nieve, en la desolación del monte helado. Cuando paró, porque se le secó la garganta y la emoción desgarró sus cuerdas vocales, Arthur se separó solo unos centímetros para preguntar en un susurro:

—¿Puedo besarte? Me moriré si no te beso ahora mismo.

—No puedes. Pero creo que vas a hacerlo igualmente.

—Solo si tú me dejas.

—Por favor. —Cerró los ojos para no arrepentirse—. Por favor.

No tardó en notar los labios de Arthur sobre los suyos, palpitantes de emoción, tan dulces y exigentes como los recordaba. Abrió la boca y enlazó su lengua con la de él, ansiosa de volver a sentir su caricia aterciopelada. Se movieron acompasadas y su cuerpo explotó, en todas partes, y un nudo de deseo y ternura se instaló en algún lugar entre su vientre y su corazón.

Arthur hundió las manos en su pelo y la besó sin descanso, sin aliento, sin tregua. Lena creyó que se ahogaría. No la dejó detenerse a respirar. Tan solo se le escapó un quejido, débil y sofocado, cuando creyó que se le doblaban las rodillas y que se caería al suelo.

Él la mantuvo sujeta, en pie, recostada contra su pecho y su vientre, y se removió inquieta para pegarse más; para que sofocara la vibrante necesidad de sentirlo en la piel, más allá de la boca, más allá de la conciencia. Lo besó con apremio, con ansiedad. A cambio, recibió un hondo gemido de deseo que se le grabó en cada poro de la piel.

Lo habría besado toda la noche. Toda la vida. Fue como echar a volar, sin nave y sin alas. A la luna, a las estrellas y al infinito.

Cuando ambos se detuvieron, con los labios doloridos y con el aliento desacompañado, Lena se separó con reticencia. Lejos de su cuerpo, hacía demasiado frío. Mantuvo su rostro cerca y le robó varios roces. Hundió los dedos en el pelo de Arthur, enredó los mechones entre ellos. Como un pez en una red.

Miró sus bonitos ojos castaños y se dio cuenta de lo que estaban haciendo.

—No podemos volver a besarnos. —Y para su frustración, no sonó como una orden, sino como un lamento.

—Nada impedirá que lo hagamos —respondió él con convicción. A Lena le gustó descubrir que, también, su voz sonaba temblorosa y angustiada—. ¿O acaso tú eres capaz de contenerte?

—No seré yo quien lo haga. —Le rozó el lóbulo de la oreja; la barbilla, cubierta de vello, y se maravilló con el contraste del tacto de ambos—. Lo impedirá el destino.

Arthur le dio un beso fugaz en la boca, y ella se sujetó de inmediato a sus brazos.

—No me digas eso, por favor. No me niegues tus besos, porque es lo único que me queda en la vida, la única maravilla que este triste náufrago posee en este lugar.

—Tengo novio —le recordó con lágrimas en los ojos.

—Déjalo.

Dudó. Se lo permitió solo un segundo.

—¿Para qué?

—Para que estés conmigo y que pueda besarte a todas horas, para que seas mía y yo tuyo, para que...

Lena le tapó la boca con una mano para detener su apasionada diatriba.

—Tú te irás.

—No.

—Sí. Aquí no tienes nada.

—A ti.

—Arthur, hagas lo que hagas, te perderé. Es por la maldita maldición.

—¿Qué maldición?

—Cuando quiero a alguien, me abandona. —Se soltó de su abrazo y puso un paso de distancia entre ambos—. Todos los hombres a los que he querido han desaparecido.

—¿Te refieres a tu padre?

Lena negó con la cabeza.

—Me refiero a Guiem. Éramos unos niños, pero teníamos tantos planes... Y el mar se lo llevó.

—Él se fue a América —la corrigió Arthur, que al parecer recordaba lo poco que Lena le había contado.

—Y no volvió. —Se lamentó Lena—. Años después, cuando comprendí que no lo haría, dejé que Sebastià se acercara a mí. Era pescador. Era un buen hombre. —Arthur la escuchaba en un respetuoso silencio, y ella fue consciente de cuánto había necesitado contarle a alguien lo que le estaba confesando a él—. No era lo mismo que Guiem, claro que no, pero era bueno y cariñoso, y yo lo apreciaba. Incluso a mi madre le gustaba. —Arthur acompañó su broma con una risa breve—. Una mañana salió a pescar y no volvió.

Una lágrima rodó por su mejilla. Arthur la vio, a pesar de la penumbra, y la recogió con el pulgar.

—Lena...

—Empecé a tener pesadillas: soñaba todas las noches con que el mar me tragaba. A mí, a mi madre, a Marina, a toda la isla. Luego, mi madre me culpó a mí de haberlos ahuyentado, y nuestra relación se volvió insostenible. El marido de mi prima se fue, también, y el abuelo enfermó. Todo se volvió... difícil. Y entonces conocí a Joan. Ni siquiera era guapo, pero... —Lo miró a la cara, dispuesta a no ocultar ante él su mala conciencia—. ¡Es horrible decirlo, Arthur, pero estaba cansada! Solo quería salir de mi casa. Tenía una buena posición, un buen trabajo...

—¿Qué pasó con él? —No preguntaba para apremiarla, sino para sostenerla, y Lena decidió abrirse del todo.

—Me dejó. Encontró una oportunidad en Denia. Me propuso que me fuera con él. Estuve a punto de hacerlo, pero al final mi familia ganó. Solo me tienen a mí. —Tardó en reunir el valor para confesar la verdad—. E imagino que no lo quería lo suficiente.

—¿Y qué pasa con Quim? ¿No te importa lo que le pase a él?

—No es lo mismo, porque él no quiere marcharse.

—Pero es tu novio. Lena, ¿de verdad quieres estar con él?

Cogió aire antes de responder. Fue la primera vez que lo reconoció, incluso, para sí misma:

—Con él no. Con el faro.

Arthur arrugó el ceño, con cara de no estar entendiendo nada.

—¿Y eso qué significa?

—Desde el faro puedo ver el mar sin acercarme. Desde allí puedo estar pendiente, a todas horas, de cada barco que llegue a la isla. Llámame estúpida, pero siento que, si subo allí arriba, podré controlarlo todo. Y controlar el mar. Y que, cuando tú te vayas, en los días claros, podré ver Inglaterra.

Arthur no dijo nada durante un buen rato. Su expresión pasó de la confusión a la ternura, y de ahí a la pena. La abrazó despacio, con suavidad, como a un cristal frágil o un copo de nieve que podría desvanecerse con el calor.

—Entonces, vámonos de aquí, Lena. —Ella tardó en entender qué quería decir—. Ven

conmigo a Inglaterra.

—Estás loco.

—Por ti.

—Ya te dije que no puedo, que tengo miedo del mar.

—Yo cuidaré de ti. Te abrazaré y te consolaré. Te besaré durante todo el viaje y no te dejaré pensar hasta que volvamos a pisar tierra. No permitiré que te pase nada malo mientras esté contigo.

Y ella, como una tonta, dudó.

—¿Y qué pasaría con mi familia? ¿Y con Quim?

—Déjalo. Sabes, tan bien como yo, que no lo quieres.

No se atrevió a reconocer que tenía razón. Miró a su alrededor, como si el farero fuese a aparecer de entre la penumbra y los descubriera. Recreó su rostro y observó el de Arthur. Los comparó. Comparó lo que sentía por ambos y lo que podría depararle el futuro.

Una pregunta se le escapó tímida y, en cierta manera, ilusionada.

—¿Y qué haría yo en Inglaterra?

A él se le iluminó la mirada, incluso a la luz débil de las estrellas.

—Dejar que te hiciera feliz.

Sonaba tan bien. Tan tentador. Y lo mejor era que le daba igual que Arthur fuera rico; que tuviera casa, caballos, coches. Le daría igual si siguiera siendo, simplemente, su náufrago.

Su voluntad se quebró. Se colgó de su cuello desesperada, temblorosa. Él la abrazó con tanta fuerza que le hizo daño, y ella supo que esos brazos eran su lugar en el mundo.

—Mañana romperé con Quim.

Se sintió liberada. El mundo se ensanchó. Creció y creció, pero a la vez se redujo al pecho cálido de Arthur; al ritmo del corazón, que oía latir desbocado en el oído que tenía apoyado allí. En su hogar.

Capítulo 18

NORTE O SUR

Fue una noche eterna para Lena. Y eso que, cuando llegó a casa, era ya muy tarde. Habían caminado muy despacio de regreso, cogidos de la mano. En la otra, la que les quedaba libre, él sostenía el telescopio y ella, la lámpara, que parecían guiarlos hacia el destino común, al que se extendía ante los dos.

Después, al despedirse junto a la ventana, les había entrado un ataque de risa, de incredulidad, más bien al que Arthur le había puesto fin rodeando su cintura con brazos tiernos y besándola de nuevo, como si el mundo estuviera a punto de acabarse.

A ella se le había nublado la razón y se había separado de él con pena, pues la luz intermitente del faro la sobresaltaba, como pequeñas punzadas de remordimiento y mala conciencia que alternaban con ramalazos de deseo y apremio por marcharse con él adonde fuera.

Le había prometido que, al día siguiente, se escaparía hasta el puerto para ver los progresos que estaba haciendo con el barco, aunque no había logrado disimular el estremecimiento que la había recorrido ante la idea de que él quisiera subirla a bordo y cumplir su palabra de sacarla de la isla.

Se metió en la cama, vacía y helada, y se dedicó a imaginar a Arthur recorriendo el monte a oscuras, pensando en ella, relamiéndose los labios también, en busca de restos de su sabor. Después, protegida por la soledad del cuarto y la oscuridad, se dejó llevar por la imagen de ambos compartiendo una cama como esa en cualquier otra noche fría de invierno.

Perdió el aliento, el sentido de la orientación. Le cosquilleaban el vientre y las piernas. Rememoró sus besos, sus abrazos y sus palabras. El brillo de sus ojos en la penumbra, bajo las estrellas.

Estaba loca, había perdido el juicio e iría a cualquier lugar al que él quisiera llevarla.

No pegó ojo, y el amanecer tardío de invierno y los sonidos de su casa la devolvieron a la realidad. Con las primeras luces, descubrió que Pilar no había regresado y, aunque Lena se sintió indignada cuando imaginó con quién estaba, supo que en aquella ocasión no podría reprocharle nada.

¿Qué diferencia había entre ambas? Poca. Ninguna. O mucha, porque Pilar no tenía a quien rendirle cuentas, mientras que ella estaba engañando a un hombre bueno al que había hecho creer que estaba ilusionada.

Se levantó y terminó las faenas a toda prisa, acuciada por el remordimiento. Evitó hablar con su madre. De pronto, había empezado a sentir una extraña simpatía hacia ella, y se vio capaz de abrazarla y asegurarle que por fin la comprendía; que entendía por qué había ocultado, defendido y amado a un hombre tan inadecuado, que acababa de descubrir que había sentimientos más

fuertes que una misma y que te robaban el entendimiento.

Para colmo, Lena era consciente de la diferencia entre Arthur y su padre. El último no era más que un vulgar ladrón, un farsante que jamás se había responsabilizado de ellas; mientras que Arthur tenía sentimientos nobles y buen corazón, como ya le había demostrado. Era un amigo, un compañero. El hombre más guapo que había conocido. Cálido como una hoguera y atrayente como un sueño.

Daba igual si los aguardaba un futuro juntos o si todo quedaba en un par de promesas en una madrugada de invierno. No podía seguir fingiendo ante Quim, no podía hacerle creer que le gustaba ni que estaba enamorándose. Ni siquiera merecía seguir viéndola como una mujer recatada cuando vivía sumida en pensamientos impuros y en imágenes de los abrazos de otro hombre.

Así que corrió hasta el faro dispuesta a aclarar la situación; a pedirle perdón por ilusionarlo; a asegurarle que no era la mujer que él merecía, que tenía demasiados sueños, demasiadas ganas de escapar de sí misma.

No encontró a nadie en los alrededores del faro. A lo mejor, todavía dormían. Los fareros solían hacer turnos, pero era probable que aquel día, después del temporal y la nevada —de la que ya no quedaba prácticamente ningún rastro—, hubieran tenido que trabajar los dos y en ese momento estuvieran descansando más tiempo que de costumbre.

Encontró la puerta abierta, por lo que se atrevió a entrar despacio, con cautela. Los llamó a ambos varias veces, pero no obtuvo respuesta. Fue hasta la cocina y tampoco vio a nadie. Se fijó después en que una de las puertas de las habitaciones estaba cerrada.

Entonces, una risa procedente de la torre la sobresaltó. Una risa femenina. Supuso que sería Marina, aunque fuese tan temprano; a veces, aprovechaba las primeras horas, en las que apenas había trabajo en la fonda, para visitar a Rafael, pero nunca lo había hecho sin la compañía de Lena, que ella supiera, y mucho menos habría subido allí.

Marina era una joven decente que no andaba sola en compañía de un hombre. Lena ya no se atrevería a mirarla a la cara después de lo que había decidido. ¿Cómo iba a contarle que ya no vivirían juntas en el faro? ¿Que cambiaba las alegres mañanas sentadas al sol que habían soñado por un largo viaje por mar a una tierra desconocida, cuando tanto se había lamentado de no poder hacerlo, cuando había llorado hasta la desesperación por haber tenido que dejar que los hombres de su vida se alejaran sin remedio?

¿Cómo iba a atreverse a confesarle que andaba besuqueando a otro que no era su novio, que se le inflamaba el cuerpo entero cuando estaba a su lado y la acogía entre sus brazos, que quería más? No podía, claro que no; era una enorme desvergüenza.

Se sintió apenada por lo que ya no iba a poder ser, y subió la larga escalinata de la torre. Tal vez, aquella sería la última ocasión en que le permitieran entrar. Dudaba que Quim volviera a dejarla subir; lo más probable era que la odiara.

Lo primero que vio al salir a la luz de la mañana, al cielo azul y limpio, fue a Quim. Despeinado, ojeroso y con aspecto fatigado, pero más sonriente que de costumbre. A su lado, había una mujer que no era Marina, sino Pilar. Risueña y fresca como una rosa, con las mejillas sonrosadas y con el pelo suelto.

Los tres se miraron al uno y al otro, y volvieron a empezar. Pilar perdió la sonrisa en cuanto la reconoció. Quim también.

—Buenos días, Lenita. —Fue la primera vez que no le pareció sincero—. Qué alegría verte. ¿Qué haces aquí tan temprano?

No respondió, porque la sorpresa la había dejado muda. Pilar y Quim se conocían, claro, pues

él la había visitado casi cada día en las últimas semanas, pero no recordaba que se hubieran dirigido más que un saludo educado. Se dio cuenta de cómo Pilar se esforzaba por recuperar la sonrisa.

—Hola, prima, qué bien que apareces —le dijo. Lena abrió la boca, estupefacta—. Justo estaba hablándole a Quim de ti.

Lena lo miró y él la rehuyó incómodo. Luego, Pilar pasó junto a ella y se dirigió a las escaleras.

—Yo ya me iba. —A Lena le pareció que mostraba el mismo nerviosismo que cuando su abuelo, de niña, la atrapaba en medio de una de sus múltiples travesuras—. Gracias, Quim, por explicarme cómo funciona este lugar. Es increíble, desde luego. Qué suerte tiene Lena de haberte encontrado.

—Gracias —respondió Quim, recuperándose de su turbación e hinchando el pecho con orgullo.

Pilar desapareció escaleras abajo, y ambos guardaron silencio hasta que sus pasos dejaron de oírse. Después, Lena se volvió hacia Quim.

—Mi prima no ha venido a dormir a casa —dijo.

—Ah, ¿no? —Por suerte, su sorpresa parecía auténtica, aunque seguía mostrándose nervioso—. Pues no tengo ni idea, la verdad. Se ha presentado aquí hace un rato y me ha asegurado que le había parecido ver una figura extraña en la distancia. Hemos mirado con el catalejo. —Señaló a una mesita que había en un rincón, donde estaba el objeto—. Parece que se ha confundido. Y luego se ha interesado por el funcionamiento de la lámpara. Yo le he estado explicando cómo se enciende, dónde se echa el aceite, dónde...

—No hace falta que me expliques nada más. —Lena estaba harta de que él le hablara, a todas horas, de aquella maldita luz.

Quim avanzó hacia ella y trató de cogerle las manos, preocupado.

—Escucha: ¿no estarás pensando...?

—Yo no pienso nada. —Hizo una pausa porque no sabía qué decir; no tenía muy claro qué era lo que había visto—. Al menos, no de ti. Pero mi prima...

—¿Qué insinúas? —Ella puso cara de obvedad—. Lenita, por favor, no seas infantil; solo quería que le enseñara la lámpara. Y ya sabes que me cuesta no presumir de esta maravilla de la ingeniería.

Él y su obsesión con la lámpara. Quizás, era ella la malpensada. Cogió aire y se recordó que no le importaba, que iba a romper con él. Era la actitud de su prima la que la desconcertaba.

Por más que miró a Quim, que se esforzó por recordar por qué había ido a verlo, no podía dejar de pensar en qué habría llevado a Pilar hasta allí a aquellas horas. Ni en por qué parecía tan incómoda, tan sobresaltada, a pesar de haber fingido que estaba tranquila.

No, su presencia en el faro no era inocente y, desde luego, nada tenía que ver con un extraño avistado en la distancia.

Fuera cual fuera el motivo, estaba en la isla.

—¿Es que no puedo tener ni un momento de privacidad en esta maldita casa? —vociferó Pilar cuando Lena entró en la habitación sin avisar. Estaba en ropa interior, y se lavaba con un paño y con agua de un aguamanil.

—Eso, límpiate bien el cuerpo y también la conciencia —le dijo Lena—. Debes de tenerla hasta arriba de suciedad.

—¡Lena! ¿Qué derecho tienes a hablarme así? ¿Qué te crees?

—¿Qué hacías en el faro?

—¿No te lo ha explicado tu novio?

—¡Quiero la verdad!

Pilar la encaró con una media sonrisa.

—¿Estás celosa?

—No, Pilar, estoy preocupada. Algo te traes entre manos; ¿me equivoco?

—No seas absurda, ¡por Dios! Me gusta ese lugar, como a ti; solo sentía curiosidad y quería subir a ver cómo funciona. No todas tenemos tu misma suerte. ¿Cuántas veces has subido tú y a solas con Quim? ¿Y a que no he ido yo detrás a gritarte como una loca y a acusarte de vete tú a saber qué?

—Yo no he hecho nada malo.

—Ya sé que tú nunca haces nada malo. Claro que no. Tú vives para ser perfecta, generosa y sacrificada, ¿no es así? La única descocada soy yo.

—No es eso. Pilar, no...

—Olvídalo. Ya sé que no te gusta Feliu y que has dejado que ese estúpido naufrago te llene la cabeza de historias ridículas sobre él, pero te pido por favor que me dejes vivir. ¿Por qué mejor no buscas al tal Arthur y le pides que te dé eso que tanto deseas?

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

—No te hagas la inocente. Los días que estuvo aquí, vi como lo mirabas.

—¿Cómo...?

—Como un dulce. O como un higo maduro que estás deseando llevarte a la boca. Lo que no entiendo es qué esperas para hacerlo.

—¡Pilar!

Lena sentía que la cara le ardía. La avergonzó la idea de que su sonrojo no era más que una confirmación de lo que Pilar le insinuaba. Su prima rio con estruendo, se dio la vuelta, sin parar de reír, y siguió lavándose con despreocupación.

Lena iba a marcharse a esconder su vergüenza cuando unas marcas violáceas en la espalda y los brazos de Pilar llamaron su atención.

—¿Qué es esto? —Se acercó e intentó tocarla, pero ella se apartó sobresaltada.

—Nada.

—Son golpes.

—Me caí de la mula. No es nada.

—No te caíste de ninguna mula; no se ha movido en varios días. —Una idea horrible la asustó—. ¿Ha sido Feliu? ¿Te lo ha hecho él?

—¡Qué estupidez! —Pilar se apresuró a vestirse—. ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Porque ya lo vi golpear una vez.

—Eso fue un error.

La esquivó para salir de la habitación. Lena fue más rápida: le cortó el paso y apoyó el cuerpo en la puerta, que se cerró.

—Ha sido él —corroboró.

Pilar dudó. Por un momento, le pareció que iba a echarse a llorar y a hacerle una confidencia, como antaño. Le recordó a la niña que una vez había sido, incluso a la jovencita dulce e inocente que era cuando se había casado. Pero se recompuso y disimuló peinándose la melena con los dedos y mirando hacia el techo con los ojos en blanco.

—Mira que eres insistente —protestó.

—¿Cómo puedes permitirlo?

Pilar suspiró.

—No te preocupes, todo está bien —aseguró con tono conciliador—. Solo discutimos y nos acaloramos. Feliu es un hombre muy apasionado. —Le guiñó un ojo.

—¿Apasionado o violento?

—Es lo mismo.

—No lo creo.

—Eso es porque no tienes ni idea. Tú y tu recato tan hipócrita.

Lena trató de suavizar su voz, de hacerla entrar en razón, de acercarse a ella.

—Mira: ya sé que últimamente no nos llevamos muy bien, pero no quiero que te hagan daño.

Su prima le sonrió, y le acarició el pelo y el rostro. Lena se sintió como una niña esperanzada.

—Estoy tan sola como tú, querida —le dijo conciliadora—. ¿Y no buscas lo mismo que yo? ¿Cariño, amor, que te calienten el alma y el cuerpo?

—No. —Cambió de parecer en un segundo—. Sí.

—¿Y no te has equivocado tú también?

—Muchas veces —reconoció—. Y he permitido que me rompieran el corazón, pero jamás he dejado que me pusieran la mano encima.

—Tú te lo pierdes.

Lena entendió, por su sonrisa repentina, que en el comentario había segundas intenciones. Hizo un esfuerzo por no mostrarse escandalizada. No era una jovencita inocente y, aunque no tuviera experiencia ni amante alguno, entendía a la perfección las bromas de Pilar; aun así, no lograba sentirse cómoda.

—No me refiero a eso.

—Estoy bien, de verdad. Tuvimos una discusión y, luego, una reconciliación más intensa de lo normal. Pero soy feliz, Lena. Es el hombre de mis sueños, lo mejor a lo que una mujer abandonada como yo puede aspirar. ¿Sabes que me ha comprado un montón de telas para vestidos? Y pronto me llevará con él a la casa nueva del pueblo. Me ha prometido que tendré una criada, ¿te imaginas? Podré tener ropa nueva, incluso joyas.

—¿Lo haces por dinero? ¿Solo por eso?

—¿Por qué iba a hacerlo si no? ¿Por qué lo haces tú?

Lena no supo reaccionar a aquella estocada. Se sintió culpable como nunca antes y estuvo a punto de reconocerle que tenía razón.

Maldita miseria, que obligaba a las mujeres a convertirse en mendigas de un hombre. Ella también había llegado a estar segura de que no había otro camino posible. Todavía lo estaba en cierta manera.

Al final, compungida, solo pudo murmurar:

—Pero ¿y Josep?

Supo la respuesta antes de que Pilar la pronunciara, pues ella misma se la había ofrecido a su madre muchas veces.

—Sabes, tan bien como yo, que no va a volver. ¿Por qué tengo que resignarme a guardarle la ausencia de por vida? Seguro que él estará retozando con cualquier fulana en América. No te preocupes más por mi virtud.

—Eso ya me da igual. A estas alturas ni siquiera me importa que los demás crean que la mía no vale nada. Me preocupa ese hombre. No me fío. ¿Por qué contigo? ¿No podría conseguir a cualquier jovencita soltera, a una buena esposa? —Se sintió furiosa, de repente, al ver el enfado de Pilar—. ¿A una que no vaya subiendo de madrugada a los faros a visitar a los novios de otras?

La expresión de Pilar se transformó, y Lena se arrepintió de inmediato de su acusación. Su prima la soltó y la apartó de un empujón, colérica.

—Eres odiosa, Lena. ¡Odiosa!

Salió del cuarto y de la casa, y dejó una retahíla de improperios y maldiciones a su paso. Lena se tumbó en la cama y cerró los ojos, exhausta. Se dijo que sería solo un momento, para reponerse, pero estaba tan cansada por no haber dormido apenas y tan abrumada por las emociones de las últimas horas que se quedó dormida.

Mucho después, la despertaron los gritos de su madre, que hambrienta le recordaba que hacía rato que se había pasado la hora de comer.

Antes de dirigirse con resignación a la cocina, Lena se convenció de que tenía que buscar una vida lejos de aquella casa, de que no aguantaba más. No quería que su alma se llenara del mismo veneno que destilaban su madre y Pilar, y sospechaba que no tardaría en sucederle.

Capítulo 19

TEMPESTAD

—Tiene mucha fiebre, debería meterse en la cama.

Lena tocaba la frente de su abuelo con insistencia, como si hacerlo pudiera devolverlo a su temperatura normal y calmara también su preocupación. Llevaba desde el mediodía con aspecto pálido y cansado, y hacía un buen rato que le brillaban los ojos y lo asaltaban ataques de tos.

—No es nada, hija mía —respondió él con una sonrisa forzada, y Lena se dio cuenta de que le costaba respirar—; me habré enfriado estos últimos días.

—La culpa la tiene ese hombre —intervino la abuela de Lena, que miraba a su esposo con censura desde el otro lado de la cocina, donde se calentaba los pies y las manos en la chimenea, temerosa quizás de enfriarse ella también—. Los días que estuvo aquí, pasaste mucho tiempo ahí fuera hablando de tonterías y fumando sin parar, y ya no eres un jovencuelo. Deberías haber tenido más vista, Lena.

—Lena no me ha dejado atado en la calle —protestó el anciano cerrando los ojos con cansancio—. Me gusta pasar tiempo con ese muchacho, que es lo más interesante que ha pasado por esta casa en mucho tiempo.

Lena vio como su esposa hacía una mueca de desagrado. Luego, cogió a su abuelo por el brazo y lo obligó a ponerse en pie.

—Vamos a la cama —insistió—. Le prepararé unas sopas de pan para que reponga fuerzas. — Él obedeció sin protestar.

Cuando llegaron al cuarto y se tumbó, se quejó del dolor de huesos y empezó a tiritar. Lena volvió a tocarlo, aunque era evidente que seguía ardiendo. Lo dejó tapado y con la vela encendida, y regresó a la cocina para poner caldo a calentar y prepararle unos paños de agua fría.

La aterrizzaba que pudiera pasarle algo a su abuelo, y ese día se sintió especialmente temerosa. Culpable. Porque durante unas horas había decidido abandonarlo por otro hombre.

¿Y quién cuidaría de él cuando no estuviera? ¿O del resto de su familia? Si alguna enfermaba..., ¿cómo iba ella a seguir viviendo con tranquilidad? ¿Es que no se había dado cuenta ya de que era imposible? ¿No había recibido suficientes escarmientos?

Era una tonta. Se había dejado cegar de nuevo por una promesa, por una ilusión a la que no tenía derecho. ¿Cuándo iba a crecer lo suficiente?

Cocinó en silencio, atormentada por el remordimiento y a la vez sintiendo una infinita lástima por sí misma, por la mujer que se amputaba los sueños día tras día. Aunque intentó no pensar más allá del momento, no pudo sacar de su cabeza la idea de que había un hombre, en algún lugar de la isla, por el que a ratos estaba dispuesta a abandonarlo todo.

Cuidó a su abuelo durante la tarde. Su madre y su abuela la relevaron para que ella pudiera ocuparse de cualquier otra tarea y, cuando las dos empezaron a toser también, Lena entró en pánico.

Poco antes del atardecer, su prima se marchó sin molestarse en decir a dónde y la dejó sola. Lena solo deseó que de verdad esa vez fuera la definitiva y que la convivencia con Feliu le abriera los ojos.

Estaba preparando la cena junto con su madre cuando se presentó Quim. A Lena le sorprendió que apareciera a esas horas, cuando estaba a punto de encenderse el faro. Estaba muy serio, y su aspecto era muy desaliñado y cansado.

Lo hizo pasar a la cocina, como siempre, solo que esa vez los nervios le anudaron el estómago y le costó ser tan agradable como solía serlo.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó él.

—¿Ahora? No sé si...

Miró a su madre de soslayo, que no necesitó más para dejarlos solos, justo cuando Lena había esperado el resultado opuesto. Nunca había mostrado agrado por Quim ni por su relación con él, y mucho menos se había ofrecido antes a dejarles intimidad. Y la contrarió que tuviera que hacerlo, por primera vez, el día en el que Lena se veía con menos fuerzas para atenderlo.

—He venido en cuanto he podido —dijo Quim, muy serio—. He estado muy ocupado todo el día, pero no podía esperar. Siento haber sido un poco brusco esta mañana; la lámpara está dañada por los últimos temporales, y me sorprendió la visita de tu prima. No sé qué hacía allí, te prometo que su visita me perturbó tanto como a ti.

—Tranquilo.

Lena quiso sonar amable, aunque se le quebró la voz. Se sentía una traidora de la peor calaña, pero a la vez estaba molesta por la escena que había presenciado hacía unas horas, en la que no parecía que Quim estuviera tan sorprendido como decía. ¿Y qué más le daba?

Quim caminó hacia ella, que evitó mirarlo o tocarlo exagerando lo ocupada que estaba picando acelgas. Él esperó a que añadiera algo más, hasta que pareció reunir fuerzas para, no sin recelo, preguntar:

—¿Estás enfadada?

—No, claro que no.

Quim sonrió. Extendió la mano y atrapó un mechón de pelo de Lena, que alzó la cabeza, sorprendida. No le gustó el modo en que la miraba, pues la hizo sentir de nuevo una hipócrita.

—Qué suerte tengo —susurró Quim—. Tan guapa y tan comprensiva.

Lena le dio la espalda.

—Ya. Quim, escucha, yo...

—¿Qué te pasa? —Él la siguió al otro extremo de la cocina.

—No estoy enfadada, no es eso. Al contrario. —Se frotó las manos y se estrujó los dedos hasta que le dolieron. Tenía que decírselo; era lo justo. Debería haberlo hecho esa misma mañana, tal como había planeado, y a aquellas horas ya se le habría pasado un poco la vergüenza—. Lo que ocurre es que... No sé si tú y yo...

—¿Qué? —la apremió con preocupación.

—He estado pensando... —Titubeó varias veces. Vaciló. Empezó y se echó atrás—. Tú y yo...

—Lena... —Parecía alarmado—. ¿No me estarás intentando decir que...?

—Que no puedo ser tu novia —soltó por fin—. No, Quim, no puedo.

Él arrugó el ceño y tardó en asimilar lo que le estaba diciendo.

—¿Es por lo de esta mañana? —preguntó.

—Ya te he dicho que no.

—¿Entonces?

Lena dudó. ¿Cómo decirlo? ¿Cómo explicarle lo que sentía cuando ella no lo entendía, cuando no se atrevía a ponerle nombre y a hacerlo real? Intentó ser sincera, porque él lo merecía después de haber sido tan bueno con ella.

—Es porque todo el tiempo pienso en otra persona.

Por parte de Quim, hubo silencio y extrañeza. Y en su rostro, una repentina mueca de compasión.

—Te refieres a tu anterior novio, ¿no es así? —preguntó mucho después, casi con timidez.

—Novios. Fueron tres. Y los tres se fueron por mi culpa.

—Yo no voy a irme. —Intentó cogerle la mano, pero Lena fingió colocarse la ropa y el delantal—. Te juro que no.

—No es eso lo que quiero decirte. —Suspiró—. Es que no estoy segura de que pueda ser tu novia, mucho menos de poder ser tu esposa algún día.

—Lena, siento si te he ofendido de algún modo. Ya te he dicho que lo de esta mañana no...

—Te repito que no es por eso. —Se esforzó por sonar segura, con muy poco éxito.

—Necesitas tiempo.

—No.

—Estás asustada. —Sonreía. Con amabilidad y cierta ternura, como si fuera una niña pequeña y él, un adulto experimentado.

—Claro que estoy asustada —confesó—. Decirte esto me asusta, porque sé que estoy a punto de perder algo bueno, lo que siempre creí que me haría feliz. —Quim aguardó inmóvil, con cara de no estar entendiendo nada—. Pero he empezado a darme cuenta de que estaba equivocada.

—Es por el naufrago —sentenció Quim.

—¿Qué? ¡No!

Pero se dio la vuelta y disimuló como pudo. Le ardía la cara. ¿Por qué estaba complicando tanto su vida? ¿No había tenido ya suficiente? ¿No llevaba años soñando con una vida tranquila y sin sorpresas?

—Si te ha hecho o dicho algo impropio, se las verá conmigo. Lena, te juro que al principio creía que era un buen hombre, pero he visto cosas en su actitud que no me han gustado nada. Y siente un excesivo interés por ti; en el pueblo dicen que no deja de decir tu nombre, y eso me preocupa.

—Arthur es un hombre decente. —Lo defendió a la vez que se obligaba a caminar en la fina cuerda floja que separaba la indiferencia fingida de la emoción que sentía al imaginarlo pensando en ella a todas horas—. Su comportamiento ha sido correcto, de verdad.

—Eso espero. —Quim le cogió las manos y, en esa ocasión, Lena no pudo apartarse. Oyó a su abuelo toser desde la cama, e iba a ponerlo como excusa para zanjar la conversación cuando Quim insistió—. Puedo darte el tiempo que necesites. Comprendo que es pronto para que formalicemos nuestra relación. Pero podemos seguir viéndonos y conociéndonos, ¿te parece? —Lena intentó negarse—. Tenemos toda la vida por delante, Lenita. Y sabes que yo podría hacerte feliz, que quiero hacerlo, ¿verdad?

No contestó, porque ya no lo tenía tan claro, y supo que, si lo hacía, se echaría a llorar. Se limitó a acercarse a la ventana y mirar hacia los acantilados. El sol acababa de ocultarse y, pocos segundos después, la luz del faro iluminó el horizonte. Lena se sobresaltó. A su espalda, oyó a Quim despedirse.

—Tengo que irme a relevar a Rafael; me toca a mí hacer la primera guardia esta noche. Vendré

a verte mañana y hablaremos, ¿de acuerdo? Tal vez, estés más tranquila.

Lo sintió salir de la casa. Un coro de toses acompañó el golpe que dio la puerta cuando se cerró. Desde la ventana, Lena lo vio alejarse a toda prisa en dirección al faro. Su conciencia los siguió a él y a los destellos de la enorme lámpara durante unos minutos.

Cuando cerró las cortinas, no sintió pena por perderlos, pero sí un miedo inigualable a tomar una decisión.

Arthur pasó el día en el puerto, intentando acabar de lijar y pintar el barco del abuelo de Lena. Aguardó esperanzado a que ella se acercara a ver sus progresos, a darle un beso de agradecimiento o a anunciarle que por fin había roto su noviazgo con el farero y que estaba dispuesta a subir a la embarcación y perderse con él más allá del horizonte, para vivir una vida de amor y aventuras.

En sus ensoñaciones, imaginó que corría a buscarlo y que huían juntos de cualquier atadura o responsabilidad. Que recorrían tierras lejanas, libres y felices, tal como habían ideado la noche anterior. Recordó sus besos, la calidez de su boca, pequeña y tierna, la forma en que había enredado los brazos en torno a sus hombros. La promesa de que lo elegía a él.

No tenía ni idea de qué camino iban a tomar a partir de entonces, pero sí sabía que la emoción que lo golpeaba cada vez que Lena le sonreía era tan novedosa en su corazón que estaba dispuesto a darle cualquier cosa que necesitara para atraerla a su lado.

Tantos años de búsqueda, de viajes, de lamentos y garabatos enloquecidos para descubrir que la verdadera paz estaba en una mujer sencilla de un remoto lugar del mundo. Sin más.

Terminó el trabajo muy temprano pues, aunque solo le faltaba pintar una parte de la quilla y el pescante, se quedó sin material enseguida. La poca pintura blanca que había sobrado del trabajo en la fonda se le acabó pronto, y necesitaba una más oscura para la parte inferior, la que permanecería hundida en el agua.

No tenía nada más que hacer, pero se resistía a volver al pueblo. Pululó por el varadero, por las sabinas y por las dunas hasta bien entrada la mañana, cuando comprendió abatido que Lena no iría a verlo. No importaba; era probable que estuviera cansada por su culpa, por haberla hecho traspasar, o que tuviera trabajo.

Era demasiado pedir que mostrara el mismo entusiasmo disparatado que él. Ella era práctica, sensata; él, un loco que creía que solo las pasiones verdaderas podrían mover el mundo. El suyo, desde luego, llevaba muchos años parado, y no había sido hasta que había abierto los ojos en la isla que había descubierto el auténtico motor de su vida.

Había llevado consigo un poco de pan y pescado salado, y se lo comió en la barca mientras observaba la playa donde había besado a Lena por primera vez y las cercanas casas de pescadores, donde sería feliz viviendo con ella.

Poco después llegaron un par de embarcaciones. Sabía que la más grande pertenecía a un pequeño comerciante que iba un par de veces a la semana a Ibiza, pues Toniet se lo había presentado uno de los días en los que le había estado ayudando.

El chico le había explicado cómo funcionaba el comercio en la isla, y Arthur había ideado a toda prisa las mil soluciones y rutas que trazaría para mejorarlo. Estaba seguro de que sería más sencillo gestionar algo así que un marquesado, y para eso último lo habían preparado de sobra.

El comerciante y su hijo acercaron el barco hasta la costa lo máximo posible, y luego tiraron de un cabo para subirlo a uno de los varaderos. Arthur, que no aguantaba estar desocupado mucho

tiempo, corrió a echarles una mano. Cuando acabaron, el hombre lo saludó con entusiasmo y le dio un par de palmadas de agradecimiento en la espalda. Luego, abrió la bolsa que llevaba colgada al hombro y buscó una carta que le tendió.

Era de su padre.

A Arthur le temblaron las manos cuando reconoció el sello. Tuvo que alejarse para abrirlo a solas, porque ese peculiar reencuentro con su progenitor le había trastocado el pulso.

La leyó primero en diagonal, a borbotones, ansioso. Cuando comprobó que tanto la rúbrica como el tono frío y distante pertenecían a su padre, se sentó y volvió a leerla con calma.

Le sorprendió que hubiera muy pocos reproches, e incluso que dejara caer un atisbo de alegría porque estuviera sano y salvo después de la tragedia que había vivido. Quien no se encontraba bien era él, que llevaba meses aquejado por fiebres y toses, y por un dolor en los pulmones que ningún médico había sabido diagnosticar. Se moría, decía. No se sentía con fuerzas para llegar a la próxima primavera.

Arthur se asustó por un momento, pero de inmediato lo agobió el temor de que fuera una invención o una exageración para chantajearlo y obligarlo a regresar. Su padre lo conocía lo suficientemente bien como para estar seguro de que intentaría buscar una excusa para alejarse de sus obligaciones presentes y futuras.

Le hablaba de la preocupación infinita que sentía su madre, e insistía en recordarle lo afortunado que era de estar vivo y de tener a una mujer esperando. Le daba instrucciones para volver a casa, y le mandaba un salvoconducto para que pudiera identificarse y acudir al consulado más próximo en busca de ayuda. También incluía un par de cartas y un largo documento en español, firmado por el embajador de España en Inglaterra.

Aunque debería haberse sentido a salvo, no pudo evitar un bufido de resignación ante semejante despliegue del poder de su padre. Arthur la leyó muchas veces, temblando al principio. Había en ella una dosis de realidad dolorosa que lo hacía sentirse muy cerca del hombre que no quería ser, de la vida que no le gustaba. Tardó mucho rato en serenarse y en decidir que lo mejor era esperar antes de escribir una respuesta.

Se guardó los papeles en el bolsillo de su horrible y viejo pantalón, y trató de olvidarlos, al menos hasta que volviese a ver a Lena —lo que, estaba seguro, ya no sucedería aquel día—. Así que se limitó a extrañarla y regresó al pueblo.

Entró en la posada cuando ya había caído la noche, melancólico. A aquellas horas de la tarde, el lugar estaba atestado de gente: pescadores que disfrutaban de un rato de asueto antes de echarse al mar al amanecer, ancianos que jugaban a las cartas junto al fuego, los pocos hombres solteros que había en la isla y que no tenían a nadie que les cocinara, salvo la dueña del establecimiento.

A Arthur le gustaba el murmullo de las voces, que cada vez entendía mejor, el olor a comida recién hecha, el vino y las pipas humeantes, las risas desenfadas y el ambiente sencillo y distendido. Nada le habría gustado más que formar parte del barullo y ser uno más de los hombres que olvidaban las penalidades del día a día entre bromas subidas de tono.

Se quitó el viejo abrigo, se sacudió el barro de las botas y se dirigió al rincón en el que siempre se sentaba a comer. Un par de ancianos lo saludaron con cordialidad. El molinero pasó a su lado y le dio una palmada en la espalda. Arthur por fin sonrió.

El dueño de la fonda le gritó desde la puerta de la cocina. Parecía muy serio, enfadado incluso, y le chocó porque hasta entonces había sido más que generoso con él. Arthur fue a responder, pero se quedó con la palabra en la boca cuando reconoció al hombre que ocupaba el que, durante casi tres semanas, había sido su sitio.

Y no pensó. No se contuvo. Tiró el abrigo, corrió hacia el tipo y bramó con todo el dolor que no había logrado arrancarse del alma.

Se lanzó sobre él como un animal herido en su último ataque. Atravesó la mesa, lo golpeó en la cara y lo tiró al suelo sin dejar de gritar. El otro, sorprendido, recibió el puñetazo en la mandíbula antes de que lograra reaccionar o adivinar de dónde le venía.

Cuando lo hizo, apartó de un empujón a Arthur, que ya estaba sobre él y que en su caída tiró vasos y platos cuyo contenido le manchó la ropa y el pelo.

—¡Maldito asesino hijo de puta! —gritó mientras se ponía en pie—. ¿Qué les hiciste? ¿Dónde están?

Se abalanzó de nuevo contra el odioso culpable de todos sus males, pero Feliu respondió a su ataque con un golpe que lo devolvió al suelo. Antes de que pudiera volver a incorporarse, Arthur lo tenía encima. Se enzarzaron en una cadena frenética de puñetazos e insultos.

Aquella vez no le permitió que lo dejara inconsciente. Lo sacudió con fuerza, lo amenazó y le devolvió cada uno de los golpes que le había dado en los anteriores encontronazos. Aquella vez estaban en igualdad de condiciones y Feliu se dio cuenta, porque miró a su alrededor, alarmado, justo antes de que Arthur lo empujara en el pecho varias veces, en dirección al exterior.

Se sentía arder. La rabia lo consumía, y el deseo de venganza le anegó la sangre y el pensamiento. Aquel tipo merecía que le devolviera cada herida, las que le había provocado a él y las que les había causado a sus amigos. Quizás, incluso mereciera morir como ellos: apalizado, ahogado, olvidado.

Los ojos le ardieron por las lágrimas y la ira. Y continuó golpeándolo como un loco, como un sádico, como el maldito muerto en vida que era. Feliu le devolvió cada ataque, en la fonda y después en la calle. Sin descanso, como dos bestias.

En unos minutos, se formó una maraña de patadas, puños, blasfemias, sudor y sangre. Oyó voces a su alrededor y oyó su propio pulso. Cayó una decena de veces, y otras tantas se levantó, seguro de que no había espacio en el mundo para ambos.

—¡Maldito bastardo asesino! —Acompañó sus palabras con un escupitajo sanguinolento que alcanzó a Feliu en la cara—. ¡Malnacido! ¡No voy a dejar que sigas viviendo como si no hubieses acabado con una decena de inocentes!

La respuesta de Feliu llegó en forma de empujón. Perdió el equilibrio. Oyó a la gente jalearse a su atacante cuando se lanzó sobre Arthur y lo inmovilizó contra el suelo, mientras lo sujetaba con fuerza del cuello.

Apretó. Arthur intentó toser o respirar. Fue imposible. Pateó y se removió sin descanso. Nadie salió en su defensa, pero no estaba dispuesto a dejarse vencer. Le arañó el dorso de las manos y Feliu lo soltó. Arthur fue hacia él, decidido a continuar. Su adversario vociferó y varios hombres se acercaron a separarlos.

Pudo reconocer a un par de ellos, pues eran los mismos que lo habían tirado por la borda del barco el día que le habían hecho creer que lo sacaban de la isla. Habría seguido tratando de matarlo hasta que lo matasen a él también, pero reconoció a otros más: simples parroquianos con los que había charlado, o lo había intentado, en otras ocasiones.

Entre un grupo de mujeres que curioseaban a una distancia prudencial, le pareció reconocer también a la prima de Lena. Rabioso y frustrado, se detuvo y los dejó sostenerlo. A Feliu lo soltaron enseguida. A él, en cambio, lo inmovilizaron entre varios.

—¡Es un asesino! —les gritó—. ¡Ese hombre intentó matarme! ¡Mató a mis compañeros!

Hubo murmullos. Cabezas que se sacudían. Algunas miradas escépticas por las que dedujo que habían entendido su acusación.

Se acercaron a hablar con Feliu, que no dejaba de vociferar y dar órdenes. Tenía un aspecto espantoso; Arthur se consoló pensando que, si bien no había podido matarlo, sí debía de haberle roto algún diente.

Dejó de ver con claridad porque un reguero de sangre le manchó los ojos. Cesó de resistirse: nadie parecía creer ni entender una sola de sus palabras.

Era un triste forastero, prácticamente un mendigo.

Se le doblaron las rodillas y se sentó sobre el suelo embarrado. Aturdido, se escondió entre sus piernas. Se habría echado a llorar si no hubiera sido porque, entre sus párpados hinchados, vislumbró el anillo que todavía llevaba aquel hombre.

De repente, pensó en su padre, en la vergüenza que sentiría, desde su orgullo de marqués, al verlo humillado y derrotado, despreciado como un perro por lo que él habría considerado unos vulgares isleños analfabetos.

Arthur no valía nada. Ni para heredar a sus antepasados, ni para defender su honor ni para encontrar una salida. Probablemente, tampoco para que una mujer se enamorara con sinceridad de él.

Arthur era, desde siempre, un fracaso.

Poco después, la multitud se dispersó con reticencia y, por suerte, solo quedaba un puñado de curiosos cuando Arthur se vio obligado a abandonar la fonda y buscar otro lugar en el que pasar la noche.

Ni siquiera lo dejaron entrar para recuperar sus escasísimas pertenencias: se las sacó el posadero, convertidas en un hato informe y andrajoso que, eso sí, le tendió con amabilidad y con una expresión compungida que le supo a disculpa disimulada.

Arthur intentó ponerse en su lugar. El pobre hombre estaba cuidando de su negocio y estaba claro que, en la trifulca con Feliu, tomaba parte por ese último, aunque fuera por interés o por pura necesidad. Si el maldito tenía en el bolsillo hasta al alcalde, ¿cómo no iba a controlar a un pobre tabernero?

A aquel canalla lo perdió de vista pronto y fue una suerte porque, de haberse percatado de a dónde se dirigía, habría corrido tras él para acabar lo que había empezado, cegado e imparabile como el mismo Sísifo. Estaba convencido de que podría dedicar el resto de su existencia a buscar la venganza.

Pero todos parecían dispuestos a protegerlo y dejaron a Arthur abandonado en medio de la plaza, helado y malherido. De pronto, habían olvidado que horas antes habían bromeado con él o que habían intentado entender la historia que no dejaban de pedirle que les narrara.

Al principio, no supo adónde ir. Caminó en la oscuridad, al frío de la noche, como un vagabundo que recorre las mismas calles, una y otra vez, a la espera de una señal del destino o de un gesto de caridad. No percibió ni lo uno ni lo otro. De nuevo estaba perdido. Y solo.

Cuando se detuvo un momento junto a una ventana iluminada, se tocó el rostro y observó sus manos manchadas de sangre, sudor y lágrimas. No pudo dejar de pensar que, aunque no lo quisieran en ningún rincón de aquella maldita isla, sí había un sitio al que él se moría por regresar. Un regazo en el que llorar.

Capítulo 20

LA OSCURIDAD

En algún momento de la noche, el faro se apagó. Lena se dio cuenta porque no dejaba de asomarse a la ventana, incapaz de dormir. Al principio, la luz había parpadeado más de lo habitual. Después, había permanecido inmóvil, iluminando la misma porción de mar. Por último, se había desvanecido.

El paisaje de la Mola, bajo el cielo cubierto, quedó a oscuras.

Como antes.

Como solía verse cuando la inmensa torre no había aparecido todavía para alzarse sobre el abismo, cuando la desesperanza y la monotonía eran las únicas emociones que hacían latir el corazón de Lena.

Pensó en su prima, que aún no había regresado, y temió que se hubiese quedado atrapada en medio de la oscuridad de la llanura al volver a casa. Intentó no imaginar qué estaría haciendo ni con quién, porque la consumían la rabia y la preocupación a partes iguales.

Nerviosa, se echó el mantón encima y salió a la cocina. Hacía un rato que sus abuelos y su madre se habían ido a dormir, y la casa parecía en calma tras el ajetreo de ese día.

Puso un poco de leche en un cazo y dejó que se calentara sobre las últimas brasas, que se consumían lentamente. Se sentó en una silla y las observó con la vista perdida, esperando que el sueño la llamara por fin.

Al parecer, lo deseó con tanta fuerza que le pareció oír una voz, un susurro que pronunciaba su nombre. Sonrió, porque le recordó a Arthur. Incluso en su mente recreaba su tono, su sonido único, la forma en que acariciaba sus oídos. El cansancio y la falta de sueño la estaban haciendo perder la razón.

Segundos después, la volvió a oír. Más cerca. O más fuerte. A continuación, un golpe suave, pero de la intensidad de un ruego, la hizo ponerse en pie de un salto. Corrió hacia la puerta y la abrió. Una silueta se dibujó despacio en la oscuridad.

—¡Arthur! —Le costó un mundo no gritar—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Qué ocurre?

Él no respondió. Dejó caer al suelo lo que cargaba, con un gesto de derrota, y se abrazó a ella. Pronunció su nombre varias veces y Lena, estremecida, le permitió continuar cuando él ocultó el rostro en el hueco de su cuello. Le pareció oír un quejido y se inquietó.

—Hace frío —le dijo con suavidad, temerosa de romperlo más—. Ven adentro.

Le cogió la mano, y él la aceptó con un suspiro. Lena lo acercó al fuego y lo observó con atención. De nuevo, le costó ahogar un grito de terror.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Tenía el rostro cubierto de sangre seca, varios cortes y un

ojo hinchado.

—Ha sido Feliu —dijo él tras un largo suspiro. Ella se sobresaltó y le hizo un gesto para que bajara la voz—. Me lo he encontrado en la fonda y no he podido contenerme. Le he dado una buena tunda.

—Y él a ti también, por lo que veo.

A Arthur le hizo gracia el comentario, pero se tapó la boca para no hacer ruido, obediente.

—Pega fuerte el cabrón —bromeó con expresión triste—. Y es capaz de partirme la cara, pero también el alma.

—¡Ay, Arthur! —Tiró de él y lo invitó a sentarse. Lo obligó a levantar el rostro y estudió las heridas. Arthur cerró los ojos, y dejó que le tocara el pelo y la frente. Cuando le puso la mano helada sobre la mejilla dolorida, él suspiró de alivio—. ¿Cómo has acabado así?

—No sé de qué te sorprendes si, desde que estoy en esta isla, he pasado más tiempo hecho un despojo que con mi aspecto normal.

—Lo siento.

—Lo entiendo, soy mucho más guapo con el rostro sano.

Lena sonrió. Él hizo lo mismo, pero se interrumpió con una mueca de dolor.

—Espera un momento.

Lena fue a su habitación a buscar una manta y un par de paños limpios. De camino, se aseguró de que las puertas de los demás cuartos estuvieran cerradas del todo. No quería despertar a nadie y que censurasen la presencia de Arthur.

Oyó un par de toses y se puso nerviosa. Tendría que darse prisa y sacarlo de la casa cuanto antes, aunque le parecía una idea terrible, cruel incluso. Puso agua a calentar junto al cazo de leche y, luego, envolvió con la manta a Arthur, que agradeció el gesto con un suspiro.

Lena acercó otra silla y se sentó frente a él.

—Cuéntame qué ha pasado. ¿Dónde ha estado Feliu todo este tiempo?

—No lo sé. Llegué a la fonda, después de pasar el día arreglando la barca, y lo vi bebiendo como si nada, rodeado de infelices que parecían encantados con su presencia. Me cegué y me abalancé sobre él.

—Y él se defendió.

—¿Se nota mucho? —Lena no pudo contener un par de carcajadas silenciosas. Arthur sacó una mano de la manta y estrechó una de las de Lena con suavidad. Ella no tuvo corazón para negarle ese pequeño asidero—. Los demás acudieron en su ayuda. Todos parecen haberse puesto de su parte. Luego..., me echaron.

—¿En serio? —No le sorprendía que la gente del pueblo defendiera a Feliu a toda costa, no les quedaba otro remedio, pero sí que los padres de Marina dejaran a Arthur abandonado a su suerte.

—Como a un perro.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me da igual, la verdad. Ahora mismo, me bastaría con parar el tiempo y quedarme aquí, junto a ti. Estás preciosa. —Lena cayó en la cuenta de que iba en camisón y llevaba el pelo suelto. Habría corrido de vuelta a su habitación a cambiarse de no ser porque, entonces, él le dedicó una sonrisa dolorida y afirmó—: Pareces una ninfa.

Lena no sabía qué era una ninfa, pero esa imagen se veía tan bonita en los ojos de Arthur que se quedó a su lado, decidida a disfrutar del inesperado goce de hacer justo lo contrario a lo que debía.

Se levantó y retiró los cazos de la lumbre. Mojó uno de los paños en el agua caliente, lo estrujó y se lo tendió a Arthur. Él comenzó a limpiarse el rostro, y ella se limitó a quedarse mirándolo,

hasta que aceptó que solo no podía y lo ayudó.

Acercó la silla hasta que sus piernas se rozaron y le retiró con cuidado los restos de sangre de la cara. No tenía ya ninguna herida abierta y, una vez limpio, su aspecto no fue tan desastroso como había parecido al principio.

Le frotó los ojos, la mejilla áspera y la comisura de los labios. No pudo evitar que la asaltara el recuerdo de su tacto sobre los de ella. Conocía a la perfección cómo sabían.

Todavía los contemplaba embobada cuando él habló.

—Al menos, tengo la fortuna de poder venir a refugiarme en tus brazos cuando ya no me queda nada.

—No digas eso; encontraremos una solución.

—¿A qué? ¿A que venga a buscar tu cariño? Eso es inevitable. Ojalá pudiera pasar las noches a tu lado, para no tener que atravesar el maldito monte a oscuras para encontrar consuelo en alguna parte. —Le tomó la mano con la que lo limpiaba y le besó la palma—. Para dejar de pasar las horas pensando en ti.

—Arthur, yo... no sé...

A Lena le ardía la cara. Le palpitaba el pecho. Y en su estómago revoloteaba la emoción que la asolaba siempre que él le hablaba o la miraba, y que se desbordó cuando él se dejó caer hacia delante, contra su regazo.

Ella recordó el primer día que lo había sacado del mar y lo había acunado del mismo modo, su pelo brillante y su rostro apoyados en sus piernas. Tan frágil, tan perdido.

—Solo existes tú. No tengo nada más —lamentó él—. Me siento tan solo... ¿Sabes qué, Lena? A veces, no sé si quiero seguir adelante. Me pesa tanto la vida...

—Calla. No digas eso. —Comenzó a acariciarlo despacio, y él ronroneó como un gato herido. Lena no recordaba que le hubiera resultado tan placentero cuidar de alguien. Arthur era siempre una sorpresa—. Nada es tan terrible.

—Cuando tú estás, no. Cuando me tocas así... —Hablaban con los ojos cerrados—. Pero después me quedo solo y soy consciente de dónde estoy, de lo que no tengo, de lo que he vivido y de las cosas a las que tengo que enfrentarme. Pero, por encima de todo eso, estás tú. Tú llenas mi mundo, mi mente y mis sueños.

Ella. Ella, que era tan poquita cosa, que era solo una mujer que no tenía nada más que una cabeza llena de anhelos que no sabía cómo cumplir y unas ganas infinitas de que alguien la quisiera tanto como para quedarse en su isla. Pero en la isla remota de su corazón, la de sus cargas.

¿Y si era él? ¿Y si era el hombre que de verdad deseaba permanecer a su lado? No en la isla, ni en su tierra ni en la de él. Solo junto a ella, donde fuera.

—Dime una de esas cosas tan sensatas que tú dices y que me hacen sentir tan bien —rogó Arthur—, de esas que me ponen los pies en la tierra y me anclan a la realidad. Algo que me temple el alma.

—No deberías estar aquí.

—No me refería a eso.

—Pero sabes que es verdad.

Entonces él se enderezó y la miró suplicante. Imaginó que la suerte le permitía tenerlo para siempre, para ella. Que vivía colgada de su cuello por toda la eternidad. Que vivirían juntos, que se harían compañía. Que algún día podría besar su boca hasta quedarse sin sentido y averiguar con él qué era eso que había hecho perder el juicio a las mujeres de su familia.

¿Cómo era posible que el mar le hubiera dado a Arthur, cuando ella lo odiaba tanto? ¿Y si era

una jugarreta del destino? ¿Cómo podría estar segura?

—¿Por qué yo? —se le escapó. Él frunció el ceño, sin comprender—. ¿Por qué yo, Arthur? Podrías tener a cualquier mujer. —Dejó que la inseguridad hablara por ella, que los recuerdos de otros abandonos expresaran su desconfianza y su miedo—. Podrías tener a otra mucho mejor: educada, refinada, rica... A decenas de ellas. ¿Por qué?

Arthur sonrió y le acarició la mejilla. Sus rostros estaban muy cerca, y podía sentir el calor y humedad de su respiración, así como la sinceridad que destilaban sus palabras.

—Porque eres la única que se ha metido en cada resquicio de mi mente, la única que me ha hecho desear un hogar. Uno de verdad. La que me ha hecho convencerme de que de verdad no me importaría dejarlo todo.

—¿Y eso no te da miedo?

—¿A ti sí?

A ella se le escapó un quejido.

—Más del que puedo soportar. Porque, si te vas..., si me dejas..., si te pierdo...

—Entonces saldrá bien, porque yo siento lo mismo.

Lena creyó que iba a besarla. Lo deseaba tanto que el vientre le dolía. Quería uno y mil besos como los de la noche anterior, hasta que le escocieran los labios y la lengua. Quería que todo fuera verdad.

Pero entonces se imaginó que él se marchaba, también, con tanta nitidez que pudo sentir la desolación que se apoderaría de ella, tan familiar. Y pensó en esa otra mujer de la que solo conocía un nombre y un papel en la vida de Arthur, y la consumió el remordimiento.

—¿Qué pasa con Penélope?

Arthur abrió mucho los ojos, sorprendido. Inspiró hondo y se puso en pie. La manta cayó deshecha sobre la silla.

—Penélope es una arpía.

Lena aguardó a que añadiera algo más, una explicación a aquella rotunda y horrible afirmación. Él dudó, pero pudo adivinar que se debatía entre las ganas de contárselo y las de escapar. Ella optó por levantarse a por dos vasos. Los llenó con la leche que había quedado olvidada sobre las brasas y le tendió uno.

—Necesito entenderlo —dijo—, porque mi conciencia no acepta lo que siento por ti, lo que me muero por hacer y las decisiones que querría tomar si me persigue la sombra de una mujer que espera.

Arthur tomó el vaso y perdió la vista en su contenido. Lena esperó con paciencia el tiempo eterno que él tardó en responder.

—No quiero hablar de Penélope. Preferiría arrancarme la piel a tiras antes que recordarla aquí, convertida en una barrera entre tú y yo.

—Pero existe. Y necesito una explicación.

—Ella no es como tú, Lena.

—Eso puedo comprenderlo.

—No, no puedes. Tú ni siquiera podrías imaginar lo que ella es capaz de hacer para conseguir lo que quiere. Me utilizó para aprovecharse de la posición de mi familia y de nuestra fortuna para salvar a la suya.

Lena se encogió de hombros y volvió a sentarse. Él la imitó.

—Eso se parece a lo que intentamos todas —afirmó rotunda antes de dar un sorbo a la leche.

—¿Todas?

—Queremos una vida mejor, la tranquilidad de un buen matrimonio y de un compañero

adecuado.

—¡Claro que no es igual! No es lo mismo un compromiso de mutuo acuerdo, deseado por ambas partes, que uno impuesto con el único fin de no dejar de ser la favorita de la alta sociedad.

—No entiendo...

—Me tendió una trampa. Fue durante un baile en su casa —comenzó a explicarle, sin mucho aplomo, rehuyéndola—. Mientras bailaba con ella, me hizo creer que estaba indispuesta. La acompañé al primer lugar tranquilo que encontré, y entonces se me tiró encima y trató de besarme.

A Lena se le escaparon un par de carcajadas incómodas, falsas, porque se le retorcieron las tripas al imaginárselo en los brazos de otra mujer.

—No te rías, Lena. Era un plan maquiavélico: se las ingenió para que nos descubrieran a los dos allí, a solas, y para que pareciera que estaba propasándome con ella. No pasó nada más, te lo juro; esa mujer ni siquiera me gustaba. Pero ¿qué iba a hacer? Todo el mundo se volvió loco. Tuve que aceptar casarme con ella.

—¿Por qué?

Arthur la miró con incredulidad.

—Porque, si no, estaría arruinada —le explicó. Lena no terminaba de entender la historia—. No de dinero, sino su reputación. Nadie querría casarse con ella. La repudiarían.

—Pobrecilla —soltó, porque conocía bien el horizonte negro que se cernía sobre las mujeres. Al parecer, era tan extenso que llegaba hasta Inglaterra.

Arthur se quedó con la boca abierta unos segundos.

—¿Te lo parece? ¿Y yo? ¿No te doy pena yo? ¿Es justo que tenga que comprometer el resto de mi vida con alguien que ni siquiera me resulta agradable? ¿Condenarme por algo que no sucedió?

—No, no lo es. Puedo entenderos a los dos.

Extendió una mano y le tocó el brazo en un gesto reconfortante. La vista de Arthur se perdió en los movimientos de sus dedos, que ella comenzó a deslizar a lo largo de su antebrazo.

Aprovechó que él estaba distraído en su indignación para llenarse las yemas de su tacto; para explorar las formas, el contorno, la piel caliente. Como una desvergonzada. Una que se moría por seguir tocando.

—Eres increíble —le susurró él. Y sonó sincero.

—Sé lo que es la desesperación —se justificó—. Y no sé si tu explicación me convence. Sigue esperándote, sea cual sea el motivo, y tiene más derechos que yo.

—Pero tú eres diferente.

—Soy una mujer, como ella, y con mucho menos valor. Penélope pertenece a tu mundo.

—Y yo odio ese mundo.

Se quedaron callados. Arthur apresó la mano con la que lo acariciaba solo para aferrarla más a él. Se dio cuenta de que no quería seguir hablando del tema, pero ella sí se moría por conocer detalles de esa existencia que él despreciaba.

—¿Cómo es un baile? —preguntó.

—Aburrido. —Lena volvió a mirarlo como si fuera imposible creerlo—. De verdad. Es un triste desfile de vestidos caros, joyas, hipocresía y mujeres que se exhiben como ganado.

—Pensaba que eran como las fiestas del pueblo. La gente se junta en la plaza, y algunos muchachos tocan la flauta y el tambor, y todos bailamos. Reímos y nos divertimos. Algunos beben demasiado, claro. Yo antes disfrutaba mucho. —Suspiró—. Pero se acabó desde que mi padre y Guiem desaparecieron. A veces, creo que era otra Lena la que bailaba y reía. Ya no lo

hago.

—Sí lo haces; yo te he visto reír muchas veces.

—No, Arthur, es contigo con quien río. No te das cuenta porque, cuando lo hago, tú siempre estás presente.

Él dejó el vaso en el suelo y se aproximó.

—Pues me encanta ser parte de esa risa —confesó— y hablar contigo, trabajar contigo; tomar juntos un vaso de leche, junto al fuego, al final del día. —Le tomó el rostro entre las manos y ella, en un acto de rendición, cayó hacia delante y apoyó su frente contra la de él—. Lena, preciosa, no hay ningún baile, ninguna riqueza ni ninguna tierra que pueda compararse con tu compañía, con un momento como este que estamos viviendo ahora. Simplemente esto.

—No es cierto. No soy suficiente. Nunca lo he sido.

Claro que no. Y no entendía cómo él no podía verlo, por qué le mentía, por qué se mentía a sí mismo.

Se oyó toser a alguien, y la burbuja que los envolvía se rompió.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó sobresaltada.

Sintió una dolorosa punzada de compasión al ver sus magulladuras. Arthur merecía un poco de tranquilidad, pero ella no sabía cómo dársela.

—Estoy contigo, ¿qué más da lo que pase?

Lena iba a decirle que no podía quedarse allí, a ponerle mil excusas odiosas y que nada tenían que ver con lo que de verdad deseaba, pero entonces la puerta se abrió y una ráfaga de viento frío hizo zozobrar las dos velas que iluminaban la cocina.

Ambos se pusieron en pie, como dos ladrones atrapados en pleno robo.

A Lena le costó reconocer a Pilar, aunque era obvio que no podía ser nadie más. Iba tapada pero, aun así y a pesar de la penumbra, pudo darse cuenta de que iba despeinada, sucia y de que su respiración estaba alterada.

Cuando los descubrió, se quedó mirándolos entre incrédula y censuradora. Lena tuvo que hacer un esfuerzo para recordarse que no estaban haciendo nada malo, no más allá de soñar, algo que ella no podría afirmar sobre sí misma.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó después de cerrar la puerta. Luego, le dirigió una mirada de advertencia—. ¡Lena!

—Ha tenido un altercado con Feliu —respondió a la defensiva.

—Lo sé. —Pilar hablaba en susurros, con el rostro descompuesto. Lena habría jurado que tenía cara de haber estado llorando mucho. De estar a punto de hacerlo en cualquier momento. Parecía desencajada, rota. Sorprendentemente alterada—. ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Si se ha comportado como un... energúmeno! ¡Está loco! —Se acercó a Arthur, que guardaba silencio, con una expresión seria y fría en la que era imposible descifrar emoción alguna, muy distinta a la del hombre cariñoso de hacía unos minutos. Pilar lo encaró y le habló—. ¿Me oyes, náufrago del demonio? ¡Estás loco! ¿Sabes lo que has conseguido? —Él no respondió. Miró a Lena, tal vez para fingir que no la había entendido. Pilar, entonces, se dirigió a ella—. Tendrías que haber visto cómo se lanzó sobre él. ¡Es un salvaje! Y Feliu, después, estaba furioso y...

Le temblaba la voz, y no era por el enfado. Lena la conocía demasiado bien.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿A mí? Nada. —Hipó. Suspiró. Se llevó la mano a la cara como para recomponerse.

—Estás llorando.

Pilar dudó.

—No.

—Sí —insistió Lena.

El rostro de Pilar se desfiguró y le causó una extraña impresión, una opresión en el pecho. Había una emoción en él poco habitual, un dolor que solo le había visto cuando su esposo la había dejado. Su voz... Su voz no era la suya.

—¡Cállate de una vez! ¿Tú qué sabes? ¿Sabe tu madre que él está aquí? ¿Cuándo ha llegado? Dile que se marche. O se va él, o me voy yo.

—Pilar, ¿qué...?

—¡Que se vaya! —insistió gritando sin control—. ¡No soporto verlo! ¡No lo soporto!

Arthur las observaba a ambas, silencioso y desconcertado. Pilar, poseída por una repentina rabia, se abalanzó sobre él y lo empujó. Él dio dos pasos hacia atrás, sorprendido. Pilar volvió a empujarlo, y esa vez Arthur la cogió por las muñecas para detenerla.

—Lena, ¿qué le pasa? —preguntó nervioso.

—¡Para, Pilar! Haz el favor de tranquilizarte.

—¡No! ¡Quiero que se vaya o soy capaz de ahogarlo!

Alguien llamó a Lena con insistencia desde una de las habitaciones. Pilar sacudió los brazos, que Arthur soltó de inmediato. Se tapó la cara, se encogió sobre sí misma y cayó sentada en el suelo, llorando con desesperación.

—¿Está bien? —preguntó Arthur.

—No lo sé —respondió Lena. Se acercó a su prima, que la apartó de un manotazo y lloró más fuerte.

La madre de Lena volvió a llamarla. Ella no tenía ni idea de qué hacer. Miró a Pilar, que parecía ahogarse frente a ella, y luego a Arthur, que se dio cuenta de su vacilación y entendió su súplica silenciosa.

—Os dejaré solas —dijo—. ¿Puedo dormir en el granero?

—Allí hace mucho frío.

—No pasa nada. —Cogió la manta con la que se había tapado antes y se dirigió a la puerta—. Me iré por la mañana.

—¿A dónde?

Arthur no respondió. Salió y cerró la puerta con sigilo, como si no quisiera molestar. Lena se quedó quieta un instante, deseando que volviera a abrirse. O, quizás, deseando salir corriendo tras él.

Miró luego a su prima, que se estremecía por el llanto.

Se quedó allí quieta, de pie, sola. Sin entender qué estaba ocurriendo. Incapaz de ofrecerle consuelo. Lejos.

Apenas un par de minutos después, apareció su madre. Por suerte, Arthur se había marchado antes de que lo descubriera.

—¿Por qué gritáis a estas horas?

—No pasa nada, madre.

Pero, obviamente, no se creyó la mentira. ¿Cómo iba a hacerlo si Pilar parecía estar a punto de caer desmayada de dolor?

—¿Y a esta qué le pasa?

Lena esperó a que su prima respondiera, pero ni siquiera levantó la mirada.

—Nada, no se encuentra bien.

—Culpa de ella. Esas son las consecuencias de andar por ahí, de noche, como una... ¡Me callo! Porque bastante vergüenza es saber lo que dicen por ahí de nosotras. ¡Me vais a matar!

Se sentó y se llevó las manos a las sienes. Sollozó también, pero Lena supo enseguida que era

mentira; solo estaba molesta por no ser el centro de atención. De hecho, estaba segura de que llevaba todo el día fingiendo que tosía para reclamar los cuidados de Lena. Estaba empezando a sospechar que todos sus males, incluido su eterno dolor de corazón, eran también una invención.

¿Y qué más daba? Estaba atada a ella por más rabia que le diera, por más condena que supusiera. Era su madre y no tenía a nadie más. Le daba pena, porque debía de ser muy triste vivir martirizada por aquellos celos irracionales y porque ella también sabía lo que era el miedo a ser abandonada.

Las observó en silencio. Las tres eran simples sombras de lo que una mujer debería ser. Ninguna era feliz ni lo había sido nunca, más que en momentos escasos y ya lejanos.

Pero Lena había sido feliz hacía solo unos minutos. Asustada por el futuro y por sus emociones, pero inmensamente feliz.

Decidida a ignorarlas, recogió los vasos de leche antes de que su madre advirtiera que había dos. Se entretuvo lavándolos y guardando algunos trastos que habían quedado desperdigados en la cocina.

Después, pensó en irse a la cama y en dejarlas solas, lamentando su mala suerte en mutua compañía. Pero sabía que no pegaría ojo, porque su conciencia le pedía a gritos que saliera de allí y fuera en busca de Arthur. Que se fuera con él adonde quiera que quisiera llevarla, de una maldita vez.

Un rato después, su prima se recompuso, se limpió la cara en la falda y se levantó entre hipidos. Dio un par de pasos en su dirección. Parecía ausente. Lena buscó algo que decirle que pudiera traerla de vuelta del lugar donde ella parecía estar perdida, del misterioso sufrimiento que le retorció las tripas, porque la vio llevarse allí la mano y volver a sollozar.

—Pilar, ¿qué ha pasado? —insistió.

—Nada.

—¿Ha vuelto a hacerte daño?

—¿Quién? —preguntó su madre.

Lena vio la súplica en los ojos de su prima y aceptó cambiar de tema.

—El faro está apagado —comentó intentando sonar despreocupada. Difícil, porque solo quería gritar.

—Me he dado cuenta —dijo Pilar tras un largo suspiro. Le costaba articular las palabras.

—¿Qué habrá pasado?

—¿Te preocupa?

—Me preocupan más otras cosas.

—¿Como qué? —La desafió.

Alguien tosió.

—El abuelo, por ejemplo. Voy a verlo. Y será mejor que vosotras os vayáis a la cama; es tarde.

—Tú también deberías irte a la cama —le aconsejó Pilar, no sin malicia.

Lena decidió no entrar en otro conflicto. Debería aprender a ignorarla, por su propio bien, pero no podía.

Mientras arropaba a su abuelo, le tocaba la frente —que ardía— y lo refrescaba con paños húmedos, no dejó de darle vueltas a la actitud de su prima y tuvo que reconocer que, como siempre, la preocupaba.

Ese era su problema: que se preocupaba. Por los escarceos amorosos de Pilar, por la tristeza de su madre, por la salud de su abuelo y por los huesos de su abuela. Por las cabras, por los conejos, por el carbón, por el farero y por Marina. Por el tiempo, por las cosechas, por el pozo y por la leña. Por Arthur. Y a veces, solo a veces, por sí misma.

En ese momento, habría dado la mitad de lo poco que tenía por dejarse llevar de una vez, dar un golpe sobre la mesa y reconocer en voz alta su verdad: que ella no quería cuidar a nadie más, que no quería trabajar más en el campo ni hacer carbón. Tampoco quería casarse con un hombre aburrido y cambiar las tareas domésticas de su casa por las del faro. No quería compartir vida y cama con quien no le robaba suspiros ni se colaba en sus sueños.

No quería un esposo, sino un compañero, un amante. Uno en concreto.

Y lo veía tan imposible que la consumía la pena. Nunca lo tendría. Lo más probable era que, también, a él lo perdiera.

La tristeza que le oprimía el pecho al imaginarse una isla en la que no estuviera él era más intensa que cualquier otra que hubiese sentido antes, y eso que estaba acostumbrada. Arthur era su última oportunidad, su verdadero sueño. Y tenía la certeza de que la realidad se lo arrebataría. Su propia familia lo alejaría.

Se metió en la cama con la intención de descansar de una vez, de asumir de nuevo cuál era su lugar, pero cambió de inmediato de opinión y ni siquiera esperó a que su prima se durmiera.

Se levantó con sigilo, se peinó y se perfumó un poco. Salió de la habitación, cogió una vela y se marchó al granero, temblando por el frío y por la excitación de quien sabe que va a cometer una locura.

Y que el amanecer se encargara de colocar cada pieza en el lugar que le iba a corresponder a partir de entonces.

Capítulo 21

PROMESAS

A Arthur le había costado llegar hasta el granero a oscuras, mucho más encontrar allí un lugar en el que dormir. Dio vueltas por la estancia tanteando a su alrededor, hasta que se topó con un montón de paja seca que se guardaba para alimentar a los animales durante el invierno. Se tumbó y se tapó con la manta, y no pudo contener un suspiro de alivio.

Estaba exhausto y dolorido por la pelea, a pesar de las curas de Lena, y también desconcertado por la extraña escena que acababa de vivir. Durante los días que había pasado en aquella casa, Arthur apenas se había relacionado con la prima de Lena y, en las pocas ocasiones en las que habían coincidido, había sido amable e incluso coqueta.

Suponía que tenía que ver con su encontronazo con Feliu. Pero incluso a alguien como Arthur, que solía exagerar las emociones sin darse cuenta, le parecía una defensa demasiado apasionada para una amante y le daba la impresión de que, si se hubiese quedado con ellas, no habría hecho más que empeorar la situación.

Aun así, estaba preocupado por Lena, molesto por no tener en su vida un papel lo suficientemente importante como para permanecer a su lado apoyándola.

Intentó dormir o, al menos, descansar un poco. Para alguien tan perdido en el mundo como él, el sueño era el único solaz que le permitía huir de una realidad descorazonadora. Desesperada, si no fuera por Lena. Ella era su única esperanza, una luz al otro lado del túnel, un final donde encontrarse consigo mismo.

Como tantas otras noches, se recreó en el recuerdo de sus ojos, de su piel y de su canto para no permitir que lo alcanzara el desasosiego. Lo consolaba saber que estaba muy cerca.

Dormitó a ratos, porque tenía frío. En algún momento de la noche, unos pasos lo despertaron, y el granero se iluminó con la luz de una lámpara. Se incorporó de inmediato y la figura blanca, temblorosa y espectral que descubrió lo aturdió.

—¿Lena? —Iba en camisón y llevaba los pies cubiertos por unos simples calcetines; debía de estar helada—. ¡Lena! Pero ¿qué...?

—Soy yo —respondió ella, mucho más bajo, como invitándolo a bajar la voz.

—Eres tú —confirmó como un tonto.

—Sí.

No dijo nada más. Él intentó ponerse en pie, pero Lena se acercó y alzó una mano para indicarle que no lo hiciera.

—¿Estás bien? —le preguntó cauteloso, porque parecía muy triste, y su dolor lo hirió a él también.

—No. Yo... vengo porque me siento muy mal, y contigo... Contigo siempre río, ¿no es así? — Arthur suspiró. Su Lena debería ser feliz. No podía haber nadie que lo mereciera más—. ¿Podrías abrazarme? —le rogó sin atreverse a mirarlo—. Ya sé que estamos solos y... a medio vestir, pero hace mucho tiempo que necesito que alguien me abrace. ¿Querías hacerlo tú?

—Claro que sí.

—Gracias.

—¿Gracias? El afortunado soy yo por que me consideres digno de tus abrazos.

Y entonces se le dibujó una media sonrisa.

—Eres un exagerado.

Arthur asintió divertido.

—Ven, anda, hace mucho frío.

Apartó la manta y se hizo a un lado para dejarle sitio. La vio dudar, por supuesto; ni siquiera Arthur entendía cómo se había atrevido a sugerirle algo así. Tenía que aprender a controlarse.

Pero entonces ella, ágil como las lagartijas que se tostaban al sol de la isla, soltó la lámpara en el suelo y se escurrió entre la manta y la paja, y se acurrucó contra él con un suspiro de satisfacción. Arthur los cubrió a ambos y se dejó caer a su lado.

Durante un rato, ninguno dijo nada. Lena miraba al techo, y Arthur se limitó a contemplar su perfil. El pelo rubio caía suelto alrededor de sus hombros y le cubría el pecho, que subía y bajaba a un ritmo acelerado.

Había soñado muchas noches, durante muchas horas, con tenerla así. Con susurrarle palabras seductoras al oído y compartir el calor de una cama. Había fantaseado con lo que le diría, con lo que le haría. Pero tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder hacer una simple pregunta estúpida.

—¿Sigues queriendo que te abrace?

—Sí.

Arthur habría muerto si le hubiera respondido que no. Despacio, rodeó la cintura de Lena con el brazo y la atrajo hacia él. Ella se tensó al principio, pero empezó a acariciarla arriba y abajo, y se relajó.

Con un suspiro, puso una mano sobre la de Arthur y lo acompañó en sus movimientos, mientras él se deleitaba con el tacto de su palma sobre su mano y con el de la fina tela que cubría su carne, tierna y suave, en el otro lado.

—Se está bien así, ¿verdad? —le susurró él al oído.

—Sí. Mucho mejor de lo que imaginaba.

—¿Lo imaginabas?

Arthur aprovechó la pregunta para acercarla más. Encajó la cabeza de Lena en su hombro y ella colocó una pierna sobre la de él, anhelante de contacto. A Arthur se le escapó un quejido de satisfacción.

—A todas horas —confesó.

—Cuéntamelo.

—¡No! —Lo miró entre indignada y avergonzada. A pesar de la débil luz, distinguió el rubor en su mejilla pálida y sintió deseos de morderla allí.

—¿Por qué no?

—No se habla de esas cosas —sentenció sin apartar la cara, un gesto de valentía en medio de su timidez.

—Tú ya me has hablado de todos tus sueños.

—Sí, pero esto... es distinto. Esto es terrenal, Arthur. —Cogió aire con fuerza—. Es de verdad.

Estamos aquí, abrazados casi a oscuras. Tus piernas están rozando las mías, y siento tu voz pegada a mí en la penumbra. Lo estoy viviendo de verdad. Y yo no sabía que podía ser así.

—¿El qué?

—Estar con un hombre. Acostarme con un hombre. —Arthur se sobresaltó, y un calambrazo de deseo le recorrió la espalda—. Pensaba que pasaban otras cosas. Ahora entiendo por qué todas se vuelven locas cuando lo prueban.

—¿Has venido a acostarte conmigo? —Si le hubiesen dicho que era él el que estaba soñando, lo habría creído sin duda.

—Sí. —Lena devolvió la vista al techo. Apretó la mano de Arthur contra su costado, en un gesto de súplica—. Me gusta.

—Lena, no sé si te estoy entendiendo. No es exactamente esto lo que pasa cuando un hombre y una mujer... se acuestan juntos. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí! ¡Por Dios, Arthur! Tengo ovejas, gatos, conejos y gallinas. Sé muy bien en qué consiste e imaginaba que debía de ser agradable, porque a las gatas les gusta.

—¿Entonces...?

—Lo que no sabía era que se sentía este escalofrío, esta angustia y esta agonía por lo que va a pasar. No te rías.

—No me río, Lena. Me siento halagado de que me estés ofreciendo algo tan grande.

Lo que tenía era una sonrisa de tonto, y no sabía qué debía hacer y qué era lo que Lena esperaba. Solo sabía que la deseaba con desesperación y que su cuerpo, expuesto a su lado y cubierto solo con el camisón, era lo más tentador que había visto jamás.

—Debes de pensar que soy una tonta. Sí. Estoy segura de que, en cualquier momento, te levantarás y echarás a correr lejos de mi absurda vida y de mi estupidez. —Arthur quiso negarlo, pero se apresuró a interrumpirlo—. No, tranquilo, estoy acostumbrada.

—Estás muy equivocada, cariño. No hay lugar en este mundo en el que pueda esconderme de ti. —Le dio un beso en la mejilla, porque ya no podía resistirlo más—. Lo llenas todo, más allá de mi comprensión. Vivo obsesionado con tus ojos desde la primera vez que se cruzaron con los míos. Oigo tu voz, que me canta en sueños. Me fascina tu entereza, tu lealtad a los tuyos. Tu capacidad de sonreír aun siendo infeliz.

—Contigo.

—Conmigo. —Y esa afirmación lo inflamó más que el más apasionado de los besos. Le dio poder, y pudo sentir cómo se consumía entero ante la sola idea de acercarse a ella. De fundirse en ella por completo. Movié la mano hacia su vientre, hacia su pecho, que se movía acelerado—. Adoro tu calor..., tu cuerpo... Lena, tú, que eres del color de la nieve, me haces arder.

Cuando lo miró, parecía totalmente aturdida. Moriría consumido. Esa noche. Allí mismo. Perdido en sus ojos grises, en el anhelo que se escapaba entre sus labios entreabiertos.

—Arthur, ya sé que no deberíamos estar así, pero no tengo fuerzas para luchar por evitarlo. ¿Por qué no si lo deseo tanto? ¿Por qué yo no?

Él apretó más las manos en su cintura, en su espalda, en su cadera. Ella gimió cuando la obligó a volverse hacia él. Ambos cuerpos chocaron. Cuando sus pechos y sus caderas entraron en contacto, fue Arthur el que soltó un gemido suplicante.

—Me muero por besarte, Lena —murmuró muy cerca de su boca—, por acariciarte, por tenerte. Hasta que nos perdamos juntos y nos desintegremos. Te deseo. Solo a ti.

—Sí, Arthur, es... —Le cogió la mano y la acercó a su pecho—. Es aquí. Lo siento aquí. Miles de cosas. Y cuando estoy contigo, se calman, pero a la vez crecen. Están en todas partes y duelen. Hieren.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Deslizó los dedos entre sus pechos. Lena, en un movimiento involuntario, se frotó contra él, vientre contra vientre—. Dime, sirena: ¿qué hago?, ¿qué necesitas?

—Vivir. —Buscó los ojos de Arthur y le regaló una sonrisa—. Volar. ¿Y tú?

—A ti.

Lena le acarició el pelo y enredó los dedos entre sus mechones. Los tocó y desordenó con dedicación. Después, se acercó a sus labios y recibió el beso que él ya no pudo contener más.

Se paró el tiempo, y el firmamento dejó de girar. Se saborearon con calma, primero, y con ansia después. Fue un beso eterno como el universo, o una sucesión de miles de ellos, diminutos como las estrellas en la noche, puro fuego y pura luz.

Arthur cerró los ojos y se deleitó con el sabor de su boca, con el contacto de sus dedos finos en su pelo y en sus mejillas, que lo acercaban a ella como en un ruego. Él respondió sin dudar.

Delineó el contorno de su espalda, se aferró a su cintura como si el mar lo estuviera arrastrando en dirección contraria, y se perdió. Gimió en su boca una y otra vez, incapaz de controlar el torrente de deseo que lo asolaba y que Lena, que lo besaba sin descanso, inflamaba más y más con el movimiento desacompañado de su cuerpo contra él.

Se llenó de ella: lamió su cuello, le mordió el labio y el lóbulo de la oreja, le acarició las nalgas y la atrajo hacia él hasta que el tacto de la ropa entre ambos se volvió molesto. Apartó el camisón, y sus dedos se arrastraron con él muslo arriba. Lena era suave. Caliente.

La miró a los ojos y la vio perdida, confundida y, para su satisfacción, excitada.

—¿Te gusta? —le preguntó entre balbuceos. Rodeó con una mano la parte de atrás de su pierna, y ella la adelantó hacia la de él—. ¿Te gusta esto?

—Sí.

Cerró los ojos y Arthur enterró la cara en su garganta, en el temblor de sus cuerdas vocales. Olía a rosas. Y el hecho de que se hubiera perfumado para él, para acostarse con él, lo excitó todavía más.

—Ya no quiero morir —confesó—. Quiero vivir aquí para siempre. —En un arrebato se colocó sobre ella, que se retorció ansiosa contra su peso, sin dejar de acariciarlo—. En ti. Dentro de ti.

—Sí —respondió—. Sí, Arthur, sí.

Volvió a besarlo, mientras él colaba una mano bajo la tela de algodón. Cuando alcanzó uno de sus pechos, pequeño, terso, perfecto, ella sollozó junto a su oído y se sintió el hombre más afortunado del universo. Le acarició el vientre en dirección al ombligo. Bajó más y Lena se contrajo entera por sus caricias.

Arthur sintió que perdía la cabeza. Iba a terminar de arrancarle la ropa, quitarse el pantalón y poner fin a la tortura cuando sus miradas se cruzaron y ella le dedicó una sonrisa que lo conmovió.

Era Lena. Era todo.

Era tanto o más que la perfecta aristócrata con la que él debería casarse. No podía hacer el amor con ella en un granero y cubiertos de paja. Merecía más: una cama cómoda, unas sábanas limpias, una casa caliente. Un castillo. Merecía que él le entregara todo cuanto poseía, incluido su corazón.

Se detuvo, la tomó de la mano y decidió comportarse como un caballero por primera vez en su vida:

—Déjame hablar con tu familia.

—¿De qué? —preguntó ella con sobresalto, confusa. Y frustrada. Como él. Pero Lena no era una aventura, no quería que lo fuera, y que lo tuviera claro estaba por encima de su propio deseo.

—De mis intenciones contigo —respondió—. Para mí esto no es ningún juego. Lo sabes, ¿verdad? Déjame que les diga que son honestas, que espero que tú y yo...

—¡No! —lo interrumpió, y a él le dolió la contundencia con la que rechazó su petición—. No, Arthur, se lo explicaré yo.

—¿Cuándo? Tengo miles de planes para nosotros, y no solo compartir caricias bajo las mantas por más que las desee. —Intentó no sonar impaciente, pero la expresión asustada de Lena le dejó claro que no lo había conseguido. Toda su ilusión se desvaneció de un plumazo.

—Cuando... Cuando sea el momento oportuno. Yo... —Parecía avergonzada o, más bien, abrumada.

Acababa de estropearlo todo. Estaba asustada; era obvio en su rostro, en la súplica que velaba sus ojos. Y él, que era cualquier cosa menos juicioso y paciente, empezaba a temer que se estuviera arrepintiendo y que, como tantas veces, fuera él el único soñador.

—¿Qué te pasa? —le preguntó no sin temor a su respuesta. Le acarició la mejilla para intentar suavizar la conversación—. ¿Y lo que hablamos ayer? ¿Ya no quieres...?

—¡Sí! ¡Claro que sí! No estaría aquí si no lo hubiera dicho de verdad. —Arthur se dejó caer de nuevo sobre su improvisada cama, aunque no tuvo fuerzas para separar su cuerpo del de ella, que cerró los ojos y suspiró—. Solo tengo miedo.

—¿De mí?

—No. De que, si lo hago real, todo se desmorone. De que tú también desaparezcas.

Arthur se apresuró a abrazarla. Ella apoyó la mejilla contra su pecho y se dejó mecer.

—Estoy aquí, contigo. Y quiero hacer las cosas bien por una vez.

—Pues yo estoy deseando hacerlo todo mal.

—No, Lena. Te estoy ofreciendo ser parte de mi vida; ¿por qué querrías hacerlo mal?

—Porque es la única forma de que me salga bien. ¿No lo entiendes? —Respiraba agitada. Como él. Era posible que no se serenasen nunca—. ¿Y si tú y yo nos volvemos reales, dejas de ser simplemente un naufrago y entonces también se acaba?

Se obligó a dominar su deseo de llevársela lejos, para él. Estaba tan acostumbrado a obtener siempre lo que quería, cuando lo necesitaba, que al vizconde mimado que había sido tanto tiempo le costó aceptar su petición.

Pero Lena no era él. Era probable que jamás hubiera podido permitirse un solo capricho o uno de sus sueños. A aquella muchacha preciosa y responsable soñar le venía grande.

—No se acabará. Estaremos juntos. Me quedaré contigo si es lo que quieres.

—¿Y luego? ¿Qué pretendes hacer? ¿Cómo viviríamos?

—Compraré una casita en la playa.

—¿Con qué dinero?

Dudó antes de ofrecerle una respuesta.

—Ya lo conseguiré. Hablaré con mi familia; estoy seguro de que me ayudarán. Te sacaré de aquí si quieres y, si no, trabajaré. Buscaré un hogar para los dos y cuidaré de ti hasta que seas una anciana. Te anclaré a tierra o te llevaré a volar en globo.

Lena rio.

—¿En globo *ateorástico*?

—Aerostático.

—Eso no existe. No es posible volar.

—Tampoco era posible que existieras tú ni que yo me enamorara de ti, y mírame.

Ella tardó en responder, de nuevo.

—¿Estás enamorado de mí?

—Como un maldito loco. —Como no había creído que pudiera llegar a estarlo.

Lena se separó un poco. Muy poco y de forma casi imperceptible, pero él lo notó.

—Arthur, yo... no sé qué decir.

—Que tú también me quieres estaría bien, por ejemplo. —Sintió que le ardía la cara. ¿Podía ser más tonto?

—¿Cómo voy a quererte? ¿Con qué derecho? No puedo.

—Pero lo haces, ¿no es así?

Entonces Lena se incorporó, se apoyó en un codo y lo miró desde arriba. Él le acarició el pelo, enredado y lleno de paja.

—Sí, claro que sí.

Arthur sonrió aliviado.

—Me alegra oírlo. No sabes cuánto me alegra.

Lena también sonrió y le dio un beso suave en los labios. Él cerró los ojos e imaginó, de pronto y sin control, todas las mañanas, tardes y noches que podría compartir entre sus brazos. Se moría por hacer el amor con ella pero, más allá de la lujuria, se avistaba un futuro muy distinto al que siempre había creído que le esperaba. Uno que era exactamente como el que había buscado sin descanso.

—No sé si esto es la mayor locura de mi vida —murmuró ella muy bajito, como si no quisiera decirlo—. Soy tan feliz ahora mismo que estoy aterrada. Pero no hay nada que hacer; no voy a luchar más contra lo que siento o contra lo que soy. Me da igual lo que suceda después.

—¿Qué va a suceder, mi sirena? Te juro por mi vida, por el firmamento entero, que jamás te abandonaré. Muchas veces he sido un auténtico estúpido, pero en esto no. En esto te juro que no seré como... ellos.

Lena volvió a dejarse caer sobre su pecho y suspiró de felicidad antes de hablar.

—No me abandonaron, Arthur; yo los aparté de mí. Se fueron porque puse a mi familia por encima de mi propia felicidad. No deberíamos tener que elegir; no es justo.

—No lo es —reconoció él—. Y no tendrás que hacerlo. Te prometo que no.

Lena guardó silencio, y Arthur se quedó esperando a que lo besara con fervor y a que le repitiera una decena de veces que lo amaba. No pasaba nada. Por el momento, se conformó con relajarse junto a su calor, sonriendo en la oscuridad, feliz porque al fin había encontrado su destino.

En algún momento de la madrugada, Lena se despertó y sintió unas ganas incontables de echarse a llorar. No de pena ni de vergüenza, aunque estuviera abrazada a un hombre y semidesnuda, sino porque la felicidad tan absoluta que la embargaba al estar dormida junto a Arthur después de que este le hubiera dicho que la quería era tan grande que no había otra forma de sacarla afuera, porque le aprisionaba el corazón.

La grasa de la lámpara se había consumido y estaban a oscuras. El faro seguía apagado; una señal, sin duda, pues también se había apagado en su mente. Estaba acostada con Arthur; no había vuelta atrás. Y sentía que había tomado la decisión correcta. Mientras él estuviera a su lado, sería mucho más sencillo lidiar con sus responsabilidades, igual que lo había sido los días que había pasado en aquella casa.

Sí, estaba segura: se tendrían el uno al otro.

Pero no podía evitar que una punzada de remordimiento le hiciera temer que ella no fuera más

que una aventura para Arthur. Si llevaba viajando tanto tiempo, ¿no habría encontrado antes a otra mujer, a otra isleña, a otra muchacha insignificante a la que seducir? Aunque Arthur no parecía querer seducirla para luego abandonarla, más bien todo lo contrario. Y eso le pesaba todavía más.

¿De verdad iba a olvidar quién era él, de dónde venía, y dejar atrás una vida de comodidades para pasar estrecheces con una mujer pobre, sin apellido, maldita y prácticamente analfabeta? Por más loco que fuera, por más que quisiera trazar su propio camino y sus propias normas, no podía funcionar.

El problema era que ya había agotado toda su sensatez a fuerza de desengaños. Quería intentarlo. A lo mejor, aquella vez la fortuna le sonreía. Arthur era distinto a los demás. Y por el amor de Dios, ella no estaba maldita. Solo había tenido muy mala suerte hasta entonces. Era lógico esperar que, después de tantos fracasos, algo pudiera salirle bien.

Lo intentaría. Lucharía por conseguirlo. Porque en el fondo sabía que su sangre era indómita, rebelde. Pensó en su padre, de quien había heredado tantas cosas, y cayó en la cuenta de que él era el culpable de sus desgracias. Sus ausencias y abandonos habían hecho creer a Lena que los merecía. Que todos le harían lo mismo.

Y así había sido debido a una enorme mala suerte. Pero también le había dejado el idioma con el que había podido conocer a Arthur. Y algo más: recordó, de pronto, otra cosa que podía cambiar la situación de ambos.

Arthur roncaba con placidez junto a su oído; Lena le dio golpecitos varias veces, hasta que se despertó y emitió un murmullo incoherente y desorientado.

—¿Ya has arreglado el barco? —le preguntó con impaciencia.

—Casi —respondió él mucho después, como entre sueños.

Lena se estremeció al oír su voz, lo único, aparte de su cuerpo firme junto al suyo, que podía percibir en la oscuridad.

—¿Crees que resistiría tal como está?

—Sí. Es una buena embarcación, sencilla pero robusta.

—Mi abuelo siempre la cuidó con esmero. Hasta que ya no pudo hacerlo más. Debería haberlo hecho yo, pero el mar...

—Lena —la interrumpió—, no puedes hacerlo todo. No creo que sea eso lo que tu abuelo espera de ti.

—No hay nadie más —se justificó apenada.

—Ahora estoy yo.

La estrechó con fuerza y su voz sonó tan segura, tan convincente que Lena suspiró de felicidad.

—Cuando esté listo, ¿me acompañarás a un sitio?

—¿Adónde?

—A un islote cercano. —Fue consciente de que se había atrevido a pedirlo, a planearlo, a imaginarlo, y tembló entera. Iba a hacerlo. Quería hacerlo. Solo necesitaba reunir el valor para echarse al mar—. Necesito buscar una cosa. —Vaciló antes de explicarse; era probable que fuera todo un cuento y que ella hiciera el ridículo—. Un tesoro.

Lejos de burlarse o reírse de ella, Arthur se despertó por completo.

—¿Un tesoro? —preguntó emocionado. Lena asintió junto a su hombro, y él no le dio tiempo a responder—. ¡Un tesoro pirata! ¡Es eso! ¿Verdad?

Lena rio.

—De mi padre. Me contó que, cuando huyó de Argelia, donde se escondía de los franceses, se refugió en el islote durante un tiempo y que ocultó allí el dinero y las joyas que había ganado

durante sus años de piratería. Luego, vino a Formentera, conoció a mi madre y... —«Y pasamos hambre y penalidades durante años», recordó. Era absurdo. Era imposible que tuviera tanto guardado y que ellas lo hubiesen tenido que pasar tan mal. No encontrarían nada—. Lo más probable es que sea un invento. Pero insistió tanto y me dio tantos detalles que necesito comprobar si es cierto. Podríamos empezar una nueva vida. Mi familia no estaría desamparada sin mí.

—¿Sabes que hay un tesoro aquí cerca y que no has corrido a buscarlo? —No lo dijo como reproche, sino con la ilusión de un niño travieso ávido de aventuras, con la voz cargada de emoción—. ¿Qué has estado esperando?

—A que tengas lista la embarcación. —Le tembló la voz—. Y a que me atreva.

—Te has enfrentado a cosas mucho peores, Lena —le dijo con una admiración que a ella le templó el ánimo—. Y yo estaré a tu lado, ¿recuerdas?

Lena se echó a temblar ante la seguridad de sus palabras. Sonaba tan convencido y tan auténtico...

—Sí... —logró balbucear—. Sí.

Arthur buscó su boca en la penumbra y le dio un beso dulce, lento, contenido. Reverencial. Un beso que le dejó en los labios el sabor del amor sincero y de un sinfín de promesas; y en la mente, el terror corrosivo a perder su última y verdadera ilusión. A perderlo a él.

Después, se quedó a su lado, pendiente de cómo su respiración volvía a relajarse. Ya no pudo dormirse, porque tenía miles de planes que trazar.

Con las primeras luces de la mañana, se levantó con sigilo y regresó a la casa antes de que descubrieran su ausencia.

Lo dejó descansar, convencida de que dentro de unas horas su vida sería otra.

Iba a ser feliz. Por supuesto que iba a serlo. Se le había ocurrido una idea grandiosa. Una locura, un imposible. Pero, si por casualidad su padre le había contado la verdad, tendría dinero suficiente para valerse por sí misma sin depender de nadie, para no tener que preocuparse por ellos. Para viajar hasta la otra punta del mar.

Con Arthur.

Capítulo 22

AL BORDE DEL ACANTILADO

Y entonces Arthur desapareció.

No era que Lena no lo esperara, porque era toda una experta en abandonos, pero en las anteriores ocasiones, al menos, se habían despedido de ella.

Se dio cuenta ya muy tarde porque, durante la mayor parte de la mañana, había estado atendiendo a sus abuelos y a su madre. Al amanecer, justo cuando Lena entraba en la casa, la había llamado a gritos, reclamando su atención. Por suerte, no lo había hecho porque se hubiera dado cuenta de dónde había estado, sino que se quejaba de un fuerte dolor de cabeza y tenía fiebre.

Lena se había puesto, de nuevo, en marcha. Le pasó paños fríos por la frente y se ocupó de calentar las habitaciones. Su abuelo seguía ardiendo, y empezó a preocuparse de verdad. Los cuidó durante las primeras horas del día, sentada junto a las cabeceras de la cama de uno y de otro, cambiando de enfermo con su abuela, que no tenía tampoco buen aspecto.

Pilar, lejos de ayudarla, permaneció todo el tiempo escondida en la cama, bajo las mantas, sacudida por llantos intermitentes. Debía de haberle pasado algo muy grave para estar sumida en ese estado: mezcla de tristeza, rabia y desesperanza. Lena supuso que habría discutido con Feliu, quizás que había roto con ella, y no pudo dejar de alegrarse y pensar que era lo mejor.

Cuando consiguió escabullirse al granero en busca de Arthur, era ya media mañana. Para compensar su abandono y disculparse por haberlo dejado solo tanto tiempo, Lena le llevó pan caliente con tocino y un vaso de leche. Debía de estar hambriento, a saber cuándo había sido la última vez que había comido, y a ella no se le había ocurrido ofrecerle nada antes.

¿Y le había dicho que lo quería?

Entró exultante, dispuesta a darle mil besos a cambio de su perdón. A lo mejor, conseguía que volviera a decirle que él también la amaba.

No lo encontró.

Vio la manta bajo la que habían dormido abrazados doblada sobre su improvisada cama, pero ni rastro de él. La tranquilizó que la bolsa donde guardaba sus cosas estuviera en un rincón. Era de esperar que hubiera salido a estirar las piernas o a ocuparse de alguna necesidad.

Además, Arthur no era de los que podían soportar la inactividad mucho tiempo, así que lo más seguro era que anduviera cerca, inventando algún quehacer. Conocía de sobra los alrededores. Volvería cuando no aguantara más el hambre, se dijo.

Se quedó en casa el resto del día, pero ni siquiera el cuidado de los enfermos la distrajo de su ausencia. Estaba cansada y preocupada por su abuelo, cuyo estado empeoraba, y sentía, como

una niña caprichosa, que necesitaba un abrazo.

Era curioso, porque hacía mucho que había aprendido a vivir sin abrazos y, desde que había obtenido la promesa de una vida llena de cariño, la mortificaba el ansia por disfrutarlo ya.

Conforme transcurrían las horas, empezó a asomarse al camino. No pasó nadie. Era normal, porque solo conducía hasta aquella casa y, un poco más allá, hasta el faro. Y ni Rafael ni Quim dieron señales de vida.

Al anochecer, comenzó a preocuparse de verdad. Se sentía molesta por que Arthur hubiera decidido pasar el día fuera justo cuando tenían tantos planes por trazar y ella tanto lo necesitaba, pero a la vez le sorprendía que él se hubiera alejado de aquel modo después de su declaración de la noche anterior.

No creía que se hubiera marchado con la intención de no volver; ni siquiera habría ido a buscar un nuevo alojamiento, puesto que había dejado allí sus pertenencias.

Lena se convenció de que algo terrible le había sucedido. Al fin y al cabo, acababa de elegirlo como compañero y eso, para un hombre, era parecido a una condena a muerte. Se le instaló un mal presentimiento en el pecho y la oprimió tanto que apenas conseguía respirar.

Lo iba a perder.

¿Qué había hecho?

Los nervios empezaron a mortificarla y, en un momento en que su prima pareció regresar del mundo de las tinieblas y aceptó ocuparse de los enfermos, se acercó a casa de Toniet. Sabía que pasaban mucho tiempo juntos y que se apreciaban; tal vez, él supiera dónde estaba.

Lo encontró preparándose para cenar con su familia; una normal, no como la de Lena, con una madre amorosa que la invitó a sentarse junto al fuego y le preguntó qué necesitaba con amabilidad sincera.

—Venía a preguntarle a Toniet si ha visto a Arthur.

—No, hoy no —aseguró el muchacho—. He pasado todo el día ayudando aquí; había que hacer unos arreglos en el cercado de los animales. Hace un par de días que no me he encontrado con él.

—Lena debía de tener una cara espantosa, porque Toniet se levantó y se acercó preocupado—. ¿Qué ocurre?

—No sé dónde está.

—No pasa nada —la tranquilizó sin entender—. Estará en la fonda.

—No. Ayer lo echaron de allí.

—¿Por qué? ¡Si todos lo adoran! ¡Es un hombre encantador!

—Se peleó con Feliu. —Toniet torció la boca. Incluso cruzó una mirada con sus padres. Lena no sabía si estaban al tanto de lo que Feliu había intentado hacerle, pero Arthur había visitado aquella casa con frecuencia y debían de apreciarlo; estaba segura de que habría sido atento y cortés con ellos—. Pasó la noche en mi casa, pero no lo he visto desde que me levanté. Estoy segura de que le tiene que haber pasado algo malo, porque no se ha llevado sus cosas.

—Entonces volverá. Puede que haya ido al puerto, estaba terminando el barco.

Lena inspiró. Lo que decía Toniet tenía sentido, pero era ya muy tarde y estaba muy oscuro, así que empezó a recrear mil situaciones horribles.

Tal vez había tenido un accidente en el camino; a veces, un simple resbalón podía conducir a alguien por una pendiente rocosa. O habría probado la embarcación y haberse adentrado demasiado en el mar y... No, eso no; no se permitió pensarlo.

Quizás, había salido a pasear al bosque y se había perdido, aunque no creía que ningún bosque de Formentera fuera tan grande como para perderse. A lo mejor había ido a buscar un lugar tranquilo para escribir alguna de sus historias absurdas; le gustaba, especialmente, sentarse cerca

del mar.

Una última idea horrible hizo que echara a correr en dirección al acantilado.

—¿A dónde vas? —gritó Toniet, que salió detrás de ella.

Lena fue hacia el faro, que aquella noche volvía a brillar con todo su esplendor. No se acercó a la torre, sino al abismo. Escudriñó las profundidades del acantilado en busca de algún resto humano.

La estremeció el rugir del mar, al romper contra las rocas, y el canto de los *virots* en las tinieblas. Recordó que Arthur le había dicho, uno de los atardeceres que habían pasado junto al fuego, que se asemejaban a los vampiros, seres infernales que chupaban la sangre a sus víctimas y vagaban en la oscuridad. Tembló.

Cada vez que el haz de luz del faro daba la vuelta y la dejaba a oscuras, soltaba una maldición. No distinguió nada. Pensó en avisar a Quim y pedirle que le permitiera subir para ver mejor, pero lo último que le apetecía era hablar con él de otro hombre.

—Lena, no te preocupes —insistió Toniet—; estará bien. Solo se habrá retrasado.

—Lo sé, pero es que... —Se llevó una mano al pecho—. Lo siento aquí. Otra vez se ha quedado vacío. Otra vez es nada. Arthur no está bien.

Toniet se acercó y la abrazó. Ella se aferró a él, asustada. No era Arthur, claro que no, pero era también reconfortante. Sobre todo, porque el silencio de su amigo ante su extraña actitud le dio a entender que sospechaba lo que había entre ellos, y se sintió liberada de algún modo.

Enamorarse de Arthur había sido, hasta entonces, un secreto. Maravilloso por todo lo que le hacía sentir, sí, pero secreto al fin y al cabo. Y los secretos eran una carga demasiado pesada para la desgastada espalda de Lena.

—Iré a buscarlo, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Toniet la acompañó de regreso y le prometió que volvería con su naufrago. Lena estuvo tentada de marcharse con él, pero su casa era un caos, y no le quedó más remedio que esperar.

Pasaron horas sin noticias. Se sintió peor, porque debería haber recurrido a Toniet para pedirle que fuese a llamar al médico cuanto antes, y no para buscar a un hombre hecho y derecho que a lo mejor no quería ser encontrado.

No, era imposible. Desechó la idea. Arthur la quería. Le había prometido que no la abandonaría. ¿Cómo no iba a volver?

Mientras esperaba, buscó en las profundidades de un viejo baúl el mapa del supuesto tesoro y la nota que le había dejado su padre para encontrarlo. Eran las únicas palabras que había leído en inglés en toda su vida, y lo había hecho tantas veces que se las sabía de memoria: «Encuentra la cueva, sube las rocas y busca el manantial. Junto al lugar exacto en el que brota la fuente, hay un árbol. Búscalos allí».

Se los guardó bajo el corpiño, junto al corazón. Así lo mantendría caliente y evitaría que se le escaparan las últimas esperanzas. Porque a ella ya le quedaban muy pocas.

Mucho después, tocaron a la puerta. Corrió a abrir. Era Toniet, pálido, con el rostro desencajado y con el aliento acelerado.

—¿Lo has encontrado? —preguntó impaciente.

—Se lo han llevado a Sant Francesc esta mañana.

—¿Por qué? ¿Quién?

—Es terrible, Lena. Arthur ha matado a Feliu.

Lena nunca se había sentido tan pequeña, tan impotente. Por eso tardó en reaccionar. Dejó a Toniet plantado en la puerta y corrió a calentarse al fuego; para entonces, todo su ser estaba ya helado.

Se tomó un momento para intentar ordenar las piezas y los acontecimientos; para asegurarse al muchacho, y al mundo entero, que Arthur jamás haría algo semejante. Pero le faltaba demasiada información.

Toniet entró tras ella y cerró la puerta con suavidad. Se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—No te imaginas cómo están los ánimos en el pueblo, y me temo que pronto en la isla entera. La gente no habla de otra cosa.

—Es imposible.

—A mí también me cuesta creerlo pero, por lo que me han contado, ayer tuvieron una pelea terrible delante de todo el mundo y fue Arthur el que empezó.

—Lo sé. Vino a casa cuando lo echaron de la fonda. Pero no entiendo qué...

Se interrumpió, nerviosa, con la voz quebrada.

—Lo han encontrado muerto esta mañana, a poca distancia del pueblo.

—¡Por Dios! ¿Qué...? ¿Y cómo saben que ha sido Arthur?

Toniet se encogió de hombros ante la evidencia.

—No tiene más enemigos. Y nadie más se atrevería a meterse con él.

—Arthur no lo haría.

—Yo tampoco lo creo pero, la última vez que lo vieron, quería matarlo. Dicen que estaba como loco. Y al amanecer ha aparecido Feliu con dos puñaladas en el cuello.

—¿Al amanecer? —Toniet asintió—. Entonces es imposible; no ha sido él. A esa hora estaba conmigo.

—Ya, bueno. A lo mejor, fue antes de venir hasta aquí, en algún momento de la noche.

—No. —Lena dudó antes de continuar. Sintió su cara arder—. He pasado toda la noche con él.

—¿Toda? —preguntó su amigo con sorpresa.

—Estuvimos juntos en el granero hasta que salió el sol.

Lena agradeció para sus adentros que Toniet no hiciera ninguna pregunta. Era bastante más joven que ella, pero no era un crío ni tenía un pelo de tonto.

—¿Dónde lo apresaron? —preguntó tratando de mostrarse digna.

—En el pueblo, a media mañana.

Lena asintió. Su corazón hacía rato que bombeaba frenético, en una mezcla de miedo, vergüenza y desazón. Y de enfado. ¿Por qué había tenido que irse sin avisarla antes? ¿Por qué motivo? ¿No le había prometido que siempre estaría con ella? ¿No entendía que preocuparla era lo peor que podía hacerle?

—Tengo que ayudarlo. Apenas puede comunicarse. No podrá contar la verdad.

—Tampoco le creerían, me temo.

—Pues lo explicaré yo.

Toniet la miró con compasión.

—¿Y a ti sí te creerán?

A Lena se le escapó un quejido de frustración. A ella menos que a Arthur, por supuesto. Solo era una bastarda maldita. Era probable que incluso la culparan de todas las desgracias. Ella no había hecho nada, no, pero el remordimiento se aferró con fuerza a sus tripas.

—¿Y qué hago? —dijo más para ella misma—. ¿Me quedo aquí cruzada de brazos? ¡No tiene a nadie más! ¿Espero sin hacer nada a que...? —Se le atoró la voz—. ¿A que lo maten a él

también?

—¿Que maten a quién? —preguntó Pilar, que entró en la cocina como un fantasma, encorvada y silenciosa, con un aspecto demacrado que puso en guardia a Lena.

—¿Tú sabes lo de Feliu?

Silencio. Lena sintió como si una soga estuviera apretando muy fuerte la boca de su estómago.

—Yo no sé nada de Feliu —respondió con la vista perdida en cualquier parte, menos en ellos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —Lena caminó hacia ella. La soga se iba apretando más y más—. ¿Dónde estabas anoche?

—¿Dónde estabas tú?

Se quedaron quietas. Pilar incluso se atrevió a alzar la cabeza con pose orgullosa, aunque siguió rehuyendo sus ojos. La recordó hecha un ovillo en el suelo, llorando como si le hubiesen arrancado el alma.

—Antes de eso, Pilar. —Su voz temblaba. La sospecha empezaba a hacer daño. Le faltaba muy poco para echarse a llorar también—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué llegaste a casa en ese estado? ¿Por qué llorabas de ese modo?

Lena habría esperado una mala contestación, un reproche, un contraataque, un «¿A ti qué te importa?». Pero, para su sorpresa, Pilar profirió un lamento incomprensible y se abrazó a ella como si acabaran de condenarla a muerte.

Sollozó desesperada contra su hombro. Lena fue incapaz de moverse o consolarla. La dejó hacer mientras se repetía, una y otra vez, que lo que estaba imaginando no podía ser cierto.

Toniet se aproximó a ellas y buscó la mirada de Lena, estaba pálido y mudo. Ella se sentía igual y tuvo que coger aire muchas veces antes de lograr articular la horrible pregunta que la corroía.

—¿Has sido tú? —Le salió en un susurro, pero Pilar la oyó, porque lloró más fuerte.

Lena no necesitó más. La tomó del brazo y la obligó a sentarse. Le apartó el pelo mojado de la cara y le limpió las lágrimas con el delantal. Pilar suspiró varias veces para tranquilizarse.

—Iré a avisar a mis padres de que he regresado —dijo Toniet. Su rostro mostraba el espanto que sentía, pero fue lo suficientemente prudente como para no hacer ningún comentario. A saber qué cosas horribles estaría pensando de ellas. Por suerte, la apreciaba y sabía que por el momento guardaría silencio—. Búscame si me necesitas; estaré despierto.

Tampoco ella habría podido dormir. Lena le dirigió una mirada de agradecimiento y esperó hasta que se fue. Luego, se dejó caer de rodillas junto a su prima. Le tomó las manos e hizo un esfuerzo por serenarse.

—¿Qué ha pasado? Por Dios, ¿qué ha pasado?

Pilar guardó silencio. Lena le apretó las manos a modo de ruego.

—Lena, yo...

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes. —Y era verdad. Lena la quería y, aunque se sentía perdida y confusa, iba a hacer lo que fuera para sacarla del embrollo en el que sospechaba que estaba metida—. Estoy de tu parte.

—Tenías razón —dijo Pilar con la resignación de quien acaba de hacer la confesión más difícil de su vida—. Sobre Feliu. Siempre tuviste razón en todo. Cómo te odio por eso.

—Pero ¿tú estás bien?

—No —susurró—. He sido yo.

La confirmación de Pilar la golpeó como un repentino viento huracanado, que levantó en el aire lo poco que quedaba de la serenidad de Lena y la arrastró lejos, muy lejos. Se echó a llorar ella también.

—Pilar, necesito que me lo expliques para poder ayudarte.

—¡No puedes! ¿No te das cuenta? He hecho algo terrible. Pero ¡yo no quería, te lo juro!

Hablaba a trompicones y le costaba respirar. Lena también temblaba y, aunque se esforzaba en parecer serena, no creía que le fuera posible servirle de ayuda. Hacía solo unas horas, ante ella se extendía un maravilloso horizonte de felicidad y, de repente, estaba intentando averiguar por qué su prima se había convertido en una asesina. ¿Cuándo se había torcido todo tanto?

—¿Por qué? —consiguió articular—. ¿Por qué?

—Me estaba haciendo daño —se justificó entre sollozos—. Tú... Tú lo sabes, te diste cuenta. —Lena asintió—. Yo creía que me quería, que lo hacía porque estaba preocupado por sus negocios. Luego, era tan atento y tan cariñoso... Pero se enfadaba conmigo cuando no hacía las cosas bien. Era mi culpa.

—¿Por qué? ¿Qué cosas tenías que hacer? ¡Pilar!

—Cosas que... yo... —Hipaba—. Necesitaba mi ayuda para apagar el faro.

—¿Qué?

Pilar se tapó la cara.

—¡Tenía que apagar el faro para meter el cargamento en la isla sin que nadie lo viera!

—¿Qué cargamento?

—Feliu trae cosas ilegales desde Denia. —Sollozó de nuevo—. No me mires así, si ya te lo imaginabas; los hemos visto muchas veces. Desde que está el faro, ha tenido que modificar su ruta para que no lo descubrieran; esa luz es muy potente. Pero la de anoche era especial, y era mejor bordear los acantilados, llegar hasta ellos. Tenía miedo de que lo vieran desde la torre.

—Eso es absurdo; no hay nadie mirando al mar durante la noche.

—¿No?

—No. Quim me lo ha explicado muchas veces: la lámpara guía a los barcos, pero no los vigila.

—Pero hacen guardia todo el tiempo; es lo que me contó a mí.

Lena ató cabos entonces:

—¿Por eso te descubrí allí?

—¡Feliu me obligó! Quería que buscara una forma de apagarlo, aunque tuviera que... meterme en la cama con uno de los fareros. Fue muy difícil, porque tu novio es un hombre bueno, trabajador y serio. Y fiel, Lena. Ni siquiera se inmutó, salvo para asustarse. ¡Eres afortunada!

Volvió a llorar. Lena se puso en pie. Dio un par de vueltas por la cocina, sin saber qué hacer, sin saber qué decir. Era como si estuviera viviendo un mal sueño del que despertaría en cualquier momento. En los brazos de Arthur, a poder ser.

Arthur. ¿Qué estaría sintiendo en ese momento? ¿Qué le estarían haciendo?

—Pilar, por favor, necesito saber qué pasó.

—¿Qué pasó? —De pronto, parecía furiosa—. ¡Te lo estoy diciendo! ¡Lo maté! ¿Es que no te enteras? —Lena le rogó con un gesto que bajara la voz; por suerte, sonaba tan distorsionada por las emociones que era difícil entender lo que decía—. ¡He sido yo! Después de colarme en el faro, de romper la lámpara y salir corriendo hasta donde me esperaba él, se enfureció conmigo por una estupidez. Quería volver a casa, pero estaba nervioso y... ¡la pagó conmigo! Me pegó. Me pegó muy fuerte y me dio patadas. Me dijo que era una zorra que no valía para nada, y después intentó... Ya sabes.

—Pilar...

—Le dije que me quería ir, que no quería tener nada más que ver con él, que ya no estaba enamorada. —La miró con tristeza—. Te hice caso: quería dejarlo.

Lena la abrazó de nuevo. A pesar de haberla advertido tantas veces, empezó a sentir que

debería haber insistido un poco más, haber estado más pendiente de ella y menos de sus propios asuntos.

Pero ¿qué asuntos tenía ella, sino su familia y su subsistencia? ¿Qué más podría haber hecho?

—Me amenazó. Me dijo que tenía planes, que él era el que mandaba. Quería que me ganara la confianza de Quim para controlar el faro. ¡Y no pude aceptar, Lena! ¡No pude! ¡Es tu novio y es bueno! Entonces sacó el puñal que siempre lleva e insistió, y... No sé cómo, pero conseguí quitárselo y... ¡se lo clavé!

—Tranquila. Tranquila. Baja la voz, por favor. Ya está, estoy aquí.

—¡Es horrible! ¡Es horrible!

Lloraron un rato. Las dos. Abrazadas como si todas las riñas y todos los reproches que se habían lanzado no hubiesen existido jamás.

—¿Y qué ha pasado con el barco que esperaba? —preguntó Lena rato después.

De pronto, Pilar se separó, se puso en pie y se enfureció.

—¡Y yo qué sé! ¿Crees que me importa?

—Está bien. No pasa nada.

—¡Soy una maldita asesina!

—Solucionaremos esto.

—¿Cómo? Estoy condenada.

Lena estuvo a punto de darle la razón, pero se suponía que ella era la fuerte, la que sabía conservar la calma y ordenar el mundo. Cuánta mentira.

—Lo arreglaremos. No sé cómo, pero lo haremos.

—No sé si podré vivir con esto. No lo sé.

Pilar volvió a llorar. Estaban perdidas. Las dos. Pilar, porque había cometido el peor de los pecados y, aunque lograran ocultarlo —que lo dudaba—, la conciencia la perseguiría siempre. Y Lena, porque comprendió que salvar a su prima era condenar a Arthur y que salvarlo a él supondría la desgracia de ambas.

La felicidad le había durado apenas unas horas.

—¿Qué hago? —preguntó en voz alta.

—Por favor, no se lo digas a nadie. ¡Yo no quería!

—¡Claro que no! No... No, no, no. ¡No te lo mereces! Pero...

—Pero ¿qué?

—¿Qué pasa con Arthur?

—¡Lo siento por él, de verdad! ¡Lo siento mucho! ¡Yo no lo acusé de nada! No sé qué ha pasado.

Lena no lo dudaba. Pilar había pasado toda la noche en casa, al menos, después del incidente, por lo que era imposible que hubiese salido de su boca ninguna acusación hacia Arthur. Lo más probable era que se tratara de un chivo expiatorio; al fin y al cabo, Feliu no tenía enemigos en la isla, al menos no uno tan obvio y tan reciente.

Un fuerte dolor se instaló en su frente, y la asoló un repentino ataque de náuseas. No sabía qué hacer. Quería proteger a su prima y quería proteger a Arthur. Los dos eran víctimas, y no podía abandonar a ninguno. Y ella era pequeña, frágil, insignificante. Sin valor. ¿Qué podía hacer? ¿Quién la iba a ayudar?

—Me voy a Sant Francesc —dijo un rato después. Pilar estaba a salvo. Rota, sí, pero a salvo. Arthur estaba solo y atrapado en algún lugar donde no podría comunicarse. Había soñado con ser su compañera, su amiga, su amante. Le debía lealtad—. Voy a sacarlo de donde esté.

Pilar se agarró a su brazo con desesperación.

—¡No les digas que he sido yo, Lena! ¡Por favor! ¡Yo no quería hacerlo, tuve que hacerlo! ¡Me iba a matar, te lo juro! ¡No quiero ir a la cárcel! ¡No quiero que me maten! ¡Lena...! —Por más que se removi6, no la soltó—. Tú me quieres, ¿verdad? Me quieres más a mí que al náufrago. No vas a delatarme. Prométeme que me guardarás el secreto. ¡Y Toniet también! ¡Le rogaré, me pondré de rodillas si hace falta!

Lena dio un fuerte tir6n, y Pilar trastabill6. Unos pasos lentos y torpes llamaron su atenci6n. El rostro desfigurado de la abuela se recort6 contra la penumbra del pasillo.

—Niñas, vuestro abuelo... est6 cada vez peor; yo ya no sé qué más hacer. Se nos va a morir.

Pilar se limpi6 la cara con la manga. Lena cerr6 los ojos y dese6 apagarse como una hoguera bajo la lluvia. No quería pensar ni sentir. No sabía por d6nde empezar, a qué enfrentarse primero.

—Iré a buscar al médico —decidi6. Luego, se acerc6 a su prima y le habl6 bajando la voz, de espaldas al pasillo por el que su abuela volví a marcharse—. Y a Arthur. Estaré varias horas fuera. ¿Podrás cuidarlos? ¡Dime, Pilar! ¿Serás capaz de hacerlo?

—No les cuentes...

—No le contaré nada a nadie, pero tengo que ayudar a Arthur, ¿me entiendes?

—Pero... —Parecía dispuesta a poner mil objeciones. Ni siquiera en la desgracia, en el pecado y ante el acto más despreciable, sabía ser generosa cuando se la necesitaba.

—¡No es justo! —Lena intent6 mostrarse firme—. Tienes que cambiar esa cara, disimular y cuidar al abuelo y a mi madre mientras tanto. Diles que he ido a buscar al médico. ¡Júrame que lo harás!

—Por favor, Lena, por favor...

Para su sorpresa, Pilar se calm6. Detuvo el llanto y sorbi6 varias veces mientras se serenaba. Después, metió la mano en el bolsillo del delantal y sac6 un objeto que le tendió a Lena. Era un anillo.

—Se lo quité a Feliu. Es de tu náufrago. —Inspir6 hondo antes de continuar—. Sí, fue él quien se lo rob6 y quien asalt6 su barco.

Lena lo cogió y lo apret6 con fuerza en la palma de la mano.

—Se merece nuestra ayuda. Arthur solo quería ser feliz, y mira cómo lo hemos tratado.

«Tú lo has tratado bien —se dijo—, tú lo quieres. Ibas a fugarte con él».

Pero tenía la impresi6n de que ese sueño, como tantos otros antes, se le acababa de escurrir entre los dedos justo cuando estaba a punto de agarrarse a él para salir a flote.

Capítulo 23

RELOJ DE ARENA

Mientras esperaba las primeras luces del alba, Lena dejó preparada una sopa y dio de comer a los animales. Recogió también la cocina, y limpió y puso a secar los paños que había usado con los enfermos.

Por suerte, el día amaneció soleado y cálido; sereno, salvo por una suave brisa que la ayudaría a espabilarse. Guardó en una bolsa un poco de pan del día anterior y pescado seco; para ella, para Toniet —que iba a acompañarla— y para Arthur. No podía sacarse de la cabeza la idea de que no habría comido nada en todas aquellas horas, y estaría hambriento y débil.

También, fue al granero a buscar sus pertenencias. Cogió la manta y abrió la bolsa para comprobar que había una muda limpia. Sintió una profunda tristeza al darse cuenta de que todo cuanto Arthur poseía en aquella isla eran cuatro trapos viejos, una navaja oxidada, dos lápices gastados y muchos papeles.

Los sacó un momento para meter la manta y evitar que se arrugaran. No pensaba leerlos, porque pertenecían a su intimidad, tan escasa, y porque le costaba mucho hacerlo; más aún en inglés, que tenía esa forma extraña de representar los sonidos.

Pero uno de ellos llamó su atención. Estaba escrito con tinta y la letra era elegante, serena, ligeramente inclinada a la izquierda, muy distinta a las letras apresuradas y emborronadas de Arthur. Le dio la vuelta y vio un sello: Nicholas Stanhope, marqués de Aighbry.

Era una carta del padre de Arthur.

La leyó entera. Fue un impulso incontrolable, y no pudo detenerse a pesar de la vergüenza que sentía al hacerlo. No sabía cuándo la había recibido; Arthur no se la había mencionado. Y no pudo contener tampoco una oleada de rechazo y repulsión, porque la imponencia de aquel simple papel suponía una conexión entre él y su realidad, una donde Lena sospechaba que no tendría cabida a pesar de ilusionarse a ratos con que fuera posible.

Se esforzó por descifrarla. Se le escaparon palabras, y otras muchas las dedujo. Pero, cuando logró llegar al final y se maravilló ante la forma sofisticada de la rúbrica, le habían quedado tres cosas claras. Una, que el padre de Arthur estaba enfermo; dos, que había una mujer con la que estaba comprometido de verdad y que esperaba impaciente su regreso; y tres, que su vida y la de Arthur eran tan distintas y tan opuestas que jamás podrían encontrar un camino en común.

La suma de todas la convenció de que tenía que hacer que regresara a su casa, a su vida, a sus comodidades, cuanto antes. En la isla solo lo esperaban penurias, incomprensión y falsas acusaciones. Y una mujer maldita que lo arrastraría a la perdición.

Ese pensamiento fue el que la acompañó durante las casi dos horas que duró el viaje hasta Sant

Francesc. Estuvo tentada de contárselo a Toniet; de hablarle de sus dudas, de sus miedos y de su amor. Pero, a pesar de la confianza y de que él se había visto implicado en sus secretos y en los de su prima sin quererlo, la vergüenza y el pudor mantuvieron a Lena en silencio durante largo rato, hasta que se dio cuenta de lo absurdo que resultaba aceptar la ayuda del muchacho y, a la vez, fingir que no había pasado nada.

Así que a mitad del camino, una vez lejos de la Mola y del pueblo, Lena tomó las riendas de la mula, que tiraba de la carreta, y se decidió a dejar las cosas claras.

—Imagino que debes de pensar que mi prima y yo somos unas desvergonzadas y unas pecadoras de la peor calaña.

Toniet la miró con sorpresa y, luego, le dedicó una reconfortante expresión de cariño.

—Yo no pienso nada —aseguró—. Os conozco de toda la vida y sé cómo sois.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé qué ha pasado con tu prima, pero me da igual.

—Ella me ha jurado que...

—No, calla, no quiero saberlo —la interrumpió. Usó un tono tan formal, tan grave y tan inusual que a Lena le pareció que en una sola noche había acabado de convertirse en un hombre—. No es lo mismo imaginar cosas que conocer los detalles. Si no sé lo que ha sucedido, nadie podrá acusarme de ser cómplice. —Le sonrió—. Y será mucho más fácil guardar silencio.

En un impulso, Lena le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, muchas gracias —le dijo—. No sabes cuánto significa para mí que me ayudes con... todo este lío.

—No te mereces que las cosas se pongan más difíciles para ti. Si es lo que creo, es un crimen horrible, y solo espero que todo tenga una explicación.

Lena suspiró.

—No sé si voy a poder ocultar lo de mi prima y salvar a Arthur a la vez —le explicó. Toniet lo pensó un momento y, luego, le dio la razón con un asentimiento—. Me siento como si tuviera que elegir entre los dos. Quiero a mi prima y la quiero a salvo. ¡Ese hombre la maltrataba! Pero Arthur...

—A él también lo quieres, ¿no?

Lena tomó mucho aire antes de responder.

—Sí. —Y se le escapó un sollozo desolado—. No puedo permitir que pague por un crimen que no ha cometido.

—Claro que no. Y te aprecio, Lena, pero a él también y yo tampoco podría permitirlo. Es inocente.

¿Y qué podía hacer Lena? ¿Cómo iba a salvar a Arthur y a su prima? ¿Cómo podría elegir entre ambos?

Y, en cualquiera de los dos casos, a Arthur ya lo había perdido, porque cuanto más cerca estaba de él, más consciente era de que su destino lo alejaría de ella en breve.

—Escucha, muchacha: por lo que me han contado de ti y por lo que tú me estás insinuando ahora, deduzco que eres una auténtica desvergonzada.

Lena se quedó sin habla. Hacía menos de tres minutos que había entrado en la sala y todavía no había conseguido explicarle ni la mitad de la historia, pero aquel hombre, ataviado en esa ocasión con un impecable traje negro y con el pelo re peinado hacia la derecha, ya la había

juzgado.

No esperaba que aplaudiera su comportamiento, ni mucho menos; aun así, su inmediato rechazo la desmoralizó. Porque solo era una mujer sencilla de un lugar remoto. Del fin del mundo. Y no tenía por costumbre plantarse frente al alcalde para rescatar a un hombre extranjero que se le había metido en lo más profundo del alma.

La había recibido con desgana, como si ya la esperase y su visita le resultara un fastidio. La vez anterior, no habían mantenido una conversación precisamente cordial, y la expresión severa que le había dedicado, nada más verla entrar en su despacho, la hizo estremecerse.

Además, estaba sola. Había insistido en que Toniet la dejase allí y fuese en busca del médico cuanto antes, pues le parecía tan importante la salud de su abuelo como la suerte de Arthur. Los quería a los dos. Vivos.

Se frotó las manos, y la sorprendió el tacto metálico del anillo que le había dado su prima y que se había colocado en el pulgar. Debía hallar una forma de demostrar la inocencia de Arthur sin poner a Pilar en un compromiso, y la única que se le ocurría era comprometerse a sí misma, a su honra y a su maltrecha reputación.

Y, aunque no se alejaba de la verdad, estaba asustada. Temblaba y respiraba con dificultad. Don Matías le imponía miedo. No lograba mirarlo a los ojos ni hallar las palabras adecuadas para dirigirse a un hombre tan poderoso. Era imposible que saliera airosa, si no sabía ni qué decir.

—No sé qué le han contado de mí, señor —logró articular—, pero estoy aquí para ayudar a un inocente. Lo demás no importa.

—Claro que importa. —A Lena no le gustó la mirada que le dedicó, severa y a la vez compasiva, condescendiente, como si fuera una mezcla entre una ramera y una bobalicona—. No puedes venir hasta aquí y esperar que te crea sin más cuando es obvio que no tienes ni un mínimo de decoro.

Lena ardió por dentro. Deseó ser valiente de verdad, no solo en su fuero interno, para poder enfrentarse a los insultos y poner a ese hombre estirado y soberbio en su sitio.

—Le aseguro que Arthur es inocente —insistió.

—Todas las evidencias apuntan a él. Decenas de personas lo vieron atacando a Feliu, mi hombre de confianza en la Mola, sin más motivo que vengarse de un acto que solo sucedió en sus fantasías. Ese inglés es un peligro para la isla, y me voy a encargar de que reciba su merecido.

—No es verdad. Es un buen hombre.

El alcalde dio una profunda calada a su pipa y sonrió.

—No sé qué tienes con él, pero puedo imaginármelo. —La estudió de arriba abajo con un descaro que la intimidó, cargado de grosería, rechazo y lascivia—. Y me temo que tienes que hacerte a la idea de que este es su fin. En el fondo, deberías estar agradecida de que te salve de su perniciosa influencia.

—Él no mató a Feliu —repitió por quinta o sexta vez desde que había entrado.

—¿Por qué estás tan segura? —Suspiró con cansancio.

—Porque... —Tragó saliva varias veces—. Porque pasó la noche conmigo.

Don Matías abrió mucho los ojos, más escandalizado por que lo confesara o por su atrevimiento que sorprendido.

—¿Eres la amante de ese forastero? ¿He entendido bien?

—No. —Le pudieron el orgullo y la sinceridad, hasta que recordó su objetivo—. ¡Sí! Nosotros... Dormimos juntos esa noche. Es imposible que matara a Feliu, porque no se apartó de mí hasta el amanecer.

—No sabemos a qué hora exacta lo mataron, pero sí que lo encontraron más tarde que el amanecer.

—En realidad, se fue ya avanzada la mañana.

—Mira, muchacha... ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Lena. Magdalena.

—Eso. Mira, Magdalena: entiendo que quieras defender a tu amante, pero es mejor que te hagas a la idea. —Le mostró las manos abiertas en un gesto que denotaba inevitabilidad—. Es hombre muerto. Carne de garrote. La ley es la ley. Y yo soy la ley. Tengo demasiada inteligencia como para aceptar sin más la palabra de una joven con aspecto de muerta de hambre.

Lo último que Lena quería era echarse a llorar, pero le estaba costando un mundo. Se sentía humillada a pesar de que sabía bien que lo que le decía era cierto. Lena no valía nada.

Había pasado una noche medio desnuda bajo la misma manta que un hombre que no era nada suyo, y habría permitido que pasara cualquier cosa entre los dos si Arthur no hubiese sido más honorable que ella. Había planeado fugarse con él. Era la hija bastarda de un pirata. Y para colmo estaba maldita, se recordó. Así que, hiciera lo que hiciera, Arthur estaba perdido.

No quería llorar, no, porque había pasado por circunstancias peores y había aprendido a controlar las lágrimas en público. Se suponía que había llegado a un punto en el que daba igual un poco más o menos de dolor.

Pero en aquella ocasión se sentía acorralada, como si todo el universo se hubiese descolgado y hubiese caído sobre sus hombros. Ojalá se hubiera decidido antes a marcharse con Arthur, cuando todavía era posible. Tal vez la misma mañana en que, como el loco impulsivo que era, le había preguntado si se iría con él y se convertiría en su amante. Debería haberle dicho que sí. Sí, sí y mil veces sí. Porque ya no llegaría a serlo nunca.

Así que lloró. Agachó la cabeza, avergonzada por una decena de motivos, y trató de disimular las sacudidas de sus hombros y el par de lágrimas furtivas que se le derramaron sobre el pecho.

El alcalde se puso en pie y caminó hacia ella, lo que la puso más nerviosa.

—Vamos, vamos, muchacha. —La consoló a la vez que le daba varias palmaditas carentes de emoción en el hombro—. No eres la primera que sufre por esto. Lamento que ese desagradable extranjero se haya aprovechado de ti. Pero no se puede pasar por encima de la ley.

—Tiene que creerme. Él no lo haría. Sé que no lo hizo.

—Lo que tú sepas o dejes de saber, en el fondo, da igual. Se ha cometido un crimen, y yo necesito encontrar al culpable para que todos tengan claro que la justicia funciona.

—Eso no es verdad, puesto que van a condenar a un inocente.

—Te recuerdo que él fue el primero en levantar falsas acusaciones. Desde el principio, mostró una sospechosa animadversión hacia el señor Feliu, ¿no crees?

Lena negó con la cabeza. No sabía qué más decir para convencerlo. Solo quería a Arthur, pero no tenía ni idea de cómo llegar hasta él.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—No debería...

—Por favor.

—¿Para qué? Olvídalo. Dentro de unas horas se lo llevarán a Ibiza para que sea juzgado.

—Pero no puede comunicarse bien. No podrá defenderse. —Se le ocurrió una solución que le pareció brillante—. Déjeme ir con él para que pueda traducirlo.

—¿Y quién va a escucharte a ti? —preguntó don Matías con resignación.

—Tiene derecho a dar su versión de lo ocurrido, y lo sabe. —Una vez las lágrimas habían barrido la frustración, una bola de rabia e impotencia se le estaba instalando en el pecho—.

Tienen que escucharlo. Usted no sabe quién es Arthur.

—Ah, ¿no? —Se rio—. Tú eres muy joven, chiquilla, pero por esta isla han aparecido antes muchos como él: ladrones, piratas, contrabandistas...

—¡Él no! Él es...

De pronto recordó las cartas y el salvoconducto. Soltó la bolsa de la ropa de Arthur en el suelo y rebuscó hasta dar con ellos. Se los tendió a don Matías, que los cogió con una media sonrisa escéptica.

Primero, leyó la carta, que estaba en inglés, así que se limitó a intentar descifrarla con el ceño fruncido. Después, pasó al resto de los documentos, algunos de los cuales sí podía entender. Y lo que leyó debió de asustarlo o impresionarlo mucho, porque se dejó caer en la silla y se mesó el pelo varias veces.

—¿Quién dices que es ese hombre?

—Arthur.

—¿Quién? —Se impacientó.

—Arthur Stanhope, vizconde de Sternford. Su padre es el marqués de Aighbry. Es primo de la mismísima reina de Inglaterra.

—¿La reina? No es posible. ¿Y por qué no me lo dijo la otra vez?

—Tendría sus motivos.

Lena se encogió de hombros y se sintió culpable por no haber caído en algo tan obvio; quizás, no había pensado en contarlo porque en esos días Arthur era demasiado suyo como para atreverse a recordar quién era en realidad.

—No sé... La verdad es que es una historia muy poco creíble.

—Pero lo pone todo ahí, ¿no?

Él dudó.

—¿Y cómo sé que no lo has escrito tú?

—Yo no sé escribir bien.

—Entonces lo habrá hecho él.

—No sabe hablar español. Fíjese en los sellos; ¿son falsos?

Don Matías suspiró. Estudió los papeles con detenimiento durante minutos eternos. Les dio vueltas varias veces y empezó a respirar con fuerza. Parecía muy preocupado.

Lena sabía que si algo era respetado en aquella isla de gente humilde eran los apellidos largos y sonoros. El alcalde podía ser la autoridad en Formentera, pero dependía de la que venía de más lejos: de Ibiza, de Palma, del gobierno que mandaba allá donde se perdía el sol. Él estaba muy por debajo de cualquier otro.

Lena rezó en silencio, ya no podía hacer nada más.

—Mire, señorita... Magdalena —dijo al cabo de mucho rato—. Yo lo último que quiero son conflictos, y la llegada del señor Stanhope a estas tierras me ha traído muchos. Le confieso que a mí tampoco me parecía culpable, pero su enemistad con Feliu me hizo sospechar, como a todos.

—Es inocente, se lo juro —insistió Lena.

—Sí, claro... El problema es que hay un muerto, y la inocencia hay que demostrarla.

—¿No sería más lógico que demostrara usted su culpabilidad?

Don Matías la miró desafiante. Luego, volvió a perderse en los papeles. Lo oyó suspirar, como quien se rinde en medio de una gran decepción.

—Entienda, señorita, que esta situación no es plato de buen gusto para nadie. —Lena no recordaba que nadie antes la hubiese tratado de usted. Ni de señorita—. Los caballeros que lo trajeron me aseguraron que había sido él; comprenda que me he limitado a creer a los testigos.

—Y si yo le cuento lo que sé que hacen sus testigos, ¿también los detendrá sin pruebas y los llevará a juzgar a Ibiza? —La miró desconcertado. Preocupado. Para Lena fue como crecer, como volverse importante. Así debía de sentirse la mismísima reina, la suya y la de Inglaterra. Era una sensación gozosa—. ¿Sabe que Feliu desembarcaba mercancías de noche bajo el faro?

—¿Tú cómo sabes eso?

—Vivo justo al lado. Hay noches que me cuesta dormir y en alguna ocasión lo he visto a él y a sus compañeros, los que trajeron a Arthur, transportar carros desde Cala Codolar. La zona está llena de cuevas, y hace mucho que creo que las usan para ocultar a saber qué. Ahora ese embarcadero les ha venido muy bien. Es imposible no sospechar, ¿no cree?

Don Matías chistó con fastidio. Se puso de pie. Se mesó el pelo. La miró de reojo, y Lena detectó temor en su expresión. Probablemente, él estaba al tanto de todo desde hacía mucho tiempo. Quizás recibía dinero o mercancías a cambio, o hacía la vista gorda por su propio interés.

—Está bien, señorita. Veremos cómo puedo arreglar este terrible malentendido. —Le devolvió los papeles, que Lena se apresuró a guardar, y adoptó una pose amenazadora. Lena se encogió un poco, pero mucho menos que cuando había entrado—. Pero, pase lo que pase, es importante que el señor Stanhope se marche de la isla cuanto antes. No quiero disturbios, y créame que los habrá si todos creen que ha asesinado al capitán del *sometent*.

—Pero es que él no lo hizo.

—Yo lo dejo libre a cambio de que nadie hable de posibles actividades ilegales y de que asuma la culpabilidad. Necesito un culpable y él, escapar de una probable condena a muerte. De hecho, haremos creer a todos que se ha escapado para evitarnos problemas. Yo le doy si usted me da, ¿me entiende? Y aquí no hay más que hablar.

Lena asintió, pero no pudo añadir nada porque todo su ser se hallaba enfrascado en la lucha de emociones que la embargaban: alegría ante la posibilidad de que ella, que no era nadie, hubiera podido salvar a Arthur de un final injusto, y una profunda tristeza cuando acabó de convencerse de que no había nada para él en Formentera más que su corazón destrozado.

Antes de salir del despacho, el alcalde le dedicó una última mirada.

—Así que el heredero de un marqués y primo de la reina... —musitó—. Para ser solo una fulana de pueblo, apuntas muy alto, ¿no crees?

Lo primero que Arthur vio nada más salir al exterior, cuando sus ojos consiguieron adaptarse a la luz brillante del sol invernal, fue a Lena. Estaba esperándolo de pie frente a la puerta, firme, hermosa y radiante como un cuerpo celeste. Y a pesar del cansancio, del hambre, del dolor de cuerpo y del miedo y la zozobra que lo asolaban, toda su voluntad se prendió en ella y corrió a abrazarla.

—¿Estás bien? —le preguntó, una y otra vez, preocupada. Él la estrechó tan fuerte que temió hacerle daño. Fue como volver a la vida.

—Ahora que estoy contigo, no puedo estar mejor.

Lo miró a los ojos y le sonrió. Se veía fatigada, y tenía los ojos enrojecidos y unas profundas ojeras.

—¿Te han hecho daño? —Lo tocó y lo inspeccionó de arriba abajo. Descubrió golpes y heridas, pero no creía que fuera sencillo discernir en qué momento le había aparecido cada uno—. Lo siento mucho, Arthur. Lo siento tanto...

—No es tu culpa.

Le acarició la mejilla e intentó besarla, pero ella se lo impidió. Recordó que estaban en plena calle, a la vista de una pequeña multitud que se había congregado en la plaza. Si había una cosa común en Inglaterra, en Formentera y en cualquier lugar del mundo eran los fisgones.

—He venido en cuanto he podido. En mi casa están todos enfermos, y no sabía qué hacer. ¿Tú estás bien? ¿Qué te han hecho? ¿Has podido descansar? ¿Has comido?

—Estoy bien, y sí he comido. Poco, porque era una sopa repugnante. Nada tan maravilloso como lo que cocinas tú. —La vio enrojecer y la adoró todavía más—. Así que mejor me llevas contigo a casa, me alimentas y duermes conmigo en el granero, ¿te parece? Estoy seguro de que después me sentiré infinitamente mejor.

Lena no rio por su broma.

—No deberías haberte marchado, y menos sin avisarme. ¿A dónde fuiste?

—No sé, Lena; se hizo de día y tú no venías a verme. Supuse que estabas ocupada y no quería ponerte en una situación comprometida ante tu familia, así que se me ocurrió que ir a hablar con el sacerdote podría ayudarme a calmar los ánimos; nos hemos hecho buenos amigos, y esperaba que me ayudara a entender qué había pasado con Feliu. Quería solucionar el asunto; me podía el rencor. Pero, justo antes de llegar al pueblo, vi una turba corriendo hacia mí como salvajes. ¿Qué se supone que les he hecho ahora para que me odien tanto?

—Casi me muero de la preocupación. —Los ojos se le empañaron—. Pensé que me habías abandonado.

—¡No! —Volvió a abrazarla, y sintió sus pequeñas manos aferrándose a su chaqueta—. ¿Cómo se te ocurre?

—Da igual. —Se frotó los ojos con los nudillos y sonrió—. Tenemos que irnos.

—¿A dónde?

No respondió. Lo cogió de la mano y él la siguió sin rechistar. A unos metros del ayuntamiento, encontraron la carreta y a la mula. Lena lo obligó a subir, arregló los estribos, dio agua al animal y saltó al pescante.

Arthur se sentó a su lado y, cuando se pusieron en marcha, adormecido por el traqueteo del vehículo, se dejó caer hasta apoyar la cabeza en el hombro de Lena. Aún guardaba un lejano aroma a rosas que lo embriagó. El mismo que había rememorado sin descanso mientras pasaba las horas en una celda inmunda, sucia y gris, esperando a que alguien pudiera darle una explicación a por qué demonios lo habían encerrado.

Se lo preguntó a Lena, que suspiró cuatro o cinco veces, y otras tantas balbuceó.

—No importa —le dijo él, rendido, cerrando los ojos contra la piel de su cuello—. Lo importante es que estás conmigo.

La oyó gemir con frustración. Durante muchos kilómetros, no dijeron nada. Lena condujo la carreta fuera del pueblo, y Arthur debió de quedarse dormido un buen rato porque, cuando despertó dolorido por la postura y por los golpes de los últimos días, a lo lejos ya se divisaba el mar.

Se enderezó, se frotó la cara para desperezarse, y Lena rio. Se volvió hacia ella y le dio un beso en la mejilla. Su preciosa, blanca y tierna mejilla. Y las carcajadas tímidas que le devolvió aquella hermosa mujer le hicieron pensar, por un momento, que todo había merecido la pena.

—¿Tienes hambre? —Él asintió. De hecho, el estómago se le retorcía de dolor y vacío—. Coge la bolsa; dentro hay un poco de pan y pescado.

Obedeció y comió en silencio. Ella aprovechó para explicarle por fin lo que había sucedido: la aparición de Feliu muerto, la acusación de los compinches, su detención por interés para evitar que seguiría afirmando y gritando, por todos los rincones de la isla, que era un asesino y un

ladrón, la ayuda que Toniet le había prestado al acompañarla hasta allí y ocuparse de llevar el médico a su casa, el modo en que había reunido el valor para chantajear al alcalde y hacer un trato con él para que lo soltara.

Parecía maravillada por su propia reacción, como si no creyera posible que ella hubiera podido actuar con tanta determinación.

—Eres una diosa, Lena —le aseguró cuando terminó su relato.

—Ya sabes que no —repuso—. Siento haber leído la carta. No debería haberlo hecho, pero me la topé sin querer y...

—No pasa nada. —La tranquilizó cuando vio que callaba, avergonzada—. Y es una suerte que haya llegado a tiempo porque, si no, no sé qué habría sido de mí. ¿No ves que mi vida aquí no vale nada?

—¿Por qué no me dijiste que la habías recibido?

—No tuve tiempo. Me la dieron la última vez que fui al puerto, y esa misma noche acabé en tu casa malherido. Después, estuve muy ocupado en abrazarte.

—Tengo bien guardado el salvoconducto —aseguró ella—. Lo necesitarás para volver a casa.

Lo hundió el silencio que siguió a aquella sentencia. Y la duda, incertidumbre y miedo que lo acompañaron. Mucho después, se atrevió a hablar con el aliento entrecortado por el temor.

—Querrás decir que lo necesitaremos, ¿no?

—Tienes que irte cuanto antes.

—Irnos —precisó—. Porque vas a venir conmigo, ¿no es así? Tú me dijiste que lo harías.

Ella se volvió. Tenía los ojos húmedos, de un gris oscuro como una nube a punto de descargar.

—Ya hablaremos de eso. Primero, tengo que hacer algo; sin dinero es difícil que lo consigas. —Perdió la vista, de nuevo, en el camino—. ¿Recuerdas el tesoro del que te hablé?

Lena se llevó una mano al escote, la metió entre las capas de tela y sacó un pequeño fajo de papeles que le tendió, por fin, con una sonrisa. Arthur los cogió y los inspeccionó.

Uno de ellos era un mapa rudimentario, casi como el dibujo de un niño. Le hirvió la sangre de pura emoción; a pesar de las nefastas consecuencias que habían tenido sus locuras, se sentía como un jovencito ante cualquier sospecha de aventura. Era la consecuencia lógica de una infancia de represión y formalidad.

—¿El del tesoro pirata? —No intentó disimular la ilusión—. ¿El de tu padre?

Ella asintió.

—Vamos a buscarlo. Si existe, tendremos dinero para cualquier cosa.

Capítulo 24

LLAÛT

Poco después, llegaron al puerto. Dejaron la carreta y a la mula atada a una sabina. Lena le había explicado sus planes a Toniet y habían acordado que, una vez hubiera acompañado al médico, iría a buscar al animal y lo llevaría de vuelta a casa. Ella no tenía pensado tardar más que unas horas en volver, en cuanto consiguiera el dinero y pusiera a salvo a Arthur. Ya se las apañaría sola.

Se dirigieron al varadero en busca de la barca pero, cuando el ruido de las olas que rompían con fuerza llegó hasta los oídos de Lena. Se quedó paralizada sobre las dunas. Arthur tardó unos segundos en darse cuenta, pues estaba concentrado en interpretar el mapa.

—Creo que indica que debemos ir hacia el noreste; será complicado sin brújula, pero estoy seguro de que el islote se verá desde la costa —lo oyó comentar. Se detuvo a esperarla, preocupado—. ¿Qué ocurre?

—No puedo —afirmó ella.

Arthur comprendió qué quería decir. Regresó sobre sus pasos y la tomó de la mano. Le transmitió un poco de seguridad; porque Lena estaba convencida de que superaría cualquier miedo solo por salvarlo, pero necesitaba que la sostuviera para reunir el valor suficiente para echarse al mar.

—Estoy contigo —aseguró Arthur.

Lena no lo dudaba, solo que no era fácil enfrentarse al pánico que sentía.

—¿Y si no lo logramos? ¿Y si nos ahogamos?

—Tengo experiencia en naufragios —bromeó él—, he recopilado algunos trucos para evitarlo. Escribiré un libro cuando lleguemos a Inglaterra.

Lena negó enérgicamente, ajena a su tono risueño.

—No podré —repitió. Se llevó la mano libre al pecho e intentó respirar con una frecuencia normal. No lo consiguió—. Odio el mar. Y él me odia a mí. No hay forma de que podamos reconciliarnos. —Señaló el mapa que Arthur sujetaba en la mano—. Ve tú.

Vio que dudaba. La miró a ella y miró los papeles, que le tendió.

—Cógelos. —Lena lo hizo, aun sin entender qué pretendía—. Cierra los ojos. —Dudó recelosa—. Hazme caso, vamos. —Ella obedeció. Un segundo después, Arthur la cogía en brazos y la levantaba—. Ni se te ocurra abrirlos, ¿de acuerdo?

Lena, sin saber muy bien por qué, le rodeó el cuello, apoyó la cabeza en su hombro y sonrió.

—Te vas a hacer daño —le advirtió—. Estás dolorido.

—No tanto. Soy un hombre fuerte, el Aquiles de Formentera. Y tú no pesas nada.

—¿Siempre eres tan cabezota?

—Por supuesto. ¿Cómo, si no, he conseguido llegar a tenerte entre mis brazos?

Lena rio. Arthur empezó a caminar. Ella no quiso ver nada. Se dejó llevar hasta que la subió a la embarcación. Entonces abrió los ojos un instante, y el corazón se le desbocó.

—No puedo. No... —Se agarró con fuerza a la madera del asiento, hasta que le dolieron los nudillos y las uñas.

—Cierra los ojos.

Esa vez, Lena no le hizo caso. Estaba aterrorizada y maldecía el momento en el que se le había ocurrido aquella estúpida idea.

Se esforzó por recordar que lo hacía por Arthur; para ayudarlo a escapar de una condena segura; para que pudiera regresar a la seguridad de su casa, de su riqueza y de su nombre. Y también para que ella misma pudiera mitigar su necesidad.

Si el tesoro existía, nunca más tendría que quemar carbón, ni cargar sacos ni vestir ropas viejas. Si existía..., no volvería a ser Lena, la bastarda maldita, sino una mujer tan rica como para acallar cotilleos con puñados de monedas. Quizás, incluso, perdonara por fin a su padre por haberlas abandonado.

Se dedicó a ignorar el agua que los rodeaba, mientras observaba como Arthur desamarraba la barca y la empujaba varadero abajo. Lena gritó un poco cuando cayó al mar en un estruendoso chapoteo. Arthur subió y se sentó a su lado.

—¿Vamos allá?

Ella se perdió en el brillo penetrante de sus ojos.

—Si pudiera, iría contigo a cualquier parte —aseguró presa de una enorme pena.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. —Le dio un beso breve en la frente, y ella se preguntó de dónde iba a sacar las fuerzas para renunciar a él—. Algún día, te llevaré a ver el mundo entero. Volaremos por los aires. —Le dio el mapa, que ella desplegó con mimo—. Ahora voy a llevarte hacia el noreste, y de ahí partiremos a nuestra nueva vida. Juntos.

Lena no respondió. Solo cogió aire, recabó fuerzas y se quedó muy quieta mientras él izaba la vela y la movía en la dirección del viento.

No le sorprendió que supiera cómo navegar. No en vano, llevaba meses, tal vez años, viajando de una punta del mar a la otra. Además, el *llaüt* de su abuelo era pequeño y ligero, y avanzó con facilidad.

Cuando, un buen rato después, se alejaron de la costa —aunque sin perderla de vista— y consolidaron el rumbo, la respiración de Lena recobró su ritmo normal. Distrajo sus pensamientos contemplando a Arthur.

Y una vez serena, empezó a cantar. Quizás fuese una reacción muy absurda, pero entonces Arthur, frente a ella, con las manos que sujetaban con firmeza la botavara, se quedó prendado de sus labios y la contempló sin decir nada.

Sonrió. Sonrieron. Ella cantó. Él escuchó. Ella se sintió un ser maravilloso, como la primera vez que él la había mirado. El viento soplaba en la popa, y le agitaba la ropa y el pelo. A él también.

Y mientras recorría el mar en dirección al pequeño islote que suponía el inicio de su separación, Lena fue consciente de que la única felicidad que había conocido era ese hombre, que la adoraba con la mirada, con su sonrisa; con su empeño en buscar de su mano un camino que recorrer juntos, una ruta por la que dejar todo cuanto habían sido hasta entonces. Todo cuanto odiaban, cuanto los consumía y los condenaba a ser personas muy distintas a las que eran en realidad.

Supo que lo amaba más de lo que amaría jamás a nadie. Podría haber más abandonos, más pérdidas, más sueños, y nunca, ni uno solo, podría acercarse al que él representaba.

Aquella inusitada y arrolladora felicidad le duró apenas una hora, la que tardaron en avistar el islote y en aproximarse a él. A Lena se le secó la garganta y se le humedecieron los ojos.

—¿Es ahí? —preguntó Arthur. A ella le pareció que a él también le daba pena que el viaje se terminara.

—No lo sé.

Y en el fondo, deseó que no lo fuera.

El islote no era muy grande y, de hecho, pudieron rodearlo con relativa facilidad mientras buscaban un lugar en el que desembarcar. Dieron por fin con una minúscula playa, pero Arthur no se atrevió a aproximarse a tierra.

—No hay embarcadero y no sabemos qué profundidad tiene la arena. Podríamos quedar encallados. Tiraré el ancla lo más cerca que pueda y nos aproximaremos caminando; creo que será posible. —La miró con preocupación—. Lamento que tengas que mojarte.

Ella negó enérgicamente.

—Eso ya no es un problema. —Aunque no sonó convencida—. Además, hoy no hace frío. Hoy luce un sol espléndido.

En el cielo y en su corazón.

Arthur se quitó las botas, se las tendió a Lena y saltó al agua, que lo cubrió hasta las caderas. Luego, le dio la espalda y le indicó que subiera sobre él.

—¿No te haré daño?

—Más has sufrido tú saliendo a navegar por mí. Tu sufrimiento por el mío. Tu mano sobre la mía. De eso se trata, Lena.

Ella no dudó más. Se abrazó a su espalda con fuerza y evitó respirar mientras caminaba hacia la orilla, como si así pudiera volverse más ligera.

Poco después, tocaron tierra y la soltó. Ambos tenían la respiración agitada. Miraron a su alrededor, recelosos. No había nada; salvo rocas, esparto y sabinas, y un grupo de gaviotas que graznaban en el acantilado próximo. Nada que hiciera pensar que un ser humano hubiese pisado antes ese lugar.

Volviéron a estudiar el mapa con detenimiento. Tardaron un rato en orientarse, hasta que Lena se dio cuenta de que el sol hacía rato que proyectaba sombras largas en exceso. Si no se daban prisa, se les haría de noche, y no había por allí ningún lugar en el que refugiarse, ni tenían con qué encender un fuego para calentarse.

Echó a caminar, decidida, y Arthur la siguió.

«Encuentra la cueva, sube las rocas y busca el manantial. Junto al lugar exacto en el que brota la fuente, hay un árbol. Búscalos allí», recordó.

—Hay que buscar una cueva —dijo mientras se adentraban en la isla.

—¿Dónde?

—¿Qué dice el mapa?

—Hay una marca en la zona norte. Quizás indique dónde está. ¿Crees que es eso lo que hay que buscar?

Asintió convencida, y siguieron caminando hacia lo que creían que era el norte. De todas formas, aquel islote no era grande y no debieron tardar más de media hora en recorrerlo de punta a punta, incluso a pesar de lo dificultoso del terreno y de los matorrales que se les enredaban en las piernas como persistentes telas de araña.

Poco después, conforme avanzaban, vieron aparecer y alzarse frente a ellos un peculiar risco de

unos veinte metros de altura. Arthur la cogió de la mano y se detuvieron frente a la mole de piedra.

—Parece una catedral —comentó Arthur—. O un mausoleo.

—¿Eso qué es?

—Una tumba. —Lena se sobresaltó—. Es curioso, pero los egipcios enterraban a sus muertos en tumbas excavadas en la roca, rodeados de tesoros. ¿Me dijiste que tu padre había vivido escondido en el norte de África?

—Mi padre siempre ha estado escondido. Ahora lo está. De nosotras. Pero sí, es posible que el tesoro esté ahí.

Aguardaron en silencio, como si esperaran ver surgir de entre las piedras color arena a un fantasma, a un pirata decrépito, a un cadáver.

No pasó nada más que el sonido de las gaviotas y del mar, que rompía en el acantilado cercano. Ni siquiera había árboles entre cuyas ramas pudiera bailar el silbido del viento.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lena, impaciente y aterrada a la vez—. No podemos esperar mucho más, o se nos hará de noche.

—Busquemos la cueva.

Ya no se soltaron de la mano. Con cautela, se acercaron al risco y lo bordearon, hasta que localizaron una abertura vertical que parecía una entrada a un pasadizo estrecho.

—Yo no pienso entrar ahí —dijo Lena.

—Has navegado hasta aquí y no te has desmayado siquiera, y eso que he visto a muchas mujeres hacerlo por menos. Una pequeña grieta en un peñasco no es nada para ti.

Ella rio nerviosa. Se adentraron muy despacio. Arthur iba delante, pues no era lo suficientemente ancho para los dos, y Lena se agarraba con fuerza a su chaqueta. Notaba las opresivas paredes de roca a cada lado del cuerpo, y no tardaron en sumirse en la penumbra. Pero no fue tan terrible; apenas unos metros después, la luz volvió y los cegó, y salieron a un claro oculto entre las rocas.

Lena miró hacia el cielo rosado y dio vueltas sobre sí misma, desorientada. Las rocas a su alrededor estaban cubiertas de musgo y vegetación; y olía a humedad, a frío, a invierno.

Una de las paredes estaba mojada. Siguieron el recorrido del agua y descubrieron el lugar de donde brotaba.

—¡Es ahí! —gritó Arthur entusiasmado.

—¡El manantial! No puedo creer que sea verdad. —Él la miró sin entender, y ella se apresuró a confesar—: En el fondo, creía que todo era una invención. Mi padre... era un hombre peculiar.

—El mío también. —Arthur se encogió de hombros—. Pero nos dejaron un modo de comunicarnos. Estamos juntos gracias a ellos.

—Tu padre habría mandado colgar al mío —aseguró ella riendo—. ¿Qué hacemos ahora? Porque recuerdo que hablaba de un árbol, pero aquí no veo ninguno.

—Hay arbustos. —Observó Arthur—. No es lo mismo pero, si dices que era un hombre fantasioso, pudo haberlo exagerado un poco.

Aquello sonaba lógico, desde luego. Estaba a punto de empezar a remover las plantas cuando vio lo que le pareció un montón de madera seca.

—¡Es ahí! —Se acercó de un salto. Levantó un pedazo de tronco, vacío y seco—. ¡Es un árbol muerto!

Como locos, se apresuraron a apartar los restos de ramas deshechas y corteza hueca. Lena no podía controlar la impaciencia. Poco después, le dolían las yemas de los dedos, incluso las uñas.

Arthur iba recogiendo los trozos de tronco más grandes y los tiraba lejos. Jadeaba y a veces

maldecía entre dientes, pero no se detuvo. Cuando un rato después apareció ante ellos una pequeña cavidad al pie de la roca, ambos gritaron. Metieron los brazos dentro, riendo a carcajadas. Sus dedos tocaron madera.

Arthur tiró y sacó una caja, un pequeño cofre que dejó caer al suelo como si le quemara.

—¡Ábrelo! —le dijo exultante.

Lena vaciló un momento. Le costaba respirar. Tocó con precaución los bordes de la caja, la madera podrida y vieja. La acarició con un repentino cariño; por primera vez desde hacía años, tenía a su padre muy presente, casi como si pudiera sentirlo a su lado. Como si pudiera oírlo hablar, percibir su olor; y le contara historias que prendieran en ella la llama de la curiosidad, la rebeldía y la aventura.

Fue como volver a ser una niña, la misma que había ido acallando cada uno de sus sueños conforme crecía.

Y, sobre todo, la embargó el cariño hacia un padre en el que hacía mucho que no recordaba; porque, a pesar de su huida, no la había desamparado tanto como creía. Si era verdad que en esa caja había un tesoro, podría dejar de guardarle rencor y empezar a pensar que a lo mejor la quería. Porque significaba que lo habría conservado solo para ella.

Cuando consiguió serenarse, la abrió. Sus ojos se cegaron por el brillo metálico de varios puñados de monedas y joyas. Había oro, plata y colores: rojo, verde, azul...

Lena metió las manos en la caja y dejó que las monedas se le escurrieran entre los dedos. Una y otra vez. Oyó reír a Arthur a sus espaldas. Ella también rio. Fuerte, alto, a carcajadas. Como no había nunca reído antes. Estaba eufórica. Si le hubieran dicho que estaba soñando, no se lo habría creído, porque la felicidad que se había apoderado de cada rincón de su sangre no podía ser imaginaria.

Se puso en pie y Arthur, contagiado de su felicidad, cogió algunas de las joyas del cofre y se las fue poniendo. Un collar de perlas, una gargantilla con un pequeño rubí, tres pulseras de oro...

Lena dio vueltas sobre sí misma y rio, rio y rio. Y gritó. De alegría, de liberación. Gritó el nombre de Arthur. Sintió sus manos, que la tocaban mientras giraba, que la sostenían. Sintió los besos que le fue dejando en la mejilla, en la nariz, en la oreja. En los labios.

Fundió su boca con la de él y entrelazó su lengua con la suya. Se entregaron a un beso eterno y voraz. Lena volvió a reír así, pegada a él. La apretó más y ella gimió. Él asió su trenza con las manos y la obligó a mirarlo.

—De todas las aventuras que alguna vez he imaginado, tú eres la más extraordinaria.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Lena entre jadeos—. Me equivoqué: sí es posible volar. Ahora estoy volando. Esto es volar. Tú y yo estamos surcando el cielo como gaviotas.

Se abrazaron con fuerza. Se besaron hasta que la piel les ardió. Lena solo quería preservar ese momento único, la única felicidad auténtica que iba a vivir en su vida.

Fue él el que reunió la cordura para recordarle que tenían que marcharse antes de que cayera la noche. Se guardaron las monedas y las joyas en los bolsillos.

A Arthur se le caían los calzones, que le venían un poco grandes, por el peso. Los del delantal y la falta de Lena casi se desbordaron. Se guardó algunas bolsas enganchadas entre las enaguas, muerta de vergüenza cuando las subió y sus tobillos quedaron al aire. Qué tonta era.

Cuando acabaron, Arthur le quitó las joyas que le había puesto. Lo hizo despacio, con ojos pícaros y brillantes. Lena sintió que la desnudaba. Y tuvo la certeza de que ella misma se habría desnudado para él de haber estado a cubierto.

De pronto, Arthur le tomó la mano derecha.

—Llevas mi anillo. —La miró confundido—. Sí, este es mi anillo. ¿Por qué lo tienes tú?

—Me lo dio Pilar.

—¿Tu prima?

Ella se apresuró a buscar una excusa creíble.

—Me dijo que se lo había regalado Feliu. Cuando se enteró de su muerte..., quedó desolada y pensó que sería mejor que te lo devolviera.

Fue a quitárselo, pero Arthur la detuvo.

—Quédatelo. Me gusta que lleves algo mío. —Apartó un poco la camisa de su muñeca y le mostró el lazo rosa que todavía llevaba atado allí. Luego, se acercó a su oído y le susurró—: Cuando lleguemos a casa, me arrodillaré frente a ti y te regalaré uno mucho más bonito.

Lena no respondió. Se permitió creer que pudiera ser así. Olvidó a su prima, olvidó a Feliu, olvidó a Penélope y olvidó el mundo. Su mente viajó a uno en el que solo habitaban ella y Arthur, en una isla propia, como aquella.

Capítulo 25

NUESTRO TESORO

Fueron directamente a Ibiza. Lena no consiguió respirar con normalidad hasta que puso los pies en el pequeño puerto y, una vez allí, se agarró a la mano de Arthur con desesperación; porque la multitud que la rodeaba, los gritos, los olores y las formas la marearon tanto que temió caerse.

Se sintió fascinada por la inmensidad de la fortaleza que se alzaba sobre el enorme puerto, cuyas murallas le recordaron a los castillos lejanos que su padre evocaba en las historias que le contaba de niña.

—Tu casa es así, ¿verdad? —le preguntó a Arthur, que rio y le habló con voz cariñosa.

—Pronto podrás comprobarlo por ti misma.

Lena no se atrevió a responder. Estar allí ya era más de lo que se había imaginado que lograría. Se dejó llevar de su mano por las calles serpenteantes que subían hasta la colina donde se alzaba la ciudad, que debía de ser tan alta como la Mola, tan alta como el faro.

Cuando llegaron arriba y contempló embobada el trasiego que discurría a sus pies, supo que todo iba a parecerle diminuto, apagado y vacío cuando regresara a la sencillez de Formentera. Estaba segura de que, en aquel pequeño reducto de tierra, había más gente de la que habitaba en toda su isla natal.

Tembló al imaginar la inmensidad de las otras islas: Mallorca, Inglaterra. ¿Qué haría ella en un sitio así, tan pequeña, tan perdida, tan poca cosa?

Arthur no la dejó pensar más, porque la llevó a buscar un barco en el que regresar a casa. Ambos. Le siguió la corriente, por darse el gusto de soñar. Jugó consigo misma e imaginó que era su mujer de verdad, una con derechos; que compartía apellidos, vida y futuro.

Colgada de su brazo, tradujo lo que necesitó para asegurarse un pasaje al día siguiente. Dos, aunque uno no lo fueran a usar jamás. Sintió el gozo de poder pagar sin contar hasta el último céntimo.

Le dio un beso en plena calle y rio a carcajadas cuando Arthur la alzó y dio vueltas con ella, mientras le regalaba una de sus miradas cargadas de promesas, de pasión arrebatadora y eterna. Lo quiso sin límites, como solo podía hacer en aquel lugar enorme, alejado de cuanto conocía.

Después, buscaron un lugar donde pasar la noche. Al final, dieron con una fonda donde había una habitación libre. Solo una. Eso volvió a hacerla reír. De hecho, sabía que esas serían sus últimas horas de alegría. Más tarde, regresaría a su triste realidad de hija abnegada y cuidadora incansable; pero allí, en medio de aquella maravillosa fortaleza, era rica, era feliz y estaba perdidamente enamorada.

Tanto que, cuando se retiraron al pequeño cuarto después de cenar y la puerta se cerró tras

Arthur, dio un salto y se colgó de su cuello. Él rio a carcajadas por su reacción. Ella imaginó que se fundían, que se volvían uno, que sus mundos se juntaban.

Arthur le rodeó la cintura y la levantó del suelo. Entre risas, la llevó hacia la cama y la dejó caer. Las joyas y monedas que guardaba en los bolsillos del delantal tintinearón como cristales de hielo.

Lena se incorporó enseguida y se sentó en el borde del colchón, y él se arrodilló en el suelo, frente a ella.

—Lo has conseguido —le dijo mirándola a los ojos con evidente admiración—. Eres la mujer más fuerte, valiente y hermosa que he conocido nunca. Y te amo, ¿lo sabes?

Lena se quedó sin habla. Recordó de repente que aquel momento era el principio del final. Quiso decirle la verdad; explicarle que no se marcharía con él, que ni ella podía ser vizcondesa de nada ni dejaría atrás a su familia sin que la mataran los remordimientos. No sabía hacer ni lo uno ni lo otro.

Pero no pudo hablar porque estaba demasiado embriagada por la excitación por lo que acababa de vivir; y porque su cercanía, el calor que desprendían su cuerpo y su aliento, tan próximos, le nublaban la razón.

Solo quería seguir sintiéndose tan viva. Ya tendría tiempo de volver a marchitarse al amanecer. Allí, en esa habitación, no había más mundo que Arthur y su sorprendente amor por una mujer como ella.

No quiso pensar en cómo iba a dejarlo marchar; en las lágrimas que derramaría cuando renunciara a su risa, a sus palabras apasionadas, a la locura de sus besos y sus caricias. No sabía cómo lograría soportar su pérdida.

Una noche. Solo le quedaba una noche. Apenas unas horas para embriagarse de él, para saciarse hasta que se le grabara en cada uno de los sentidos: en los ojos, en las manos, en la boca. Su voz. Los quería para ella. Para hacerse con un recuerdo o con un premio de consolación. ¿Qué otra cosa podía quedarle?

—Dime que tú también me quieres —le rogó él rozando sus labios—. Dímelo, Lena, por favor.

—Claro que sí. —Le rodeó los hombros y se deleitó colocando su pelo, despeinado y salvaje—. Claro que te quiero.

Arthur atrapó su trenza. La acarició un momento y la miró con evidente admiración. Tiró del lazo que la sujetaba, y cayó olvidado en algún punto entre ambos. La fue deshaciendo poco a poco, enredando los mechones claros entre las yemas de sus dedos, acariciándolos como quien admira un tesoro.

Lena lamentó haberla dejado crecer tanto porque, para cuando alcanzó la altura de su hombro, temblaba como una vela al viento. Cerró los ojos cuando sostuvo su cuello y lo acarició con los pulgares. Percibió su aliento, que buscaba su boca, y ella salió a su encuentro con un beso. Él le devolvió dos. Tres. Un ciento.

Lena tiró de su chaleco y lo arrastró hacia la cama. Arthur la cubrió con su cuerpo y se enredó en su boca, saboreándola con deleite y con apremio. A Lena le faltó el aliento y se tomó un segundo para coger aire. Y él aprovechó para sostener su mano y llevársela al corazón.

—¿Te casarías conmigo, Lena? Mañana mismo.

Ella solo cerró los ojos y soñó en voz alta.

—Sí. ¡Oh, Arthur, sí!

Él rio con el rostro escondido en su clavícula. Murmuró mil promesas, cálidas y sugerentes, que Lena, agitada como estaba, no entendió bien, pero que le llegaron al alma y le prendieron la piel.

—Quiero saber lo que se siente contigo —le dijo temblorosa—. Quiero tenerlo y guardarlo en mi recuerdo como un tesoro.

—Me vas a tener siempre. Habrá mil noches más. —Lena intentó interrumpirlo, pero él se lo impidió con un beso breve—. Pero podemos empezar esta noche. ¡Oh, Dios, sí! Me muero por empezar. ¿Y tú?

Por toda respuesta, lo besó de nuevo. Le ardía la cara por la vergüenza, y el resto del cuerpo por el recorrido que las manos de Arthur empezaron a trazar sobre su ropa, que de pronto le molestaba. Cerró los ojos, mareada, confusa.

—Las gatas no llevan la ropa puesta, ¿verdad? —No pudo explicarse por qué lo dijo, pero sí sabía que se sentía igual que una de las gatas salvajes que sollozaban en la oscuridad.

Arthur rio y se turbó un poco. Tragó saliva y Lena tocó su garganta, justo en ese punto en que se movía cuando hablaba. Él gimió con lo que a ella le pareció pura necesidad. Luego, por fin, se decidió.

—Déjame quitártela.

Lena no tuvo fuerzas para responder. Él lo tomó como un asentimiento. Empezó a desabrochar la hilera de botones que cruzaba su torso, uno a uno, despacio. Sintió las yemas de los dedos rozando la carne de sus pechos por encima de la fina tela de la camisola. Cálidas, suaves y lentas.

Buscó su rostro y vio que apretaba las mandíbulas como si estuviera llevando a cabo una tarea dolorosa. No la miraba a ella, sino a la piel que poco a poco iba transparentándose.

Le retiró la prenda y bajó la cara hasta sus pechos, cubiertos solo por la ropa interior, con la misma expresión con que iría a venerar a una diosa. Frotó contra ellos su nariz, sus labios, su lengua, y Lena se retorció de sorpresa y placer.

—Así que es esto —musitó.

—¿El qué? —preguntó él sin interrumpir el recorrido que su boca estaba trazando.

—Lo que se hace con un hombre. Por esto todas pierden la cabeza. —Arthur apretó los dientes en algún punto de su cuello, y a Lena se le escapó un gemido—. Ya las entiendo.

—No es por esto, Lena. —Su sonrisa era tensa, como si tuviera dificultades incluso para bromear—. Es por lo que viene después.

—¿Cuándo?

—Cuando te desnude del todo y nos fundamos el uno en el otro.

Lena supo que quería todo eso, que deseaba más. Lo de entonces y lo de más tarde. Que lo quería a él. Ella misma se quitó la camisa. Mientras, Arthur, muy serio y muy agitado, le sacó la falda con manos temblorosas y la dejó caer al suelo. Siguió con las enaguas. Las monedas que se ocultaban entre ellas resonaron en el suelo de la pequeña habitación, amortiguadas por las capas de tela.

La dejó tendida sobre la cama, solo con la camisola y con las medias, para observarla con suma atención. Simplemente, como a una mujer.

—No sabes cuánto te deseo, Lena; solo puedo pensar en devorarte entera. —Su voz se había transformado: sonaba ronca, grave, como un arrullo cálido que se le metía en las venas y capturaba todos sus sentidos—. Hasta que formes parte de mí. Toda para mí.

—Ayúdame, Arthur —pidió trastornada—. ¿Cómo se calma esto que siento?

Él le recorrió el cuerpo con una mirada que de verdad parecía la de un hombre hambriento.

—No se calma. A ratos, tal vez. Pero esto que siento por ti al verte ahí, medio desnuda, blanca y expectante... Esto tiene que durar para toda la eternidad.

Lena tendió los brazos hacia él, que se apresuró a quitarse el chaleco y la camisa antes de volver a tumbarse junto a ella. La besó de nuevo, con una falsa calma, porque ella lo notaba

palpitar.

Ella le recorrió el pecho con las manos y se maravilló por la suavidad de su piel. Acarició los músculos que se tensaban en su espalda, el vello sedoso de sus brazos y de su vientre. Le pareció más guapo, más increíble. Más inmerecido. Era él el verdadero ser de otro mundo. Y era ella la que sentía la necesidad de devorarlo a él.

Arthur introdujo dos dedos en el borde de una de sus medias, y rozó la fina piel de su cadera. Se la quitó y, como un escultor en plena creación, delineó el contorno de su pierna con las manos, que se perdieron entre sus muslos, y Lena se perdió con ellas. Él la acarició, la besó y la dejó sin fuerzas.

Cuando empezó a creer que iba a dividirse en mil pedazos, Arthur le quitó la otra media y le apartó la camisola hasta sacársela del todo. Lena se estremeció de frío, o de deseo, tal vez de pura ansiedad. Era difícil poner nombre a la emoción que no había experimentado antes.

Cuando Arthur por fin se quitó la ropa que le quedaba y unió su piel caliente a la de ella, lo rodeó con tanta fuerza que lo hizo emitir un quejido.

—¿Hay más? —le preguntó al oído. Le sorprendió su voz jadeante, pero él se estaba moviendo contra su cuerpo desnudo y apenas podía pensar—. No es suficiente.

—No creo que lo sea nunca —dijo él contra su boca—. Pero podemos intentarlo.

Lena asintió como una tonta. Cerró los ojos y luchó por atesorar cada uno de los besos que él siguió repartiendo; que cayeron en su piel como gotas de lluvia, en los hombros, en los pechos, en el vientre. Se guardó muy adentro el gemido que se le escapó a él cuando la besó entre las piernas y ella se agarró a su pelo y gritó su nombre.

Estaba a punto de echar a volar como un globo, pero entonces Arthur se colocó sobre ella y la miró a los ojos.

—Soy tuyo, ¿lo sabes? —aseguró—. Porque yo lo supe desde la primera vez que te vi.

Ella solo sonrió y asintió. Segundos después, él se enterró entre sus piernas. La sobresaltó la extraña mezcla de dolor y placer. Arthur se quedó inmóvil, sin aire. Tenía los ojos cerrados y el rostro tenso. Lena extendió la mano y le acarició la mandíbula con ternura. Él sonrió.

—Creo que ahora sí he encontrado el lugar donde quiero morir —murmuró mientras se movía despacio; lo que la obligó a hablar con voz entrecortada, entre jadeos.

—Quiero volar, Arthur. Quiero volar contigo.

—Vámonos, Lena. Ven conmigo.

Se movió contra ella, que se colgó de su cuello y de sus hombros. Le arañó la espalda y le mordió los brazos, los labios y el mentón. Estrechó su cuerpo contra el de él. Suspiró, gimió y repitió su nombre. Arthur no dejaba de mirarla, y su expresión parecía la de alguien que está a punto de morir de necesidad.

Se dejó mecer. Primero, con lentitud. Después, con desesperación, mientras él repetía su nombre como una invocación sagrada y se asía a su cintura con fervor. Lena no se dio cuenta de en qué momento había dejado de hacerlo, porque se contrajo entera, cuerpo y corazón, y se elevó en el aire hasta que el cielo y la tierra se confundieron.

Recorrió el espacio como una estrella fugaz, convertida en fuego y consumida en un instante.

Cuando regresó a la tierra, lo descubrió abrazado a ella, como quien se amarra por fin a un puerto seguro. Cerró los ojos y aspiró su aroma mientras intentaba respirar con normalidad. Arthur frotó su nariz contra su cuello y volvió a acariciarle el pecho.

—Lena, amor mío —le susurró—, acabo de descubrir que tu cuerpo es el verdadero final de mi viaje, que tú eres tierra firme.

No lograron conciliar el sueño a pesar del delicioso sopor que los embargó durante horas. Lena, al menos, no tenía intención de quedarse dormida y perder el escaso tiempo que le quedaba con él. Se enredó entre sus brazos, entre sus piernas, contra la piel, y apoyó la cabeza en el pecho de Arthur para aprenderse el ritmo letárgico de sus latidos.

Se prohibió pensar en cómo podría haber sido su destino si no tuviese una pesada carga tirando de ella. Habría mil noches más como esa, besos infinitos y amor compartido entre sábanas. Era un sueño. Era para otra.

Él se dedicó a acariciarle el pelo en el silencio de la noche, a besarle la frente con devoción. Y Lena, ahogada por las lágrimas que fue escondiendo en las mantas que los cubrían, entendió que él la quería de verdad. Tan de verdad que no había pensado abandonarla, que habría estado dispuesto a dejarlo todo para quedarse con ella.

Habría sido perfecto. Un sueño. Solo que, en esa ocasión, y por más que ambos lo desearan, no era posible.

Consumida por la pena, buscó los labios de Arthur. Él la besó con una sonrisa, con el mismo entusiasmo y pasión que ponía en todo lo que le importaba. Lo abrazó, lo tocó y lo lamió. Para embriagarse, para retener su sabor, para olvidar.

Volvieron a hacer el amor. Él se desintegró en ella despacio, convertido en fragmentos de ilusión, con la calma de quien cree tener un futuro por delante para saciarse. Lena, en cambio, persiguió el placer con apremio, con ansias, furiosa. Lo sostuvo contra ella, dentro de ella. Una y otra vez. No podía existir nada comparable, y se maldijo por haber esperado tanto.

Después, cuando pudo dejar de repetir su nombre y volvió a la conciencia, se dio cuenta de que solo había servido para quererlo más.

Mucho más tarde, Arthur le susurró con voz ronca:

—Soy feliz, Lena. Y voy a dedicar el resto de mi vida a hacerte feliz también a ti. Te doy mi palabra.

—Conocerte ya me ha hecho feliz —respondió—. Esto, estar aquí contigo, ha sido uno de los momentos más maravillosos de mi vida.

Lo sintió reír junto a su oído, satisfecho.

—Eso está bien. Estoy deseando que cojamos el barco y salgamos de aquí. Tú y yo.

Fue como si una enorme mole de dolor y desconsuelo cayera sobre ella. Ese futuro no existía. Otra vez se quedaría sola, lejos. Con la diferencia de que, aquella vez, el tamaño de la pérdida no se asemejaba a nada que hubiera experimentado antes.

¿Cómo podía afrontar el resto de sus días sin volver a sentirlo? ¿Cómo iba a convivir con un deseo que ya no podría saciar jamás? ¿Cómo iba a fingir que no había querido a aquel náufrago tanto como para haber estado a punto de abandonar a su familia? Lo había planeado de verdad y lo habría hecho si la fatalidad no se hubiera interpuesto en su camino. Qué ilusa había sido.

Arthur le tomó el rostro para volver a besarla, pero Lena se apartó de inmediato. Era posible que Lena la Rebelde acabara apareciendo de nuevo y ella se rindiera, y no se lo podía permitir.

—No, Arthur, eso no ocurrirá. —Hasta ese día, no había podido imaginar que las palabras dolieran—. Yo me quedo en Formentera. Tengo que volver a casa.

Él se quedó callado. Lena fue incapaz de mirarlo de frente. Salió de la cama a toda prisa y se vistió. Notó a Arthur pendiente de sus movimientos, la sorpresa que se reflejaba en la tensión de sus brazos desnudos.

Lena casi se echó a llorar cuando fue consciente de que nunca más estrecharían sus cuerpos sin nada que los cubriera más allá de la piel.

—Yo no puedo irme a Inglaterra —insistió con mucha menos firmeza de la que le habría gustado. Él esperó a que aclarara su afirmación. Lena se limitó a quedarse inmóvil, luchando contra su corazón destrozado. Sentía pena por sí misma y pena por cómo debía de sentirse él—. Perdona si te he hecho pensar que quería marcharme contigo. Es lo que quería —se corrigió—, pero no puedo hacerlo. Ya lo sabes.

Se atrevió a mirarlo, y Arthur le sonrió con tanta ternura que estuvo a punto de desdecirse. Luego, se acercó y la abrazó. Lena sabía que tenía que alejarlo. Solo sería un abrazo más. El último. El último aliento.

—Pero allí todo sería más fácil, ya lo sabes.

—¿Y qué pasa con mi familia? ¿Y con la tuya?

—¿Con la mía?

—¿Aceptarían a una isleña extranjera, bastarda y casi analfabeta como tu vizcondesa, como futura marquesa de Aighbry?

Arthur lo pensó un momento, demasiado breve para el gusto de Lena, sobre todo teniendo en cuenta la respuesta que le dio.

—No.

—¿Lo ves? No podemos irnos juntos. Me repudiarán. Tal vez también te rechacen a ti.

Y Arthur, feliz, se echó a reír con el rostro escondido en su pelo.

—¡Mejor! ¿No ves que yo solo quería volver por ti para tener algo que ofrecerte, porque decías que querías escapar de tu vida? Pero, si es lo que quieres, nos quedaremos —aseguró con la voz teñida de ilusión—. Hace días que le doy vueltas a la idea de montar una pequeña tienda en Formentera, y ahora tenemos dinero para invertirlo. ¿Qué te parece? Sería nuestro modo de subsistir, nuestro y de nuestros hijos. Podríamos comprar una casita en la playa. Podrías cuidar de tu familia, pero también sería un alivio tener tu propio hogar, nuestra intimidad. Yo te ayudaría, mi amor, te haría la vida más fácil y...

Lena se apartó con brusquedad.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? Recuerda que te acusan de un asesinato. Puede que el alcalde te haya dejado libre, pero me dejó muy claro que debías marcharte cuanto antes.

—¿Por qué? Lena, ¡soy inocente! Me quedaré y buscaré al verdadero culpable. Limpiaré mi nombre y me dejarán tranquilo. Podré vivir como uno más de vosotros. ¡Es lo que llevo imaginando desde que llegué! ¡Desde que te oí llamarme!

Intentó tomarla de las manos, y ella se apartó. Luego, la agarró de los hombros y la estrechó contra su pecho. Lena dejó caer allí su mejilla porque olía a fuego, a pasión, al amor que habían compartido y que se le estaba escurriendo entre los dedos.

—No, Arthur, tienes que irte.

—Pero ¿por qué? —repitió cada vez más molesto.

Y Lena comprendió que no le quedaba otro remedio que contarle la verdad. Lo merecía, no en vano había pasado un calvario por culpa de aquel asunto.

—Porque la culpable es mi prima.

Hubo un largo silencio de desconcierto.

—¿Cómo dices?

—Que fue Pilar, ella mató a Feliu.

La soltó como si quemara.

—¡Santo cielo!

Arthur dio varias vueltas por la habitación, nervioso. Su rostro se había demudado.

—¿Entiendes por qué no puedes quedarte? —dijo Lena—. ¿Por qué no puedo ayudarte a

buscar al verdadero culpable?

—Pero... ¿qué...? No entiendo. ¿Tu prima? Pero si ellos...

—Feliu la trataba muy mal —explicó—. Es por eso que se me ocurrió pedirle que te llevara de vuelta a Inglaterra: porque quería alejarlo y evitar que siguiera sufriendo. Le pegaba, la amenazaba y la obligaba a hacer cosas horribles. Ella solo se defendió. —Se tapó la cara, abrumada por la vergüenza y por un llanto repentino—. Lo siento. Lo siento mucho, Arthur.

Él volvió a abrazarla, y Lena luchó para no aferrarse de nuevo a su cuerpo.

—Está bien. Tranquila, mi amor, no llores.

—¿Cómo no voy a llorar? ¿No lo entiendes? No puedo marcharme contigo, pero tú tampoco puedes quedarte.

—No vas a delatarla —adivinó él.

—No podría. ¿Cómo? Es mi prima. La quiero. Y ha sido siempre tan infeliz...

Arthur la sostuvo un poco más hasta que logró serenarse. Cuando Lena se limpió los ojos y lo miró de nuevo, él preguntó:

—¿Y qué hay de ti? ¿Y de mí? ¿Vas a sacrificarnos a nosotros para salvarla a ella?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Lena...

Ella le tapó la boca para que no añadiera nada.

—Puedo sacrificarme yo —aseguró—. Sí.

Él se zafó de su mano y le habló como si le estuvieran arañando el alma.

—Pero yo te quiero.

—Y yo. Solo que eso da igual.

—¿Cómo va a dar igual? Por el amor de Dios, anoche, justo antes de hacer el amor, me dijiste que te casarías conmigo.

—Y era verdad. Lo haría sin dudarlo. Solo que no puedo. No podemos hacerlo sin dañar a otros. A mi prima, a mi madre, a tu padre. A Penélope, que te espera... —Él gruñó al oír su nombre—. A Quim.

—¿Esa es tu idea de felicidad? ¿Renunciar al amor verdadero para casarte con otro hombre? ¿Vas a compartir tu vida con él? —La ternura de su voz desapareció por completo, y apareció una rabia que no le había oído jamás—. ¿Harás cada noche con él lo que acabamos de hacer nosotros? ¿Pensarás en mí cuando lo hagas?

—Arthur, por favor...

—No, Lena, no. —La cogió de los brazos. Con fuerza, con desesperación—. No voy a permitirlo. No nos hagas esto.

—¡No me lo hagas tú a mí! Todo esto es tu culpa. Yo no quise que te enamoraras de mí, yo no te obligué a que lo hicieras.

Los ojos de Arthur se ensombrecieron, y en su rostro se dibujó la decepción. El dolor.

—No pude evitarlo. Y puede que haya sido muy insistente al expresarte mis sentimientos, pero no recuerdo haberte obligado a que me correspondieras.

—¡Pues ocurrió! ¡Y ahora tengo que dejarte marchar, por el bien de todos! ¡Es mi condena! Lo he vivido una y otra vez. La diferencia es que tú has llegado tan adentro que estaba dispuesta a dártelo todo, y lo he hecho. He puesto mi conciencia patas arriba y casi olvido cuál es mi deber.

—Yo lo he olvidado hace mucho, y nunca he sido tan feliz.

—¡Ni yo! Solo que... no somos iguales. Tú eres un hombre.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que las mujeres, a veces, no tenemos elección.

Se deshizo de su agarre con un tirón brusco. Rehuyó su mirada.

—Lena, por favor, busquemos otra solución. Yo estaré contigo. Seré tu compañero, tu apoyo. No tienes por qué cargar con todo sola. Déjame...

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Dónde? ¿Vas a esconderte durante años en una cueva, como hizo mi padre? Eso no me sirve. No quiero más aventuras, ni más naufragos ni más... amantes. Solo quiero un poco de tranquilidad. Lo siento, pero tienes que irte; lo sabes tan bien como yo.

—No. No me iré. No sin ti.

—Por favor...

—No me pidas que lo haga. No ahora.

—Tienes que hacerlo por ti y por mí. No puedo abandonar a mi familia, y no puedo permitir que te quedes y sufras por mi culpa.

—No...

—Sí. No hay otra opción, ¿no lo ves? Y no sé qué se me pasó por la cabeza para pensar que yo podría vivir contigo.

Lo oyó maldecir a sus espaldas.

—Dios, Lena. Cualquier hombre moriría si la mujer con la que acaba de pasar la noche más intensa de su vida, a la que le ha puesto el mundo a sus pies, lo rechazara como tú lo estás haciendo conmigo. Dime que no me estás negando un futuro en común. Dime que hay un camino para ambos en alguna parte.

Lena inspiró varias veces. Recabó todo el aire que pudo para sonar convincente, para que no se le quebrara la voz, para fingir frialdad e indiferencia. Luego, se volvió hacia él y a duras penas consiguió mirarlo a la cara.

—Arthur, ya está. Se acabó. Ha sido una aventura maravillosa. Algo así como el fuego sobre la nieve, una fuerza que lo derrite todo. Tú has sido lo más intenso que he sentido jamás. Te recordaré siempre con... cariño. Pero nuestros caminos no debieron cruzarse, porque es imposible que consigamos avanzar en la misma dirección.

—Si lo intentamos, sí.

—Te encerrarán de por vida. O peor aún: te matarán. ¡Te colgarán!

—No...

—¡Sí! Y entonces ¿qué sería de mí? La vida me ha preparado para una buena cantidad de sufrimiento y de pérdida, pero no para verte morir. No cuando he tenido la oportunidad de salvarte.

—No solo es una decisión tuya. Si me amas...

Y Lena ya no pudo más:

—¡A lo mejor, no te amo lo suficiente! A lo mejor, ni siquiera estoy enamorada de ti. Simplemente, estoy tan rota y tan necesitada de cariño que me he aferrado a la emoción que me regalabas como a un salvavidas en medio de un naufragio. Sí, es probable que no te quiera como tú deseas que lo haga, porque yo entiendo el amor de otra forma y por eso no tengo el valor ni la fuerza para dejarlo todo por ti.

—No me quieres lo suficiente —repitió él mientras sacudía la cabeza en una negativa incrédula.

A Lena le pareció que había un velo de humedad en sus ojos. Tuvo que recabar en su garganta todo el amor que sentía por él para poder sonar convincente.

—No. Supongo que no.

Él frunció el ceño. Empezó a hablar varias veces. Su voz sonó hueca y desolada.

—¿Sabes lo que me duele oírte decir eso? Hace solo un rato tú y yo...

—Tampoco ha sido tan especial, ¿no?

La pena que se reflejó en sus ojos la atravesó. Ni siquiera entendía cómo no le escocía la lengua ante tanta mentira y tanta maldad.

La desolación de Arthur y su repentino mutismo estuvieron a punto de hacerla claudicar. Tenía que decidir qué le importaba más, qué dolor —si el del hombre al que amaba o el de la familia necesitada que la aguardaba— la dañaba más.

Se recreó en su rostro hermoso, en la fuerza de su cuerpo, en la soberbia de su pose. Arthur estaría bien. Podría seguir adelante sin ella. A lo mejor, después de llorar lo suficiente, ella sin él también.

—Siento no haber sido lo que esperabas. No soy la mujer más adecuada para hacerte feliz. Solo sirvo para hacer daño a los hombres. Es mi maldición.

Se quedaron allí plantados largo rato, frente a frente, en silencio. Lena percibía su respiración, sus dudas, su decepción. Y el amor que la consumía a ella; el deseo casi insoportable de abrazarlo y pedirle perdón, de correr con él a cualquier parte.

Pero era el amor lo que reafirmaba su decisión. El amor a Arthur, que merecía vivir acorde a su título en Inglaterra y no como un prófugo en aquel lugar, perdido de la mano de Dios; el amor a su prima, que no había hecho nada más que buscar la felicidad, como ella misma llevaba tanto tiempo haciendo; el amor a su madre, a sus abuelos. El poco amor por sí misma que le quedaba.

—¿Sabes? —le dijo cuando ya no pudo soportar el incómodo silencio, haciendo un esfuerzo por sonar frívola—. Eres el primero que no quiere abandonarme. —Metió la mano en el bolsillo de su falda, sacó una de las bolsas de monedas y se la tendió—. Toma, quédatelas; te harán falta para el viaje.

Dio un paso atrás, horrorizado.

—Lena, dime que no fuimos a buscar ese tesoro para que yo volviera a Inglaterra solo. —Ella intentó responder, pero le temblaron los labios y se le contrajo la boca—. Por favor, dime que no tenías planeado abandonarme desde el principio, que no te has acostado conmigo sabiendo que íbamos a terminar así.

Lena no consiguió reaccionar. Sintió repulsión hacia sí misma. La forma en que la miró la hizo estremecerse. Y supo, en ese mismo momento, que había perdido a su náufrago.

—No me sorprende que todos los demás te dejaran. —Le dio la espalda y se alejó de ella. Sin remedio—. Desde que te conozco, me han apaleado, humillado y encarcelado. Ahora tú me rompes el corazón. Me queda poco orgullo, Lena, pero... guárdate tu estúpido dinero. No lo necesito. No quiero nada más tuyo.

La última imagen que conservaría de Arthur sería la de su mano, esa que había querido sostener la suya para siempre, recogiendo los documentos que ella guardaba. Y el anillo de su padre, que Lena con dedos temblorosos le devolvió.

Capítulo 26

EL CIELO DE LA PÉRDIDA

El camino de vuelta se le hizo tan doloroso como el descenso al mismo infierno.

Dejó la fonda a toda prisa, sin decir nada más ni atreverse a mirar atrás. Esperó durante un par de horas, oculta en un rincón del puerto, con temor a que Arthur apareciera en cualquier momento y la hiciera cambiar de opinión. No quería volver a enfrentarlo. No podría. Lena había agotado todas sus fuerzas en la lucha con él y consigo misma.

No apareció y, en el fondo, le dolió. La hizo añicos. Porque, en la imagen que guardaba de Arthur, él era un soñador apasionado, un loco sentimental que correría tras ella mientras gritaba que la amaba sin descanso y desde lo más profundo de su ser. En sus sueños, en los mismos que se había encargado de destruir, se arrodillaría y le rogaría que regresara a su lado, que se atreviera a recorrer un continente entero hasta que hallaran la felicidad.

No sucedería. Le había roto el corazón y se había encargado de que no quedara una pieza intacta que pudiera recomponer. Se sentía miserable. Cruel y mezquina. Lo había hecho por él, claro, pero no podía dejar de odiarse por ser tan cobarde.

Qué diferente sería su vida si tuviera un mínimo de valentía para elegir, como la que había mostrado Arthur durante el tiempo que había dedicado a viajar por el mundo en busca de su lugar.

Solo que ese lugar no era Lena.

Lena quería ser rebelde, ansiaba atreverse a dar un paso más allá. Pero la realidad le amputaba los sueños uno tras otro.

Así que se resignó a perderlo, o intentó resignarse, y volvió a Formentera.

Sabía que Jaume aparecería por Ibiza esa misma mañana. Cuando lo localizó, no puso objeción alguna a que viajara con él de regreso. Lo hizo en silencio, muda y triste; atenazada por el miedo al mar, que había reaparecido con la misma fuerza de antes. Fue tan intenso que vomitó dos veces por la borda.

Una tenue llovizna empezó a cubrirlos antes de tocar tierra, y el cielo se volvió blanco, pesado y asfixiante. Era, de nuevo, el cielo de la pérdida.

Antes de dirigirse a su casa, se detuvo en el Pilar. Ignoró miradas, corrillos y cuchicheos; debería haber corrido como la pólvora el rumor de que a Lena le había faltado tiempo para ir a rescatar al inglés. Quizás, incluso todos sabían ya que habían pasado juntos la noche de su detención.

Y, para colmo, volvía sin él.

Buscó a Marina en la cocina de la fonda y se abrazó a ella con desesperación.

—¿Qué te pasa, Lena? —le preguntó una y otra vez, sin obtener respuesta—. ¿Ha sido tu abuelo? ¿Tu madre? ¿Has discutido con Quim?

—Arthur se ha ido —dijo—. Lo he dejado marchar.

—Es lo mejor —aseguró Marina mientras la acariciaba con cariño—. Desde que apareció en la isla, has sido otra. No era bueno para ti.

Ella solo lloró y lloró hasta que se quedó seca; hasta que el recuerdo de los besos de Arthur, de su cuerpo, de sus caricias y de sus palabras cayó hecho lágrimas sobre la falda de su amiga.

Se propuso dejarlo allí, para después poder volver atrás en el tiempo y regresar al punto en el que Arthur todavía no formaba parte de su piel; al momento en el que su único sueño era compartir con Marina una tarde de costura al sol.

Quería volver a ser esa Lena. Igual de triste, igual de sola e igual de vacía. La que no sabía que existía un horizonte. La que no sabía que el mar podía arrebatarte el alma a pequeños fragmentos, que podía traer hasta su regazo un relámpago de felicidad.

El médico había visitado a su abuelo y a su madre el día anterior —mientras estaba fuera— y, más allá de entregarles un par de remedios caseros y una factura abultada, les había dejado claro que era solo un enfriamiento y que no se podía hacer otra cosa más que esperar.

Y eso hizo Lena. Esperar, esperar y dejar que los días se sucedieran con la misma parsimonia que las olas en un mar en calma. Lentos, largos y pesados.

Limpió, alimentó, cuidó y lloró. No siempre en ese orden. Nadie se dio cuenta de su tristeza, salvo Toniet, que había corrido a preguntarle por Arthur en cuanto se había enterado de su regreso; pero había mantenido un silencio respetuoso desde que ella le había rogado, con los dientes apretados, que no volviera a mencionárselo.

Pilar, por su parte, volvía a estar ausente. No en cuerpo, pero sí en espíritu. Apenas habían hablado. Cuando, nada más regresar, la había encontrado con la vista perdida en el fuego, había corrido hacia ella y le había preguntado entre sollozos:

—¿Vienes sola?

—Sola, Pilar. Está todo solucionado.

—¿Todo?

—Todo. —La miró suplicante; ella también necesitaba que se ocuparan de su pena y le habría encantado que su prima lo hiciera, aunque hubiera sido solo un momento—. Y no volvamos a hablar de esto, por favor. Nunca.

—Pero...

—Tú no has hecho nada. Yo tampoco. Se acabó.

Y no habían vuelto a hablar ni de Arthur ni de Feliu. Ni de náufragos ni de amantes, ni de escapadas nocturnas en las que perderse en los brazos ardientes de un hombre. Eso había acabado para ellas. Estaban de nuevo sola, envueltas en pena, deshechas en sal.

Quim volvió pronto a visitarla. Al principio, le sorprendió que se comportara como si la conversación que habían mantenido unos días antes no hubiese existido. Luego, cuando él mostró su recelo ante el paradero de Arthur y las circunstancias de su marcha —y Lena le explicó que lo había ayudado a llegar a Ibiza y buscar un barco—, respiró aliviado al comprender que su ausencia era definitiva y reanudó su cortejo con más empeño que al principio.

La visitaba, se preocupaba por su familia, la invitaba a pasear. A veces, incluso le llevaba flores. Poco a poco, se fue relajando en su presencia, porque se convenció de que él no

sospechaba lo que había sucedido entre ambos.

Lena procuró olvidarlo también.

Tardó días en hacer caso a sus continuas invitaciones y regresar al faro. Fue una mañana en la que el viento hacía vibrar los cristales y ondeaba las ramas torcidas de las sabinas de la Mola.

Se cubrió el pelo, caminó hacia la torre como un espectro y entró sin pedir permiso. Un buen rato después, Quim la encontró arriba, en el balcón, con la vista clavada en el horizonte y con los ojos secos de no parpadear.

—¡Lena! —la saludó con evidente alegría—. ¡Cómo me alegro de que hayas podido venir! ¿Están todos mejor en tu casa?

Ella asintió, pero no lo miró. No estaba allí por él, sino por el faro. Por el recuerdo de otra mañana similar a esa, en la que el hombre al que amaba había sido arrastrado por las olas hasta sus brazos.

Quim se colocó a su lado y aguardó en silencio una respuesta, quizás una muestra de afecto o de entusiasmo. Ella no pudo dársela. Simplemente, miró, miró, buscó y esperó. Cuando largo rato después regresó de sus ensoñaciones, apretó los párpados, inundados de lágrimas, y murmuró:

—No hay nada ahí fuera, ¿verdad? Está todo aquí. Aquí.

Él no dijo nada. Abrió los brazos, la rodeó por los hombros y la apretó contra sí. Ella se dejó. Un abrazo siempre era agradable.

No era Arthur, no. Pero era cálido y era sincero. Quizás sería suficiente. Tal vez, algún día se olvidaría de Arthur, como lo había hecho de los demás. Su destino era olvidarse de los hombres a los que amaba, uno tras otro; solo que, esta vez, el olvido se resistía.

Quim, al menos, estaba en tierra. Se quedaría en tierra. Y Lena también.

Tardó poco en quedarse sin lágrimas, y entonces la poseyó una rabia incontrolable contra todos y contra todo.

Furiosa, se gastó gran parte del dinero que había ido a buscar para salvar a Arthur en caprichos que no quería y en fruslerías que jamás había deseado. Se compró, incluso, un vestido nuevo, caro y de la mejor calidad, por si un día se casaba.

Lo cierto era que, a aquellas alturas, ya le daba un poco igual con quién, e incluso le daba igual si no sucedía nunca. No le hacía falta. Sus prioridades habían cambiado de orden, y había perdido el empeño juvenil de formar una familia propia.

Por primera vez, se dedicó a cuidar de sí misma y de su corazón. Compró una carreta y un caballo, y varios pares de zapatos nuevos para su madre; que no hacía más que repetir, muy orgullosa de repente, lo extraordinaria que era su hija, la mujer tan valiente y generosa en que se había convertido, lo agradecida que debía estar con ella por haberle dado un padre tan bueno y tan rico.

Forzó sonrisas cuando Marina volvió a bromear sobre su matrimonio y a soñar en voz alta con los niños que iban a criar bajo la sombra del faro. Fingió ilusión. Pero estaba rota.

Por suerte, sabía convivir con esa emoción. Sabía dominarla, asumirla y amoldarla a ella. Saborearla. Estaba segura de que ya nada volvería a derrumbarla.

Cuando creía que no podía más, cuando le dolía la espalda de cargar sacos o le escocían las manos de tanto lavar, lo dejaba todo de lado y se escapaba hasta el acantilado con el telescopio, que conservaba como un pedazo de Arthur, y se dedicaba a otear el horizonte. Por si acaso. Por

si algún día volvía a avistarlo.

Una tarde regresó a casa, después de una de aquellas frecuentes escapadas, y encontró a su prima sollozando en un rincón del patio. No era raro que lo hiciera porque, de vez en cuando, la asaltaban arranques de culpabilidad, remordimientos y añoranza.

Lena no la juzgaba; se había visto obligada a superar en silencio la muerte del hombre al que quería y al que ella misma había quitado la vida. No existía consuelo posible para una aberración semejante.

Pero aquel día, nada más verla llegar, se levantó y corrió hacia ella, y en su mirada había un brillo inusual de alegría.

—¡Es de Josep! —Levantó un papel que sujetaba y lo ondeó—. ¡Una carta de Josep!

—¡No es posible!

Lena se la arrebató sin contemplaciones. Su prima chistó molesta e intentó recuperarla, mientras ella se esforzaba por entender lo que decía.

—¡Está vivo! —dijo Pilar emocionada, transformada de pronto en la adolescente que era cuando se había casado—. En un lugar llamado Mar del Plata. ¡Qué nombre tan bonito! Dice que me echa de menos, que no puede vivir más tiempo sin mí. —La abrazó en un impulso—. ¡Lena, me quiere! ¡Y quiere que me reúna con él! ¿No es maravilloso?

—Sí... —musitó Lena, incapaz de recuperarse de la sorpresa—. Es maravilloso.

Pilar la cogió de las manos y le sonrió. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y una sonrisa radiante la hacía parecer mucho más joven.

—Tengo que reunirme con él —le dijo—. Con mi Josep. ¡Oh, querida Lena! ¿Me dejarás el dinero? No pongas esa cara y dime que lo harás, ¡ahora tienes de sobra! ¡Necesito ir con él! ¡Es mi oportunidad de salir de aquí!

—¿Marcharte? Pero... No sé...

—¡Con mi esposo! —Entonces se le demudó el rostro y se ensombreció de nuevo—. Tengo que marcharme a buscarlo. —Tragó saliva varias veces, incómoda—. Y necesito escapar de la isla antes de que alguien descubra lo que hice.

—Pilar, yo no te delataré jamás.

—¿Y ese muchacho tonto?

—¿Toniet? ¡Tampoco!

Para sorpresa de Lena, su prima se echó a reír.

—¡Da igual, querida! No quiero vivir con miedo. Y no quiero vivir sola. ¡Mi Josep! ¡Me voy! ¡Cuanto antes!

Cogió la carta y dio saltos y vueltas sobre sí misma por el patio, feliz como si acabaran de regalarle el mundo y de devolverla a la juventud, a la ilusión de un nuevo comienzo.

Mientras, Lena, apenas a unos metros, rígida y con el alma hecha jirones, no dejaba de maldecir su suerte para sus adentros. Había alejado al hombre al que amaba solo por salvar a su prima. Se alegraba por ella, claro. Iba a irse, estaría a salvo y sería feliz.

Y dejaría vacío el espacio que podría haber llenado Arthur.

Capítulo 27

MILORD

—*P*ater noster qui es in caelis...

A Arthur se le escapó la risa, débil y distraída, pero que hizo que su madre —de pie a su lado, recta y de riguroso luto— le diera un golpecito disimulado con la mano enguantada.

Fingió que la ignoraba, y perdió la vista en los intrincados mosaicos del techo de la abadía de Westminster y en sus pilares centenarios. Se mordió los labios para no volverse y explicarle que aquel simple rezo le había recordado a un anciano cojo que lo saludaba así, cada vez que se cruzaban, desde que él había tenido la ocurrencia de echar mano de Dios para comunicarse.

No importaba, porque estaba muy lejos, en otra isla, al otro lado del continente. A su madre, la bella y elegante marquesa de Aighbry no le interesaría. De hecho, ni a ella ni a nadie le había interesado nada de lo que Arthur tenía que contar.

Al principio, nada más llegar a casa cubierto de harapos y con aspecto de mendigo acabado, lo habían recibido con cariño, abrazos, mimos, exclamaciones y parabienes. Y algún reproche, claro, pero sabía bien que lo merecía.

Todos en su familia parecían contentos con su regreso. Eso le templó el ánimo. Mientras se recuperaba del largo viaje, de las dificultades y de la pena —sobre todo, de la pena— lo habían acibillado a preguntas y a cuidados. Y él se había dejado llevar, satisfecho de haber recuperado a alguien que de verdad lo quisiera y estuviera dispuesto a sostenerlo hasta que volviera a encontrar su lugar en el mundo.

Pero, luego, el interés se desinfló como un globo que toca tierra. Su madre parecía más preocupada por correr a vestirse de luto y dar el pésame a los familiares de sus compañeros desaparecidos que por sanar las heridas de su hijo. Su padre, que se había restablecido de la enfermedad, de la que solo le quedaba una persistente tos, le dio un par de palmadas en la espalda, aunque Arthur no supo si su evidente satisfacción se debía a que estaba contento de volver a verlo o al alivio por que el orden de las cosas se restableciera.

Sospechaba que la gravedad de su estado había sido exagerada a propósito, para intentar obligarlo a regresar. Se sintió molesto con él a pesar de que, sin su ayuda y sin el carísimo anillo que había tenido que malvender en Ibiza, entre convulsiones de rabia, no habría podido viajar nunca. Su hermano, por su parte, escuchó parte de su periplo con interés pero, después del relato del naufragio, enseguida se volatilizó.

Se sintió solo. Desubicado. Como antes. Como siempre. De vuelta a la vida que no quería. Que no había pedido.

Por eso no le habló a nadie de Lena. ¿Para qué? Lo único que lograría sería sentir que se le

retorcían las entrañas ante su recuerdo; porque ninguno de ellos entendería jamás, desde su posición altiva, que Arthur —el vizconde de Sternford, heredero de lord Aighbry, hijo pródigo y recuperado del mar— se había enamorado perdidamente de una mujer humilde y sencilla que había tenido el valor de rechazarlo después de que él le hubiera ofrecido todo cuanto veían sus ojos.

Y así se encontró, de vuelta, peinado, limpio y elegante. Como debía estarlo un hombre de su posición, rodeado de las personas con las que de verdad tenía que relacionarse; a escasos metros de la mujer con la que compartiría vida, cama, hijos y fortuna.

Ridículo. Un disfraz ridículo. Él era otro. El Arthur de antes había muerto. Se había deshecho de él, tal como había soñado. Solo que ya no se sentía con fuerzas para gritárselo al mundo, ni le quedaba ya ningún medio, o amigo, con el que escapar.

Estaba condenado.

—¿Aún no has visitado a Penélope?

Tardó en responder porque, aunque pensaba que a aquellas alturas ya nada lo sorprendería, que su madre le hiciera una pregunta semejante en el funeral de sus compañeros era más de lo que su templanza podía soportar.

—No —dijo sin atreverse a mirarla. En el altar, el sacerdote rezaba con los ojos cerrados.

—Deberías visitarla hoy mismo.

—La he saludado antes de entrar.

No le había dedicado más que una inclinación de cabeza y una sonrisa falsa. De todos modos, se suponía que estaban en una iglesia, no en un baile; no era el lugar más apropiado para cortejos estúpidos.

—No es lo mismo, ya lo sabes. Debes saber que se la ha visto frecuentando a un joven barón de Hertfordshire, y parecía muy cómoda en su compañía, incluso cuando se enteró de lo que os había sucedido. Ándate con ojo o la perderás.

Arthur suspiró. Se mesó el pelo, y le sorprendió lo corto que había quedado. Así, ninguna mujer de dedos cálidos y de ojos grises podría asirse a él mientras hacían el amor.

Se apresuró a desechar la imagen, pero persistió, increíblemente vívida, a pesar de que parecía haber sucedido en un tiempo muy lejano y no hacía solo unas semanas.

El presente no era más alentador. No quería una conversación a solas con Penélope ni con nadie. No quería dar explicaciones. No quería salir de su habitación. No quería salir de sí mismo.

Aquella mañana había sido la primera en la que ponía un pie fuera de la casa solariega de su familia en Bath, en la que había pasado casi toda su infancia. Y aunque lucía el sol y olía a primavera, Londres le pareció más gris que nunca.

Lo perforaron con infinidad de miradas, algunas censuradoras y otras curiosas. Él fingió no darse cuenta. Aguantó con estoicismo la ceremonia, intentando no pensar en que la próxima vez que pisara el templo sería para encadenarse a Penélope.

—Pobre muchacha —añadió su madre—. Ha sufrido mucho por tu ausencia y por la incertidumbre.

—Un justo castigo por haberse aprovechado de mi amabilidad y mi cortesía —protestó.

Al otro lado, su hermano William le dio un codazo y lo riñó.

—No hables tan fuerte. Has vuelto hecho un salvaje sin modales de tu aventurita.

—Ya —aceptó sin tener muy claro si estaba bromeando o no.

—Deberías estar contento de encontrarte una vida perfecta esperándote cuando te has dignado a volver.

Sonreía, y Arthur seguía confundido ante su actitud. Su hermano pequeño siempre había sido,

contra cualquier pronóstico, mucho más serio y responsable que él, y en ocasiones tenía la impresión de que su regreso no lo había complacido en absoluto. Probablemente, se había hecho ya a la idea de que Arthur había muerto y lo heredaría todo. Por él, podía quedárselo. Penélope incluida.

Cuando acabó el oficio, saludó a los familiares de sus amigos intentando no hundirse ante su dolor. Se le había olvidado cómo ser hipócrita. En cuanto pudo, se escabulló entre la multitud y regresó a casa, porque no le quedaba ningún buen amigo al que visitar o con el que emborracharse.

Pasó días dando vueltas por la enorme casa, perdido en el sonido hueco de sus pisadas sobre el mármol de los pasillos. El resto de la familia se había quedado en Londres, repartiendo pésames y visitas y tratando de justificar su ausencia. Él no tenía nada más que hacer más que dejar las horas pasar en la silenciosa compañía de los criados, que se limitaban a dedicarle reverencias y a cruzar entre ellos disimuladas miradas de compasión.

Le molestaba la ropa nueva y limpia, la levita le rascaba la piel, el chaleco de colores vivos a la última moda le apretaba, los zapatos se sentían rígidos.

Se los quitó y vagó en camisa y calzones. Dejó de afeitarse, de adecentarse; de todas formas, no lo vería nadie.

Volvió el hastío. La abulia. Las ganas de buscar un remedio que lo alejara de la realidad. La nada. La convicción de que debería haberse estrellado contra los acantilados de Formentera una lejana mañana de enero.

De haber sido él uno de los muertos, no tendría que soportar el vacío que se había adueñado de su corazón, justo en el lugar que le había entregado a Lena. Ella se había quedado con su presente y con su futuro. Le había cerrado su última vía de escape. Con su rechazo, había acabado de destruirlo por dentro.

Pero no lograba olvidarla. No quería. Porque era lo más auténtico, hermoso y real que había conocido a lo largo de su vida impostada. La sentía metida bajo la piel. Reconocía, en la punta de la lengua, el sabor de la de ella: salada, tersa y jugosa. En sus oídos resonaba todavía el eco de sus jadeos, mientras él le entregaba el cuerpo y el alma. El rumor de su risa espontánea. La belleza de su voz.

Podía oírla cantar en sueños, como la mañana en que había despertado en sus brazos. Parecía imposible, pero él la oía. Una voz dulce, frágil como un cristal, profundamente triste. La sentía recorrer su sangre una y otra vez; buscando un modo de llegar a lo más profundo, de transmitirle una pena absoluta. No era música, sino un lamento.

Y cuando despertaba, lo hacía furioso. Con ella, por apartarlo de su lado, por no haber tenido el valor para luchar por su amor; consigo mismo, por haber dejado que el orgullo le enturbiara la razón de tal manera que, cuando logró serenarse y cayó en la cuenta de que debería haber corrido tras ella, sus ojos ya veían acercarse las costas de Inglaterra desde un barco maloliente, secos de tanto llorarla.

Una tarde, mientras rebuscaba aburrido entre algunas viejas revistas de su madre, lo sobresaltó una ilustración de un globo aerostático. Le había prometido llevarla a volar a lo largo del mundo; también que la llevaría a su casa, que la convertiría en la futura marquesa de Aighbry.

Sentado en una butaca —con el dibujo del globo apretado contra su pecho para poner un parche a su dolor— se dedicó a imaginar a Lena en aquel salón, vestida con terciopelo y sedas, tomando el té con la espalda muy recta y recibiendo visitas de vecinos curiosos a los que saludaría con su acento de delincuente irlandés.

Qué tonto había sido. Lena jamás habría encajado. No porque fuera menos, sino porque estaba

muy por encima. No habría sabido vivir allí o, más bien, él no habría sabido vivir allí con ella convertida en una aristócrata del montón.

Lena era auténtica en su isla. Con sus responsabilidades, su carbón y sus animales, tumbada junto a él en un granero; con las mejillas enrojecidas por el fuerte viento de *tramuntana*.

¿Cómo no iba a rechazarlo si él mismo despreciaba su mundo y envidiaba el de ella? Lena no tenía apenas posesiones y debía esforzarse cada día por salir adelante, pero sabía cuál era su papel, su utilidad.

Lena podía seguir adelante sin él, vivir sin él. Pero Arthur...

Arthur no podía vivir sin Lena.

Al día siguiente, sin dudarlo, fue por fin a visitar a Penélope. Aunque no tenía el más mínimo interés en ella, era consciente de que la existencia de esa mujer había sido uno de los muchos obstáculos entre él y Lena. Ella nunca habría entendido que abandonara a su prometida, porque no podría seguir adelante, con la conciencia fustigada por la idea de que lo estaba esperando.

Así que, si Arthur quería encauzar su vida a su manera, debía empezar por ahí.

Viajó a Londres, se internó en Mayfair y llamó a la puerta de una bonita casa de apariencia ostentosa, como lo era la propia Penélope. Arthur sabía que la familia andaba mal de dinero, tanto como para lanzar a su inocente y virginal hija pequeña a la caza de un marido rico.

El mayordomo lo hizo pasar y lo atendió sin descanso mientras la avisaban. Poco después, el ruido de los pasos de Penélope, que se acercaban por el enorme pasillo, le causó un efecto perturbador. Podía percibir el tacto de las suelas de cuero sobre el brillo resbaladizo de las baldosas de mármol. Sonaba a nuevo, a caro, a exclusivo. Y Arthur sintió náuseas.

Cuando la vio aparecer, la saludó con una leve inclinación de cabeza y con la sonrisa educada que a su madre le habría gustado que le dedicara. No consiguió que ninguno de los dos gestos resultara auténtico, pero aun así ella le tendió la mano con una sonrisa, y él se vio forzado a tomarla y simular un beso. Penélope temblaba. Él también.

—Arthur —se limitó a decirle ella, que se apresuró a poner varios pasos de distancia entre ambos.

—Penélope —respondió haciendo un esfuerzo por ocultar cualquier atisbo de cinismo.

—Me alegra que estés aquí. —De inmediato, cambió su expresión tímida por una más comedida. Más calculada—. En Inglaterra. He estado muy preocupada por ti y por tu paradero.

—¿De verdad?

—Por supuesto —aseguró tratando de hacerse la digna, con muy mal resultado—. Pediré que nos sirvan un té.

Arthur, que no había probado el té desde que había pisado Inglaterra, le impidió con un gesto que tocara la campanilla para avisar al servicio.

—No es necesario. Toma asiento, por favor —le indicó haciendo gala de su exquisita y carísima educación, tan olvidada y tan hipócrita.

No quería estar allí, pero fingió que se sentía a gusto cuando se encontró sentado frente a la mujer que lo había arrastrado a un compromiso forzoso. La miró como si tuviera algún interés en lo que fuera a contarle, cuando no entendía cómo iba a afrontar la sucesión de situaciones tan incómodas como aquella en las que se iba a convertir su vida en adelante.

Fue consciente de lo inusual que era que los dejaran a solas, y entendió pronto que la idea era comprometerlo aún más al proporcionarles intimidad.

—La ceremonia de esta mañana ha sido muy triste —comentó ella, que enlazó sus manos sobre su regazo y mantuvo la espalda recta—. Todos teníamos la esperanza de que aparecierais vivos en cualquier momento.

—Por supuesto. —Se le tiñó la voz de sarcasmo y ella lo percibió, porque se envaró.

—Tus padres y tu hermano estaban muertos de preocupación. Y yo también. Me alegro de que hayas vuelto.

Aquella vez sonó sincera. Arthur se fijó en sus labios, apretados, y en el brillo avergonzado de sus enormes ojos azules. Era bonita, de eso no cabía duda.

En aquel momento, parecía una estatua de mármol, cincelada para perdurar y para arrancar suspiros de admiración. Era la novia perfecta. Sería la esposa ideal. La habían educado para serlo, para que su futuro esposo —o sea, él— pudiera envanecerse por la inigualable madre y señora de su casa que muy pronto debería ser.

Era educada, refinada y, para colmo, hermosa. Debería sentirse afortunado. Pero a Arthur no se le alteraba ni la última vena del cuerpo cuando la tenía delante e imaginaba el día en que tuviera que acostarse con ella. De hecho, pensar en deberes conyugales le recordaba a otra mujer por la que habría arrancado la luna del firmamento. Otra que no lo quería lo suficiente, que lo había apartado de su lado, con la que habría hecho el amor hasta exhalar el último aliento.

Debería conformarse con Penélope. Tampoco era tan necesario reír con ella. Ni hablar del origen de las estrellas, ni jugar a las cartas ni buscar tesoros. Sería suficiente con darle los buenos días, sacarla de vez en cuando a bailar y hacerle un hijo.

Era la maldita condena de la que siempre había intentado escapar.

Era la irónica penitencia a la que lo había obligado a regresar la mujer a la que amaba.

—¿Cuándo tienes planeado que nos casemos? —le preguntó con brusquedad, enfadado contra el mundo. Ella enrojció y apretó las manos contra la falda de su vestido.

—Se supone que deberíamos habernos casado hace muchos meses.

—Eso lo supusiste tú.

Lo miró sorprendida, como si no hubiera esperado que su visita acabara convertida en un intercambio de reproches. Él tampoco lo había planeado así, pero recordar a Lena había hecho que se le incendiara una llamarada de rabia en el estómago.

—Milord, yo...

—¿Ya no soy Arthur? Aquella noche ya lo fui, ¿recuerdas?

—Yo no quería...

—No te atrevas a insinuar que fue mi culpa.

Y entonces Penélope lo encaró, y una chispa borró la frialdad de su mirada cristalina.

—Las cosas no son siempre lo que parecen.

—No —convino él—. De hecho, todo el mundo dio por sentado que yo traté de seducirte.

—Eso no fue cosa mía, sino de tu fama de...

—¿De qué? —la interrumpió de nuevo, casi a gritos. Arthur nunca había servido para enredarse en dobles sentidos—. Dime, Penélope: ¿de qué tenía fama yo? Porque, en cualquier caso, no parece que te importara mucho. Ni mis sentimientos tampoco, por supuesto.

«La mayoría de las veces, las mujeres no tenemos elección». La voz de Lena regresó a su recuerdo y lo martilleó con su sabiduría única y terrenal.

Lo asoló una oleada de remordimiento. Intentó ponerse en el lugar de Penélope, pero era difícil hacerlo cuando esa mujer en concreto pretendía usarlo en su beneficio.

—No —confesó ella en un tono firme que lo confundió—. Ni en los tuyos ni en los míos. Solo en los de los otros. —Aguardó una respuesta, pero Arthur solo atinó a fruncir el ceño como un

estúpido—. Hice lo que debía para salvarlos. Nadie me preguntó qué era lo que yo quería.

—¿Y vas a seguir adelante con esta farsa? ¿Vas a casarte conmigo igualmente?

—Ya te he dicho que sé cuál es mi deber. Lo que yo sienta no importa.

Parecía enfadada, pero tenía la impresión de que no con él.

—¿Y qué es lo que sientes? —insistió—. Porque, si estamos condenados a vivir juntos, quiero saber a qué atenerme. Dime: ¿sientes algo por mí o estás haciendo esto para salvar a tu familia del ostracismo?

—¡Yo no haría eso! —protestó airada y, por eso mismo, sonó más falsa.

—¿Seguro?

—¡Por supuesto! —Se llevó una mano al pecho e inspiró para serenarse.

Se le ocurrió una idea estúpida y desesperada.

—Entonces bésame —le ordenó.

—¿Cómo dices? —preguntó espantada.

—Que me beses. —Ella fue a oponerse, pero Arthur se aseguró de acorralarla—. ¿No decías que sabías cuál era tu deber? Pues bésame. Es lo que vas a tener que hacer a partir de ahora, ¿no?

Penélope dudó. Estaba completamente roja, y él no lograba discernir si por la vergüenza o porque estaba horrorizada por su petición.

Arthur se puso en pie, se le acercó y la invitó a hacer lo mismo. Le cogió una mano y, con la otra, la sujetó por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Bésame —repitió con firmeza.

Penélope temblaba. Estaba asustada. Mejor. Arthur cerró los ojos para no ver su miedo, y le dio un beso breve y frío en los labios. Fue como besar a una estatua. No se inmutó, ni su rostro ni su cuerpo ni su corazón. Los de él tampoco. No logró sentir ni el más mínimo pellizco de deseo, sino más bien un rechazo insoportable hacia la idea de verse envuelto en algo más que un beso con ella.

Después de habar saboreado la maravilla de compartir el alma y la piel con la mujer a la que amaba, no podía conformarse con un triste sucedáneo.

—¿Te gusta? —preguntó fingiendo despreocupación, con los puños apretados.

—Eh..., un poco. —Su mentira fue tan clamorosa que Arthur se relajó ante su incomodidad y se echó a reír.

—A mí no —aseguró él procurando no ser brusco. Era tan bobo que, en el fondo, le daba pena—. Y no es por ti. Eres una mujer bonita, te lo aseguro. Es solo que... va a ser un maldito fracaso.

—Bueno, yo... Es que... Mi madre dice que el amor y el matrimonio son cosas diferentes.

Arthur se quedó sin respuesta. Sabía que tenía razón. Desde niño había tenido claro que el amor no había podido jugar ningún papel en el matrimonio de sus padres, e incluso el respeto andaba muy justo entre ambos. Pero él no quería eso y estaba seguro de que aquella jovencita tampoco.

—¿Estás dispuesta a no sentir nada nunca?

—Quizás, con el tiempo... —Él chistó con fastidio, porque el tiempo se le antojaba muy largo. Penélope se apresuró a justificarse—. No he querido decir que ahora no me gustes. Es solo que... ¿Vas a romper nuestro compromiso?

Volvió a acercarse a ella, que no se movió ni un centímetro. Arthur admiró su determinación.

—Me gustaría que no hubiera existido. Incluso una vez deseé haberme ahogado en el mar para no tener que volver a verte. —Ella dio un respingo y Arthur se sintió cruel. Y un poco estúpido por compadecerse—. Pero, ya que hemos llegado hasta aquí, me temo que no hay vuelta atrás.

—No. Es nuestro deber para con nuestras familias y nuestro apellido.

Arthur explotó; no sabía si estaba furioso con ella, con el mundo o con su propia incapacidad para escapar de una situación que lo acorralaba.

—¿El deber? ¿Por una maldita lealtad con otros vas a sacrificarte? ¿Y qué va a pasar después? ¿Fingirás que eres feliz y que me aprecias? ¿Te acostarás conmigo sin sentir nada, sabiendo que yo no te amo tampoco? ¿Y esperas que funcione?

Y entonces Penélope se echó a llorar.

Se tapó la cara con las manos, blancas e impolutas, y se estremeció frente a él, hecha una maraña de convulsiones. La agarró del brazo para tranquilizarla, pero no pareció darse cuenta.

Permanecieron así tanto rato que los remordimientos empezaron a ponerlo nervioso.

—Lo siento. —Intentó calmarla—. No era mi intención que te sintieras ofendida. Te aseguro que me sentiría muy honrado de ser tu esposo, pero no te amo y me sentía en la obligación de dejártelo claro. Quería que entendieras que vamos a ser muy infelices.

Penélope se estremeció un par de veces y cogió aire para serenarse. Arthur le tendió un pañuelo y ella se apresuró a limpiarse la cara.

—Gracias. Me siento avergonzada por mi reacción.

—No tiene importancia.

—Sí, por supuesto que la tiene. —Tomó asiento, temblorosa, con el pañuelo apretado con fuerza—. Y... agradezco también tu sinceridad, porque... yo tampoco te amo. Lo siento.

—No esperaba lo contrario.

—De verdad que no es tu culpa. Has tenido un comportamiento irreprochable conmigo. Pero es que... —Hipó—. Hay... hay...

—¿Otro hombre?

Ella lo miró sorprendida y asintió con recelo.

—No quise que pasara —se excusó—. Y no ha pasado nada, juro que no. Pero...

Se echó a llorar de nuevo. Arthur resopló cansado.

—¿Y por qué demonios ibas a seguir con esta farsa?

—¿Y qué otra cosa podía hacer?

—¿Es por dinero? —preguntó. Ella no lo confirmó pero, desde luego, no lo negó—. Porque, en ese caso, tengo un trato que ofrecerte.

—¿Un trato?

—Uno que nos permitirá ser libres y elegir nuestro destino. Solo tienes que ser valiente.

—¿Yo? ¿Valiente? ¿Qué tontería! —Pero un brillo de esperanza atravesó sus pupilas.

—Si lo fuiste para tirarte encima de mí y ponerme los pechos en la cara, estoy convencido de que lo serás para lo que tengo que ofrecerte.

Ella enrojeció.

—Pero no podemos romper nuestro compromiso. Si me dejas... Si te dejas... Ya no habrá futuro para mí. ¿Quién me querrá?

—Ese hombre del que me has hablado ¿no te ama a ti?

—Sí..., puede... Creo que sí. —Parecía escandalizada—. Pero nunca hemos hablado de eso. Y tampoco debería estar hablando contigo de una vergüenza semejante.

—Pues ve y habla, muchacha. —Se exasperó.

—No puedo. Estás tú. Si me dejas, todos me repudiarán, y a mi familia también. Y si te dejas... —Se encogió de hombros como quien dice una obviedad—. Me dejarán de lado por estúpida.

—Cierto. —Arthur suspiró—. La única solución es que yo desaparezca. —Penélope abrió mucho los ojos, sorprendida. Él pensó que había tenido la idea más brillante de su vida—. Y eso haremos, querida. Si aceptas, en poco tiempo, será como si estuviera muerto.

—¿Sabes, Arthur? Yo no sé cómo demonios lo he hecho tan mal contigo.

El aludido no respondió. Al menos, no con palabras, porque la afirmación de su padre le provocó una sonrisa de satisfacción que desconcertó al marqués.

—¿De qué te ríes? —espetó su hermano William, sentado junto a su progenitor tras la gran mesa de madera de roble del despacho de lord Aighbry, en su casa de Londres. Ambos tenían la misma expresión severa, el mismo ceño fruncido, y mostraban la misma incompreensión hacia la nueva ocurrencia de Arthur.

—Es bueno reír, Will —respondió intentando no sonar burlón—. Deberías probarlo de vez en cuando.

—Y tú deberías probar tantas cosas... Más allá de dar vueltas por el mundo y holgazanear, claro.

—No empecéis —protestó lord Aighbry. Sus hijos callaron de inmediato; acostumbrados, como estaban desde la niñez, a temer su autoridad. Aunque pasaran los años, aunque Arthur hiciera mucho que lo veía simplemente como a un ser humano, todavía se sentía como un niño pequeño juzgado por su mirada implacable—. Y haz el favor, Arthur, de explicarme a qué viene esta repentina ocurrencia tuya. ¿Cómo vas a desaparecer? ¿Y en qué pretendes que te ayude yo?

—Quiero renunciar al título —repitió—. Al mío y al suyo. A todos.

Un incómodo silencio ensordecó la sala.

—No puedes hacer eso —aseguró su padre, que parecía estar haciendo un esfuerzo ímprobo para parecer sereno.

—No, no puedes —corroboró William con un punto de decepción en su tono arisco.

—¿Por qué no?

Ninguno encontró una respuesta inmediata. A Arthur aquel silencio le dio alas. Lord Aighbry se puso en pie y paseó por el despacho, despacio, en guardia.

—Nadie renuncia a un título —dijo mucho después—. Nadie renuncia a sus responsabilidades.

—Nadie renuncia a una fortuna. —Esa vez, el tono de William fue acusatorio y receloso.

—Yo no necesito ninguna fortuna —aseguró Arthur.

—Ah, ¿no? —preguntó su padre—. ¿Y cómo vas a seguir sufragando tus locuras? ¿Quién te salvará la próxima vez que te quedes atrapado en una isla dejada de la mano de Dios? Porque no me estarás diciendo que quieres renunciar a todo para sentar la cabeza. Imagino que es justo lo contrario: que ni siquiera después de lo que nos has hecho pasar eres capaz de ser sensato y vivir acorde a tu posición.

—Precisamente, lo que quiero es sentar la cabeza. Irme de Inglaterra, encontrar un trabajo y casarme.

Su padre suspiró con cansancio.

—Ya tienes un trabajo y una mujer con la que casarte.

—No quiero ni ese trabajo ni a esa mujer.

—Es lo que te ha tocado. Es para lo que naciste, para lo que fuiste concebido.

—Lo sé. Pero debería tener una mínima oportunidad de decidir si eso es lo que quiero, ¿no?

—No.

—No —corroboró William.

—Sería una absoluta decepción, una vergüenza, una mancha en la familia.

—Y eso es lo verdaderamente importante —dijo Arthur con sarcasmo—. Que seamos felices... ¿Eso a quién le importa?

—Mira, hijo. —Arthur incluso se sobresaltó ante el tono familiar y amable que empleó su

padre—. Todos nos hemos sentido así en algún momento...

—Yo no —lo interrumpió William, a quien lord Aighbry fulminó con la mirada.

—¿Crees que yo no me sentí tentado en mi juventud, que no traté de vivir mil correrías antes de casarme y convertirme en un respetable hombre de familia? Pero todos sabemos que después hay que volver a casa y casarse con una buena mujer. Tú ya te has desfogado durante más tiempo del que sería lógico. Pero tus aventuras han tenido consecuencias nefastas: has destrozado a varias familias con tu insensatez.

Aquella acusación le dolió igual que mil puñaladas. Se sintió un traidor, casi un asesino. Le hizo recordar los días en los que había deseado, con todas sus fuerzas, haber muerto él.

No quería la vida, no le servía. Pero estaba condenado a permanecer en ella y, aunque sabía bien que lo único que merecía era quedarse y purgar sus pecados con una existencia vana y hostil, el recuerdo de Lena lo espoleaba con tanta persistencia que iba a luchar con uñas y dientes por escapar de la agonía de desearla y no volver a tenerla.

La necesitaba. Necesitaba su energía casi mística, su fortaleza, su sensatez, su sentido del honor y el deber. Un deber auténtico, real, tangible. El que nacía de la fuerza del amor sincero hacia la familia.

Ella quería el dinero para ocuparse de los que amaba. Ella algún día tendría hijos a los que mimar, no herederos. Él la quería a ella y, aunque le hubiera hecho creer que no era recíproco, era la única esperanza a la que Arthur podía aferrarse para seguir a flote. Tenía que intentarlo.

—Me marcho de Inglaterra para siempre —insistió—. Y es mi última palabra. —Su padre abrió la boca para protestar de nuevo, pero Arthur se adelantó—. Will, ¿quieres ocupar mi lugar?

—¿Cómo? —respondieron ambos a coro.

—Tú siempre has sido el más responsable y sensato de los dos. Tú eres el que valora la tradición y entiende la importancia del título. Quédatelo.

—Yo... no sé... —Miró a su padre de reojo—. Es una completa locura.

—¿Por qué?

—Arthur, sería un escándalo —repitió su padre—. Nunca nadie ha rechazado algo tan grande y valioso como un marquesado.

—Me alegra ser un pionero. Además, ¿qué habría pasado si me hubiese ahogado de verdad cuando naufragué? Ni siquiera habríais encontrado mi cuerpo, y entonces sí que hubiese sido difícil que tú pudieras suceder a nuestro padre. Pero ahora... podemos hacerlo de verdad.

—¿Tan poco aprecio nos tienes que prefieres fingir que estás muerto?

—Porque os aprecio es mejor que me vaya y que no contéis la verdad. Es probable que me pase el resto de mi vida dejándoos en ridículo.

No respondieron, por lo que fue obvio que le daban la razón. Le dolió un poco.

—¿Y qué pasa con Penélope? —preguntó su hermano.

—Te diría que te la quedaras también, pero es un ser humano y me parece despreciable negociar con ella.

—Vas a hacerla sufrir.

—Ya lo hemos aclarado. —Su padre le dedicó una mirada escéptica—. Le pagaré una buena cantidad y fingirá ser una novia doliente hasta que todo se olvide. Después, se casará con la persona a la que de verdad ama.

—¿Por qué le vas a pagar? —preguntó su padre con desconcierto.

—Porque la voy a abandonar. ¿Por qué creías que iba a casarse conmigo?

—Porque eres el heredero del marquesado de Aighbry.

—Porque su familia está en la ruina. Nos la han vendido, ¿no lo veis? Y ella se ha prestado

porque... —Tragó saliva—. Porque las mujeres, a veces, no tienen más opción que aceptar lo que los demás deciden por ellas.

—¿Y eso qué tiene que ver con que le pagues?

—Así su familia no la presionará para casarse con alguien a quien no ama. No quiero avergonzarla ni hacer que quede en boca de todos con un rechazo por mi parte. ¿No lo veis? Lo mejor para todos es que desaparezca.

Will lo miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera decidiendo si estaba chiflado o era un genio. Su padre, en cambio, se mesó el cabello con insistencia varias veces, y suspiró derrotado. Luego, sentenció:

—Santo cielo, hijo mío, qué fracaso tan grande.

Capítulo 28

TIERRA FIRME

No volvió a ver a su padre, y no porque no intentara despedirse de él. El marqués se limitó a manejar los asuntos legales de lo que había calificado como *huida cobarde* a través de su abogado, y decidió olvidar que algún día había tenido un hijo que se había convertido en su máxima ilusión.

Arthur, que no había heredado ni su orgullo ni su entereza, prefirió creer que su negativa a despedirse se debía a que en el fondo —y aunque jamás se lo hubiera dicho— lo quería. Si él tenía hijos algún día, no podía imaginar dolor más grande que su abandono. Aunque también sabía, sin duda, que nunca les cortarían las alas.

Su madre, en cambio, sí lloró su partida. Lo abrazó, lo besó y le pidió que le escribiera, aunque fuera a escondidas o de forma anónima. Arthur se sintió conmovido por su repentino arrebato de cariño y le prometió que lo haría.

Incluso se atrevió a contarle que el verdadero motivo de su marcha era que estaba perdidamente enamorado de una mujer, y que no concebía afrontar el resto de su vida sin haber escuchado su voz, al menos, una vez más. Para su sorpresa, a su madre le pareció una explicación muy romántica y cautivadora, y le aseguró que estaba muy orgullosa de su determinación.

«Vete y sé feliz, hijo —le pidió—. Hazlo tú, que todavía estás a tiempo».

Y así, se marchó.

Cogió un vapor una mañana lluviosa de abril, solo, sin apenas equipaje, aunque llevó consigo varios libros de ilustraciones y viajes para Lena y una absurda colección de cintas de colores para el pelo que soñaba con desanudar, de nuevo, justo antes de hacer el amor con ella.

En aquella ocasión, no disfrutó ni un poco del viaje porque se lo comía la impaciencia por llegar, el miedo a que lo rechazara o a que fuera verdad que no lo quería. Y los nervios por cómo iban a reaccionar los demás, pues no olvidaba que, el día que había salido de la isla, lo consideraban todos un asesino.

Llevaba una buena suma de dinero para acallar conciencias y comprar lealtades, pero no sabía si su nuevo aspecto —mucho más elegante y digno que el que lucía el día que lo habían apalizado— sería suficiente para alejarlo de la picota.

Cuando el barco se adentró en aguas mediterráneas, ya no logró conciliar el sueño más que de forma intermitente. La voz de Lena se hizo más fuerte en su conciencia. Procuraba no quedarse a solas en el camarote, porque lo atormentaba como un llanto desesperado.

Después, tuvo que esperar tres días en Denia hasta que encontró un pasaje hasta Mallorca,

donde pasó una noche más mientras conseguía hacerse entender y averiguaba cómo podía viajar hasta Formentera.

Empezó a desesperarse. Quería verla, y quería hacerlo ya. Quería besarla bajo las estrellas. Arrodillarse ante ella y abrazarse a sus rodillas hasta que le dijera que también lo amaba.

Imaginaba mil frases, cientos de conversaciones, decenas de planes. Se veía durmiendo con ella en una casa frente al mar. Deseaba compartir los días, las noches, la cama, las lágrimas de pena y de alegría, y el sudor del amor y del trabajo.

Quería ser solo un hombre. El de Lena.

De Mallorca viajó a Ibiza, donde le costó que alguien le prestara atención y lo ayudara. Conforme el tamaño de las islas que pisaba se iba reduciendo, aumentaba la desconfianza hacia los forasteros.

Su apariencia y el dinero jugaron a su favor, a diferencia de la primera vez, pero aun así le costó encontrar a alguien que lo llevara hasta Formentera. Lo hizo con un par de pescadores, a los que dio un nombre falso y un puñado de monedas, y guardó silencio mientras cruzaban las pocas millas que separaban ambas islas.

Cuando tocó tierra, echó a caminar hacia la playa y hacia el puerto; con el corazón encogido por los recuerdos, por la familiaridad de cuanto lo rodeaba. Había adorado aquel lugar remoto desde el primer momento en que lo había pisado, aunque al principio la turbación no le hubiese permitido darse cuenta.

La luminosidad de su cielo azul y su arena blanca lo conmovían hasta lo más profundo, y la sencillez de cuanto allí crecía y habitaba lo hacía sentirse abrumado. No se le ocurría un lugar más hermoso para dedicarse a ser feliz. A escribir, a trabajar con las manos y a envejecer. A amar hasta el delirio.

Buscó algún rostro conocido y consiguió localizar al hijo de Jaume, el comerciante, trajinando en uno de los varaderos. Corrió hacia él, con una maleta en cada mano y ataviado con un pesado abrigo de lana que lo asfixiaba bajo el sol radiante de primavera.

El joven lo miró como a un fantasma o a un ser estrafalario, aunque no mostró el más mínimo recelo, por lo que Arthur no llegó a discernir si lo había reconocido.

—¿Puedes acompañarme al pueblo? —Le costó menos de lo que creía recordar aquel idioma que tanto se había esforzado por aprender. Fue más difícil disimular la impaciencia que sintió al pedir lo que de verdad necesitaba—. ¿A casa de Lena?

El muchacho abrió mucho los ojos.

—No está en su casa —aseguró.

—¿No? —Se le aceleró el pulso—. ¿Y dónde está?

Entre el sonido del mar que rompía en las rocas y las tablas de los varaderos, los pescadores que descargaban a gritos y lanzaban cabos, las gaviotas que graznaban sobre su cabeza y la lengua que el joven empleó, Arthur solo llegó a entender dos palabras.

—... la boda...

La boda.

—¿Qué boda?

¿Y qué tenía que ver Lena?

Una idea horrible se le cruzó. ¿Y si llegaba tarde?, ¿y si iba a perderla solo por un par de horas? Maldijo el tiempo perdido en Inglaterra, la desgana, la pereza, la absurda montaña de papeles que poner en orden con la que había perdido días tan valiosos.

Se maldijo a sí mismo por ser imbécil y no haberse quedado escondido en una cueva hasta el final de los tiempos, cuando ella lo había rechazado y echado de su lado.

Iba a casarse con otro. Y él moriría.

Soltó las maletas y echó a correr en dirección al pueblo. Voló. Se le agotó el aliento, pero aun así siguió adelante. Ascendió la carretera pedregosa que conducía a la Mola; sorteó rocas, arbustos, ramas caídas de sabelina. Se arrancó la chaqueta y la tiró en el camino. Corrió y corrió hasta que creyó que caería desmayado.

Y entonces se encontró en medio de la pequeña plaza, y se detuvo. Se quedó paralizado cuando una nube de arroz se elevó frente a la puerta de la iglesia.

Cuando se difuminó, distinguió a Lena incluso desde muy lejos, porque resplandecía con la intensidad de mil soles. Lo cegaba. Llevaba un vistoso traje blanco, casi del mismo color que la trenza que descansaba sobre su espalda, muy distinto a la ropa sencilla de trabajo, tan frecuente en ella.

El traje de una novia.

Maldición.

Echó a correr de nuevo y gritó su nombre. Percibió mil rostros, y lo escrutaron decenas de miradas. Pero, sobre todo, vio el brillo de los ojos grises de Lena, muy abiertos por la sorpresa.

Y Arthur, el ateo, el impío, el abúlico, el que no creía en el amor más allá de la carne, rogó a Dios y al universo que todavía estuviera a tiempo de impedir que Lena ligara su vida a otro.

Hacía un tiempo que, lejos de olvidarlo, Lena había empezado a poner a todos los hombres el rostro de Arthur.

De hecho, le había pasado hacía solo un rato, justo antes de salir de la iglesia. Hasta ese momento, había mantenido la vista fija en el altar, para permanecer entera y no caer derrumbada.

Entonces, don Miquel había rezado en su latín indescifrable, y ella había vuelto la cabeza hacia la izquierda. Su mirada había ido a cruzarse con la de Quim, que le había sonreído con ternura y le había transmitido cierto aplomo. Y Lena, de pronto, lo había convertido en Arthur.

Había visto sus ojos color miel; su pelo despeinado y demasiado largo; una sonrisa pícaro y burlona en la boca, preparada para hacer algún comentario sobre su pelo o sobre el color de las estrellas. Se preguntó si le pasaría siempre, o si la memoria la traicionaría haciendo que olvidara sus rasgos definitivamente, como ya le había ocurrido en tantas ocasiones.

Fue entonces cuando salieron de la iglesia, y después de la lluvia de arroz y vítores, que oyó su voz. Ansiosa, lo buscó en las caras de todos los hombres que habían asistido a la boda. No estaba en ninguno de ellos, sino en la persona que se acercaba corriendo.

Se preguntó quién sería, pues ni sus ropas ni su figura se asemejaban a nadie que conociera. Simplemente, se parecía a Arthur. Incluso su voz sonaba igual.

Se le retorció el corazón de dolor y añoranza, y la Lena rebelde de sueños imposibles, que había conseguido dominar de nuevo, se sacudió rabiosa en su interior.

Oyó murmullos a su alrededor, que se apagaron cuando el recién llegado se aproximó hasta ella y se detuvo a escasos metros.

A Lena se le aceleró la sangre y se le calentó la piel. No se había atrevido a mover un solo músculo cuando notó las lágrimas, pesadas y calientes, surcando sus mejillas y sus labios.

—Eres tú... —lo oyó decir.

Y a ella se le doblaron las rodillas, como el día en que le había dicho esas mismas palabras por primera vez. Pero, a diferencia de aquella mañana de enero, esa vez, Lena simplemente asintió.

Él miró un segundo a su alrededor, como si estuviera valorando qué hacer con la multitud que

los rodeaba, qué iban a hacerle ellos. Luego, aguardó sin decir nada, con aire derrotado.

—¿Es posible? —preguntó Lena mientras se sujetaba el pecho con la mano—. ¿Estás aquí?

—Yo... Sí..., soy yo —balbuceó. A Lena le chocó, porque Arthur nunca había tenido problemas para encontrar las palabras adecuadas; solían sobrarle las palabras, como le sobraba el amor—. Pero no sé si... si tú...

Señaló a la iglesia, a la gente, a la ropa que llevaba ella, al precioso vestido del que tan orgullosa se sentía. Era lo más bonito que se había puesto jamás; pero ese hombre, con el rostro y la voz de Arthur, que había surgido de la nada parecía horrorizado.

También a ella le resultaba insólito el aspecto que lucía él: el pelo demasiado corto, demasiado afeitado, demasiado formal. Ni rastro del hombre desaliñado y cubierto de harapos que la había conquistado con sonrisas, con historias increíbles, con bromas y con palabras.

¿Y si estaba confundiénolo? ¿Y si estaba poniendo su rostro en el de otro hombre, preocupada como estaba por si acababa olvidándolo?

—¿Arthur? —pronunció a media voz, temerosa de que fuera una ilusión y la tomaran por loca.

—¡Dios, Lena! —Avanzó un par de pasos y tapó el sol—. Eres el ser más deslumbrante de toda la Creación. No hay nada más allá de tu luz y de tu voz.

Y entonces sí lo reconoció. El calor de su mirada; el recuerdo de sus besos, de sus palabras encendidas junto al oído; aquel cuerpo, que ocupaba cuanto veía y que ella había desnudado, abrazado y mordido, y que había atesorado en su memoria y recreado a solas hasta casi enloquecer.

Sintió que le ardía la cara al rememorarle, y la asaltó un temor absurdo a que todos los que los observaban pudieran adivinarlo. Quiso hablar, pedirle que dejara de sumirla en aquellos pensamientos bochornosos y perturbadores; pero él se aproximó más, y la mareó el modo inconfundible en que olía.

—No deberías haber vuelto —consiguió decir.

—Lo sé. Pero no puedo vivir en otro sitio. Cada vez que cierro los ojos, me llamas. Te oigo en mis sueños; te cueles en ellos. ¿Qué otra opción me queda?

—Arthur...

Intentó tocarla, pero Lena dio un paso atrás. Él no debería estar allí. No debería haber aparecido en aquel momento, en aquel lugar. No debería haber regresado, porque ella no podía garantizar su seguridad, porque se ponía en peligro, porque los exponía a ambos. ¿De qué le habían servido tantas lágrimas si no la dejaba salvarlo?

Fue consciente de dónde estaban y de quiénes los observaban. Todo el pueblo estaba siendo testigo del regreso de Arthur, el náufrago, el asesino de Feliu Dolç. Miró a su alrededor y percibió la sorpresa, el rechazo y el temor. Estaban en los ojos de su madre, en los de sus abuelos. En las expresiones estupefactas de Marina y de sus padres, de Rafael, de Quim, de don Miquel. En todos los demás, invitados y curiosos.

Se horrorizó al imaginar que iban a lanzarse sobre él, a apresarle de nuevo. Aún no se habían apagado los rumores; y los cotilleos seguían llenando tertulias, almuerzos y sermones dominicales.

—Por favor, tienes que irte —repitió.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Es porque te has casado? Dime que no he llegado demasiado tarde.

—Es por ti. Es peligroso.

—No es verdad.

—¡Sí! —Su voz sonó demasiado aguda—. ¡Todos creen que eres un asesino!

—Pero ¡soy inocente!

—Lo sé. —Y al decirlo, volvieron la rabia y la impotencia, las que la dominaban cada vez que recordaba la injusticia que se había cometido con ese hombre. Con ella. Con los dos—. Pero los demás no. No quiero que te pase nada. Por favor.

Arthur suspiró. A pesar de su aspecto, tan distinto al que recordaba, parecía exhausto y derrotado, como al principio. Se preguntó si sería demasiado escandaloso correr y abrazarlo. Él pareció adivinar sus dudas y, con un par de zancadas, llegó hasta ella y cogió sus manos. Lena se estremeció ante su contacto.

—No sé por qué he regresado —dijo—, qué fuerza de la naturaleza me ha arrastrado de nuevo hasta aquí. Sé que lo más probable es que vuelvan a maltratarme o a apalizarme, pero... este es un buen lugar para morir. De todas formas, ya no me queda nada.

Lena no pudo contenerse más y lo abrazó. Se asió a su cuello y se echó a llorar, consciente de que iban a arrebatárselo en cualquier momento. De hecho, así fue; porque, cuando Arthur la estrechó con fuerza, alguien se apresuró a separarlos.

—¡No! —gritó Lena, todavía en inglés—. ¡Es inocente!

Lo apartaron y lo sujetaron entre varios hombres, aunque él no opuso ninguna resistencia. Ni siquiera parecía preocupado, mucho menos sorprendido. Lena intentó acercarse de nuevo, pero una mano la cogió del brazo y la detuvo.

—¡Lena, espera! —Era Quim, que la miraba entre atónito y asustado—. ¿Qué está pasando? ¡Nadie entiende nada!

—¡Es inocente, Quim! ¡Por favor, tienes que ayudarlo! ¡Él no mató a Feliu! —Se oyó un coro de murmullos, e incluso alguna risotada escéptica—. Por favor...

Quim arrugó el ceño y la soltó. Había desprecio en su gesto, en su modo acusatorio de mirarla. No era para menos. Esa misma expresión se adivinaba en los rostros de todos los que los observaban.

Nunca podría escapar del rechazo después de aquello. Nunca dejaría de ser Lena la Maldita. La Bastarda. Y en lo que fuera que se estuviera convirtiendo en ese momento, después de abrazar y defender a un hombre que no era nada suyo y que creían que había matado a uno de ellos.

Sería su perdición, lo sabía. Pero también sabía que no podía permitir que lo acusaran injustamente.

—¡Os digo que no fue él!

—Ah, ¿no? —preguntó uno de los hombres que lo sujetaban—. ¿Y qué sabes tú, mujer?

—Yo lo sé y lo sabe el alcalde. —Se volvió hacia los vecinos y vio que algunos sacudían la cabeza—. Claro que lo sabe.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde el primer día! ¿Por qué creéis que lo dejó libre?

—¡Se escapó! —gritó alguien, una mujer a la que no identificó.

—¡No! Eso es lo que quiso que creyeráis.

—Bien, entonces lo llevaremos con él, y que nos lo aclare.

Zarandearon a Arthur y lo obligaron a caminar. Lena intentó acercarse y detenerlos, pero Quim la sujetó de inmediato.

—¿Qué haces? Lena, esto no es de tu incumbencia —le advirtió—. Él no es nada tuyo.

—¡Sí, lo es! ¡Por supuesto que lo es!

También su madre y sus abuelos se le acercaron, trataron de calmarla y retenerla, mientras los demás empujaban a Arthur y lo sacudían como un muñeco.

—¡Arthur! —lo llamó sin saber qué otra cosa hacer—. Por favor, soltadlo.

—Lena, no —dijo él, que se giró lo poco que le permitieron y la miró de medio lado, con evidente pesar—. No insistas. Yo lo solucionaré. No te expongas por mí.

—Pero... —Intentó protestar.

—Ya sabía que esto pasaría cuando decidí regresar. —Lo sujetaron por la nuca y lo obligaron a bajar la cabeza—. Yo me encargaré de solucionarlo.

Intentó defenderse usando la lengua de sus captores pero, entre los gritos y amenazas de los que lo rodeaban y de quienes miraban, apenas se entendían palabras inconexas y mal pronunciadas.

Lena intentó ir de nuevo hacia él, pero la detuvieron. Oyó qué le decían y le aconsejaban, mientras ella se removía inquieta para no perderlo de vista.

Y entonces una voz indignada se impuso sobre la multitud:

—¡Maldita sea, no fue él! ¿No oís lo que está diciendo? ¿No podéis escuchar ni un momento? —Decenas de caras se volvieron y descubrieron a Toniet caminando hacia Arthur, con los puños y mandíbulas apretadas y con el rostro transfigurado por la rabia—. ¡Soltad a ese hombre de una vez! ¡Él no ha hecho nada!

Dudaron. Murmuraron. Alguien rio.

—¡No intentes defenderlo, muchacho!

—¡Ya sabemos que es tu amigo!

—¡Pondría la mano en el fuego por él! —insistió Toniet.

—Ah, ¿sí? —preguntó un joven que había estado callado hasta el momento y al que Lena reconoció como uno de los hombres que solían pasar junto a Feliu, cerca de su casa, en dirección al acantilado—. ¿Cómo lo sabes? ¿Y qué sabes?

Toniet abrió y cerró la boca varias veces, dubitativo. Lena se tapó la suya inconscientemente, como si así pudiera evitar una confesión. Su amigo se volvió y la buscó con la mirada. Lena negó con la cabeza, rogándole que callara. Él dudó, pero miró también a Arthur, preocupado, y supo que no podría quedarse en silencio ante aquella injusticia. Era bueno y noble, y era un amigo fiel; era mil veces mejor que ella.

—Él no fue —repitió, aunque con mucha menos determinación—. Todo fue una confusión, una maldita farsa.

Lena se acercó y lo cogió del brazo.

—Por favor, no lo cuentes —le rogó procurando que los demás no escucharan lo que decía—. Por favor...

—Lena, no puedo... —Intentó advertirla—. No podemos hacerle esto, no podemos quedarnos callados. Te dije que no podría.

—No —aceptó Lena con un sollozo—, claro que no. No podemos, pero...

El problema era su prima. El único escollo. Y Lena se sentía incapaz de traicionarla. Solo que ya no estaba. Hacía semanas que había desaparecido rumbo a América. Había huido, aunque Pilar lo hubiera disfrazado de reencuentro con su esposo.

Lena había sacrificado a Arthur a cambio de su libertad y su seguridad, por lealtad a su familia y por el absurdo convencimiento de que el dolor de los demás estaba por encima del suyo propio.

Para nada. Para quedarse sin lo que más había deseado en la vida, sin la única persona que había decidido quedarse a su lado solo por lo que ella era y no por lo que le pudiera proporcionar.

Miró a Arthur, que intentaba volverse y mirarla después de tanto tiempo soñándolo, y dio un paso al frente, decidida a contar la verdad. Pero entonces don Miquel ordenó a la muchedumbre

que callara y, tras un largo suspiro, habló.

—Es inocente. —Aquella vez, el murmullo fue mucho más intenso, y alguien chistó varias veces para pedir silencio.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó uno de los hombres que sujetaban a Arthur, con muy poca paciencia.

Don Miquel, en cambio, mantuvo su pose segura e impertérrita.

—Yo lo sé todo —bramó. A Lena, en ese momento, se le asemejó a Dios. Incluso habría querido abrazarlo o rezarle arrodillada a sus pies—. Y cada uno de vosotros sabe que es verdad. Conocisteis a este hombre y conocisteis a Feliu, ¿cómo os atrevéis siquiera a dudarle? —No hubo respuesta—. Aquí todos sabéis a qué se dedicaba Feliu: era un contrabandista y un ladrón. Intentó matar a este muchacho en dos ocasiones. ¡Si hasta es posible que matara a los que lo acompañaban! ¿Qué sabéis vosotros de eso?

Se oyeron un par de toses que a Lena le sonaron a advertencia. Buscó en los rostros de aquellos hombres y vio una mezcla de miedo, recelo y prepotencia.

Desde que no estaba Feliu al mando, se habían vuelto mucho más pendencieros, y se decía que habían jurado hacerle justicia. Desde luego, no eran invitados a la boda; pero durante el día no parecían tener más ocupación que rondar por la plaza, fumar y meterse en líos.

—Eso es mentira —protestó el que parecía el más joven del grupo—, una calumnia que se inventó este estúpido inglés.

—¿Con qué motivo? —preguntó Lena, furiosa. Uno de los hombres avanzó amenazador hacia ella, pero Toniet se apresuró a cortarle el paso.

—Lena tiene razón. —La defendió.

—Y si no lo hizo él, ¿quién fue? —le espetó a la cara el tipo—. ¿Quién podría atreverse?

Don Miquel alzó las manos en actitud censora y habló, de nuevo, con su tono implacable.

—El culpable me lo contó en confesión. —Alguien detrás de él intentó protestar, y don Miquel se apresuró a cortarlo—. No puedo revelarlo, pero así es. ¿Vais a dudar acaso de mi palabra?

Se produjo un largo silencio. Los hombres redujeron la fuerza con que retenían a Arthur, acobardados ante las palabras del sacerdote y las dudas que se habían dispersado entre los demás.

Lena aprovechó para correr hacia Arthur. Lo abrazó de nuevo, tan fuerte como sus brazos temblorosos le permitieron. Él logró zafarse y la apretó contra sí hasta que le hizo daño.

—Lo solucionaremos —le aseguró ella—. Les contaré la verdad.

—No, Lena, no. Déjame a mí. Ya sabía que esto pasaría, asumiré lo que sea. Ya da igual.

Pero lo ignoró. Lo soltó y se volvió hacia sus paisanos. No le sorprendieron las miradas de recelo, rechazo y estupor. Ni siquiera la de su propia madre. Fue a ella a la que se dirigió cuando habló. A ella y a sus abuelos, que tenían el rostro transfigurado por la sorpresa.

—Fue Pilar —les dijo esforzándose por sonar segura—. Ella mató a Feliu.

Su madre se acercó a ella, sobresaltada.

—Lena, hija..., ¿es que te has vuelto loca?

—No, madre, es la verdad. Fue Pilar. ¿No se dio cuenta de que no estaba bien? —Ella negó—. Por supuesto que no. Usted solo se mira a sí misma.

—¡Lena!

—¿Por qué creen que se fue? —preguntó dirigiéndose a su familia.

Ninguno de los tres parecía capaz de decir nada. Su madre se llevó la mano al pecho y le suplicó en silencio que callara. Nada temía más que la vergüenza o los cuchicheos. Y Lena no lograba entenderlo, porque si algo había hecho ella a lo largo de su vida era dar de qué hablar.

De pronto, sintió la mano de Arthur en su hombro. Cálida, segura y protectora. Ese hombre

había vuelto a buscarla desde muy lejos; había arriesgado su integridad por regresar a una tierra hostil, solo porque la amaba. Ella también lo amaba a él y, en ese mismo momento, decidió que nada ni nadie se lo arrebataría de nuevo, que nunca más pondría la felicidad de los demás por encima de la propia, que ella también merecía que la quisieran.

—Pilar y Feliu eran amantes, y tuvieron una pelea. —A pesar de todo, se vio en la obligación moral de defender a su prima—. Él la maltrataba continuamente; yo misma vi cómo le pegaba. Lo hizo para defenderse.

—Yo la oí confesárselo a Lena —añadió Toniet—. Yo estaba presente cuando lo descubrió.

—¡Sois cómplices!

—¡Sí, eso!

—¡Conchabados con una asesina, como el inglés!

—¡Silencio! —gritó don Miquel—. ¡Basta de estupideces! ¡Eso no es así! ¡Y ninguno de nosotros somos quiénes para acusar a nadie! Dejemos eso en manos de Dios.

—O del alcalde.

Ante aquella afirmación, don Miquel se dirigió a Lena con la intención de que tradujera.

—El muchacho tiene que ir ante el alcalde. Y debe hacerlo por su propio pie. Y tú, hija, debes ir también y contar la verdad.

Lena solo asintió. Durante unos interminables segundos, no fue capaz de moverse, avergonzada. Jamás habría imaginado que su prima le había confesado a don Miquel su crimen.

Temió que el sacerdote creyera también que ella tenía algo que ver, que la acusara de callarse una acción tan terrible. Pero entonces él alzó una mano y le dio una palmadita cariñosa en el hombro. Después, le sonrió.

—Tuvisteis razón desde el principio —le dijo el sacerdote—. Si os hubiera escuchado más, tal vez todo habría sido diferente. —Luego, se volvió de nuevo hacia la multitud que los observaba—. ¡Vosotros sabréis qué preferís! —les advirtió—. Si continuar acusando a este hombre y que el alcalde se entere de lo que hacéis en los acantilados, si es que no lo sabe ya; o fiaros de mi palabra, que es la de un hombre de Dios.

Se oyeron quejas y algún gruñido. Soltaron a Arthur a regañadientes, y alguno incluso pareció avergonzado. Lena comprendió lo que don Miquel pretendía. Una cosa era que todos intuyeran y ocultaran las actividades ilegales de aquellos contrabandistas y otra, que se aireara en público; si lo acusaba ante el alcalde el mismísimo sacerdote, aquel tendría mucho más difícil seguir fingiendo que no sabía nada.

—Es probable que entonces tengáis que explicarle, también, de dónde ha salido el barco con el que os paseáis desde que Feliu murió.

Se apartaron. Se hicieron corrillos. Se avivaron los murmullos y los cuchicheos. Algunos se apartaron y otros se quedaron, curiosos, observándolos con total descaro. Había quien parecía a punto de abalanzarse, todavía, sobre ellos.

Entonces Lena oyó la voz de Arthur, atormentada, temerosa, expectante.

—¿Ha dicho barco? ¿Qué barco?

Se volvió hacia él. Le costó horrores no mirarlo a la cara, que era lo único que deseaba hacer, pero imaginaba el dolor que iba a dibujarse allí y prefirió evitarlo.

—El tuyo. El que compartías con tus amigos. El que te trajo aquí.

Le tembló la voz al responder:

—El Odyssey... ¿Apareció? —Lena alzó la vista al tiempo de ver cómo tragaba saliva.

—Lo tenían ellos, os lo robaron. —Y como si fuera su culpa, de su mundo, de su isla, se le saltaron las lágrimas—. Dijeron que se los vendió alguien en Ibiza, que ellos no sabían nada. Lo

siento.

Se encogió de hombros, derrotada por la pena que debía de estar sintiendo él, furiosa consigo misma por no haber insistido en denunciarlos de nuevo. Solo había querido olvidar y nunca había imaginado que él volvería.

—Lo recuperaré, Lena —aseguró Arthur, prácticamente sin aire—. Demostraré lo que ocurrió; esta vez no vengo con las manos vacías ni convertido en un mendigo. —Suspiró dolido—. Y así tendrán, por fin, un lugar en el que descansar en paz. Y yo podré sentir que no le debo nada a la muerte. Que tengo derecho a luchar por seguir viviendo, derecho a luchar por ti.

Se acercó a ella despacio. La tocó con recelo, como si fuera a evaporarse. Le acarició la cara, los labios. La estrechó contra su torso. Le besó las pecas de las mejillas y las de la nariz. Su respiración le hizo cosquillas cuando se acercó a su cuello e inhaló el aroma de su piel.

Ella se debatió entre el llanto y la risa de euforia. Consiguió recordar que estaban rodeados de gente y que estaban dando un espectáculo, pero le importaba más el hombre que repetía su nombre, junto a su oído, como una letanía.

—No debería haber dejado que te culparan —consiguió decir en medio de la confusión que las caricias le producían y los suspiros que le arrancaban—, no debería haber intentado encubrir a mi prima. No sé cómo pude cometer una injusticia así.

—¿Y qué otra cosa podías hacer? —Apenas se separó unos centímetros para hablarle—. Estoy seguro de que yo, en tu lugar, habría actuado del mismo modo. —La tranquilizó entre beso y beso—. Tú con más motivo, porque tienes el corazón grande y un alma generosa.

—No, no es cierto. Te hice daño y me lo hice a mí. Todo lo que te dije, lo que te hice creer después de que tú y yo..., de aquella última noche..., no era verdad. No era verdad que no te quisiera lo suficiente. Te quería ese día y te quiero ahora. —Él suspiró de alivio al oír sus palabras—. Ojalá hubiera sido valiente para irme contigo, o para contar la verdad y que te quedaras a mi lado. Para seguir mis sueños y vivir a mi manera, como querías hacer tú.

—Lo siento, Lena —respondió Arthur con expresión solemne. Cerró los ojos e inspiró con fuerza—. Siento tanto haber llegado tarde... ¿No hay nada que pueda hacer?

Lena le tomó el rostro entre las manos y dejó que él besara, de nuevo, su frente con devoción.

—Estás aquí, y eso es lo más importante.

—¿De verdad?

Lena solo consiguió asentir. No podía pensar en nada más; la alegría y el alivio le habían nublado la razón. Estaba a salvo y estaba allí, al alcance de su mano.

—Te prometo que te ayudaré y que contaré la verdad a todos. Para lo único que me ha servido callarme ha sido para ser profundamente infeliz, y para darme cuenta de que había perdido lo único que quería.

—¿A mí?

—A ti.

—Todavía podemos solucionarlo. Marchémonos si quieres. Acabas de casarte; quizá puedas anular el matrimonio...

Lena se apartó y lo miró confusa. Él parecía profundamente triste, derrotado. ¿Cómo podía ser, si ella estaba llorando de pura felicidad?

—Arthur, no es mi boda —le aclaró—. No me he casado con nadie.

—¿No?

—Claro que no, ¿cómo iba a hacerlo?

Él balbuceó un par de palabras que Lena no entendió y se apartó un poco.

—Pero... pero... tu vestido... La gente... La iglesia... Las flores...

—¡No! —No pudo contener una sonrisa—. Es la boda de Marina y Rafael.

Arthur los buscó y los observó un momento. Luego, se abalanzó sobre Lena y la abrazó tan fuerte que estuvieron a punto de perder el equilibrio.

—¡Gracias a Dios! ¡Qué susto, mi amor! ¡Qué susto! Pensé que... ¡Oh, gracias al cielo!

—Quim y yo hace mucho que no somos novios —le explicó—. Fue imposible después de que te fueras.

—¿De verdad?

—De verdad. Comprendí que el amor es distinto a lo que yo creía, que la vida que había seguido hasta ahora no era la que yo quería de verdad. El amor no es solo convivir; es formar parte de otro, de su piel, de su alma. Y él no... —Encogió los hombros, avergonzada—. No podía hacerle eso. Es un buen hombre y lo entendió. —Arthur intentó besarla, pero Lena colocó las manos en su pecho y lo detuvo—. ¿Y tú? ¿Eres un hombre libre?

Él soltó una carcajada desconcertante.

—No estaría aquí si no lo fuera. Sabía que tenía que ser libre para que me permitieras permanecer a tu lado, para que me dejaras quedarme.

Lena asintió. El corazón le bailó con fuerza. Arthur había vuelto. Arthur quería quedarse. Arthur era libre. Y ella lo amaba. ¿Era posible que estuviera sucediendo?

—Pero ¿cómo vas a quedarte aquí? —preguntó con recelo. Creía en su sinceridad, pero también conocía su forma impulsiva de actuar, y la aterrizzaba que su decisión fuera fruto de un arrebato—. ¿Sabes qué vida te espera? Esta isla... Tú eres otra cosa, tú estás muy por encima de mí.

—¿Yo? Eso es absurdo, Lena. Soy humano, como tú. Sangro, lloro, sufro y amo; esto último, con verdadera desesperación.

Le dio un beso rápido. Alguien silbó y Lena se apartó un poco, avergonzada.

—Pero ¿y tú familia? ¿Y tu vida?

—Lo dejé todo atrás. No me servía. No me querían. —Le besó las manos con reverencia—. Soy libre por completo, mi amor. Ya no soy el vizconde de Sternford, ya no soy ni siquiera la persona que llegó a tus brazos. Solo soy Arthur. Solo un hombre. Y espero que tú quieras ser solo mi Lena. Solo una mujer. Mi mujer.

—Pero ¿yo...?

Le tomó el rostro con las manos y se acercó a ella hasta que sus respiraciones se confundieron.

—Tú, sí. Tú, tú y tú. Te quiero. Solo a ti.

Lena tuvo que respirar muy hondo antes de poder contestar.

—Y yo a ti.

—¿Y vas a permitirme compartir lo poco que soy ahora contigo? ¿Me dejarás que te entregue mi alma y mi cuerpo? ¿Podrás ayudarme a hallar el lugar donde pueda ser yo mismo?

Lena solo asintió. Porque ella no tenía tantas palabras como Arthur, en ninguno de sus dos idiomas. Pero sí tenía un amor que le brincaba en el pecho y un deseo insaciable de conseguir por fin lo que siempre había soñado: que alguien la amara tanto como para querer quedarse a su lado, para ser solo un compañero. Solo un náufrago.

Solo un hombre. Y ella, su ancla en medio del mar que los había unido.

En aquella ocasión, don Matías trató a Arthur como si fuera el mismísimo príncipe de Asturias, el papa o un héroe recién llegado de una remota guerra. Era obvio que su aspecto era muy

distinto; pero además venía pertrechado de cartas de abogados, de documentos y requerimientos legales que casi provocaron una apoplejía al alcalde.

Le pidió disculpas y obligó a Lena a traducirlas una y mil veces, y le aseguró que hablaría con el gobernador de Baleares o con el mismo presidente, si hacía falta, para que se hiciera justicia y recibieran a Arthur como merecía una persona de su dignidad.

Él insistió en que no era necesario llegar a tanto; y que, si había vuelto a Formentera, no era para hacer un despliegue de influencias, sino para olvidar quién era y vivir como un isleño más.

A Lena le costó un mundo hacérselo entender, y —tras varias horas de cumplidos, disculpas y promesas— consiguieron que don Matías se comprometiera a llevar ante la justicia a los asaltantes para que fueran juzgados.

Lo más difícil fue tener que descubrir a Pilar. Arthur no dijo ni insinuó nada, pero Lena sabía que no podía postergar más el asunto. Temió que don Matías la acusara de cómplice o encubridora.

Lo cierto era que, con la presencia de Arthur y sus referencias, el alcalde no se atrevió. Lena deseó con todas sus fuerzas que el asunto se olvidara algún día, ya que ella no iba a poder hacerlo; se quedaría, inevitablemente, para siempre en su conciencia.

Cuando por fin abandonaron la alcaldía, estaba más convencida que nunca de que Arthur pertenecía a otro mundo. A otra galaxia. Quizás, había llegado de alguna de las lejanas estrellas que había contemplado con el telescopio.

Por suerte, conforme fueron acercándose a la Mola, el hombre serio e imponente del que se había disfrazado quedó atrás, y Arthur se fue despojando de todas las capas de formalidad que había traído consigo y que ella sabía que tanto odiaba.

Llegaron bien entrada la tarde, porque tuvieron que detenerse constantemente a besarse, a mirarse a los ojos, a pronunciar el nombre del otro entre carcajadas de incredulidad. Se tocaron decenas de veces, fascinados con la realidad de su mutua presencia. Se buscaron con los labios, con los dientes, con las yemas de los dedos.

Fue un camino demasiado breve; habrían necesitado varias islas como Formentera para recuperar todos los besos y caricias que habían perdido en aquellos meses.

—Estás preciosa con ese vestido —le repetía él—. Ahora, que sé que no es un vestido de novia, no puedo dejar de repetírtelo. ¡Oh, Lena, me muero por quitártelo!

Lena reía, feliz pero a la vez apenada, porque lo había hecho sufrir a él y porque había hecho sufrir a Quim. De pronto fue consciente de que, en su afán por cuidar de todos, había acabado haciéndoles daño; de que un exceso de responsabilidad también podía ser una cárcel para los que quería.

Mientras dejaba que Arthur la cubriera de besos en cada recodo del camino, se prometió que no volvería a ponerse en el último lugar; ser generosa no era lo mismo que ser una mártir. Ya había tenido suficiente.

Y así lo hizo. Nada más llegar a casa, anunció a su familia que iba a vivir con Arthur desde ese mismo instante; que no habría fuerza humana ni divina, ni tarea, enfermedad o responsabilidad que pudiera separarlo de él.

Su abuelo rio y sacudió la cabeza, resignado; al fin y al cabo, no era la primera vez que vivía una situación similar. Al menos, Arthur le gustaba. Su madre, en cambio, puso el grito en el cielo y le dijo que no dormiría bajo su mismo techo, que antes tendría que pasar por encima de su cadáver.

Lena se encogió de hombros, la ignoró cuando comenzó a repetir que le dolía el corazón y, después de preparar una cena digna de un príncipe, cogió su plato y el de Arthur, un par de

mantas, y se escabulló con él hasta el granero.

Sabía bien que su madre cedería en breve, en cuanto necesitara su ayuda para cualquier tontería; mientras tanto, disfrutaría de un tiempo a solas con él, y podría dejar que la besara sin tener que esconderse.

Cenaron a la luz de una vela, sentados sobre montones de paja, sonriéndose y mirándose como si fueran a evaporarse y convertirse en polvo de estrellas.

—¿Quién querría vivir en un lugar como este? —preguntó de repente Lena, que recordó el día en el que Quim le había dicho esas mismas palabras. Y, efectivamente, lo había comentado en serio, porque hacía solo un par de días le había comunicado que había pedido su traslado a otro faro en la península. Lena sospechaba que no tenía que ver solo con su rechazo, sino también con el lugar. Porque todos se iban. Se le quebró la voz cuando siguió preguntando—. ¿De verdad te quedarás conmigo?

—Me he destruido a mí mismo para poder hacerlo. —Arthur dejó el plato en el suelo y se acercó a ella. La obligó a levantarse—. Siempre estaré donde tú estés.

Intentó besarla, pero lo detuvo un momento.

—Pero... ¿y nunca querrás volver a viajar?

Él se lo pensó, como si estuviera buscando una respuesta que no la hiriera. Lena no pudo evitar sonreír. Estaba pensando en ella; quería cuidar sus sentimientos, su corazón.

—Solo cuando tú quieras.

—¿Yo...?

—Tú me dijiste que te gustaría ver el mundo —la interrumpió—, pero que no podías.

—No puedo. —Negó con contundencia, rabiosa consigo misma—. Aún no.

—Entonces esperaremos. Nos amaremos mientras tanto. —Arthur empezó a besarla a lo largo del cuello, y a Lena se le cerraron los ojos—. Y cuando quieras, cuando puedas, cuando el ansia por conocer lo que hay ahí fuera haga hervir tu sangre, yo, Arthur, el hombre que ya no tiene otro nombre más que el tuyo, te llevaré a volar.

Lena inspiró con fuerza para embriagarse de sus palabras y de su amor. Le rodeó los hombros y lo atrajo hacia ella.

—Llévame a volar ahora —le pidió—. Mientras me decido a salir ahí fuera, podemos recorrernos el uno al otro aquí dentro.

Él sonrió. Asintió. Atrapó sus labios con ardor. Le deshizo la trenza y le quitó el vestido. Susurró su nombre como una invocación.

Y emprendieron el vuelo.

Epílogo

EL CIELO

—¡Arthur, por Dios, los niños!

Él rio a carcajadas y la abrazó contra su pecho. Ella se refugió allí, aunque le costó apartar la vista de las tres siluetas infantiles que se iban volviendo cada vez más diminutas conforme el globo se elevaba en el aire.

—Lena, cariño, ellos están a salvo en tierra; somos nosotros los que estamos volando.

—No sé cómo me he dejado convencer.

—Yo tampoco, la verdad.

Arthur no paraba de reír, y a Lena no le parecía gracioso en absoluto. No podía dejar de pensar en sus pequeños, que los habían despedido mientras sacudían los brazos entre saltos y gritos. Empezó a imaginar que aquel aparato se desinflaba y caía a tierra o, aún peor, al mar. Y entonces se quedaban solos y desamparados en el mundo. Era una idea terrible.

Procuró relajarse y disfrutar. Llevaba años intentando aprender a tomarse la vida con un poco más de calma y despreocupación, pero todavía le resultaba difícil aceptar algo solo por placer, creerse que lo merecía. Y eso que tenía a un maestro incomparable, porque Arthur la arrastraba, día sí y día también, a una sucesión de locuras e ideas descabelladas que no perseguían otro propósito que hacerla feliz. A ella y a las tres fiercillas que lo secundaban en sus locuras sin discusión.

—Una vez me dijiste que querías volar —le susurró al oído. Y Lena, colgada de él y del aire que los mecía, se estremeció—. Me ha costado casi una década traer un globo hasta aquí, pero no podía morirme sin satisfacer hasta el último de tus deseos.

—No, claro. Es mucho mejor morirnos intentando cumplirlo.

Él volvió a reír, y Lena se atrevió por fin a apartar la cara de su pecho y mirarlo. Sus ojos brillaban con picardía y ella suspiró de gozo, porque detrás de él solo se veían el cielo y el mar. Porque detrás de él no había nada.

—No se va a morir nadie —protestó Arthur. La besó en la mejilla y le dio la vuelta para obligarla a encarar el horizonte. Luego, la abrazó por la espalda—. Solo vamos a quedarnos aquí, muy juntos, intentando atrapar las nubes. ¿Quieres?

Ella asintió y se recostó contra él. Durante un buen rato, no dijeron nada. A veces, no era necesario. A aquellas alturas, habían aprendido a comunicarse incluso con los silencios. Con el beso mudo que se daban al llegar a casa y se encontraban tras varias horas separados; con el que compartían aquellas noches en las que caían en la cama exhaustos y se daban cuenta de que no habían tenido tiempo ni de compartir una mirada, envueltos como estaban en la vorágine del

trabajo, los niños, los animales y la casa. Siempre había un silencio en el que decírsele todo.

En ese momento, la respiración relajada de Arthur junto a su oído le decía que, como ella, también creía que no había otro lugar ni otro momento mejor que aquel, solo porque estaban juntos.

Las caricias despreocupadas que dejaba en sus brazos le hablaban de confianza, de intimidad, de todas las penas y alegrías que habían compartido. El modo en que, mucho después, cuando el globo se adentró de vuelta en la isla, él la volvió hacia sí y acarició sus pecas le dejó claro que seguía siendo su sirena.

—Lena... —A ella le sorprendió el temblor de su voz—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Hace casi diez años que me casé contigo. —Se animó por fin a bromear, aunque había una emoción en la voz de Arthur que la conmovió—. ¿No te has dado cuenta? Porque tenemos tres hijos, dos perros, un caballo, una tienda y un barco en común.

—¿Cómo no hacerlo si es lo mejor que me ha pasado? Pero es que este me parece un lugar muy romántico para pedirte. Debería habértelo pedido en un globo. —Sonrió al ver la cara de escepticismo de Lena—. Ya verás como, dentro de unos años, muchos otros copiarán mi idea.

—Espero estar ahí para verlo.

—¿Dónde vas a estar, si no?

—Ay, Arthur, estar aquí ya es maravilloso. Que estés aquí lo es.

Le estampó un beso en los labios, y él se apresuró a tomarla por la cintura.

—¿Sabes de qué no me he dado cuenta apenas? —preguntó ronco—. De que han pasado todos esos años que dices. Me parece que fue ayer cuando llegué a ese acantilado y acabé en tus brazos. Quién me iba a decir que iba a adorar perderme entre ellos, que lo haría todas las noches en adelante.

Lena le acarició el pelo y se dedicó a explorar sus mechones; la divertía y, a la vez, la enternecía descubrir sus primeras canas. Intentó adivinar cuántas habría, pero Lena no era muy buena con los números. Así que no podía contarlas, como no podía saber cuántos días hacía que él había llegado a la isla ni calcular las noches que habían compartido, las veces que habían hecho el amor. Tampoco sabía si el amor podía medirse, pero sí que en ocasiones no le cabía dentro.

Al principio, en los primeros tiempos de su vida en común, lo había amado con una pasión arrolladora; con una necesidad provocada por el apremio, por el miedo a que se lo robaran la cárcel, el mar o Inglaterra. Se había dedicado a quererlo y dejarse querer con la intensidad de la juventud; con la fuerza que solo siente quien está decidido a compartirse entero, a sacarlo todo de su corazón para unirlo al de otro.

Pero después, en muchas ocasiones, la realidad les había puesto los pies en la tierra. Y en cada una de ellas, Lena había temido que Arthur saliera huyendo y regresara al mundo al que pertenecía, y donde todo habría sido mucho más fácil. No lo había hecho ni lo había insinuado jamás, y no había dejado de sorprenderla ni un solo día.

Había estado a su lado cuando su abuelo había muerto y ella se había sumido en la tristeza. Lo había hecho también cuando lo había seguido su abuela, y Lena había sido incapaz de dejar sola a su madre y mudarse a la casita que habían comprado en la playa.

Arthur había fingido que le daba igual convivir con el rechazo de la suegra, que no soportaba verlo y apenas le hablaba, excepto para pedirle ayuda en sus quehaceres o dinero a espaldas de Lena.

Se había levantado al alba, desde la primera mañana, para ayudar a su mujer; habían quemado carbón juntos y la había acompañado a venderlo. Habían comprado una preciosa casa con parte

del dinero de su padre, aunque solo la usaban para secar pescado, y él había aprendido a pescar en el *llaüt* y a cazar *virots*.

Lena horneaba tanto pan y tantos dulces que podría haberlo hecho reventar. Él se quejaba de que lo haría engordar. Compartía su cama y su cuerpo con dedicación. Parecía un hombre feliz. Nunca había oído una queja.

Conforme había empezado a dominar el idioma, había hecho amigos, cerrado tratos y emprendido negocios. Cuando el recuerdo del asesinato se hubo difuminado en el tiempo y el indudable encanto de Arthur hubo convencido a todos de que no era peligroso, habían invertido parte del dinero del tesoro en abrir una pequeña tienda en el Pilar. No se habían hecho ricos, desde luego, pero pronto se había convertido en su modo de subsistencia.

Era cómodo, era práctico y era agradable. Arthur se las había ingeniado para traer mercancía de Mallorca, de Barcelona y hasta de Inglaterra. Luego, había comprado montones de libros en inglés, en español y en francés; y sentaba a los niños en la trastienda para enseñarles matemáticas, caligrafía, astronomía y otras decenas de cosas que Lena escuchaba y aprendía fascinada.

Iban a nadar, exploraban el cielo con el telescopio, cazaban perdices con la vieja escopeta del abuelo, buscaban tortugas y montaban a caballo. Algunas tardes, Lena iba hasta el faro y cosía con Marina bajo la cúpula, mientras los hijos de ambas correteaban alrededor y gritaban bajo el cielo. Había dejado de ser Lena la Bastarda y se había convertido en Lena la del Inglés.

Poco a poco, muy poco a poco, se había difuminado el miedo a perderlo. Estaba allí. La había elegido. Y ella había tenido la suerte de ir a recibir en sus brazos a un hombre que quería permanecer a su lado. Que la amaba con todas sus cargas, sus cadenas y sus miedos.

Y allí, perdida en el cielo, lo besó hasta que se le nubló la razón. Él la observó con el deseo dibujado en los ojos, y comenzó a deshacerle la trenza con lentitud.

—¿Qué haces? —protestó ella, estremecida por lo que sabía que ese gesto anticipaba.

—¿Tú qué crees?

—¿Aquí?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Estamos solos y no hay nadie que pueda interrumpirnos; eso no pasa con frecuencia —bromeó—. Y me gusta tu pelo.

—¿Todavía?

—Siempre.

Lena se perdió en su mirada mientras terminaba de soltarle el cabello, que cayó como una manta dorada y brillante hasta cubrirlos a los dos. Después, la besó con dedicación, con la misma pasión que la primera vez, como hacía cada día.

—Te quiero —susurró casi más para ella, sorprendida de que sus vidas hubieran acabado uniéndose.

—Me quieres —repitió él saboreando su declaración. Como si no se lo hubiera repetido miles de veces a lo largo de aquellos años—. Esa es la verdadera felicidad. Esa es mi verdadera fortuna.

Lena suspiró.

—Si soy tan pequeñita, tan poca cosa..., ¿no echas de menos lo que podrías haber tenido? ¿No te cansa estar aquí, siempre encerrado?

—No, mi amor, no tengo tiempo; no me dejáis ni respirar. —Ella rio—. Da igual lo pequeño que sea mi reducido mundo, porque lo importante es con quién lo comparto.

Lena asintió, no podía estar más de acuerdo. Lo besó de nuevo y se apoyó en su pecho. Arthur

la estrechó con fuerza y ella cantó. Hacía tiempo que solía hacerlo a menudo. Dormía a los niños cantando, los despertaba así; lo hacía mientras amasaba, mientras bordaba y mientras paseaba por los acantilados o por las dunas de la mano de su esposo.

Cantaba a todas horas para atraer a su náufrago hacia ella, una y otra vez. Para no dejarlo marchar.

Y lo hizo feliz, mientras el globo surcaba el cielo sobre el faro, de vuelta a casa, envuelta en el calor del hombre que, en lugar de abandonarla, había recorrido medio mundo para volver a descansar en su regazo.

Para mostrarle, día a día, noche a noche, que ella era tierra firme, que ella era su hogar.

Nota de autora

La chispa que inició esta novela se encendió en mayo de 2020, en medio de la pandemia mundial y cuando apenas comenzábamos a salir del largo período de confinamiento. Esas circunstancias y la finalización de un manuscrito especialmente duro en el plano emocional hicieron que mi imaginación se lanzara de lleno en busca de un nuevo camino repleto de aventuras imposibles y casualidades maravillosas en un paraje de ensueño.

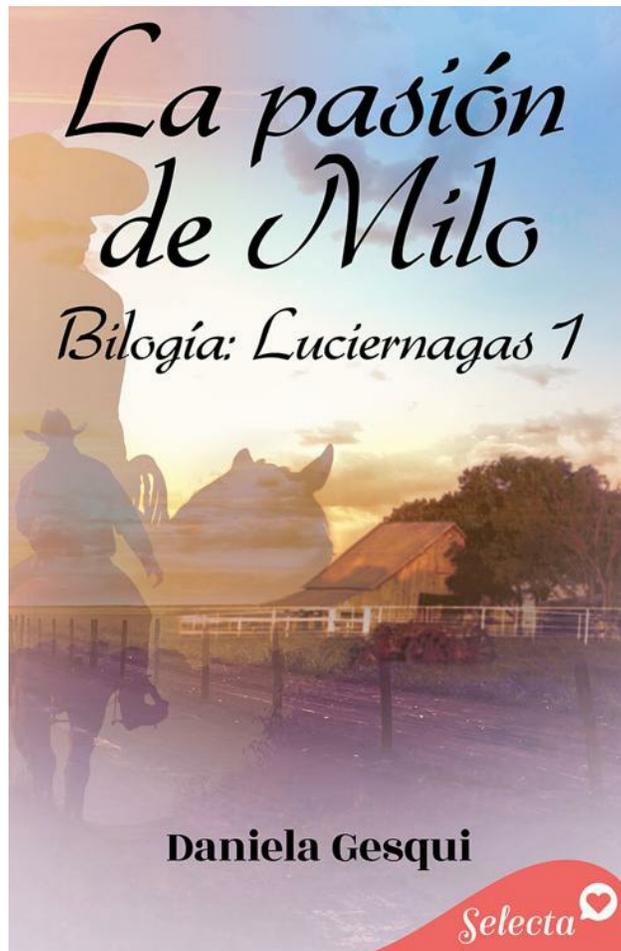
No me di cuenta de que *Tú eres tierra firme* era un canto a la libertad hasta que lo releí mucho más tarde. Sin quererlo, mis dedos trazaron una historia que hablaba sobre el encierro —el físico y el del alma—, sobre los límites impuestos y autoimpuestos, sobre cómo los seres humanos actuamos de un determinado modo por el bien de los que amamos.

Porque cuidarlos a ellos es cuidarnos también a nosotros. Porque el mundo, el nuestro y el de Lena y Arthur, se mueve al son de las decisiones que tomamos para protegerlos.

Demos cada día pasos por el sendero único que nuestro corazón anhele, sin olvidar que no importa lo reducido que se vea nuestro mundo; lo importante es con quién lo compartimos.

Gracias, querida lectora, por darme la oportunidad de llevarte de viaje a un lugar tan pequeño como Formentera, pero tan grande como lo es el amor.

Si te ha gustado
Tú eres tierra firme
te recomendamos comenzar a leer
La pasión de Milo
de Daniela Gesqui



Capítulo 1

Trece años atrás...

Era la primera vez que viajaba en avión y mi pánico era evidente. Sin embargo, el señor Edward me daría vivienda y trabajo, lo que más necesitaba un hombre como yo, con un niño pequeño y una esposa con algunos problemas físicos que requerían traslados constantes a la ciudad y medicinas costosas.

Cuando el patrón me citó para pedirme que viajara a estudiar los movimientos de su única hija, me negué. «¿Qué clase de loco pedía una cosa semejante? ¿No era más fácil visitarla y tomar un café con ella?». Sin embargo, intuí que, detrás de ese pedido casi desesperado, existía un gran secreto y muy culposo que lo arrinconaba a tomar esa inexplicable postura.

Con un horrible dolor de oídos y un zumbido espantoso que punzaba mi cabeza, con la incomodidad en mis vértebras producto de una fuerte caída del caballo en medio de una tormenta en la hacienda, bajé del avión, subí a un taxi y le cité la dirección que celosamente Edward Templeton me había escrito antes de que yo partiera rumbo a Los Ángeles.

Miré a través del cristal el vértigo ciudadano. Todo era demasiado ostentoso, poco familiar e inquietante a comparación de la mansa realidad del rancho en Salado, Texas. Palmeras, edificios altísimos y vidrios por doquier, eran el sinónimo de lujo y lujuria.

Al llegar al hotel en el cual había hecho reserva, dando mi nombre en administración, un botones me acompañó al elevador haciéndose de mi maleta amablemente.

Aquel sitio no desentonaba con respecto al entorno: era enorme, elegante, con una gran piscina y un salón inmenso para comer. Sin dudas había que ganar mucho dinero para darse un gusto semejante.

Acostumbrado a ganar cada centavo con sudor, a ejercer por muchos años un oficio que amaba, pero que poca satisfacción monetaria me entregaba, me sentía culpable por disfrutar de una cama tan mullida y por un baño tan caliente como el que estaba por darme. Con la cuenta pendiente de ir de vacaciones con Jodie y Jeremy, estar aquí era una obscenidad.

—El viejo es raro, quiere que vaya a espiar a la hija allá, a California —le dije a mi esposa dos días antes del vuelo.

—Es un hombre con mucha culpa; evidentemente, le ha hecho daño a su hija y contigo, al conseguirte un cirujano para tu espalda y las medicinas para tu recuperación, siente que balancea su karma. —Jodie expuso su teoría—. ¿Crees que es buena idea quedarnos en este rancho? —Mi esposa estaba ordenando algunos víveres en la alacena. Dejando de lado lo que estaba haciendo, se acercó a mi silla, analizando nuestro futuro.

—No podemos estar mudándonos constantemente; Jeremy necesita asentarse, tener amigos de su edad y yo... yo necesito quitarme la preocupación de saber que podemos llegar a fin de mes sin contar los centavos. —Sus ojos lucían cansados.

Lo cierto es que Jodie estaba muy enferma y su expectativa de vida era imposible de determinar. Diagnosticada con un cáncer de cuello de útero a poco del nacimiento de Jeremy, sus sesiones de quimioterapia eran agotadoras.

Con una fotografía de Erika Templeton en la mano, tomé asiento en una coqueta cafetería en la esquina del apartamento que compartía con su padrastro y su media hermana Dakota, en un modesto vecindario de Los Ángeles.

Contando solo con esa información, yo simplemente debía seguirla, conocer los sitios que

frecuentaba, si tenía amistades y, sobre todo, si había logrado emparejarse con alguien. Sintíendome un espía, un policía sin oficio, aguardé por ella en cada mañana de las que estuve en Los Ángeles.

«No debes levantar sospechas ni llamar su atención» era la premisa que con fuego mi jefe grabó en mi cabeza. Obedeciéndolo, esperé que Erika, esa muchacha de cabello castaño oscuro hasta los hombros y ojos color café, entrara a pedir su orden y tomara asiento para sumergirse en sus tareas.

Siempre a la misma hora, era puntillosa en sus modos: acomodaba un mechón de cabello detrás de su oreja, saludaba a la muchacha de la caja, pedía por la rosquilla glaseada con chocolate y su té con limón tamaño extragrande.

Luego, ocupaba una de las mesas cercanas a la ventana y abría su agenda. Escribía cosas, chequeaba su móvil no tan tecnológico y, cuando le alcanzaban su orden, desplegaba una de las servilletas de papel sobre su falda.

A cada trozo de dona cortado con sus dedos delgados, le seguían dos sorbos de té, cortos, que apenas limpiaban su paladar. Yo fingía hojear el periódico y beber de mi café fuerte a tres mesas de ella.

El primer día en el que me había sentado allí, me costó identificarla; en la fotografía que me había dado Edward, ella acababa de graduarse. Tenía el cabello por la mitad de su espalda, flequillo de lado y su rostro lucía más redondeado. Juvenil, su sonrisa era medida y sus ojos, apagados.

Lucía una camisa rosa, casi blanca, con un estampado pequeño que parecían puntos o florecillas muy pequeñas en color negro. Sobre ella, una chaqueta negra, de un botón, cuyas mangas estaban dobladas hasta la mitad de la parte inferior de sus brazos.

Pero lo que realmente me había atrapado era la longitud de sus piernas: enfundadas en unos vaqueros azules, ligeramente desgastados en sus muslos, se ceñían en sus caderas y se afinaban sobre sus tobillos. Tenía un trasero redondeado que provocaba que su chaqueta se curvara hacia afuera.

Regresando mi vista al periódico, no quise parecer un perverso. Por casi treinta minutos había estado muy compenetrada en sus asuntos: había respondido dos llamadas muy breves y hecho una, de menos de dos minutos, en la cual había tomado notas en su pequeña agenda de cuero marrón chocolate.

Tras desayunar, saludó amistosamente a la camarera y caminó por tres calles hasta llegar a una tienda de fachada estrecha y poco atractiva llamada Sweet Wishpers, en la que se ofrecía un servicio de gastronomía para eventos, alquiler de vajilla y mantelería.

Para cuando pasó varios minutos dentro de la tienda, supuse que trabajaba en ella. Del otro lado de la calle, yo vigilaba. Tomé asiento en una mesa exterior de un modesto restaurante; este contaba un menú bastante estándar, pero económico que me permitió hacer rendir al máximo mis billetes.

Era el sitio ideal para observar pasando desapercibido: si la hija de Templeton salía, yo ponía el dinero bajo el plato y corría tras ella. Tras seis horas de trabajo, Erika salió de su tienda, se colgó el bolso sobre su hombro y se marchó entre risas.

Tanto ese lunes como el jueves, lo hizo en dirección a un apartamento cinco calles más arriba, donde presionó el timbre y pasó. En el quinto piso, letra A, atendía la licenciada en psicología Adele Mezzner, quien por cuarenta minutos la tendría ocupada.

Apostado en la vereda opuesta, mirando algunos escaparates, atendí su proceder. Al terminar, Erika hizo unas compras y se fue de regreso a su hogar para no volver a salir.

Al día siguiente, la rutina fue similar. A excepción de su cita psicológica; el tiempo lo dedicaría a ejercitarse en un club bastante sencillo ubicado sobre la avenida. Por una semana, yo había seguido a esa mujer retratando sus movimientos e incluso, escudriñado por qué estaría lejos de su padre. Por las noches, en el hotel, no podía quitarme de la cabeza la suavidad de sus modos y la simpatía con la que se despedía de cada persona con la que se cruzaba.

Inesperadamente, conforme pasaron los días, mi cuerpo comenzó a reaccionar de un modo distinto al momento de arribar a Los Ángeles: deseaba que fuera la hora señalada para verla, seguirla y saber sobre su mundo y su agenda. Incluso, pensaba en el modo en que, aunque más no fuera por un segundo, me mirara solo a mí, directo a mis ojos.

Llamando a mi esposa desde el hotel, les contaba sobre esta ciudad en la que la gente iba de un lado al otro con rapidez, sobre las numerosas tiendas y el clima. Evitaba, obviamente, contarle sobre mi experiencia con esa muchacha que tenía pocos años menos que yo y que poseía una mirada encantadora.

Preso de la ansiedad, en mi última tarde en Los Ángeles, me propuse toparme con ella de forma casual, inesperada, y, de ese modo, captar el brillo en su mirada, la curvatura de sus labios al mirarme y la dulzura de su voz en primera persona.

Reuniendo coraje en la cafetería de siempre, cerré el periódico, dejé propina bajo el plato de mi taza de café y, en dirección al sanitario, choqué suavemente contra el borde de la mesa donde ella se acababa de sentar. Le pedí perdón nerviosamente. Erika pestañeó serena y simplemente esbozó un «No te preocupes» que bastó para alegrarme el día y enredar mis pensamientos un poco más.

Después de aquel día, no existieron más colisiones accidentales ni fotografías robadas; yo regresé a mi sitio con la información que su padre deseaba y ella, a su vida de chica aplicada.

—Ella parece ser una mujer feliz y es muy trabajadora. —Sintiéndome evaluado por un tribunal de disciplina, me mecía hacia adelante y atrás, en tanto que Edward repasaba las fotografías de su hija una a una. Venerándola, delineaba las imágenes con la punta de sus dedos y, aunque lo intentaba, la emoción le ganaba la partida.

—Me alegra que haya podido superar la muerte de su madre. —Tragó en seco entregándome un dato, hasta ahora, desconocido por mí. Rodeando el escritorio, se mostró abatido.

—Su vida no tiene sobresaltos: asiste a clases de *aerobics* dos veces a la semana, al igual que a las citas con su psicóloga. —A esas alturas, yo solo deseaba saber cuándo regresaría a Los Ángeles para verla nuevamente.

Era una locura pensar en eso cuando, a menos de cien metros, mi familia estaba durmiendo; yo nunca había sido un tipo al que le gustara el coqueteo. Ni siquiera cuando era joven y tenía el cuerpo rebosante de testosterona.

Tomando el retrato de su hija de uno de los estantes de la biblioteca, le dio un beso a la fotografía; la imagen tenía en primer plano a una niña de largas trenzas castañas y nariz fruncida en señal de enojo junto a un caballo.

—Ella disfrutaba los veranos en Dallas, junto a mis padres. Amaba a Tallulah; podía estar horas peinándola y montándola. Apenas terminaba de desayunar, corría al establo y la preparaba para cabalgar. —Relataba con nostalgia—. Esa tarde estaba enojada conmigo porque no la quería dejar ir a lo del hijo de los vecinos, Matt. Pero él tenía quince años y ella apenas nueve. No entendía que quería protegerla.

—De tener una hija mujer, yo hubiera hecho lo mismo, Edward.

—De tener una hija mujer, te recomendaría que siempre estés con el arma cargada, hijo. —Una risa ronca salió de su pecho, transformándose en un catarro preocupante.

Por un instante miró una de las cuatro fotografías que yo había tomado durante mi viaje y le susurró:

—Lamento mucho no haber sido el padre que te merecías. —Llevó a su corazón el papel brillante y lo devolvió al escritorio junto a las otras imágenes.

Acto seguido, Edward Templeton se detuvo frente a mí y me dio un abrazo fuerte, impensado. Acostumbrado al poco lenguaje corporal, me vi sorprendido, incapaz de accionar más que apoyando mis palmas en su espalda unos segundos más tarde. Él era un tipo de textura física imponente, de voz rasposa y grave a causa del alcohol y el cigarro en exceso.

—Gracias, Milo, has hecho un muy buen trabajo.

—Ya... no... ¿ya no debo regresar a Los Ángeles? —pregunté balbuceando al momento en que se apartó de mí.

—No en lo inmediato.

Asintiendo con cierta desilusión, acepté que todo había sido parte de una aventura con la que jamás me había permitido soñar siquiera.

Para cuando llegué a mi casa, tanto Jeremy como Jodie estaban durmiendo; con cuidado, sin intenciones de despertar a mi esposa, me recosté en la cama con el mayor de los silencios como premisa.

Su respiración se escuchaba relajada. Cubriéndome con la sábana y el edredón por debajo de mis costillas, por horas miré el techo de mi habitación con una horrible sensación de traición ahuecando mi pecho. Evité sollozar. Era la primera vez que sentía algo semejante; Jodie había sido mi novia desde siempre, incluso desde que yo tenía memoria. A ella le había dado mi primer beso a escondidas de su padre y sus hermanos, cuando apenas tenía catorce años y yo, dieciséis. Con ella, comenzaríamos a explorar el ardor adolescente del sexo y a pensar en un futuro como pareja cuando tuvimos mayor edad y los planes de formar una familia ya no nos asustaban.

Jamás había existido otra mujer que no fuera ella y nadie me conocía mejor que mi esposa. Entonces, ¿qué era lo que me sucedía con Erika Templeton, con esa mujer independiente, ciudadana, de boca tímida y de risueños ojos color café intenso?

Yo ya no era ningún jovencito como para atreverme a una aventura semejante; por el contrario, era un hombre asentado, padre de familia, con obligaciones y responsabilidades ajenas a un juvenil flirteo con la hija del dueño de la hacienda.

Cerrando con fuerza mis párpados, intenté quitar los rasgos de esa muchacha de mi cabeza... sin éxito.

**Él quería recorrer la inmensidad del mar.
Ella, que él soñara con quedarse en tierra.**



Formentera, 1862

Lena jamás se ha atrevido a salir de su isla, aunque la sangre pirata que corre por sus venas la empuje a subir al faro y otear el horizonte en busca de una aventura que sabe que nunca se atreverá a vivir. Por eso, está acostumbrada a ver cómo todos los hombres que prometen amarla se pierden para siempre en las aguas del Mediterráneo y la dejan atrás. El mar se interpone entre ella y sus sueños. Porque Lena tiene miedo al mar.

Pero una mañana de invierno, el temporal arrastra a un misterioso naufrago hasta su regazo, y todas las certezas que conformaban su pequeño mundo se tambalean.

Arthur Stanhope, vizconde de Sternford y primogénito del marqués de Aighbry, lleva años recorriendo mares, desiertos y selvas con el propósito de huir de la responsabilidad y de un destino impuesto que no desea. Solo quiere ser un hombre libre, seguir la ruta que marcan las estrellas y perseguir seres fantásticos. Después de perder a sus amigos en un naufrago, solo la voz de una misteriosa sirena le devuelve las ganas de seguir viviendo.

Lena y Arthur jamás deberían haberse encontrado. Sus destinos, su mundo y sus sueños no podrían ser más opuestos: Lena tiene que ocuparse de una familia que depende de ella para subsistir, y Arthur debe volver a casa y comportarse como el aristócrata que es.

Solo que es imposible. Está preso. Porque Lena lo llama, y aunque él intente escapar, la magia y la sencillez de aquella isleña lo obligan a caer rendido ante ella una y otra vez.

Maira Varea (1983), granadina de nacimiento y mallorquina de corazón, supo que lo suyo era crear historias antes incluso de aprender a leer. Creció soñando entre libros, y como no podía ser de otro modo, se licenció en Filología Hispánica. Desde hace doce años, es profesora de Lengua y Literatura en Secundaria, profesión que le permite transmitir su pasión por las palabras. La decisión de escribir novela romántica fue una consecuencia natural, pues la literatura y el amor son los motores que mueven su mundo.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2021

© 2021, Maira Varea

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Marcelo Pasarón

Imágenes: iStock-1017212854, iStock-1089986346

iStock-1247826843, shutterstock_105800015

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-11-9

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

NOTAS

Capítulo 3

- [1] Carbonera, horno de carbón.
- [2] Muro de piedras encajadas de media altura que delimita caminos y fincas.
- [3] Milicia ciudadana organizada antiguamente para colaborar en la seguridad en los pueblos, en especial en zonas apartadas y alejadas de la autoridad competente.

Capítulo 5

- [4] Buenas noches.
- [5] Buenas noches.
- [6] «Ven, por favor».
- [7] Ven, por favor
- [8] Viento del noroeste, caracterizado por ser seco y violento.

Capítulo 6

- [9] Variedad de tabaco que se cultiva en las islas Pitiusas y se caracteriza por su olor fuerte.
- [10] Embarcación pequeña del Mediterráneo, de un palo con vela latina.
- [11] Pardela; ave acuática parecida a la gaviota, pero más pequeña. Suele hacer sus nidos en las cavidades de las rocas y acantilados, y se alimenta de peces. En Formentera, solían cazarse como alimento.
- [12] Pez pequeño y rojizo muy apreciado por su sabor.
- [13] Cazar *virots* era una tradición muy arraigada en la Mola y se llevaba a cabo descolgándose por los acantilados.
- [14] Viento del norte.
- [15] Higos secos.

Capítulo 7

- [16] Dulce típico de Ibiza y de Formentera, de forma redonda; hecha con harina, huevo, azúcar y canela frita en aceite.
- [17] Orejitas

Capítulo 8

[18] Siroco o jaloque, viento del sudeste.

Capítulo 10

[19] Naufragio, faro.

[20] Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Capítulo 13

[21] Juego de naipes con baraja española muy difundido en la costa mediterránea.

Capítulo 14

[22] Nieve, frío y cielo.

Índice

[Tú eres tierra firme](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Maira Varea](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)